



DULCE AMARGURA

SAMAR GONZALES

Dulce Amargura

Samar Gonzales

Table of Contents

1 Descubrimiento de la infidelidad	4
El un mensaje revelador en el celular del padre	5
Anny enfrenta la inesperada realidad	7
La decisión de investigar antes de contarle a su madre	8
Comienza la búsqueda de la amante en redes sociales	10
Descubrimiento de las interacciones románticas entre su padre y la amante	12
El momento de quiebre para Anny: "When a Man Loves a Woman"	14
La madre de Anny encuentra a su hija llorando	16
Anny revela el secreto y muestra las pruebas a su madre	17
2 Investigación de la amante	20
Decisión de Anny de investigar a la amante	21
Búsqueda en Facebook de la amante	23
Descubrimiento de las interacciones entre el padre y la amante	25
Reacción de Anny al ver las pruebas de la relación	27
Anny exporta el chat de la infidelidad a su propio celular	28
Observaciones de Anny sobre la personalidad y vida de la amante	30
Intento de Anny de entender los motivos detrás de la relación	32
Efecto emocional en Anny durante la investigación	34
Descubrimiento de la canción "When a Man Loves a Woman"	36
Madre de Anny entra a la habitación y encuentra a Anny llorando	37
Dilema moral de Anny: seguir investigando o contarle a su madre	39
Anny decide revelar todo a su madre	41
3 Confrontación emocional con la madre	43
Descubrimiento de la amante en redes sociales	45
Dudas y temores de Anny al enfrentar a su madre	46
Momento de confesión a su madre	47
Mamá embarazada se desmorona emocionalmente	49
Anny se siente culpable por revelar la verdad	51
Madre se enfrenta a sus propios sentimientos	53
Decisión de la madre de enfrentar al padre	55

Anny protege a su hermana menor durante el enfrentamiento . . .	57
Compartir el dolor y el consuelo entre madre e hija	59
4 Reacción de la madre embarazada	62
Derrumbe emocional de Susana	64
Preocupación por su embarazo	66
Apoyo de Anny a su madre	68
Reacciones físicas por el estrés y la angustia	70
Decisiones sobre cómo enfrentar a Gabriel	71
Impacto en la relación madre - hija	73
Miedo y preocupación por el futuro del bebé	75
Búsqueda de apoyo emocional y consejo	76
Fortalecimiento del vínculo entre Anny y Susana	78
5 Confesión a la hermana menor	81
Decisión de compartir la verdad con Lucía	83
Momento de intimidad entre Anny y Lucía	84
Revelación de la infidelidad del padre a Lucía	87
Reacción de sorpresa y tristeza de Lucía	89
Promesa de apoyo mutuo entre hermanas	90
Conversación sobre cómo enfrentar la nueva realidad familiar . . .	91
Fortalecimiento del vínculo entre Anny y Lucía ante la adversidad	93
6 Discusión telefónica entre los padres	96
La confrontación telefónica entre los padres	98
Preocupación de Anny por el bienestar de su madre y hermana .	100
El padre enfrenta a la amante	102
Cambios en las actitudes y comportamientos del padre	103
Ellos intentan mantener las apariencias	106
Consecuencias en la relación padre - hija	107
Anny lucha con su ansiedad	109
Los padres consideran el divorcio pero cambian de opinión	111
Anny gradualmente acepta la nueva realidad de su familia	112
7 Cambios en la relación padre - hija	115
Retiro del afecto de Anny hacia su padre	117
Frialdad y distancia en sus interacciones cotidianas	119
Gabriel intenta recuperar la confianza de Anny	120
La angustia de Anny ante los esfuerzos de su padre	122
Cambios en la dinámica familiar y apoyo de la madre y hermana	125
Conversaciones difíciles y preguntas incómodas	127
Eventos que demuestran el arrepentimiento del padre	129
El dilema de Anny sobre perdonar y confiar otra vez	131
Primeros pasos hacia la reconstrucción de la relación entre Anny y su padre	133

8	Desarrollo de ansiedad en Anny	135
	Cambio en el comportamiento de Anny en la escuela	137
	Síntomas físicos y emocionales de la ansiedad	138
	Retiro de actividades que solía disfrutar	140
	Efecto en la relación con su hermana Lucía	142
	Preocupación de la madre de Anny por su estado emocional . . .	144
	Búsqueda de ayuda y apoyo para enfrentar la ansiedad	145
	Momentos de introspección y autoreflexión por parte de Anny . .	147
9	Intento de reconciliación de los padres	149
	Preocupación de Susana por el bienestar de sus hijas	151
	Intervención de un terapeuta familiar	152
	Primeras tensiones en las sesiones de terapia	154
	Gabriel y Susana reflexionan sobre su relación y lo que causó la infidelidad	156
	Gabriel muestra arrepentimiento y deseos de enmendar su error .	158
	Cambios en la dinámica familiar para mejorar la comunicación .	160
	Anny trata de abrirse y compartir sus emociones durante la terapia	162
	Susana empieza a perdonar a Gabriel, pero establece límites y condiciones	164
	Anny lucha con la idea de perdonar a su padre	165
	Gabriel realiza acciones concretas para recuperar la confianza de su familia	167
	Anny comienza a ver cambios en sus padres y en su relación con ellos	169
	Progreso en la terapia y esperanza en el futuro de la familia . . .	171
10	Planes de divorcio y reconsideración	174
	Preparación para el divorcio	176
	Impacto en la vida de Anny y Lucía	178
	Charlas de reconciliación	180
	Dudas y miedos de Susana	182
	Gabriel enfrentando las consecuencias	184
	Esfuerzo por el bienestar de las hijas	186
	Cambio de opinión y acuerdo	187
	Consecuencias en la relación familiar	189
11	Transformación en la relación familiar	192
	Adaptándose a la nueva situación	194
	Esfuerzos de reconciliación entre Gabriel y Susana	196
	Apoyo mutuo entre Anny y su madre	198
	Restablecimiento de la comunicación entre Anny y su padre . . .	199
	Nacimiento del nuevo hermanito y unión familiar	202
	Actividades en familia para fortalecer vínculos	203
	Reflexiones finales y aprendizajes sobre la importancia del amor y la confianza en la familia	205

12 Aceptación de la nueva situación por Anny	208
Nuevas dinámicas familiares	210
Persistencia de la desconfianza hacia el padre	211
Apoyo emocional entre Anny y su madre	213
Aprendizaje sobre el manejo de la ansiedad	215
Búsqueda de terapia y actividades que ayuden a Anny a recuperarse	216
Aceptación gradual del perdón hacia su padre	219
Cambio en la perspectiva de Anny sobre el amor y las relaciones	220
Nacimiento del nuevo hermano y unión familiar	223
Reestablecimiento de la relación entre Anny y Gabriel	224
Reflexión sobre la lección aprendida y crecimiento personal . . .	226
Retorno a una nueva normalidad y fortaleza familiar	228
13 Superación de la ansiedad	231
Reconocimiento de la ansiedad en Anny	233
Búsqueda de apoyo y comprensión en la madre y la hermana . . .	234
Consejos de amigos y maestros en la escuela	236
Terapia y consejería para Anny y su familia	238
Implementación de estrategias de afrontamiento en la vida diaria	240
Anny encuentra consuelo en sus actividades favoritas y pasatiempos	242
Nuevas dinámicas familiares y la importancia de la comunicación	244
Anny aprende a perdonar a su padre y a soltar el pasado	246
La superación de la ansiedad y el inicio de una nueva etapa en la vida de Anny y su familia	248
14 Restablecimiento del vínculo entre padre y hija.	250
Reflexión de Anny sobre la nueva situación familiar	252
Reconocimiento del impacto de la infidelidad en la relación padre - hija	254
Primera tentativa de acercamiento entre Anny y su padre	256
Conversación madre e hija sobre cómo abordar la relación con el padre	258
Los padres intentan demostrar unidad y fortaleza frente a Anny .	260
Momentos de resurgimiento de la ansiedad en Anny	261
El padre de Anny se disculpa y expresa deseos de reconstruir la relación	263
Creación de nuevas actividades padre e hija para fortalecer el vínculo	265
Acercamiento emocional entre Anny y su padre	267
El nacimiento del nuevo hermano contribuye al restablecimiento del vínculo familiar	269
Anny logra perdonar a su padre y superar la ansiedad	271
Vínculo restaurado entre padre e hija y nueva normalidad familiar	273

Chapter 1

Descubrimiento de la infidelidad

El sol se estaba poniendo en la pequeña y sosegada ciudad costera, con las últimas mariposas volando sobre los muros encalados, cuando Anny, de catorce años, recogió el teléfono de su padre para llamar a su amiga Daniela desde la terraza de su casa. Al abrirlo, su corazón latió con una fuerza y rapidez desconocida cuando apareció un mensaje en la pantalla: "Te extraño tanto, mi amor."

Anny paralizada, sintió cómo el aire se le escapaba del pecho, como si le hubieran robado las palabras antes incluso de que pudiera decirlas. Su mente buscaba explicaciones y racionalizaciones, pero ninguna encontraba consuelo en su corazón traidor. No sabía qué hacer, pero lo que sí sabía es que su vida nunca volvería a ser igual.

El padre de Anny, Gabriel, acababa de salir a la tienda de la esquina para comprar una receta, y la madre de Anny, Susana, preparaba la cena mientras cantaba suavemente una melodía que le encantaba desde niña. Sintiendo el peso del secreto, Anny le envió un mensaje a Daniela para cancelar su llamada de esa noche.

Anny regresó a su habitación, con el corazón golpeando en su pecho y tratando de entender lo sucedido. Miró por la ventana, viendo a su madre en la cocina, despreocupada y con una vida entera por delante, creyendo que su matrimonio era seguro y sólido como una roca. Y frente a ella, Susana, embarazada de ocho meses, ajena a la tormenta que se desencadenaba sobre su hija, sintiéndose afortunada y bendecida por tener un esposo amoroso y

una familia feliz.

Los días siguientes, Anny avecinaba una estrategia, debía comprender todo el alcance de la situación antes de tomar una decisión sobre cómo proceder. Se sumergió en las redes sociales, espiando a su padre buscando pruebas que pudieran sugerir una infidelidad más antigua o duradera.

Fue en ese entonces cuando encontró a Mariana, una mujer rubia y sensual, que llevaba su vida con orgullo y una indiferencia agradable. Publicaba fotos de sí misma en atuendos seductores, en fiestas y comidas, pero la evidencia más irrefutable de su vínculo con Gabriel eran las fotos que compartían juntos en viajes de trabajo. Los dos parpadeaban sus sonrisas perfectas y sus vidas perfectas mientras Susana, en su inconsciente dolor, continuaba creyendo en una ilusión, pero Anny lo sabía ahora: trágicamente y cruelmente, se trataba de una ilusión.

Anny decidió enfrentarse a la realidad, a Mariana y a la verdad de su padre. Y mientras tanto, su pequeño mundo secreto giraba alrededor de una sola canción llamada "When a Man Loves a Woman", que sonaba interminablemente en su mente, dejándola preguntándose qué tipo de amor podría conducir a esto.

Y fue entonces cuando, en la terraza envuelta en claroscuro de un ocaso lloroso, Susana encontró a su hija con la cabeza entre las manos, llorando y balanceándose. La madre sintió que algo estaba muy mal y la abrazó. Anny, liberó las palabras sin pensar, aún temiendo las consecuencias de su revelación: "Papá está viendo a otra mujer." El mundo, como lo conocían Anny y Susana, colapsó en ese mismo instante. La realidad se desmoronó y la vida se convirtió en una mezcla de piezas rotas y escombros emocionales. Susana se sintió mareada y débil, y fue entonces cuando Anny se dio cuenta de que aunque había dicho la verdad, había dejado caer una gran bomba en el corazón de la madre que llevaba dentro a su hermano en ciernes, y con ello, el futuro de su familia nunca sería el mismo nuevamente.

El un mensaje revelador en el celular del padre

El viento azotaba las cortinas de la casa Guzmán con un furor anunciador de tormenta, haciéndolas aletear como banderas destrozadas en un naufragio, cuando Anny entró en el estudio de su padre. Todavía desconcertada por el repentino estallido de gritos, se detuvo un momento ante la ventana,

observando la inclemencia que se gestaba en tierras y mares en la pequeña ciudad costera donde nació.

Sus catorce años habían sido una dulce serenidad en un mundo lleno de turbulencias que, hasta ese día, se desarrollaban en la pantalla del televisor o en las páginas de los periódicos. Siempre había sido una chica introspectiva, pero en su sutil sabiduría, sabía que algo en aquellos gritos había cambiado su vida para siempre.

Era la primera vez que escuchaba a su madre, Susana -embarazada de ocho meses-, alzando la voz con tanto enojo hacia su padre, Gabriel. Privada de la razón de la discusión, Anny decidió buscar respuestas en el celular de su padre. El aparato estaba allí, en el escritorio del estudio, como un objeto fatídico de destino.

Lo que esperaba de ese acto de exploración era que no iba a encontrar nada relevante, que tal vez su padre y su madre simplemente habían discutido por el estrés del embarazo o las preocupaciones financieras de la vida cotidiana. Pero no fue así.

Cuando recogió el teléfono, lo primero que vio al encender la pantalla fue el mensaje:

”Te extraño tanto, mi amor.”

Brotaron de sus ojos lágrimas turbias, calientes y amargas, quemándole las mejillas como cerillas encendidas. No era su nombre, sospechó, esperando ver a su madre cruzar la puerta del estudio, y esa revelación la percutió con una honda pena.

El mundo ordenado, seguro y sólido como roca de Anny colapsó en ese instante. Como alfileres desgarrando la burbuja de ilusión que había parapetado su vida infantil, los invulnerables se convirtieron en víctimas, y los grandes se reducían a líneas de texto que desgarraban el universo.

De algún modo que no entendía, Anny sintió que se estaba convirtiendo en mujer. Había dejado de ser la hija protegida y comenzaba a comprender el gran océano de turbulencias que jalonaba la vida de sus padres, como un barco a la deriva en medio de la tormenta.

Anny dio la vuelta y salió del estudio con paso vacilante, abrazando el abismo que se había abierto dentro de ella. Su vida, que antes le había parecido una dulce melodía de felicidad y seguridad eterna, era ahora una canción triste y desgarradora. Y a medida que se adentraba en el mundo de los adultos, Anny se dio cuenta de que, aunque algunos secretos eran

demasiado terribles para ser compartidos, otros invariablemente tenían que salir a la luz.

Anny enfrenta la inesperada realidad

El sol se había escondido tras el horizonte, dejando al mundo en una penumbra azulada y misteriosa. Anny, casi sin darse cuenta, recogió sus piernas y las abrazó con fuerza, como buscando protección frente a la oscuridad que crecía a su alrededor. El viento comenzaba a soplar con una fuerza inquietante, golpeando las cortinas de la ventana y acariciándole la cara con su gélido aliento.

Anny había estado parada allí, frente a la ventana de su habitación, desde que descubrió ese mensaje en el celular de su padre. Iba de camino a una amiga cuando lo vio, el sol escondiéndose sigiloso detrás del horizonte y sin más anuncio, su mundo colapsándose a su alrededor: "Te extraño tanto, mi amor." Todavía sentía cómo su corazón había dado un vuelco en su pecho, cómo le habían faltado las piernas y la habitación había dado vueltas a su alrededor.

Sus amigos la consideraban valiente y atrevida, pero en ese momento no pudo evitar sentirse una niña asustada, abandonada a merced del miedo y la angustia, en un mundo lleno de preguntas que parecían no tener respuesta.

De repente, la puerta de su habitación se abrió de golpe y Susana, su madre, apareció en el umbral, despeinada y con lágrimas en los ojos. "Anny!", exclamó la mujer. "Hija, estás bien? Tienes una cara tan pálida "

Anny trató de devolverle la mirada, de contarle la verdad, pero sus ojos parecían inexorablemente atraídos hacia el suelo, incapaces de encontrar en el rostro de su madre ese consuelo que siempre habían tenido.

"No pasa nada, mamá", balbuceó finalmente, sin llegar a convencer ni siquiera a sí misma.

"No me mientas, hija", respondió Susana aliviada a la primera declaración de su hija. "Hace media hora que estás encerrada en tu habitación y no respondes a nuestras llamadas. Quédate conmigo y háblame!" Susana se arrodilló frente a Anny y tomó sus manos entre las suyas, buscando darle calor y entrar en su alma herida a través de la fuerte caricia.

"Solo es que descubrí algo ", comenzó a decir Anny, sin saber por dónde empezar ni cómo encontrar las palabras que pudieran explicar el doloroso

secreto que se había clavado en su corazón.

"Entiendo que puedas estar asustada, pero no debes guardarte esto para ti misma. Si algo te preocupa o te duele, cuéntamelo. Ese es mi deber como madre, darte apoyo y amor siempre que lo necesites", susurró Susana, apretando las manos de Anny.

Anny se mordió el labio inferior y miró a su madre a los ojos, decidiéndose a enfrentar aquello de lo que huía desde hace un rato.

"Era un mensaje en el celular de papá. Decía Decía 'Te extraño tanto, mi amor'", confesó en un murmullo quebrado, y las lágrimas comenzaron a bajar por su rostro pálido y asustado.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Susana de la cabeza a los pies. Sintió que el corazón se le encogía y el aire le faltaba, pero intentó mostrar una apariencia serena ante la sorprendida y desesperada mirada de Anny. "Hija, eso no prueba nada", dijo finalmente, pero su voz temblaba y sabía que lejos estaba de convencer a la joven cercada por la angustia.

"Entonces cómo sabes que no es para ti?", preguntó Anny casi suplicante, aferrándose a la esperanza de que su madre pudiera darle una respuesta que alterara su mundo desmoronado.

Susana sintió que sus piernas le fallaban y cayó al suelo, incapaz de contener el llanto. Su hija, a su vez, se arrodilló junto a ella y ambas compartieron un abrazo lleno de lágrimas y preguntas sin respuesta.

Pero también había algo más en ese abrazo, algo oculto en medio del dolor y la desesperación. Había un sentimiento de unidad y una promesa silenciosa: juntas iban a enfrentar aquella realidad que les había desgarrado el alma, y juntas iban a curar las heridas que parecían profundas e incurables. Cada una a su manera, comprendieron que la vida no era algo seguro e inalterable, que incluso los vínculos más fuertes y desinteresados podían verse amenazados por la realidad en una velocidad vertiginosa y cruel, y que el único consuelo que les quedaba era el hombro de la otra, donde llorar y encontrar las fuerzas para levantarse cada vez que el mundo se les venía abajo.

La decisión de investigar antes de contarle a su madre

Anny permaneció despierta aquella noche, recostada en su cama con el ruido del viento aullando alrededor de la casa como una presencia lejana y

persistente, acechando la tranquilidad que una vez había tenido. El mensaje en el celular de su padre se repetía incesantemente en su mente, imágenes fugaces de un episodio traumático y devastador que había golpeado su vida sin anuncio previo.

A medida que avanzaba la madrugada, la contemplación de Anny tomó un rumbo incierto, guiada por un impulso emergente de conocer la verdad. Debía averiguar quién era esa mujer antes de decidir si contarle a su madre o no. Una parte de ella presentía que el enfrentarse a la confrontación, al desgarramiento que el conocimiento de la infidelidad de su padre traería a su familia, solo empeoraría las cosas. Pero a su vez, se percataba de la responsabilidad que caía sobre sus hombros, una responsabilidad que no debería pertenecerle a una niña de catorce años.

Se levantó de la cama con sigilo, sus pisadas apenas un susurro en el piso de madera disimulado por el rugido del viento contra las ventanas. Descendió rápidamente la escalera hasta llegar al estudio donde había encontrado el celular. El estudio estaba completamente a oscuras, pero Anny sabía exactamente dónde estaba el aparato. Sintió su boca seca como si la ansiedad se hubiera instalado en su garganta, así que tomó un trago de agua antes de revisar el celular. Todavía estaba allí, como un objeto fatídico de destino. Encendió la pantalla y se sumergió en la búsqueda de la mujer desconocida que había llamado "amor" a su padre.

La rápida búsqueda en redes sociales la llevó a una mujer llamada Mariana Sánchez. Gurú del amor y coach de relaciones, era fácil ver cómo había capturado la atención de su padre. Tenía la apariencia de displicencia que Anny había llegado a asociar con las mujeres de éxito: aquellas que parecían independientes, desinhibidas, impulsadas por la pasión que irradiaba como el sol en su piel bronceada. Sin embargo, en sus ojos se apreciaba una tristeza que Anny pudo reconocer, una soledad cautelosa que parecía buscar consuelo.

Anny siguió navegando por las fotos y mensajes de la mujer, y encontró sus conversaciones con su padre, llenas de elogios y caricias virtuales. Mientras leía, se sentía como si una parte de sí misma se estuviera desmoronando, como si una pequeña porción de su corazón se desprendiera cada vez que veía el nombre de esa mujer atravesar la pantalla en letras luminosas.

Sus manos temblaban alrededor del teléfono y las lágrimas surcaban su rostro. Sintió que estaba traicionando a su familia por ser la única

que conocía este terrible secreto, y al mismo tiempo creía que, quizás, la investigación era lo único que podría salvarlos. Anny quería comprender a la mujer que había hecho añicos su vida y la de su madre, quería asegurarse de que si desenmascaraba a su padre, este sería un acto justo y responsable, no una venganza ciega nacida del dolor.

Sin embargo, a medida que se adentraba en la vida virtual de Mariana, Anny fue abrumada por una sensación de inutilidad. Nada de lo que ella descubriera justificaría la traición de su padre, pero por otro lado, esa información le otorgaba el poder de proteger a su madre y a su hermana menor de la devastadora verdad, algo que hubiera deseado alguien hiciera por ella.

Entonces encontró una canción que Mariana había compartido en su muro: “Cuando un Hombre Ama a una Mujer”. Anny notó que su padre había dejado comentarios cariñosos debajo del video, y en su corazón afligido sintió como si un nudo apretado hubiera tomado control de sus pensamientos y sentimientos.

Sollozando, se deslizó por el suelo del estudio hasta quedar exhausta en un rincón, el teléfono en su regazo.

Su vida se había transformado en un campo de batalla, y cada elección, cada decisión, era una lucha por la supervivencia, tanto de sí misma como de su familia. Pero cómo podría enfrentar a su madre embarazada con la horrible verdad? Cómo podría compartirla sin destruir el único mundo seguro que conocía? Anny sabía que debía armarse de valor para hacer lo impensable, hacer lo justo.

Pero en el fondo de su corazón, una pequeña voz temblorosa murmuraba: “A quién si no a mí, le correspondería protegerla?”. Esta noche, Anny había pisado el territorio de los héroes y los villanos, y sentía como si ella misma estuviera pendiendo en la balanza entre la luz y la oscuridad. Su vida, que alguna vez había sido sencilla y llena de alegría, la enfrentaba ahora con decisiones cruciales cuyas consecuencias resonarían en el futuro tumultuoso de su familia y el suyo propio.

Comienza la búsqueda de la amante en redes sociales

Anny respiró hondo y se armó de valor. Era hora de enfrentarse al corazón del tormento que asechaba a su familia, el origen del dolor en los ojos de su

madre. Con los dedos temblorosos, Anny tecleó el nombre de la mujer en el buscador de Facebook, esperando que el internet de su celular le ofreciera un rayo de claridad en medio del cielo oscuro de la incertidumbre.

La primera imagen que apareció fue la de un perfil público, dedicado a la fotografía de Mariana Sánchez, ese misterioso rostro que sonreía con una mezcla de inocencia y provocación. Anny tragó saliva y esbozó un gesto de asco, antes de darse cuenta de que estaba juzgando a base de las emociones que la atormentaban.

Reunió toda la información que pudo sobre ella, navegando por las fotos, las publicaciones y las páginas a las que seguía. Por el perfil, Anny intuía que era alguien inaccesible, un enigma vestido de piel tersa y cabello lacio. Pero en los mensajes que dejaba su padre en sus fotos, en las palabras cargadas de pasión y añoranza, Anny veía que no era del todo inalcanzable.

Anny se sintió empequeñecer al leer esas palabras. Su padre, el hombre que la había visto crecer y que la había consolado cuando de pequeña se despertaba aterrada por pesadillas, no le había dedicado un "te extraño" similar desde hacía mucho tiempo. Ser testigo de sus palabras de amor dirigidas hacia Mariana la hacía sentir como una criatura insignificante, más allá de la vida que compartía con aquel hombre que parecía irremediablemente atraído hacia otra.

Mariana, por otro lado, respondía a los mensajes del padre de Anny con evasiones y aplausos. Nunca parecía corresponder las efusiones de amor de Gabriel, pero tampoco hacía ningún esfuerzo por detener el juego que estaba desgarrando a una familia.

Empezaba a amanecer cuando Anny, agotada de la noche en vela y consumida por la inquietud, abandonó Facebook y se acurrucó en la cama, temblando de frío y de rabia. Se sentía impotente ante la certeza de que Mariana Sánchez era la mujer en la vida de su padre y, por tanto, la culpable del tumulto en el que su familia se había sumido. También se sintió destrozada al darse cuenta de cómo su padre se dejaba llevar por el encanto de esa mujer, mientras ella y su madre padecían en soledad la devastadora verdad.

Anny se sentía perdida, como si el mundo que había conocido hasta ese día hubiera sido transformado por un espíritu maligno en una siniestra caricatura de sí mismo. A lo lejos, escuchaba el llanto de su madre, ahogándose en las almohadas, y deseó poder alcanzarla y consolarla, pero sus piernas no

respondían.

Fue entonces cuando Anny pensó en el nacimiento de su nuevo hermanito. Dio un suspiro profundo, lleno de preocupación, antes de tomar la decisión de enfrentar a su madre e intentar que comprendiera la situación en la que se encontraban.

Los primeros rayos del sol inundaban la habitación de Susana. Con las lágrimas recorriendo sus mejillas, la madre de Anny la miró a los ojos y le dijo: "Hija gracias por darnos fuerzas y por estar conmigo en este momento. Si no fuera por ti, tal vez no estaría aquí para enfrentar a Gabriel y hacerle saber lo que siento."

Entonces Anny se levantó y dijo, con voz clara y decidida: "Mamá, lo que ocurrió fue inaceptable y no podemos permitir que se quede en secreto. Vamos a enfrentarlo juntas. Todo va a cambiar, pero si nos unimos y nos apoyamos entre nosotras, los dos podrán enfrentarse a la situación y encontrar una solución para proteger a nuestra hermana y futuro integrante de la familia."

Susana asintió, con el orgullo brillando en sus ojos. "Así será, hija", dijo, y juntas, madre e hija, abrazaron la esperanza de salvar a una familia que se tambaleaba al borde del abismo.

Descubrimiento de las interacciones románticas entre su padre y la amante

La madrugada había avanzado casi hasta el amanecer, y Anny seguía en su búsqueda solitaria del rostro tras aquel mensaje que había encendido la llama del desasosiego en su vida. Acariciaba el teléfono celular como si pudiera discernir la verdad a través de su fría superficie, dejándose envolver por la luz que parecía poseer un poder hipnótico. Su corazón latía al compás de sus dedos, que volaban por la pantalla en busca del perfil de una mujer desconocida.

La había encontrado en una red social, oculta entre las sombras de comentarios, mensajes privados y fotografías de eventos felices. La amante de su padre prosperaba en ese mundo digital, como un intruso en el jardín de su memoria. Pero Anny sabía que debía enfrentarse a ella, a esa mujer que había dejado cicatrices en su corazón y en el de su madre.

Una vez encontrado el perfil de la amante, Anny sintió un nudo atravesar

su garganta mientras escudriñaba las imágenes que se abrían ante ella en cadena. Vio a aquella mujer en fiestas, abrazada a amigos y familiares, siempre con la misma sonrisa labrada en los labios. Pero había una sombra en sus ojos, una tristeza que Anny apenas podía vislumbrar, y supo que detrás de ese perfil pulido y lleno de felicidad se escondía la amargura propia de quien no puede enfrentar la verdad.

Cuando la pantalla mostró un hilo de mensajes entre su padre y la mujer, Anny sintió como si algo se quebrara en su pecho. Sus dedos se detuvieron temblorosos sobre las letras, temiendo leer las palabras de amor que parecían estar grabadas en carne viva. Pero no pudo evitarlo. Con determinación y rabia, comenzó a leer cada uno de los mensajes tejidos entre su padre y la amante.

Las palabras revelaban una relación apasionada y complicada, una historia escrita en ráfagas de deseo y necesidad. Había promesas y coqueteos, confesiones y anhelos compartidos. Anny sintió la traición de cada palabra como una puñalada en el corazón, un recordatorio constante de las sombras que habían oscurecido su vida desde el descubrimiento de esa infidelidad.

Algunas semanas atrás, Mariana colgaba una imagen de un sol caído bajo la línea del mar, y Gabriel compartía esa fotografía con palabras llenas de nostalgia y amor: "Cada vez que veo el sol despedirse en el horizonte, siento que la distancia entre nosotros se acorta, aunque sea por un instante. Y quiero soñar contigo, navegar en tus brazos en un océano sin horizonte en el que solo borramos los límites entre tus labios y los míos."

Y siguiendo aquellas pistas, poco a poco, Anny iba hilando cápsulas de imágenes y diálogos que la enfrentaba con un amor alienígena e incorrecto. Sus ojos recorrían las confesiones de afecto en el perfil de Mariana, frases que quemaban como brasas en su pecho y le arrancaban lágrimas. A medida que avanzaba en su lectura, sus manos temblaban y se sentía llena de ira y tristeza, como si cada palabra arrasara con la tierra bajo sus pies y la sumiera en un vacío de desesperanza.

Llegó un punto en que las lágrimas cubrieron la visión de Anny y le impidieron seguir. Rodeó el teléfono con sus manos, horrorizada por lo que había descubierto, y sintió que su cuerpo se desplomaba en el suelo. Las paredes de su mundo seguro se habían fragmentado, y a cada paso que daba en la búsqueda de la verdad, Anny sentía que pisaba sobre escombros de lo que alguna vez había sido su vida.

Desesperada y con el corazón despedazado, Anny trató de buscar consuelo en su refugio: el amor inquebrantable de su madre y hermana. Pero su alma estaba enlutada por los secretos que ahora atesoraba y se preguntó si podría arrojar luz sobre la oscuridad sin provocar una devastación total en su familia.

Qué debía hacer, cómo debía proceder? Encerrada en el silencio del estudio, Anny abrazó sus rodillas y lloró, mientras los primeros rayos del sol jugaron a asomarse entre las cortinas cerradas, como si también ellos quisieran ser testigos de la tormenta que hacía temblar su vida.

El momento de quiebre para Anny: "When a Man Loves a Woman"

Las sombras del crepúsculo se reflejaban en la pantalla del celular, marcando el ocaso de un día que había traicionado sus expectativas. Anny se sentía atormentada por lo que había visto en las redes sociales, incapaz de sacar el rostro de Mariana y las palabras de amor de su padre, aunque tratara de evadir el montón de fantasmas que la atacaban con cada recuerdo que evocaba en su mente atormentada.

Con los brazos envolviendo las rodillas y la cabeza inclinada hacia adelante, dejó caer el teléfono y se rindió a la desesperanza que la embargaba. Qué irónica le parecía la vida, que le había mostrado una cara tan dura en un día que antes parecía tan prometedor. Esos recuerdos que se había construido junto a su padre se desintegraban lentamente, en una neblina de amargura y dolor que consumía su alma y la dejaba llorando en el piso, inmóvil y rota.

Sollozó en silencio, tratando de no despertar a su madre, quien había caído en un sueño agotado después de la confrontación con su marido. Las palabras de ese último mensaje resonaban en su cabeza, como una melodía que se negaba a abandonar su cerebro. Deseaba borrar todo lo que sabía y volver a ser la niña ingenua y feliz de antes, sin pensar en Mariana, en esa canción triste que les unía a ella y a su padre.

La canción llamaba su atención, atrayendo su mirada hacia la pantalla del teléfono que yacía a sus pies. Ahí, en un comentario compartido con sus amigos, Mariana había citado la letra de una canción que era para ella, según decía, la más bella historia jamás contada. "When a Man Loves a

Woman”, decía el título, y Anny experimentó un estremecimiento al leer las palabras que, aunque no lo sabía, formaban parte del rompecabezas de la traición que arrastraba a su familia hacia el abismo.

Y mientras miraba el teléfono y las letras parecían saltar desde la pantalla hacia sus ojos, Anny empezó a llorar más fuerte que antes, con un desconsuelo que la hacía sentir como si el peso de la traición de su padre la ahogara en un océano de lágrimas irremediables. Su padre y esa canción, atados a una historia de amor que no debía existir, eran un grito silencioso de angustia que le arrebató la paz y la sumió en la oscuridad más profunda.

Anny se mantuvo sollozando en el suelo, dejándose arrastrar por la tristeza y la incertidumbre. No sabía qué debía hacer, qué podía hacer, para enfrentarse a la verdad y salvar a su familia de un futuro incierto y desolador. Y, sin embargo, en medio de esa tormenta de desesperanza, una pequeña luz parecía brillar en su corazón.

Podría esa canción, esa melodía triste y cruel, ser la clave para enfrentar la verdad y liberar a su familia de la prisión que los atrapaba? Anny no lo sabía, pero entendía que debía intentarlo. Porque, en última instancia, no podría vivir con la culpa de haberse dejado vencer sin luchar, de permitir que el corazón de su madre fuera destrozado por un amor imposible.

Así que secó sus lágrimas y se armó de valor, mientras empezaba a enviar una serie de mensajes privados a Mariana. No sintió miedo ni angustia al enfrentar a la mujer que había cambiado su vida; por el contrario, sintió una determinación fría y ordenada, una llama que ardía en su pecho y le proporcionaba la fuerza necesaria para dar el primer paso hacia la reconstrucción de un mundo fragmentado.

Con cada palabra que tecleaba, Anny se despedía de un pasado que había quedado atrás, pero también abría la puerta a un futuro que quizás no sería tan oscuro como temía. Y con la última palabra pulsada, sintió cómo su corazón daba un vuelco y la esperanza volvía a acariciar su alma, más suave que el viento cálido que soplaba a través de la ventana abierta y más dulce que la melodía de “When a Man Loves a Woman”, aquel himno de dolor y amor que ahora pertenecía a Anny como el eco de la noche se funde con el amanecer.

La madre de Anny encuentra a su hija llorando

Anny no pudo contener un hondo sollozo, y en ese momento, Susana, que había estado tratando de descifrar qué sucedía detrás de la puerta cerrada de la recámara de su hija, supo que debía enfrentar la tormenta y entrar ahí, sin armas y sin miedo, a pelear por la luz de su vida. Así que sin dudarle, Susana abrió la puerta con manos temblorosas y se encontró con un cuadro que le desgarró el corazón.

Ahí estaba Anny, su niña, acurrucada en el suelo, envuelta en un manto de lágrimas y sollozos, sosteniendo con fuerza el teléfono que parecía ser la causa de su dolor. Sus sollozos resonaban en el espacio ahora profanado, y Susana no pudo evitar sentir un vacío en el estómago, una presión opresiva en el corazón que la llevó al derrumbe.

”Mi amor, qué sucede?” preguntó Susana con voz entrecortada, tratando de sonar fuerte y calmada cuando en realidad no podía contener las lágrimas que le venían a los ojos al ver a su hija en ese estado. Anny levantó la cabeza con dificultad, sus ojos hinchados por las lágrimas y la tristeza, su voz apenas audible entre los sollozos que la asfixiaban.

”Ma... Mamá... no quería...” Anny no pudo terminar la frase antes de que un nuevo torrente de lágrimas ahogara sus palabras. Susana se acercó a ella, se dejó caer al suelo y la abrazó con fuerza, como si quisiera protegerla del mundo que había despedazado su corazón.

”Mi niña, dime, cuéntame qué pasa, por favor. Te prometo que estaremos juntas en esto, y que lo superaremos juntas, como siempre. Pero necesito que me digas qué sucede, porque no soporto verte así.” La voz de Susana se quebró al decir esas palabras, y por un instante, ambas compartieron un silencio doloroso y cargado de secretos.

Fue entonces cuando Anny, reuniendo sus últimas fuerzas, levantó el teléfono y lo acercó a su madre. Susana lo tomó con mano temblorosa, y en su pantalla pudo ver lo que Anny había estado buscando en las redes sociales, lo que había intentado enfrentar sola: la evidencia de una infidelidad, una traición que la ataba a su esposo y a una mujer desconocida.

Susana sintió como si un rayo la atravesara, fulminándola en el acto. La rabia, el dolor y la sorpresa luchaban por tomar el control de su cuerpo, pero al ver a su hija desesperada junto a ella, supo que debía mantener la calma y afrontar la situación con dignidad y fortaleza. Porque eso era lo

que su madre había hecho cuando Susana era una niña y la vida le había arrebatado a su padre en un trágico accidente, y eso era lo que Susana debía hacer ahora por Anny.

Así, con voz temblorosa pero firme, Susana comenzó a hablar. "Anny, esto que has hecho, buscar la verdad por tu cuenta, es valiente y difícil. Pero también es peligroso, porque te ha causado un dolor que no puedo permitir que siga creciendo en ti. Tu padre y yo debemos enfrentar esto juntos, debemos lidiar con nuestras sombras y nuestras promesas rotas, y tú no debes cargar con ese peso en tus hombros. Eres mi luz, mi razón de vivir, y no quiero que te consuma esta oscuridad."

Anny comenzó a llorar de nuevo, esta vez por las palabras de su madre y por el abrazo protector que la envolvía en ese momento de desesperanza. Y juntas, en medio de ese abrazo desesperado y de la soledad que las atenazaba, madre e hija se derrumbaron, llorando a unísono, por el amor que había sido traicionado, por las promesas que se habían quebrado y por la vida que ahora debían reconstruir juntas.

Entonces, la lluvia afuera comenzó a caer, a mezclarse con las lágrimas de Anny y Susana, y la tristeza que se adueñó de su hogar. Pero también, a regar las semillas de la esperanza y la resiliencia que comenzaban a crecer en sus corazones.

Anny revela el secreto y muestra las pruebas a su madre

Anny sintió como si un viento gélido estuviera recorriendo su espina dorsal, y la brisa fresca del atardecer a través de la ventana abierta ya no le parecía reconfortante. Las imágenes y palabras en el teléfono móvil en sus manos la habían despojado de toda la inocencia y la habían colocado en un terreno desconocido, turbulento y oscuro.

Susana, su madre, estaba sentada en la sala con la cabeza inclinada hacia un lado, sus ojos cerrados y sus manos cruzadas sobre el vientre abultado. Parecía como si estuviese conversando en secreto con el bebé que llevaba dentro, anhelando encontrar refugio en la dulce vida que crecía en su matriz. Los rizos largos de sus cabellos castaños caían hasta sus hombros, acariciados por la misma brisa que producía escalofríos en su hija.

Anny levantó el teléfono ligeramente, como si fuera un objeto sagrado y pesado al mismo tiempo, sabiendo que tenía en sus manos el poder de

cambiar para siempre la vida de su madre, su hermana menor Lucía y ella misma. La decisión de dar el siguiente paso la aterrorizaba y, al mismo tiempo, sabía que no podía guardar el secreto por más tiempo.

Así que, manteniendo el teléfono fuera de la vista de su madre, se acercó con pasos vacilantes y se arrodilló lentamente a su lado. La voz de Anny temblaba y era apenas audible cuando pronunció las palabras que sacudirían su mundo para siempre: "Mamá, tenemos que hablar".

Los ojos de Susana se abrieron de golpe y su rostro palideció al ver el rostro sombrío y torturado de su hija. Aunque su madre aún no sabía qué estaba por venir, algo en la mirada de Anny le dijo que ese momento traería dolor y tormenta.

Susana tomó el teléfono que Anny le entregó con manos temblorosas, su corazón latiendo con fuerza dentro de su pecho. Su voz se quebró al preguntar: "Mi amor, qué sucede?"

Anny no pudo contener las lágrimas que brotaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas. "Mamá, es papá y otra mujer".

El impacto de las palabras de Anny fue incisivo, como una hoja fría, y Susana no pudo evitar sentir un vacío en el estómago, una presión opresiva en el corazón. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y su respiración se volvió entrecortada, pero Susana trató de mantener la calma por el bien de su hija.

Con la voz contenida, Susana le preguntó a su hija: "Anny, cómo encontraste esto? Por qué no me lo dijiste antes?". La culpa que sentía por no haber sido capaz de proteger a su hija de tal horror la invadió.

Anny sollozó y respondió: "Yo lo vi en el teléfono de papá Estaba mensajeándose con otra mujer Mariana Y las cosas que le decía Mamá, era obvio que había algo entre ellos." Las lágrimas continuaron cayendo.

Susana deseaba con todo su corazón que todo esto no fuera más que una pesadilla. Pero las pruebas estaban en sus manos y el dolor en los ojos de su hija era innegable. Los dos permanecieron en silencio durante unos instantes, compartiendo una profunda tristeza y el pesado fardo de una verdad que podría destruirlos.

Entonces, con voz temblorosa pero firme, Susana tomó una decisión: "Anny, iremos juntas a enfrentar a tu padre. No es justo que hayas llevado esta carga por tanto tiempo, y ahora me toca a mí ser fuerte por las dos". Haciendo eco de sus palabras, Susana envolvió a Anny en sus brazos y en el

amor que la había sostenido desde el primer día.

Juntas, madre e hija enfrentaron el torbellino de emociones, la vergüenza, la ira y la desesperación que venían con la verdad sobre la infidelidad del padre y marido. Y en medio de esa tormenta, Anny y Susana se aferraron la una a la otra, sintiendo que solamente si permanecían unidas podrían recuperarse y sobrevivir a la traición que las rodeaba.

En ese momento oscuro y abrumador, comprendieron que jamás volverían a ser las mismas. Pero también, en el abrazo apretado que compartieron, encontraron una promesa de resiliencia y esperanza, una promesa de luchar juntas y de algún día encontrar la paz, aunque las cicatrices de la traición permanecerían siempre con ellas.

Chapter 2

Investigación de la amante

Esa noche, Anny apenas pudo conciliar el sueño. Las imágenes del teléfono de su padre y la mujer que había visto en él danzaban por su cabeza, robándole la quietud y llenándola de una angustia atroz. Decidió que, por más que le doliera, necesitaba saber la verdad, conocer a la mujer que ahora se había vuelto una pesadilla recurrente en su vida. Si había alguna posibilidad de enfrentar a su padre y proteger a su madre y hermana, debía saber exactamente con quién estaban lidiando.

Así que con una mezcla de determinación y miedo, comenzó a buscar en las redes sociales, escudriñando perfiles y fotografías, tratando de hallar algún indicio o rastro que le revelara la identidad de esta mujer misteriosa llamada Mariana. Pasó horas frente al celular, navegando entre páginas y disponibles públicamente, hasta que finalmente encontró lo que parecía ser la pieza que faltaba en el puzzle: un perfil de Facebook de una mujer llamada Mariana Sánchez, que trabajaba en la cafetería del pueblo y había compartido recientemente una foto con la frase "Cada vez que 'él' me visita, mi mundo se ilumina."

Al ver esa foto y leer la publicación, Anny sintió cómo el suelo se abría bajo ella, como los cimientos de su vida se derrumbaban uno tras otro. Pero no podía detenerse ahora, no cuando estaba tan cerca de descubrir el abismo en el que había caído su familia. Así que siguió investigando, deslizando su dedo por la pantalla del teléfono móvil, buscando entre mensajes, fotos e interacciones que confirmaran sus peores temores.

Fue entonces cuando encontró el comentario que hizo su padre en una foto de Mariana, una foto en la que la mujer posaba con una sonrisa coqueta

y el cabello revuelto, con la playa de fondo. "Siempre encuentro la paz en tu compañía", había escrito su padre, con un emoticono de un corazón al final.

Anny sintió que las lágrimas se desbordaban de sus ojos al leer esas palabras, palabras que le quemaban el alma y le hacían sentir como si estuviera traicionando a su propia madre con cada línea que leía. No obstante, impulsada por esa mezcla de furia y desesperación, continuó rastreando las interacciones entre su padre y Mariana, encontrando más y más evidencia de la relación ilícita que habían mantenido a espaldas de su madre y de sus hijas.

Cuando Anny ya no pudo soportar más, apagó el teléfono, lo dejó sobre la cama y se dejó caer al suelo, llorando desconsolada y con el corazón hecho pedazos. Aquí estaba ella, una niña de apenas catorce años, afrontando un monstruo inmenso y horrible que amenazaba con destruir todo lo que había conocido y amado.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, llorando en silencio y en soledad, tratando de luchar contra la tormenta que se había desatado en su interior. Pero cuando por fin logró alzar la vista, vio el cuadro que su padre le había regalado en su décimo cumpleaños, un cuadro que mostraba a la familia unida y feliz, en una playa bañada por la luz del atardecer. "Porque siempre estaremos juntos, mi niña", le había dicho entonces su padre, cuando todavía creía en sus palabras y en su amor.

Anny observó ese cuadro, ahora convertido en un recuerdo amargo y triste, y supo que no podía cargar sola con este secreto. Debía enfrentarse a su madre, decirle la verdad, y luchar juntas si querían salvar su hogar y su corazón de la oscuridad que amenazaba con devorarlos.

Así, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta, Anny tomó el teléfono y decidió dar el siguiente paso, el paso más difícil y doloroso de su vida, sabiendo que solo la fortaleza y el amor de su madre podrían guiarlas a través de la tormenta que se avecinaba.

Decisión de Anny de investigar a la amante

Aquel día, Anny había decidido que era momento de enfrentar sus demonios. Había pasado mucho tiempo desde que encontró aquel mensaje en el teléfono de su padre, pero quizás si llevaba toda una vida viviendo con una verdad que no quería conocer. Cada día que pasaba era como un ladrillo más sobre

los muros que había comenzado a construir en su corazón, con la esperanza de protegerse de cualquier daño futuro.

Sin embargo, la pregunta que Anny no lograba responder era si realmente podría siendo capaz de guardar ese oscuro secreto y, de alguna manera, continuar con su vida como si nada hubiera cambiado. Buscar a la mujer que había caído como una sombra sobre su familia era como internarse en un bosque lleno de espinas y zarzas, donde cada paso era un riesgo y una herida.

Aún así, ahí estaba Anny, sentada en su habitación, con la tenue luz de la tarde reflejándose en su rostro pálido. Con su teléfono en la mano, ella sabía que este era el momento de la verdad, era el momento de decidir si estaba lista para revelar los secretos que se ocultaban en la oscuridad.

Y así comenzó la búsqueda en el laberinto de las redes sociales, tratando de encontrar alguna pista, algún rastro que la llevara a la persona cuya identidad había vuelto su vida patas arriba. Pero a medida que las horas pasaban, Anny no podía evitar sentir que se estaba convirtiendo en una especie de detective de sombras, tratando de desentrañar una verdad dolorosa y turbia.

Mientras navegaba por las pantallas de su celular, Anny se preguntó si su madre alguna vez había dudado de la fidelidad de su padre o si había notado algún cambio en su comportamiento que sugiriera que su matrimonio estaba en crisis. Acaso los adultos siempre comprendían la magnitud del dolor que sus errores podían causar en sus hijos? O eran meros espectadores impotentes, atrapados en una pesadilla que nunca habían imaginado?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Anny encontró una pista prometedora: un perfil de Facebook de una mujer llamada Mariana Sánchez, empleada en una cafetería local. En su perfil, había una fotografía de ella, sonriente y con un vestido azul oscuro, acompañada de un comentario que decía: "Los sueños siempre se cumplen cuando menos lo esperamos".

Anny sintió como si un nudo de emociones indescriptibles se apretara en su garganta al ver ese rostro sonriente y despreocupado, plenamente ajeno al dolor que estaba causando a su familia. Era como si cada palabra, cada gesto de aquella mujer estuviera envuelto en una ironía amarga y cruel.

Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, Anny siguió investigando, reuniendo más y más pruebas de la relación emocional y física entre Mariana y su padre. Algunos de los mensajes que compartían eran cálidos y afectuosos,

pero otros eran hirientes, como si desgarraran una herida abierta en su alma.

Mientras acumulaba evidencias, Anny se debatía entre la rabia y la desesperación, sintiendo un torrente de lágrimas que amenazaba con desbordarse en cualquier momento. Pero, por encima de todo, lo que más la atormentaba era el inmenso amor que sentía por su madre y la necesidad de protegerla de la tormenta que se avecinaba.

Fue entonces cuando Anny encontró un mensaje que decía: "Cuando la noche más oscura se cierne sobre nosotros, es entonces cuando vemos realmente la luz. Eres esa luz en mi vida, y siempre lo serás". Esa declaración de amor, dirigida a su padre, golpeó a Anny como un puñetazo en el pecho y supo que ya no había marcha atrás. No había forma de seguir adelante con esa carga en su corazón, especialmente cuando sabía que su madre estaba sufriendo innecesariamente.

Por lo tanto, tomó una profunda bocanada de aire y se levantó de su silla, decidida a compartir esa verdad descarnada con la única persona que importaba: su madre. Haciendo acopio de todo el valor y fuerza que tenía, Anny se preparó para enfrentar lo que sabía sería la conversación más difícil y desgarradora de su vida.

Pero lo que Anny aún no sabía era que la verdad, por dolorosa que fuera, tenía el poder de cambiar su vida, su relación con su madre y su percepción del amor y la confianza de formas que nunca antes había imaginado.

Búsqueda en Facebook de la amante

Susana había salido con Lucía al mercado para comprar algunas cosas que necesitarían en casa. Anny sabía que tenía una ventana de tiempo relativamente corta pero suficiente para hacer aquello que llevaba días posponiendo: buscar a Mariana, la mujer con la que su padre había estado teniendo una relación, en Facebook. Sentada en su habitación, regocijándose en el silencio, sostenía su celular en la mano, lista para sumirse en la oscuridad que esperaba encontrar.

Decidió empezar por la página de la cafetería de su pueblo, a la que había llegado Mariana hace apenas unos meses. La joven estaba consciente de que esta primera aproximación podría no dar resultados, pero si había algo que había aprendido a lo largo de los últimos días, era que la búsqueda de la verdad era tanto un proceso metódico como emocionalmente gruelling.

Pronto encontró una foto en la que aparecía Mariana sonriendo entre panecillos y tazas de café. Anny sintió cómo sus manos temblaban de rabia y de un temor contenido al ver la sonrisa de la mujer que había agrietado su mundo.

Rápidamente visita el perfil de Mariana, sin saber de qué constaría el material arbitrario que viva en ese espacio cerril y árido. Su corazón latía con fuerza y hacía eco en sus oídos, mientras su pulso comenzaba a subir por la garganta.

Su primer impacto fue en la portada del perfil, donde había una foto de muro donde Mariana, con el mar de fondo, posaba con un vestido azul, recostada en la barandilla de un puente. Aquello que más llamaba la atención de la imagen no era tanto el paisaje o la atractiva mujer que ocupaba el centro de la escena; era, sin embargo, aquel comentario que había dejado Gabriel -su padre-. "Eres mi faro en medio de la oscuridad", decía. Y a Anny no le quedó duda alguna de que no había sido dirigido a ninguna otra persona.

Deslizándose por el perfil, encontró fotos de viajes y de momentos en aparente soledad que compartía Mariana. Sus estados dejaban ver fragmentos de su personalidad y de su historia, pero no le decían nada a Anny. En un momento dado, su mirada se detuvo en una imagen, donde se leía "Hay amores que matan, y otros que nos devuelven la vida". Y no pudo evitar preguntarse a cuál de ellos pertenecería la relación de su padre con esa mujer.

Las lágrimas empezaron a borrar las líneas de texto en el teléfono. Anny se puso de pie, tratando de frenar el maremoto que amenazaba con apoderarse de su visión y su cordura. Soltó un grito levantando la cabeza hasta ver el techo que parecía hundirse sobre ella. A pesar de la amargura que emanaba de aquella nueva realidad, no podía escapar de su deber. No, ella no podía ser como su padre, quien había huido de su responsabilidad y había sucumbido al calor de otros brazos. Anny debía ser fuerte y valiente; debía proteger a su madre y enfrentarse a la tormenta que insistía en hacerle derramar lágrimas que ya no querían ocultarse.

Con los ojos enrojecidos y la cara descompuesta, Anny comenzó a revisar la lista de amigos de Mariana, con la esperanza de encontrar algo más que consiguiera demostrar una relación más allá de la amistad entre los dos. Sus dedos se movían con ímpetu y velocidad en una especie de danza

desenfrenada que intentaba atrapar las chispitas de verdad que prendían la hoguera de la rabia y el dolor que quemaban su corazón. No había tiempo para descansar ni para el remordimiento, había llegado el momento de enfrentarse a otro monstruo que amenazaba con arrancarles la felicidad y la paz a su madre y hermana.

Al desplazarse por las imágenes del teléfono, Anny comenzó a considerar cómo le contarían a Lucía y cómo esto afectaría la vida de su hermana menor. No podían protegerla para siempre, pero no podían dejarla sumida en la oscuridad, ni desproteger una pequeña isla de la felicidad a la que ella también tenía derecho.

La vida que conocía se esfumaba como humo en cada foto, en cada comentario, en cada palabra que traía consigo el peso del engaño, el sabor de la traición y el imperativo de enfrentar lo que ya no podía seguir ocultándose en el silencio cómplice de la negación. Porque, a pesar de todo lo que había perdido y de aquello que la había lastimado, Anny sabía que tenía algo aún más valioso: un amor inquebrantable por su madre y una determinación indestructible de proteger a su familia, incluso si esto significaba encarar las sombras más oscuras y aterradoras de su corazón.

Descubrimiento de las interacciones entre el padre y la amante

La tarde en la costa estaba bañada de un melancólico sol cuando Anny regresó de la escuela. Lucía corría a su lado, revoloteando como un pájaro pequeño, ajena a la tormenta que se avecinaba en la vida de su hermana y su familia. Anny había llevado a cabo su investigación acerca de Mariana y se había enfrentado con una serie de descubrimientos estremecedores. Una parte de ella necesitaba compartir esa verdad lacerante con su madre, pero no había podido reunir el valor suficiente para enfrentarla.

Ya en su casa, Anny dejó que Lucía entrara primero para luego cerrar la puerta a sus espaldas. Recargó la frente contra la madera y cerró los ojos, rogando a Dios que le diera un poco más de tiempo para pensar. Pero tan pronto abrió los ojos, su madre, Susana, estaba de pie frente a ella. La mirada de cansancio y preocupación que llevaba en el rostro era un indicador, no solo de las últimas semanas llenas de estrés y angustia, sino también del peso adicional que la esperanza y el terror de un próximo nacimiento

acarreaban. Su vientre abultado de meses le quitaba el aire a la habitación.

"Susana," murmuró Anny. Pero su voz apenas alcanzó a salir de su garganta, como el último aliento de una vela apagándose. Susana extendió ambas manos y agarró a Anny por los hombros, como si pretendiese sostenerla en el filo del abismo. "Anny, necesitas hablarme," susurró. "Siento que hay un monstruo entre nosotros y no sé cómo defenderme de él."

A cuesta de un enorme esfuerzo y luego de tomar una profunda bocanada de aire, Anny logró elevar la mirada y encontrarse con los ojos de su madre, pues sabía lo mucho que le dolía verla sufrir. Sin embargo, en ese instante crítico, el teléfono en su mochila vibró con tanta fuerza que parecía aletear, como un ave nocturna batallando por salir de su encierro.

Sin pronunciar palabra alguna, Anny sacó el celular y leyó el mensaje que había llegado. A pesar de que el nombre del remitente era desconocido, Anny reconoció inmediatamente de quién se trataba: Mariana, la mujer con la que su padre había estado engañando a Susana. El mensaje decía: "Cuando un hombre ama a una mujer, debe defender su amor con uñas y dientes. Esa es la única verdad que vale la pena inmolarse".

Anny permaneció con la vista fija en las palabras que aparecían ante ella, como desmembramiento de su familia. La verdad era una serpiente que se enroscaba en su corazón, reventándolo, resucitándolo y volviéndolo a matar en cada latido. Sabía que no tenía más opción que enseñarle la pantalla a su madre porque, por encima de todo, había algo más importante que las mentiras y las traiciones: el amor inalterable que sentía por ella y la necesidad de protegerla.

Cuando Susana vio el mensaje, un estallido de terror la cruzó de pies a cabeza, haciendo temblar sus piernas. Pero el miedo duró apenas un segundo antes de dar paso a una corriente de ira y humillación profunda. Sus ojos llamearon, y cuando por fin habló, su voz era un alfiler que rasgaba el aire: "Esa mujer me lo ha arrebatado todo. Pero no permitiré que robe lo poco que nos queda. Aún tenemos una familia, y necesitamos protegerla".

Anny se abrazó a su madre, mientras Susana sollozaba en su hombro. Sentía que la avalancha de emoción y sufrimiento que arrastraba debajo la piel estaba a punto de desbordar y transformar por completo su vida. Pero también estaba agradecida. Agradecida porque había tenido la fuerza de revelar la verdad a tiempo, de enfrentarlo juntas, como madre e hija. Una ante otra, el amor en sus corazones era tan grande que se podía decir que

no había monstruo que pudiera destruirlo. Incluso si este último era un hombre que amaba profundamente a una mujer.

Reacción de Anny al ver las pruebas de la relación

Anny apretó los ojos con fuerza, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con brotar. Había encontrado las pruebas muy claramente: mensajes con palabras cariñosas, fotos de ellos abrazándose bajo los arcos de la plaza central, comentarios coqueteando en las publicaciones de cada uno.

En ese momento, Anny se sintió desgarradora y completamente sola en su dolor. La humillación, el enfado y el miedo dominaban cada fibra de su ser, mientras su corazón amenazaba con desgarrarse y esparcirse en mil pedazos por el suelo. Su mano temblaba, apenas sosteniendo el teléfono celular como si fuera la mismísima serpiente que traicionó a Eva en el paraíso.

Todo dentro de ella gritaba por dejar el teléfono y huir lejos de esa realidad que la consumía con cada latido del corazón, con cada onda expansiva de la oscuridad que había invadido su mundo. Pero había algo más fuerte en ella, algo que no iba a dejarse vencer por el miedo ni el dolor: era ese amor inquebrantable por su madre, esa necesidad de protegerla a ella y a su hermana, aún a costa de su propia felicidad y paz.

Anny cerró los ojos un instante, respiró profundo y volvió a enfrentarse a las pruebas de la infidelidad de su padre. Cada palabra era una daga más que se clavaba en su corazón, cada foto era otra traición y otra ruptura en el muro de confianza y amor que una vez tuvo hacia su padre.

Por qué ella? Por qué su padre había decidido traicionar a su madre con esta mujer que lo había embrujado con su coquetería y falsas promesas de amor? Anny no tenía respuesta, pero cada fibra de su ser clama por venganza y justicia.

El ruido de la puerta abriéndose la hizo dar un brinco en su silla. Levantó la mirada y vio a su madre entrar.

Susana se detuvo en el umbral de la puerta, observando a Anny con una mirada llena de preocupación. La chica sospechaba que su madre había estado todo el tiempo al tanto de su sufrimiento silencioso, pero tal vez no sabía cuál era el monstruo que la devoraba desde el interior.

"Anny, cariño," comenzó Susana, con voz vacilante. "Qué ocurre? Estás

pálida... Es algo que hayas visto en el teléfono?"

Anny esperó un momento, tratando de reunir el valor necesario para enfrentar a su madre con las pruebas. Las lágrimas que había contenido empezaron a derramarse por sus mejillas, dejando ardientes rastros de dolor en su piel. Sintiendo que sus fuerzas se debilitaban, apenas pudo murmurar con un hilo de voz, "Mamá... él... él nos traicionó".

Susana abrió los ojos de par en par, como si hubiera sido golpeada en el corazón. Se tambaleó levemente antes de llegar adonde estaba Anny y tomar su mano, como si fuera a desvanecerse si no tenía algo a qué aferrarse. "De qué hablas, cariño?"

Anny le mostró a su madre la pantalla del celular, con las pruebas que ya no podía seguir ocultando. Susana miró la pantalla, su rostro pasando por una sucesión de confusiones, angustias y enojos, antes de finalmente volverse hacia su hija y abrazarla con fuerza.

Ambas permanecían en silencio, tratando de procesar lo que acababan de descubrir juntas. "Lo enfrentaremos juntas", afirmó Susana con tono decidido, aunque Anny no pudo evitar notar que su voz temblaba. "No permitiré que esta situación nos destruya, a nosotras ni a nuestra familia".

Anny alzó su mirada y vio la determinación y la fuerza en los ojos de su madre, a pesar de que las lágrimas se agolpaban en sus bordes. Allí estaba, ante ella, la mujer que siempre había admirado y amado, lista para enfrentar al mundo y proteger a su familia.

Juntas, madre e hija, se abrazaron en medio de la tormenta que amenazaba con arrastrarlas lejos y separarlas, pero la fuerza de su amor mutuo las mantenía juntas, unidas como nunca antes, y dispuestas a enfrentar cualquier monstruo que se interpusiera en su camino. Porque sabían que, pase lo que pase, siempre tendrían el amor y el apoyo incondicional una de la otra. Y eso, a fin de cuentas, era más poderoso que cualquier mentira o traición.

Anny exporta el chat de la infidelidad a su propio celular

Anny estaba en su habitación, observando el celular de su padre con los ojos llenos de lágrimas. El corazón se le partía cada vez que leía uno de esos mensajes en los que Gabriel le juraba amor eterno a Mariana, en los que le prometía que iba a ser solo suya para siempre. "Pero... cómo no se

dio cuenta? Cómo pudo ser tan ciego? O es que acaso yo no lo conozco lo suficiente?”, se preguntaba la joven, mientras le recorría un escalofrío por la espalda cada vez que empezaba a leer otro de esos mensajes.

De repente, Anny sintió que era necesario conservar esas pruebas. “Si mi madre decide enfrentarse a él. . .”, pensó, “los mensajes son su única arma. Pero no quiero que mi papá se entere de que ya lo sabemos. . . no quiero que la confrontación sea más dolorosa de lo necesario. Tengo que enviarlos a mi celular, pero cómo hago? Y si él llega a darse cuenta?”.

Anny respiró hondo y encendió el celular, dispuesta a enfrentar su propia condena. Después de navegar por la pantalla por unos instantes, logró exportar el chat al correo electrónico asociado al celular de su padre. A continuación, prendió su propio celular, ingresó al correo de su padre y abrió el email que acababa de enviarle.

Ante sus ojos, apareció la cadena completa de conversaciones, tan devastadores y estremecedores como si los estuviera leyendo por primera vez. Anny se echó a llorar ante ese desfile de confesiones de amor, de promesas, de sospechas confirmadas. En su habitación solitaria, percibía la soledad que podría envolverla en los días siguientes, cuando se decidiera a enfrentar a esa mujer, cuando las mascararas de su padre cayeran y su mundo se derrumbara en cascadas de decepción.

Sus dedos temblorosos volvieron a tocar el celular. Descargó las fotos de su padre y Mariana juntos. Las imágenes la golpearon de nuevo; una marea de recuerdos y lágrimas llenaba su garganta, amenazando con ahogarla.

Aquella noche para Anny fue una eternidad llena de astillas y vidrios rotos; quería dormir, esperar la llegada de un sueño feliz que la alejara de todas esas palabras, pero las imágenes la perseguían incluso con los ojos cerrados, luego en sus terribles pesadillas. Pero lo peor de todo eran las preguntas que no cesaban de lacerar su corazón, la búsqueda desesperada por saber cómo y cuándo todo empezó, por qué su padre había cambiado tanto, por qué la vida le había robado esa oportunidad de ser simplemente una niña y de creer en las fábulas y en el amor verdadero.

Llegó la mañana, y con ella un sol que trataba de horadar las persianas de la ventana, y un calor sofocante que convertía la habitación en un agujero negro de desesperación. Anny decidió levantarse, y tan pronto pisó el suelo sus piernas temblaron. Cierta mareo la asaltó, pero no le impidió rebuscar entre sus cosas, desordenadas como los sentimientos que se le revolvían

dentro, y marcar el calendario en la fecha de ese día. Había decidido que iba a enfrentar a Mariana después de clases, y le daba escalofríos pensar en ese encuentro y en la reacción que podría provocar en esa mujer. Pero no había vuelta atrás; su padre le había robado la paz, Mariana había parido la tormenta que se avecinaba, y solo ella, Anny, podría poner punto final a esa lacerante verdad.

Observaciones de Anny sobre la personalidad y vida de la amante

La penumbra del amanecer cayó sobre la ciudad costera, y las primeras luces del día bañaban la habitación con rayos de luz, como si fueran delicadas lágrimas que deslizaban por la piel quemada. Anny se despertó sobresaltada, el corazón latiendo en su pecho como un tambor de guerra. Sus brazos aún aferraban el teléfono móvil, como si fuera una daga que le recordaba el sabor amargo de la traición. Esta había sido su vida en los últimos tiempos, una letanía interminable de días grises que se sucedían sin tregua, una caravana de derrotas e incertidumbre.

Sus manos temblaron al desbloquear el móvil y sacar las fotos de Mariana que había conseguido guardarse en su correo electrónico. Esa desconocida mujer, con sus ojos grandes y labios sensuales, no parecía dar fe a las viles criaturas del abismo que surcaban su mirada, y destacaba la pregunta que Anny llevaba ahogada en su garganta: quién era esa mujer? Por qué había seducido a su padre? Qué buscaba ella al hundirse en las sombras de la vida de sus padres, sin sentir ninguna culpa por el dolor infligido a sus hijas, a una familia que nunca había pedido ser traicionada ni a la que le debían nada?

Los pensamientos de Anny revoloteaban, rápidos y oscuros, mientras sus ojos seguían la silueta de la mujer en las fotos, tratando de descifrar algún signo, alguna pista que pudiera ayudarla a entender. Allí estaba, Mariana, en su cúmulo de fotos y rostros sonrientes, con su nombre en letras mayúsculas que parecían golpear a Anny en la cara como una bofetada intolerable. Y en cada imagen, en cada paseo por el muelle con los brazos entrelazados, en cada frase con un coqueteo insinuante que parecía trascender las palabras, había un rastro de ese engaño que se engullía a Anny, un recoveco de sombras más oscuro y profundo que cualquier pozo. Pero también había un rastro

humano, y era justamente eso lo que más dolía a Anny.

Mientras su pulgar navegaba por las fotos y comentarios en las redes sociales de Mariana, Anny no lograba abstraerse de la historia personal que se escondía detrás de esos momentos capturados. Aquella mujer, cuya existencia había traído dolor y desasosiego a su propia vida, tenía sueños y esperanzas propias. Y, lo que Anny descubriría más adelante, Mariana ya había vivido su dosis propia de decepciones.

Ahí estaba, escrita en un comentario en una foto antigua, una joven Mariana sonriendo con tristeza a los lados de un hombre, el que Anny más tarde descubriría que era una antigua relación de años atrás. Algunas palabras dichas por sus amigas en ese post revelaban que con él había compartido la mayor parte de su vida, hasta que este le había sido infiel. Anny entornó los ojos e intentó imaginarse la infidelidad multiplicada en ambos lados de la relación entre Mariana y su padre, el peso de ese dolor soportado por esas dos mujeres. Se habrían sentido igual de traicionadas ambas? Y si así fuera, qué llevo a Mariana a hacerle eso a su madre? Trató de encontrar alguna justificación en lo quecedido, pero sus pensamientos se volvían más oscuros a cada segundo que pasaba.

Un nudo en la garganta la asaltó mientras sus dedos se engarzaban en un puño, aferrándose al borde de la ventana como si fueran las manos frágiles de sus esperanzas, mordiendo sus labios para no dejar que las lágrimas se derramaran por sus mejillas.

"Por qué, Mariana?", musitó Anny en un hilo de voz, su corazón pesado por la angustia y el dolor. "Qué nos vieron a nosotros para dejarnos así, con esta tristeza al reborde de las almas? Saben siquiera la magnitud del sufrimiento que han dejado en nuestras vidas?"

La respuesta quedó en la habitación vacía, tragada por el amanecer que lucía esquivo por la ventana. No había consuelo, no había manera de huir de los remolinos de la traición que la envolvían sin clemencia. Pero en medio de esa oscuridad implacable, Anny sabía que tenía que seguir adelante, que tenía que mantenerse en pie y luchar por su madre y su hermana, y enfrentar a esos monstruos que los acechan silenciosamente hasta construir un refugio seguro de amor y esperanza.

Porque en la desesperación hay fuerza, y en la lágrimas abrazó el recuerdo de quienes la amaban, sus brazos rodeando el pecho creciendo dentro de su madre, el rostro sonriente de Lucía. Y con ese recuerdo ardiente en su

mente y corazón, Anny se dio la vuelta y decidió que debía seguir adelante, enfrentarse a los monstruos detrás de cada esquina, y luchar por ese amor y protección que se merecían su madre, su hermana y ella misma. Porque en el dolor, Anny encontró la fuerza más poderosa de todas: el amor inquebrantable por su familia.

Intento de Anny de entender los motivos detrás de la relación

Anny se encontraba en su habitación, el cálido sol de la tarde bañaba las paredes blancas con una luz dorada, revelando las sombras azules que se escondían en los pliegues de las cortinas. El silencio se había instalado en el hogar desde el amargo descubrimiento de su padre y sus mensajes, y el sonido tintineante de los dijes colgados en el atrapasueños parecía ser lo único que se atrevía a romper esa mudez.

En sus manos tenía su teléfono móvil, ajeno a las preocupaciones del momento, solicitando su contraseña para revelar los secretos que sus dedos temblorosos buscaban. Con un suspiro, decidió ingresar y comenzó a revisar el perfil de Mariana, la amante de su padre, en busca de un punto de conexión. Pero mientras más avanzaba en las publicaciones, comentarios y fotos, más le costaba encontrar algún patrón, algo que justificase esa traición y aquel desdén por su familia.

-¿Qué buscas, Mariana? -preguntó en voz baja y con un tono de rabia contenida que parecía expandirse por el aire, mientras que su mente repetía sin cesar la siguiente pregunta - : Por qué hiciste esto?

En su intento de aclarar ese oscuro misterio, Anny decidió examinar las redes sociales de aquella mujer que, hasta hace poco, había sido una desconocida para ella. Pero lo que encontró solo pareció aumentar sus dudas aún más. Las fotos de Mariana parecían indicar a simple vista una vida feliz y mundana: cenas con amigos, celebraciones familiares y viajes de vacaciones. Pero entre esas imágenes había comentarios sutiles, rostros que develaban una historia de soledad y de cicatrices ocultas por debajo de las redes sociales.

Fue entonces cuando se topó con una foto que le tomó por sorpresa.

Una Mariana joven y sonriente, abrazada a un hombre bien parecido, con una leyenda que parecía indicar que eran pareja. A simple vista, era

una imagen como cualquier otra. Pero al leer los comentarios de sus amigas, con guiños insinuantes y bromas trabajadas, Anny logró averiguar que aquel hombre había sido la pareja de Mariana en aquellos años previos, antes de la entrada de su padre en la vida de la mujer.

Y fue en esos comentarios donde surgió una revelación más, una sorpresa que no esperaba y que alimentó aún más su confusión.

Mariana también había sido víctima de la infidelidad.

Las palabras se repetían en su mente como ecos, rebotes abrumadores que le impedían pensar. Era posible que Mariana hubiera sido víctima al igual que ella? Significaba eso que había algún tipo de conexión entre las traiciones que habían vivido? Esa complicidad y ese daño compartido las hacía aliadas o adversarias? Anny se esforzaba en dar sentido a esas preguntas mientras solo le asaltaba una palabra en su mente: Por qué?

Cada que lo pensaba, Anny se sentía más atrapada entre la comprensión y la culpa, luchando contra los remordimientos y las lágrimas que le amenazaban con aparecer. Y era entonces cuando sintió una complicidad con Mariana, como si un hilo invisible las conectara a través de sus heridas y las hiciera atestiguar la vida descarnada e irresoluble de sus compañeras de sufrimiento.

Una oleada de emociones y pensamientos inundó a Anny en ese instante, haciéndola dudar de sus propias convicciones y temiendo que tanto su dolor como el de Mariana pudieran atarlas a un destino nefasto e ineludible.

El aire de su habitación se volvió asfixiante y se sentó en el suelo, el móvil resbalándose entre sus dedos y cayendo a su lado. Y aunque en su mente se expandían las imágenes de ella enfrentando a Mariana, también afloraba la tristeza de ver en esa mujer un reflejo de su propio dolor.

Cerró los ojos y se dejó embargar por un remolino de pensamientos, de imágenes indescifrables y preguntas sin respuesta. Y mientras intentaba anudar esos tropezos en una sola verdad, en una declaración que le permitiera entender y actuar, solo pudo repetirse en un hálito de voz rozando el silencio: "Quién eres tú, Mariana? Por qué hiciste esto?"

Pero aunque esa pregunta campaneaba en el aire como un eco, Anny no ignoraba lo que gracias a su investigación había descubierto. Existían afilados bordes en ese eco, que le descuartizaban las ansias de justicia detrás de sus sospechas. Pues, a medida que esas imágenes e indicios la atravesaban como raudales helados, Anny no podía evitar sentir que aquel

abismo en la vida de Mariana era también un abismo en su propio corazón, en su percepción del mundo. Entonces, en ese estremecimiento de dudas e inseguridades, apretó sus puños y se abrazó a sí misma, como si pudiera así proteger lo que queda de su inocencia antes de enfrentar el destino que le aguardaba.

Efecto emocional en Anny durante la investigación

Era la séptima noche consecutiva en la que Anny se permitía explorar el perfil de Mariana. Aquella, como las anteriores, se había posado en su habitación con la puerta cerrada, escondiéndose del resto de la casa mientras se abstenía de la cena. Hacía días que no lograba tragar un bocado, y su estómago emitía sonidos de protesta que le parecían tonterías frente al torbellino de emociones que la golpeaban con cada descubrimiento que hacía sobre Mariana.

En aquella tarde en particular, las bombillas de la habitación tintineaban con una luz temblorosa, como si la tristeza que había invadido el hogar se hubiera filtrado también en ellas. El teléfono móvil de Anny se mantenía encendido en su mano izquierda, mientras la otra sostenía la almohada contra su rostro, mordisqueándola en un intento de silenciar los sollozos que de momento en momento se escapaban de sus labios.

Cada vez que Anny deslizaba el dedo por la pantalla del móvil y avanzaba por las imágenes y comentarios en el perfil de Mariana, sentía que sus ojos se iban llenando de cenizas ardientes, como si rebuscar en la vida ajena fuera un acto de profanación que la castigaba con la visión de una realidad que no quería enfrentar. Cada detalle que surgía, cada comentario insinuante, cada sonrisa compartida con su padre, le clavaba el cuchillo del reproche en la piel, dejándole una constelación de heridas que no lograba aprender a ocultar.

Aquella noche, en medio de su angustia, Anny encontró algo que le pareció sorprendente al punto de detener sus sollozos y dejarle momentáneamente sin aliento: Mariana, en una foto de su adolescencia, deslumbrante y sonriente en los brazos de un hombre que sus amigas apodaban en los comentarios como su "gran amor". Al leer ese término, el término que escribían sus amigas y confirmaban los propios labios de Mariana, un escalofrío recorrió la columna de Anny, y sintió el vértigo de una simetría que la confundió y

la llenó de preguntas.

Dónde estaba entonces Mariana? Dónde estaba, en ese preciso momento, la mujer que aparecía en aquella foto luminosa, con su melena rizada flameando en el viento, sus brazos alrededor de ese amor de juventud que parecía ser su mundo entero? Dónde estaba, si su vida ahora se había emponzoñado con la traición, si la sombra tenebrosa de un engaño la había borrado del mundo?

Anny se dejó caer de espaldas sobre la cama, sus brazos a ambos lados mientras las lágrimas seguían rodando por sus mejillas. Tenía la impresión, como si pudiera sentir que existían otras corrientes en la vida de Mariana, corrientes que la arrastraban hacia esa traición, hacia ese fondo abisal en el que ella y su familia se encontraban.

”Por qué?”, se preguntó en voz baja, su mente repitiendo una y otra vez esa pregunta que ya parecía improbable de ser respondida. La duda le helaba las manos, se enredaba en sus cabellos mientras buscaba al sol, ese sol que podría llevarle a la respuesta, la solución que los aliviaría a todos del dolor sordo y continuado que había enraizado en ellos.

Trató, una vez más, de bucear en las sombras que Mariana proyectaba en su vida. La siguió en sus realizarles, en esos espacios públicos de su perfil que estaban inundados de instantáneas de un presente más oscuro, más abrumador. Pero entre esas imágenes, también se asomaban fragmentos de un pasado que había sido, alguna vez, feliz y luminoso.

Anny siguió escrutándolas, buscándoles sentido, mientras las pulsaciones de su corazón se aceleraban. Sabía, en lo más profundo de su alma, que no podía desenmascarar todos los secretos que escondía Mariana. Pero era como si ese intento, ese rastro de repentina complicidad en el dolor, le ayudara a entenderla y entenderse a sí misma en ese viaje entre la traición y el perdón.

Y en aquel fragor de sentimientos encontrados, la pantalla del móvil de Anny se apagó con la caída del sol. Y mientras sus ojos no lograban reconocer la oscuridad que había caído sobre ella, le pareció escuchar, en algún rincón inesperado de su memoria, la voz de su padre cantándole antiguas canciones de cuna, y la promesa de un amor que parecía haberse despedazado en mil pedazos.

Anny apretó su almohada contra su pecho, sintiendo un sollozo sofocado y suplicando que las estrellas, en su infinita sabiduría y elocuencia astral,

le dieran a ella y a Mariana las respuestas que ambas buscaban en sus respectivas historias, marchitas bajo el peso del sufrimiento.

La oscuridad imbuida de aquel momento la envolvió en silencio, y en medio de ese silencio antes de que el sueño la dominara, Anny se preguntó si alguna vez conocería la verdad detrás de esa orquesta de traiciones y redenciones que la rodeaba. Y con esa pregunta incierta palpitando en su corazón, Anny permitió que el sueño la arrancara del dolor por unas pocas horas, un refugio momentáneo en medio de un infierno interminable.

Descubrimiento de la canción "When a Man Loves a Woman"

Era la penumbra de la tarde, y Anny se aferraba al celular como un náufrago a su tabla. Aquellas ondas de claroscuros que proyectaba la luz en sus ventanas parecían ser el único estímulo que aún la conectaba al mundo, a las horas que pasaban sin remedio. La música salía de aquel aparato como leves impulsos eléctricos, chispazos de vida en el corazón desfallecido de alguien que no se atreve a darse por muerto, aunque la sombra del tiempo amenace con sepultarlo.

Anny no pasaba página en el perfil de Mariana, la amante de su padre. La miraba fijamente, intentando hallar en esa vida ajena e insospechada una respuesta a sus cuitas. Y, aunque no dejaba de atrincherarse en ese dilema constante que parecía ser el único clavo ardiendo al que aún podía asirse, en los ojos de Anny, había un lateo del presagio, el murmullo de que algo más esperaba para cruzar, para herirla en las fronteras en las que la vida aún conservaba huellas de inocencia.

Su vida estaba deshecha, y aunque aún le dolía admitirlo, ya casi nada la sorprendía ni la golpeaba. Pero entonces, la música cambió y una canción la atravesó con sus líneas melódicas y lyrics tan profundos y reconocibles como si hubiesen sido extraídos de sus propias entrañas del alma. "When a Man Loves a Woman" inundó la habitación, un torrente de palabras y sentimientos que eran una bofetada a cada recuerdo que pugnaba por aferrarse a las sombras.

"Cuando un hombre ama a una mujer No puede pensar en nada más Daría el mundo entero por lo bien que le hace sentir"

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las palabras se estremecieron por

su espina dorsal, sus bocanadas de reconocimiento cal rápidamente frente a la rabia e impotencia que rugían en su pecho.

Cómo podía su padre haberle sido infiel, a ella, a su madre, a su familia, si amaba verdaderamente a una mujer? Por qué la canción defiende que no era asunto de preferencias, sino de ese imperativo irrevocable del amor, el amor que su padre le había jurado eterno a su madre?

La dura realidad, como un puñetazo en el estómago, amenazaba con hacerla tambalear en su rincón. Pero en ese eco asfixiante, en ese abatimiento, Anny no quería rendirse, no quería ocultarse. Apretó los puños y las lágrimas rodaron por su rostro, como estrellas fugaces perdidas por la inmensidad del cielo que no dejarían rastros de luz.

Las notas de la canción se extendían en el espacio oscuro como raíces desgarrando el lecho frío de un río, y Anny no pudo aguantar más. Fue el susurro atormentado de las palabras, la lentitud insoportable de la melodía, la que le forzó a levantarse de su escondite.

Anny corrió hacia la puerta, aquel umbral que separaba su mundo de habitación del resto de la casa. Pero cuando estuvo a punto de abrirla y escapar, se detuvo de golpe. Si abría esa puerta, todo el dolor y la ira escalarían como una ola, barrerían a su familia y se infiltrarían en los rincones más feroces de su hogar. Y entonces se derrumbó, el peso de su cuerpo caía en las tablas del suelo como un vuelo de pájaro desorientado.

La música continuó, ahora lejana, anclada al pasado como un recuerdo en las brumas de la memoria. Anny giró la cabeza y vio el celular escondido en las sombras, las palabras reverberando en la pantalla antes de desvanecerse en la nada. Y una vez más, se preguntó si alguna vez sería capaz de entender, de perdonar y de llegar a sanar. Entonces, en ese estremecimiento, en ese silencio que solo se rompía por sus sollozos, supo que, incluso cuando Gabriel ama a una mujer, la traición siempre es posible. Y esa terrible verdad la arrastraba, como una corriente de río, en la feroz oscuridad de la noche.

Madre de Anny entra a la habitación y encuentra a Anny llorando

Susana subió las escaleras, el corazón le golpeaba violentamente en el pecho. Un bebé latía en sus entrañas, y el eco de ese latido rebasaba sus propios miedos y dudas, atravesando el oscuro corredor que se abría frente a ella.

Era el grito del instinto, un clamor que surgía de lo más profundo de su ser y la empujaba hacia adelante. "Anny", susurró mientras se aferraba a la barandilla, preguntándose dónde podría estar su hija en ese momento de angustia.

Antes de llegar al final del pasillo, Susana escuchó débiles sollozos que le confirmaron la presunta tragedia. Su hija estaba encerrada en su habitación, derramando amargas lágrimas sobre su almohada, como si el dolor pudiera ser aplacado en lo blanco de una tela. Con un suspiro tembloroso, Susana alzó la mano y tocó la puerta, dejando caer suavemente sus nudillos contra la madera. "Anny", volvió a llamar, casi en un murmullo.

Continuada la llamada, Susana abrió la puerta de golpe, dejando que la luz del corredor bañara su rostro, que acusaba años de pena y preocupación. Anny se hallaba en el centro de la habitación, acurrucada, temblando y sollozando a la sombra del sol que se escondía en el recuadro de la ventana. Tenía el celular de su padre en la mano, el brillo de la pantalla iluminando su rostro bañado en lágrimas.

Susana no necesitó que le dijeran lo que había sucedido. Una verdad amarga y terrible se alojaba en sus entrañas, esa serpiente enroscada que, al ver a Anny así de vulnerable, le arrancó el miedo más profundo y lo puso en su garganta en forma de un sollozo sofocado.

Anny sintió la presencia de su madre en el umbral de la puerta y levantó la mirada, cruzándose con sus ojos, iluminados por el miedo y el abismo de incertidumbre que la resonancia de esos sollozos hacía florecer en sus corazones.

"Qué pasa, mi niña?", preguntó Susana, mientras cruzaba la habitación a grandes zancadas y se arrodillaba junto a Anny, buscando los brazos de su hija en un apretón casi instintivo. "Háblame, por favor", prosiguió, ansiosa por comprender el dolor de su hija.

Anny temblaba, su respiración entrecortada por los sollozos que aún se escapaban en intervalos desiguales. Miró a su madre, esos ojos colmados de preocupación y amor, y luego miró hacia el móvil en su mano. La pantalla lucía un brillo tenue, mostrando imágenes y mensajes que Anny temía compartir, aunque sabía que debía hacerlo.

"Fue papá", comenzó, con voz apenas audible pero plena de turbia angustia. "Dejó su móvil en el baño, y yo vi un mensaje, un mensaje de una mujer, madre."

La voz de Anny se debilitó mientras se ahogaba en lágrimas, pero Susana ya entendía las implicaciones, esos dolores que surgían ante lo desconocido y lo traicionero. "Anny, qué quieres decir? Qué mensaje te hace llorar así, mi vida?"

La muchacha hizo una pausa antes de enseñarle el móvil a su madre. Fue un simple movimiento en sus dedos, rozando la pantalla para mostrar la conversación que se había encontrado. Susana tomó el móvil con sus manos temblorosas y la leyó, su cuerpo entumecido por una mezcla de terror y desesperación, conforme avanzaba en la lectura.

Hasta que, al llegar al final de una larga serie de mensajes, Susana también rompió en sollozos, dejándose caer al lado de su hija en el suelo. Abrazándose, se consolaron una a la otra, el dolor más amargo compartido entre ellas. Una lluvia de silencio descendía sobre sus hombros, una tormenta que parecía decidida a persistir por toda la eternidad, dejándolas bajo el torrente.

Y mientras Susana lloraba en brazos de Anny, llenas de preguntas y dolores sin respuesta, un grito agudo atravesó la casa, un grito que salía de la garganta de una mujer traicionada, una madre embarazada que se enfrentaba a la peor tormenta de su vida: el canto del amor roto, el canto del abismo.

Dilema moral de Anny: seguir investigando o contarle a su madre

Una vez más, Anny se encontró en el borde de una encrucijada moral, un abismo insondable cavado por sus circunstancias, un dolor que no dejaba de regresar como las agujas de un reloj marcando la muda repetición de una existencia ensombrecida. Pero esta vez, había un grito de auxilio lanzado al vacío, el lamento de una madre que se resentía bajo el peso de un terrible secreto.

Anny ya no quería ocultarse, ya no quería guardar silencio. Pero tampoco quería destruir a su madre entregándole, en un plato frío y despiadado, la infidelidad de su padre. Porque había algo en el temor de hacer estallar esa bomba, algo que aún frenaba a Anny, hundiéndola en dudas.

Se pasó las noches sin dormir, revolcándose en su cama infestada de pesadillas, atormentada por la elección que tenía que hacer. La investigación

irrefutable de la amante de su padre descansaba ahora en un archivo en su teléfono, un veneno oculto en las enredaderas de su existencia digital.

"¿Qué debo hacer, madre?", se atrevió a preguntarse una noche, mientras las sombras se enredaban en su respiración cansada y su corazón latía tan fuerte que temía romper el delicado equilibrio que todavía sostenía en sus manos.

Esa noche, Susana, su madre, la miró a los ojos, una mezcla de amor y preocupación desesperada al tratar de encontrar una respuesta en los ojos que ya no podían retener el maremoto de angustia y desolación.

"Anny, no puedo decirte qué es lo correcto", murmuró, dejando caer un abrazo en el cuello de su hija. "Eres quien mejor puede sentir el dolor y el sufrimiento de conocer esta verdad. Yo solo te guiaré, y te apoyaré en la decisión que tomes".

La voz de Susana resonó en la cabeza de Anny como un faro en medio de la densa oscuridad que amenazaba con tragársela. En ese momento, en el abrazo tenue de su madre, Anny supo que no podía esconderse más, no podía antojarse como la única damnificada en esta historia de abandono.

"No puedo dejar que cargues con ese peso sola", dijo Susana con voz firme, reconociendo el dolor de su hija pero también haciendo hincapié en la importancia de la familia, en compartir la carga y la responsabilidad. "Sea cual sea tu decisión", continuó, "seamos un equipo, hija. Te acompaño hasta el final y todo lo que venga después".

Aquellas palabras, aquel pacto tácito de lucha y resistencia, insuflaron una determinación inesperada en Anny. De repente, todos sus temores e incertidumbres parecían esfumarse, reemplazados por una sensación de poder, la certeza de que ella no estaba sola en esta batalla, que su madre estaría a su lado, sin importar qué monstruo se atreviera a cruzar su camino.

Esa noche, Anny tomó una decisión, una decisión que cambiaría el destino de su familia para siempre. Decidió no solo enfrentar y desenmascarar a la amante de su padre, sino también contarle a su madre todo lo que había descubierto, exponiendo la traición y el dolor a la luz del sol.

Al día siguiente, tras una larga conversación y lágrimas de dolor compartido, madre e hija se abrazaron, sellando un pacto de fuerza y resiliencia que las lanzaría hacia delante en su lucha por resistir las tormentas que amenazaban con destruir sus vidas.

Y en ese abrazo, en esos brazos entrelazados, Anny sabía que no im-

portaba qué caminos oscuros, profundos y dolorosos tenía delante, porque siempre tendría a su madre, sosteniendo una antorcha en la ferviente oscuridad.

Anny decide revelar todo a su madre

Anny miró a su madre, un rayo agonizante de esperanza entretelado en su amanecer de desesperación. Con un suspiro, dejó que sus dedos temblaran sobre el cristal frío del teléfono celular, deslizando los dígitos hasta que encontró la conversación que había estado persiguiendo por días, esa letanía de violaciones y traición.

”Ella se llama Mariana, mamá”, comenzó Anny, con una calma forzada, como si temiera tocar su propia indignación. ”La conocí en Facebook mientras papi estaba de viaje. Nunca quise espiar, juro que nunca quise hacerlo. Pero hoy la vi en la plaza, estaba allí con su celular, haciendo ese gesto coqueto que antes solo era para ti, lo juro, mamá, era la mirada que él te daba cuando le tocaba a ti el corazón”.

Anny volvió a dar otro profundo suspiro, como si buscara en el fondo de su alma las palabras adecuadas que le faltaban. ”Te juro que no quería decirte esto. Te juro que no quería romper tu corazón, pero él ya lo hizo, verdad? No podemos seguir en silencio, fingiendo que no está pasando algo, no incluso mientras tú estás esperando? Mira, mamá, estas son las palabras que le dijo a Mariana:”

Anny levantó el móvil hacia su madre, hacia Susana, cuya cara se había vuelto pálida por la incredulidad, como si estuviera viendo una tempestad de dolor sumergida. Susana tomó el celular entre sus dedos temblorosos, leyendo las palabras que destilaron traición y dolor.

”Mariana, te extraño tanto”, decía uno de los mensajes. ”Anhele estar contigo cada minuto de cada día”, seguía otro. Los mensajes se sucedían, llenos de dulzura y pasión, la atroz confesión de amor que se debió haber destinado solo a ella.

Las últimas palabras de la conversación, aquellas que leídas a solas habían hecho que Anny llorara amargamente, contenían la mayor afrenta: ”No puedo esperar a que termine este viaje y volver a tus brazos, a ser feliz contigo. Me alegra estar lejos de todo el drama de mi vida con mi esposa e hijas”.

El silencio que se apoderó de la habitación fue denso, palpable, como el aire justo antes de que una tormenta descargue su furia sobre un campo estéril. Susana miró a su hija, sus ojos cristalinos, y luego volvió a leer la primera palabra que había sido enviada por su marido a la otra mujer. Era como si trataran de asimilar algo innombrable, algo de lo que solo habían oído hablar en susurros, en la penumbra lúgubre de confesiones y lamentos al atardecer.

"Anny ", susurró Susana, su voz un susurro roto a través de una garganta en desiertos anudados. "Qué qué es esto? Quién es esta mujer? Por qué nos hace esto?"

Anny no sabía cómo responderle a su madre, cómo mitigar el hedor del abismo que se abría bajo sus pies y amenazaba con tragárselas a ambas. Pero la miró a los ojos, una mirada de tristeza y determinación, y supo que del otro lado del dolor encontrarían una manera de salir de la oscuridad a la que estaban condenados, juntas.

"Mamá, no lo sé. Pero no podemos quedarnos mirándolo suceder, tenemos que encontrar qué pasa, y luego Luego", su voz se desvaneció, "luego tendremos que vivir de alguna manera".

Susana miró a Anny, sintiendo en su pecho un amor más profundo del que jamás había sentido por ninguna otra persona en el mundo, y supo en ese instante que, a pesar de todo, seguirían adelante. Porque eran madre e hija, y nada, ni siquiera la perfidia de un amor en desgracia, podría romper ese vínculo sagrado.

Chapter 3

Confrontación emocional con la madre

Anny bajó los ojos hacia la pantalla de su teléfono móvil, sin saber si estaba preparada para tocar ese terrible poder. A través de esos cristales fríos y distantes, había descubierto un abismo más profundo y oscuro de lo que había imaginado. En las palabras de los mensajes inmortalizadas en la conversación digital entre su padre y su amante, vio su propia desesperación, su dolor y su angustia, reflejados como sombras vacilantes en la mirada de una serpiente acechando a su presa.

Sus dedos temblaron pero los mensajes se reproducían frente a su vista; en sus oídos, la música de su propia desesperación. Cada palabra destilaba traición y la angustiada melancolía de un corazón atormentado por la pérdida insufrible de sus sueños más preciosos.

Miró a su madre, a Susana, con una mezcla de amor y temor, buscando en sus ojos una respuesta, alguna indicación sobre si debía revelar la verdad o guardarla, y luego miró hacia el teléfono. Al final, el silencio de la habitación se volvió tan insoportable como el peso del secreto de su padre, y sin poder soportarlo más, Anny habló.

”Mamá necesito mostrarte algo. He encontrado mensajes en el teléfono de papá mensajes que no deberían existir”, comenzó Anny, su voz temblorosa pero decidida, como un eco del coraje de su madre. Susana la miró desconcertada, sin comprender el significado de la confesión de su hija.

”Anny, qué ? Qué tipo de mensajes?”, preguntó Susana, con un presentimiento de la terrible tormenta que se avecinaba. Anny bajó la cabeza,

luchando por encontrar el valor para decir las palabras que sabía que cambiarían su mundo para siempre.

”Él él le es infiel, mamá. Ha estado viendo a otra mujer”, dijo en voz baja, las palabras casi un susurro que se hacía eco en el silencio que les rodeaba. Susana titubeó ante la revelación, su rostro mostrando una incredulidad inicial, luego una oleada de enojo y, finalmente, una desolación angustiada.

”Anny... estás segura de lo que dices? No puedo creerlo ” Susana se detuvo, incapaz de pronunciar las palabras en voz alta. Pero Anny, sintiendo la inmensa carga de la verdad que se aferraba a sus hombros, levantó con temblorosas manos el teléfono, mostrando la conversación que había descubierto en los mensajes de su padre.

Susana tomó el teléfono, deslizando por la conversación con sus propios dedos, siguiendo el rastro de la traición y la mentira que su esposo había dejado a lo largo del tiempo. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras leía, pero no derramó ninguna, manteniendo en su lugar la última dignidad que le quedaba.

”Anny ”, susurró Susana, sin levantar la mirada de la pantalla. ”Si esto es verdad no sé qué hacer.” Anny la observó, sintiendo su propio corazón romperse ante el dolor de su madre que no conocía límites ni descanso.

”Mamá, lo siento”, dijo Anny, las lágrimas ahora corriendo libremente por su rostro. ”No quería decirte esto, no quería hacerte daño. Pero no podía cargar con este secreto sola. Lo siento tanto.”

Susana levantó la vista del teléfono por fin, mirando a Anny con ojos llenos de amor, pero también nublados por la tristeza y el temor. Sintió la tristeza de su hija y la abrazó, el dolor compartido las envolvía en una oscuridad sin salida aparente.

”Anny, no tienes que pedir disculpas. No esto es tu culpa”, dijo Susana, su voz tranquila pero determinada. ”Nos enfrentaremos a esto juntas; no permitiré que tu padre nos destroz.”

Anny no sabía cómo responder a su madre, cómo expresar su gratitud por ese amor y esa fuerza inquebrantables. Pero supo en ese momento, mientras la abrazaba y lloraba en sus brazos, que aunque su mundo se estaba viniendo abajo, por primera vez en su vida, no estaba sola. Y en la destrozada penumbra de ese horrible conocimiento, la unidad de madre e hija representaba un posible rayo de esperanza en medio del dolor y la desolación.

Descubrimiento de la amante en redes sociales

Anny se encontraba exhausta tras una interminable jornada de exámenes en la escuela. Se había quedado despierta hasta altas horas de la madrugada estudiando, buscando refugio en el mundo de las matemáticas y las ciencias, eludiendo, al menos por un tiempo, el tormento de su corazón traicionado.

Sin embargo, al regresar a casa esa tarde, sintió la inevitabilidad del abismo creciente que les aguardaba, un oscuro susurro que la guiaba inconscientemente hacia nuevos descubrimientos.

Abrió su laptop y navegó por el caos de emoticones e imágenes de una red social cada vez más familiar; como si un instinto primordial, una fuerza invisible hubiese dirigido su mano hacia el nombre de la mujer que había invadido su vida.

Mariana Sánchez.

Anny no pudo evitar dejar escapar un sollozo ahogado al ver el perfil que apareció en la pantalla, ese rostro sonriente, esos labios que parecían haberle robado la risa a su propia madre. El perfil era público, un mosaico de fotos y publicaciones abiertas al escrutinio de cualquier persona que se atreviera a mirar. Pero lo que Anny buscaba era más sutil, más críptico.

Pasó rápidamente por las fotos de paisajes y mascotas, las típicas citas de amistad y amor, hasta que sus ojos expertos en el dolor encontraron lo que parecía una sencilla imagen de una pareja. Sus pulmones se llenaron de un aire gélido al reconocer a su padre, un brazo rodeando a la mujer con una ternura que ella creía extinta.

El mundo de Anny giró y osciló al compás de la traición frustrada, esos latidos de agonía y tormento que marcaban el abismo cada vez más profundo entre sus padres. Ahogada en sus lágrimas, miró los comentarios de la foto, ambos riéndose, alabándose, sus palabras enigmáticas y cómplices.

Anny guardó la imagen en su teléfono, una evidencia tangible de la realidad que temía enfrentar. Sintió en el fondo de su alma un suspiro tremendo, un instante de pesar por un futuro incierto, una vida que pronto se desmoronaría como un castillo de naipes en medio de un huracán.

Horas después, cerró la laptop, sus lágrimas aún recorriendo libremente por su rostro. Se sentía perdida en la penumbra de sus propios pensamientos, atrapada entre el deber y la lealtad, el amor y la traición. Finalmente, recogió el teléfono y marcó un número familiar, uno que nunca pensó tener que

utilizar en una situación como esta.

”Hola, tía Rosa?”, dijo Anny con voz insegura, asustada de pronunciar las siguientes palabras. ”Necesito hablar contigo sobre algo muy importante. Se trata de tu hermano, mi papá.”

Parado en la oscuridad de la habitación, Anny sintió que él mismo universo parecía aguardar con ansia, sin aliento, a la espera de las palabras que cambiarían el curso de sus vidas para siempre. Y con un gemido casi inaudible, un viejo reloj de pared anunció el inicio de una nueva hora, un nuevo abismo lleno de dolor, desesperación y traición.

Dudas y temores de Anny al enfrentar a su madre

Anny se movía de un lado a otro como una gota de lluvia atrapada en el alambre de un tendedero: al borde del abismo, con la sensación de caer hacia adelante en cualquier momento pero capturada por la invisible fuerza del miedo a lo desconocido. El secreto que cargaba se estaba volviendo insostenible y se sentía cercada por su propia realidad. Había estado leyendo un libro titulado ”Las armaduras oxidadas” que le había prestado Lourdes, su mejor amiga. En él, el valiente caballero que había descuidado su armadura, buscaba la manera de librarse de ese peso insoportable que le impedía ver la vida tal y como era; del mismo modo, Anny sentía que su alma estaba encerrada en una capa de indecisión y temores que no le permitía avanzar.

Aquel atardecer, en el umbral de un sol que se despedía dando paso a la oscuridad de la noche, el mundo aparentaba detenerse con una quietud que parecía burlarse del tormento interior de la joven. Lucía, su hermana menor, se entretenía leyendo en voz alta para su perro Pancho, quien la escuchaba con atención, pero no entendía del todo. Mientras tanto, Susana, la madre de ambas, languidecía en su butaca de mimbre, rodeada de los ecos de aliento de la vida que crecía en su vientre.

Anny vacilaba, sabiendo que una vez que la verdad saliera a la luz, su familia ya no sería la misma. Había imaginado mil veces las palabras, las reacciones, pero ninguna parecía apropiada o suficiente para enfrentarse al abismo que la espera. Ese abismo que se había adueñado de su mente y corazón, y que le impedía encontrar un momento de descanso.

”Quizás simplemente debería esperar”, se dijo a sí misma. Pero cada instante que pasaba con el secreto de su padre guardado en el pecho era

otro instante de angustia y tortura. Susana, sin amor ni paciencia ante el peso de aquel secreto, giró su cabeza y le regaló una sonrisa cansada y melancólica a su hija. Anny dudaba, pero a medida que los segundos se convertían en minutos, sabía que algo tenía que cambiar.

"Mamá " murmuró Anny suavemente, su voz temblorosa pero suplicante. Susana la observó con sorpresa y preocupación, sabiendo que algo había dentro de su hija que necesitaba ser liberado.

"Qué sucede, Anny? Puedes decirme", la instó Susana, su mirada ahora fija en la confusión y el sufrimiento de su hija mayor. Anny dio un paso adelante, y como una cascada desbordante, las palabras brotaron de un soplo.

"He descubierto algo algo que he estado ocultando, algo que nunca quise ver ni saber, pero aquí está, mamá. Es una verdad terrible y brutal que nos cambiará la vida a todos", dijo Anny con lágrimas en los ojos.

Susana sintió su corazón palpar con la fuerza de un trueno y comprendió, en lo más profundo de su ser, lo que su hija estaba a punto de revelar.

"Anny, hija, detente un momento. Pensémoslo bien antes de seguir adelante", dijo Susana, aunque sabía que no había vuelta atrás.

Pero en ese momento de decisión irrevocable, Anny se dio cuenta de que tenía la oportunidad de aliviar el peso del secreto y enfrentar su propio miedo al abismo. Abrazó a su madre con fuerza, compartiendo su angustia y su tormento en silencio, y finalmente murmuró las palabras salvas: "Mamá, papá nos ha engañado perdóname por no decírtelo antes".

Las lágrimas brotaron de los ojos de ambas, mezcladas entre la desesperación y el alivio de haber compartido la dolorosa verdad. Y en medio de ese abrazo incierto, Anny sintió que por fin las armaduras oxidadas de su alma comenzaban a desprenderse, dejándola libre y expuesta, pero también lista para enfrentar el abismo con la valentía y la esperanza que solo puede venir del amor entre una madre y su hija.

Momento de confesión a su madre

Anny estudiaba el rostro de su madre como si estuviera tratando de descubrir secretos ocultos en sus rasgos. Susana observaba con preocupación a su hija y a la vez tenía una pequeña sonrisa forzada, luchando por darle confianza. Susana sabía que algo estaba sucediendo en la vida de Anny, pero no podía

ni imaginarse el amargo secreto que su hija mayor había estado cargando durante días.

Anny sintió que su corazón se encogía y sus labios formaron una tremenda línea de tristeza que poco a poco fue creciendo en tamaño y en intensidad. Las palabras querían salir a borbotones, como una pequeña presa que está a punto de romperse y arrasar con todo a su paso. Pero algo se lo impedía, algo parecido a la culpa y al miedo.

"Mamá tengo que contarte algo", dijo al fin, aunque por un momento no pudo decir nada más. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, lágrimas de rabia, de tristeza y, sobre todo, de miedo.

Susana la miró, su semblante cambió a una combinación de sorpresa y angustia. Ahora sí sabía que algo serio ocurría. De inmediato quiso proteger a su hija y se acercó a ella con los brazos abiertos. Atrapó a Anny en un abrazo fuerte y seguro y susurró: "Shhh, tranquila, mi amor. Estoy aquí para ti, dímelo".

Anny se sintió un poco reconfortada ante aquellas palabras y esperó un instante que pareció una eternidad. Aprovechando el impulso de valentía que le duraría apenas unos segundos, logró articular el temido secreto: "Es sobre papá, mamá."

Susana sintió un escalofrío recorriéndole todo el cuerpo. No estaba preparada para escuchar lo que venía. "Qué pasa con tu padre?", preguntó con un toque de temor en su voz.

"Mamá lo siento, pero papá no ha sido honesto contigo. Hay otra mujer, mamá", las palabras salieron cargadas de un sollozo contenido, pero de igual forma, lleno de coraje y determinación. Anny sacó su teléfono y mostró las imágenes que había recolectado de la relación extramatrimonial de su padre.

Susana sintió que el suelo se abría bajo sus pies y que el mundo que había construido con tanto esmero durante años se comenzaba a desmoronar. No pudo evitar un gemido de dolor, que se transformó en una especie de sollozo ininteligible mientras sostenía con fuerza a su hija. Había algo muy mal en la forma en que el amor y la traición se mezclaban en sus corazones rotos, y sólo podían aferrarse una a la otra tratando de encontrar algún tipo de sentido a lo que estaba sucediendo.

El mundo a su alrededor se detuvo, como un ciclón que arrasaba con todo lo que se atravesaba en su camino, pero aun en medio de la tempestad, madre e hija lograron mantenerse unidas, sabiendo que serían su propia red

de seguridad en los tiempos difíciles que se avecinaban.

Por un momento, Anny sintió como si un trozo del cielo se hubiese desprendido y les hubiera caído encima. Una parte de ella esperaba que al haber revelado ese oscuro secreto, las cosas se aclarasen y pudieran ser felices de nuevo. Pero esa promesa de paz parecía más lejana que nunca, oculta detrás de la realidad de la traición de su padre.

El silencio llenaba el espacio entre ellas, una barrera insuperable a pesar de estar tan cerca la una de la otra. Susana rompió el silencio con una pregunta vacilante:

”Cómo lo descubriste?”

Anny contó toda la terrible historia, desde aquel fatídico mensaje de texto, la búsqueda de información y la desgarradora confirmación de sus sospechas. Siguió hablando, mezclando los sucesos con sus emociones, sus temores y preguntas que no sabía cómo responder. Y mientras su voz fluía como un río de desahogo, su madre la escuchaba en silencio, dejándola expresarse.

”y entonces, cuando ya no pude más, te lo dije”, concluyó Anny, mirando con tristeza a su madre.

Susana asintió lentamente y la abrazó con más fuerza todavía. Su rostro estaba pálido y cansado, pero sus ojos brillaban con una intensidad que demostraba que no se dejaría vencer por la adversidad, que de alguna manera, conseguiría mantener a su familia unida a pesar de este terrible descubrimiento.

”Sé que esto es muy difícil, hija mía”, dijo Susana con determinación, ”y no puedo negar que el corazón me duele profundamente pero juntas enfrentaremos esto y saldremos adelante.”

Fue entonces cuando Anny supo que su madre tenía razón. Pase lo que pasase, siempre tendrían ese vínculo inquebrantable que las conectaba, una esperanza en medio de la oscuridad, y fueron sus corazones, tan fuertes y valientes, los que brillaron como un faro en medio de la tormenta, guiándolas hacia un futuro desconocido, pero no menos brillante.

Mamá embarazada se desmorona emocionalmente

Anny miraba con un mezcla de destructivas emociones aquel ser humano, envuelto en robustos brazos, recostado en la cama de un sucio y oscuro

motel. Era su padre. Cómo era posible que aquel hombre que siempre le había enseñado a ser recta, leal y decente fuera el villano de aquella historia de terror en la que se habían convertido sus vidas? Qué lo había impulsado a quebrantar todos esos valores que tanto había inculcado en sus hijas? Acaso él no era el hijo predilecto que la vida se había encargado de desfigurar hasta convertirlo en la catástrofe que ahora era?

Anny no tenía respuestas, solo lágrimas que brotaban sin cesar. El corazón le latía a una velocidad vertiginosa mientras sostenía el celular en sus temblorosas manos. Quería borrar aquel video del final de su mundo, pero era incapaz de hacerlo. Era como si jugar con la autodestrucción de su familia la ayudara a lidiar con la culpa que sentía al guardar aquel siniestro secreto.

Susana, con el vientre de ocho meses, barruntaba que algo no andaba bien, que en su primogénita había habido una metamorfosis que estaba alterando su personalidad y poniendo en riesgo su corazón.

Caminaba la joven por el pasillo, con el celular aún vibrando con el video maldito, cuando sintió la vida en su vientre dar una serie de pataditas. Aquello la sumió en una angustia aún mayor, saber que en su propio hogar, aquel que había construido con su sacrificio y su amor, acechaba una confesión que lo desmoronaría todo. Derrumbada en lágrimas en el suelo, Susana sostuvo el vientre y le pidió a su hijo, a su futuro más sombrío, que le diera fuerzas para hacer frente al gran abismo que aguardaba más allá de la puerta cerrada.

Puerta que de golpe abrió Anny, haciendo que Susana soltara un involuntario y delicado grito de sorpresa. Al verla allí, abrió los brazos para darle un abrazo a su hija, quien se arrojó a ellos con desesperación. Susana atrapó el teléfono de Anny en el preciso instante en que el video se detuvo y Gabriel se volvió el hombre más indeseable de la faz de la tierra.

"Esto qué es, hija mía?", preguntó Susana, sabiendo que la llamada de atención de la criatura que estaba a punto de nacer no podía ser ignorada por más tiempo.

El corazón de Anny se detuvo momentáneamente, y dejó que las palabras que había estado muriendo por decir simplemente se liberaran: "Papá papá nos ha engañado. No mereces esto, mamá, nadie merece esto".

Susana experimentó la paradoja más devastadora de su vida hasta ese momento: una madre abrumada por la indignación y la pena, con su propia

hija enfrentada ante la más dolorosa revelación, al tiempo que una vida en su vientre le recordaba la fuerza y el coraje que debería ser parte de su preocupación principal. Retrospectivamente, la angustia pudo haber sido liberada en una sola explosión desgarradora, pero en su lugar, estaba contenida dentro de las cuatro paredes de su habitación, aparentemente indestructibles en aquel amargo momento.

Susana permitió que sus miradas nubladas se cruzaran con las de Anny, expresando la agradecida y silenciosa conexión entre ellas. En ese momento, Susana sintió la vida en su vientre moverse de nuevo, enviando un mensaje a través de su angustia paralizante: había amor, por encima de esta traición y desesperanza, y ese amor los llevaría hacia delante y los protegería del mal que Gabriel había provocado.

A medida que el día dio paso a la noche y Gabriel se adentró en el frío y oscuro abismo, Susana tomó la determinación inquebrantable de empujarlo de vuelta a una vida de honestidad y amor. Porque aunque las lágrimas y el dolor habían dejado una cicatriz en su familia, no permitiría que su núcleo se rompiera bajo el peso de tales circunstancias. Ella lucharía, y Anny lucharía, con un amor inquebrantable e incondicional, hasta devolverles a todos la paz y felicidad que, sin duda, merecían.

Anny se siente culpable por revelar la verdad

Anny se sentía como un traidor, un conspirador oscuro e insidioso, eficaz en su astucia y cruel en su traición. No podía quitarse esa idea de la cabeza. La culpa que la consumía era voraz, un animal salvaje que se había adueñado de su espíritu y que amenazaba con despedazarlo a cada latido de su joven corazón. Cada vez que miraba a su madre, con ese vientre que parecía listo para estallar, le asaltaban las dudas y la angustia. Acaso no merecía su madre un descanso? Por qué traicionar así su confianza?

Susana parecía leer la mente de su hija, como si se hubiera tomado la molestia de leerla antes de hablar: "Anny, hija. Escúchame bien. Tú no tienes la culpa de lo que está sucediendo. No has traicionado a nadie".

Anny se echó a llorar y balbuceó, entre sollozos: "Sí, mamá pero a lo mejor, si no te lo hubiera dicho, las cosas no serían así". Sus palabras se iban perdiendo en el caos turbio de su conciencia, convertidas en un eco del trágico desastre que había puesto en marcha.

Su madre la abrazó fuertemente, aguantando las lágrimas que también empezaban a brotar en sus ojos, y le dijo: "Cariño, no puedes cargar con ese peso. La culpa no es tuya. Eres nuestra hija y te amo y eso nunca cambiará, ocurra lo que ocurra".

Tal vez fue por su insistencia por convencerla, o por la calidez del abrazo de su madre, que Anny, incapaz de aceptar su nueva realidad, comenzó a entrever la posibilidad de que, en el fondo, había hecho lo correcto. Pero todavía sentía que había algo más oscuro y complicado en el corazón de su madre. En su preocupación por sus hijas, no estaría Susana tratando también de proteger, una vez más, a Gabriel?

Anny tomó un respiro y volvió a la carga: "Y tú, mamá? Por qué no te has enfrentado a él? Por qué sigues dejando que te haga esto?". La voz de Anny era la de una joven herida, una chica que luchaba por comprender las acciones de su padre y el sufrimiento de su madre.

"Anny, yo la verdad es que no tengo todas las respuestas. Pero sé que tengo que concentrarme en cuidar de ti y de tu hermana, en especial ahora. Y eso significa encontrar una manera de lidiar con todo esto, una manera que no perjudique a nuestra familia más de lo necesario".

La habitación parecía sumirse en una oscuridad que ninguno de ellas podía entender ni controlar, como si se prolongara el vacío ensordecedor de una catástrofe silenciosa. Aquel silencio era el de las lágrimas no vertidas, las palabras no dichas y las incontables noches que ambas pasarían en vela, preguntándose si la verdad era un tesoro o una maldición que debía ser ocultado a toda costa.

Pasaron las noches sin dormir y la culpabilidad seguía acosando a Anny. Sentía que si tuviera que poner el dedo en una herida específica de su alma, ésta sería el secreto que tantos problemas había causado. No obstante, también comenzaban a germinar en ella semillas de comprensión, de sabiduría, de empatía. Quizá la verdad era, en efecto, un tesoro después de todo, a pesar de las cicatrices que dejaría.

Pero aún no estaba segura. Cómo podía saber si su madre, Susana, no era simplemente una guerrera heroica y bondadosa, dispuesta a cargar con un peso inmenso, un lastre de amor y sacrificio, por su familia? Cómo podía saber Anny si su madre no estaba, a pesar de las grietas visibles en su corazón, tratando de proteger a alguien más?

Tal vez eran preguntas que no tenían respuesta, deseos que podían quedar

suspendidos en el aire como lágrimas de cristal. Pero aunque la vida se había detenido en un barranco oscuro y profundo, había algo que brillaba en las sombras, algo que se retorció entre los temores y las inseguridades, algo que Anny no lo pudo reconocer de inmediato: la esperanza.

La esperanza de sanar, de encontrar la fuerza en el abismo, de redefinir el amor y la verdad en sus propios términos, libres de traiciones y de culpa. Porque aunque la verdad podía ser aterradora y dolorosa, en su honestidad y claridad, también era una promesa, una inmersión irremediable en los misterios de la vida y del destino. Y en ese abismo desconocido y aterrador, Anny y su madre Susana encontrarían el verdadero tesoro: la salvación en la sinceridad.

Madre se enfrenta a sus propios sentimientos

En aquel instante, Susana se sintió como si la arrancaran de un sueño aterrador, una pesadilla en la que el dolor no sólo se manifestaba a través de sus manos ahora vacías sino que se había adueñado también de su corazón. Reuniendo las migajas de coraje que aún quedaban en su maltrecha alma, levantó los ojos hacia Anny. No había sentido una devastación así desde que había perdido a su madre, con una enfermedad cuya agonía se prolongó por semanas. Quién era ahora este demonio que amenazaba con destruir la vida tranquila y luminosa que había construido junto a su familia?

Sintió cómo la furia comenzaba a infiltrarse en sus venas, una ira enraizada en la profunda sensación de decepción que Gabriel le había infligido. Sus manos temblaban, tanto por la sorpresa como por el deseo avasallador de hacerle pagar con las mismas monedas que le había dado. Recordó entonces las noches en las que había sollozado en silencio sobre su almohada, preguntándose si su amado esposo había roto las tablillas de su matrimonio y arrancado de raíz la confianza que tanto tiempo le había tomado sembrar.

Desesperada y sin rumbo, Susana se refugió en su hija Anny, quien lloraba sin consuelo en sus brazos. La angustia latía en su pecho como una maldición acompañada de preguntas terribles: Qué había en su relación que había llevado a Gabriel a buscar en otra mujer? De dónde había nacido ese monstruo retorcido que ahora amenazaba con destruir su hogar?

”Siento como ”, empezó a decir Susana en un susurro, casi temerosa de que sus palabras pudieran romper la preciosa contención del dolor mani-

festándose fuera de su pecho. "Siento como si algo se estuviese desmoronando dentro de mí algo que siempre ha estado ahí, que me ha mantenido de pie, aunque haya estado llorando en silencio. Y ahora ese pilar se ha derrumbado y no queda nada más que dolor y oscuridad". Sus palabras y su voz parecían ahogarse en la pesadez del ambiente, preso de una fuerza insospechada.

Anny, aún sollozando, murmuró: "Mami, no nos abandonarás, verdad? Siempre estarás conmigo, con Lucía y con el bebé que viene en camino, cierto?".

Susana apretó los párpados y, con ellos, intentó aprisionar el alud de lágrimas en un intento fútil por mantener la compostura. Conteniendo el llanto, respondió a Anny: "No, cariño. Por supuesto que no. Pero es tan difícil enfrentar todo esto, más aún cuando siento que me ahogo en un dolor que no puedo describir. Lo que le está pasando a nuestra familia es insoportable, Anny. No sé si podré aguantar mucho más. Porque es como si ese hombre de quien me enamoré le hubiera quitado algo vital e irremplazable a mi alma, y no estuviera dispuesto a devolverlo jamás".

Anny levantó su rostro perlado de lágrimas, buscando la mirada de su madre, y le suplicó: "Mamá, por favor hagamos un trato. No importa lo que pase, no importa lo que diga papá, o lo que haga siempre estaremos juntas, siempre nos apoyaremos la una a la otra. Porque somos madre e hija, y nada puede cambiar eso".

Susana la abrazó con más fuerza aún y prometió, en medio de un llanto que se había vuelto un torrente de redención: "Te lo prometo, Anny. Estaremos juntas, pase lo que pase. Porque aunque la vida nos haya dejado tiradas en el suelo, gaspando de dolor, al menos lo estamos haciendo juntas, inseparables, como madre e hija. Y así enfrentaremos whatever storm comes our way juntas y sin miedo".

La promesa había sido sellada, con las miradas de madre e hija enredadas entre sí en un abrazo desesperado de esperanza y amor incondicional. Susana, aún carcomida por el dolor y la indignación irrefrenable pero convencida de la fuerza y la perseverancia de su amor filial, decidió entonces enfrentarse a la fiera que aguardaba bajo el rostro de aquel hombre que solía llamar su esposo. Porque aunque el abismo de la traición había trastocado para siempre las raíces mismas de su ser, Susana sabía que su amor por Anny, Lucía y el ser que todavía crecía en su vientre, sería el motor que la impulsaría a sanar y a seguir adelante, aferrándose a la certeza de que el vínculo entre madre e

hija jamás podría ser roto.

Decisión de la madre de enfrentar al padre

Susana dejó a Anny en su habitación, intentando componer su espíritu destrozado antes de enfrentar a Gabriel. Su corazón se negaba a moverse rápidamente, aunque lo empujara con desesperación, angustiada por saber que cada momento que tardaba en confrontarlo significaba una oportunidad más de que el monstruo del engaño se deslizara por una de las ventanas del pasado y tomará control de su futuro.

Las escaleras parecían hechas de hielo; a cada paso que daba en su descenso, sentía como si fuera a caer, ser devorada por la oscuridad que se abría en el vientre de su hogar. Su temor era tan real, tan palpitante, que casi podía tocarlo, casi podía ver las manos grises y seductoras de la amante, arrastrando a Gabriel a un abismo del que no podría salir jamás.

Susana al fin alcanzó la sala de estar, donde el teléfono lloraba de desconsuelo ante su soledad. Sabía que tenía que marcar el número de Gabriel, gritarle todas las palabras de desprecio y traición que había acumulado en sus labios. Pero su mano temblaba, reacia a cumplir con su cometido: acaso no significaba, en cierto sentido, reconocer el dolor insoportable que había roído su alma desde el omento en que Anny la había confrontado?

La valentía y la desesperación fueron las manos gemelas que finalmente la impulsaron a marcar el número de Gabriel. En la estancia silenciosa, las teclas sonaban como un eco horrible, el último lamento de un amor crepuscular, atrapado en una pesadilla de traición y venganza.

Susana apretó el teléfono con fuerza, haciendo que las palabras brotaran de sus labios con un grito ahogado: "Gabriel. Tenemos que hablar".

Del otro lado del teléfono, su esposo respondió con el mismo tono de nerviosismo que ella misma sentía en su corazón y alma. "Claro, Susana. Qué pasa? Estás bien?".

"No", respondió ella, con la voz entrecortada pero decidida. "No estoy bien. Cómo podrías pensar que estoy bien después de todo lo que has hecho?". Sus palabras venían acompañadas de lágrimas, el dolor saliendo de ella en grandes oleadas que la ahogaban.

Gabriel se quedó en silencio por un momento, y Susana sintió que había sido capaz de golpearlo, de dejarlo vulnerable y expuesto a sus críticas.

De repente, su voz regresó al teléfono, ahora cargada de preocupación y arrepentimiento: "Susana de qué estás hablando?".

La ira y la traición aumentaron en sus venas, alimentadas por el veneno de su marido. "Sé todo lo que has estado haciendo, con esa mujer. Tus mensajes. Tu traición. Incluso la maldita canción, 'When a Man Loves a Woman'. Cómo pudiste hacerme algo así, Gabriel?".

La voz de Gabriel se quebró, y Susana pudo sentir el pánico en sus palabras. "Sabes que te amo, Susana. Siempre te he amado. Pero cometí un error. No sabía cómo decirte. No quería que todo esto que hemos construido juntos se derrumbara".

Susana rió, una risa amarga y llena de odio. "Un error? Qué clase de error es ese? Cómo puedes llamarlo error a algo que has llevado como secreto durante meses, que has intentado ocultar con mentiras y manipulaciones?".

"Lo siento, Susana. Estaba confundido, desesperado", balbuceó Gabriel, las palabras casi incoherentes en su boca. "Pero eso no justifica lo que hice. No. No hay excusa. Sólo lo siento. Por favor, habrá alguna manera de arreglarlo? Puedo intentar ser el hombre que alguna vez fui, el hombre que me prometiste amar y proteger, aunque ahora esté destrozado".

Susana se dio cuenta de que estaba llorando también, las lágrimas caían por su rostro como ángeles caídos, como torrentes de desesperanza y miedo. "No lo sé, Gabriel. No lo sé", murmuró, sus palabras apenas audibles. "Lo único que sé es que has destruido nuestra familia, has apuñalado nuestro corazón por la espalda, has traicionado todo en lo que creíamos. Cómo podemos arreglar algo así? Cómo podré mirarte a los ojos otra vez sin ver la sombra de esa mujer, que se ríe de nuestras vidas desarticuladas mientras nosotros luchamos por sobrevivir?".

Gabriel no respondió durante largos instantes. Susana temía que el silencio se desmoronara entre ellos, dejando un hueco oscuro e infinito que los atraparía para siempre en su abismo.

Finalmente, con voz quebrada, él respondió: "No tengo una respuesta para ti, Susana. Pero lo que sí sé es que te amo, y que haré todo lo posible para enmendar el daño que he causado. Aunque eso signifique enfrentarme a la tempestad de odio y desconfianza que me espera, trataré de demostrarte que aún hay algo en mí que vale la pena y que merece ser amado. Eso es todo lo que puedo ofrecerte, Susana. Una promesa vacilante, una última oportunidad de redimirme en tus ojos, y en los de nuestras hijas".

Susana escuchó a Gabriel todo el tiempo, saboreó todas las palabras que llegaban a su corazón. Pero las palabras seguían siendo insuficientes, como un vendaje demasiado pequeño para una herida abierta y desgarradora.

”No sé si eso es suficiente, Gabriel”, respondió, apretando los dientes para mantener sus lágrimas bajo control. ”Sólo sé que ahora mi vida se siente como un terreno baldío, y tú eres la lluvia que lo ha lavado todo con tu traición. Y no sé si alguna vez podré perdonarte por eso”.

La habitación estaba en silencio, salvo por el sollozar de Susana y el murmullo suave de Gabriel en el teléfono, dos almas en pena luchando por entender la devastación y la tragedia que los había llevado a ese angustioso precipicio.

Pero en el fondo de ese abismo, Susana podía sentir algo, una pequeña esperanza que se aferraba a la idea de que el amor, incluso herido y maltrecho, aún tenía el poder de curar y redimir a aquellos que estaban dispuestos a enfrentar sus miedos y tirar abajo los muros de culpa y traición que habían construido.

Sólo entonces suspiró y dijo, con un último atisbo de fuerza: ”Haré lo que pueda, Gabriel. Trataré de comprender, de sanar. Pero también tienes que prometerme algo: que lucharás conmigo, que enfrentarás tu traición y buscarás de corazón el camino a la redención. Porque de lo contrario quizá todo esto sea en vano”.

Gabriel también suspiró, luego respondió en voz baja: ”Lo prometo, Susana. Haré todo lo necesario para arreglar esto. Te lo juro por todo lo que alguna vez nos amamos, y todo lo que espero poder volver a amar en el futuro”.

Y con ese juramento, el teléfono fue devuelto a su lugar, dejando a Susana sola con sus pensamientos y deseos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la batalla por su familia, por el amor que ella y Gabriel alguna vez compartieron, apenas comenzaba.

Anny protege a su hermana menor durante el enfrentamiento

Cuando todo fue revelado y la tormenta se desató en medio de las palabras entrecortadas y las lágrimas asfixiantes, Anny sabía que no había vuelta atrás. La vida de su familia, tal como la habían conocido hasta entonces, se quebraba ante sus ojos como un frágil jarrón cayendo al suelo, y los añicos

se dispersaban como perlas de dolor, sin esperanza de recomposición.

Lo único que le quedaba a Anny era salvaguardar a su hermana Lucía, ampararla de la lluvia de aflicción que se cernía sobre sus cabezas. Después de todo, era ella quien había desentrañado el secreto que habría de destruir la placidez de su hogar. Era ella quien había decidido usar las palabras como navajas afiladas, cortando las ataduras de confianza con una precisión cruel y devastadora. Era ella, entonces, quien debía proteger a Lucía de la oscuridad en forma de palabras.

Anny tomó a Lucía de la mano, la guió por los pasillos oscuros prestos a devorarla, asomándose por la puerta entreabierta de la sala donde Susana, su madre, trataba de recuperar la compostura, en vano, mientras las palabras de Gabriel resonaban en sus oídos como marcas de fuego quemándole la piel.

"Anny ", susurró Lucía, su voz temblorosa y perdida en el eco de su miedo, "qué está pasando? por qué mamá está llorando? por qué " la niña no pudo terminar la pregunta, y sus ojos ahogados en angustia clavaron sus agujas profundamente en el alma de la mayor, dejándola paralizada por un instante.

De pronto, Anny corrió, arrastrando a Lucía consigo hasta el refugio de su habitación. Cerró la puerta y se aseguró de que nadie pudiera entrar, de que nadie pudiera dañar a su hermana más de lo necesario. Sus respiraciones entrecortadas y su mirada desesperada revelaban un instinto protector que había dormido en su pecho durante años, y ahora, sin previo aviso, se despertaba rugiendo, dispuesto a luchar con incansable vigor, dispuesto a enfrentar la oscuridad para mantener a Lucía en brazos.

Anny respiró profundamente y se puso de rodillas frente a su hermana, mirando a sus ojos temerosos mientras aferraba sus manos. "Lucía, hermanita, antes de continuar, debes saber que te amo más que a cualquier cosa en este mundo. La razón por la que estamos en esta habitación, aisladas de todo, es porque quiero protegerte. Quiero asegurarme de que no te lastimen como lo han hecho conmigo, con mamá "

Lucía tragó saliva, como si quisiera devorar su miedo, y preguntó con voz casi inaudible, "Anny, dime, qué está pasando? qué ha pasado entre papá y mamá? No puedo soportar verlas llorar así, como si se desbordaran nuestros corazones y se ahogaran entre las lágrimas".

Desesperación y ternura se entrelazaban en la voz de Anny, haciendo que

cada palabra se llenara de espeso peso. "Lucía, mamá descubrió algo muy grave y doloroso acerca de papá Algo que nunca imaginamos que podríamos enfrentar. Algo que duele tanto que siento que mi corazón sangra, y no puedo parar de llorar en silencio".

Lucía sollozó en ese instante, debilitada por la devastación a su alrededor, pero también por la dolorosa sinceridad en las palabras de su hermana mayor. "Qué qué es eso, Anny? Por favor, dime que no es lo que temo dime que no ha pasado lo que ya no puedo borrar de mis pensamientos".

Anny puso su mano en la mejilla de Lucía y suspiró con un dolor desgarrador, tratando de mantener sus lágrimas a raya en un esfuerzo titánico por proteger a su hermana de la horrible verdad. "Lucía papá ha estado viendo a otra mujer. Ha estado mintiéndonos, traicionándonos. Y ahora, todo lo que conocíamos, todo lo que creíamos tener, se está viniendo abajo, como un castillo de naipes arrastrado por el cruel viento de la desilusión".

Lucía soltó un grito sordo, liberando sus lágrimas en un torrente que ya no podía contener, mientras abrazaba a Anny con una fuerza que nunca imaginó tener. Los brazos de Anny rodearon a su hermana, atrapándola en la seguridad de su amor y en la promesa silenciosa de que, a pesar de todo, siempre estaría a su lado. Juntas en medio de la tempestad de dolor y miedo, trataban desesperadamente de mantenerse a flote, de encontrar alguna tabla de salvación que las condujera hacia el mañana. Y por un momento, compartieron la serenidad del abrazo, dejándose caer en la quietud sorda de su espacio sagrado.

Compartir el dolor y el consuelo entre madre e hija

El cielo de la tarde había adoptado la coloración de una nube sangrante, anaranjada y rojiza como si absorbiera el dolor de Susana y Anny, mientras ambas se sentaban juntas en la solitaria playa. La suave brisa del mar jugaba en sus cabellos enredados, engullendo sus sollozos y mezclándolos con el susurro de las olas rompiendo contra la arena.

Anny miró a su madre, sus lágrimas que descendían como cascadas de un precipicio que ella misma había hecho al revelar el secreto de su padre. El sentimiento de culpa anidaba en su pecho como un nido de serpientes venenosas, mordiéndola cada vez que pensaba en la secuencia de eventos

que había desatado. Pero también sabía que no podía haber guardado el secreto, no podía permitir que su madre continuara en la oscuridad mientras su padre le rompía el corazón con su traición.

Susana, por otro lado, intentaba reprimir las lágrimas que surgían en su mente, sus hombros temblorosos como las ramas de un sauce llorón en medio de una tormenta. Su voz era apenas un suspiro en la brisa del atardecer cuando habló, aunando un consuelo esquivo con cada palabra. "Anny no debes culparte por esto. No puedo no, no puedo guardar rencor a quien me reveló la verdad, por amargo y doloroso que haya sido ese choque contra la realidad".

Anny asiente, sus lágrimas temblorosas haciéndose eco de las palabras de su madre. "Lo sé, mamá pero aún así me duele pensar en cómo te he herido, cómo he causado tanto dolor en nuestra pequeña familia, tan unida antes, pero ahora despedazada por el peso de la traición". Sus palabras se quiebran, rompiendo la suave sinfonía de sus sollozos.

Susana envuelve a su hija en sus brazos, apretándola contra ella como si pudiera protegerla de los remolinos de temor y culpa que giraban en torno a ellas. "Anny, nunca podré culparte por lo que ha pasado. No importa cuánto me duela, entiendo que no fue tu culpa. Si hay alguien a quien culpar aquí, es a tu padre. Fue él quien eligió ser infiel, quien eligió romper la confianza en nuestra familia".

Pero en ese momento, las palabras parecían no ser suficientes para calmar el sufrimiento de Anny, su expresión adolorida pugnando por hallar consuelo en la arena oscura bajo sus pies. "Quisiera quisiera que las cosas volvieran a ser como antes", suspiró, su voz temblando de angustia. "Quisiera poder devolver el tiempo y evitar el descubrimiento de la amante de papá, evitar que nuestro mundo se desmoronara después de mi imprudente revelación".

Susana acarició el rostro de Anny, sus ojos empañados de tristeza pero llenos de comprensión. "Nadie puede cambiar el pasado, mi querida hija. A veces, la vida nos golpea con dureza, nos rompe el corazón y nos deja deshechos en la playa, como conchas vacías y sin rumbo. Pero debemos encontrar la fuerza para resistir las tormentas de la vida y aprender a seguir adelante, aunque nuestros corazones sangren y nuestras almas lloren".

Anny se aferró a su madre mientras las últimas luces del día se extinguían detrás del horizonte, las sombras de la noche extendiéndose sobre ellas como un manto de oscuridad y desesperación. Pero, incluso en medio de la

incertidumbre y el dolor que amenazaban con devorarlas, ambas encontraron un ápice de consuelo en el abrazo una de la otra, en el conocimiento de que, a pesar de todo, aún tenían una esperanza a la que aferrarse.

Esa esperanza residía en el amor que compartían como madre e hija, en la promesa de estar juntas en cada paso del camino, sin importar cuán oscuro y aterrador pudiera ser.

Chapter 4

Reacción de la madre embarazada

No había santuario en los brazos de la madre embarazada de un niño que aún permanecía en su vientre inocente. Susana se sintió como si hubiera sido arrojada sin cesar por un mar embravecido y repentinamente se encontrara en una isla desierta donde se vio obligada a enfrentarse con la realidad de una vida cambiada para siempre. Su hija mayor la miraba con ojos tristes y preocupados, luchando por encontrar las palabras adecuadas para explicar la traición de su padre.

La soledad había adquirido una voz melancólica y su hogar se había inundado de silencio. Susana se aferraba a una esperanza invisible de que alguien pudiera despertarla de su pesadilla y decirle que todo había sido un sueño. Pero no era un sueño; la realidad había golpeado como una tormenta de verano, dejándola sin aliento y de rodillas.

”Anny Por qué? Por qué no me lo dijiste antes?”, preguntó Susana mientras sostenía el brazo de su hija, su voz temblaba. Su rostro estaba pálido y su expresión parecía haber envejecido décadas en el lapso de unos minutos.

Anny, con lágrimas en su rostro, sostenía a su madre anciana. Había temido este momento durante tanto tiempo y ahora que la verdad estaba fuera, sentía como si hubiese desatado un demonio implacable que dispuesto a devorarla viva. Sus palabras se atenuaron en gran medida y se desvanecieron en la penumbra, pero aun así las pronunció: ”Mamá, encontré los mensajes hace dos semanas cuando usé el celular de papá para llamar a Lucía. No

sabía qué hacer. Me asusté No quería lastimarte”.

Al escuchar esto, Susana sintió un deseo abrumador de consolar a su hija, pero se encontró a sí misma vacía, incapaz de ofrecer ni una sola palabra de consuelo cuando su corazón estaba siendo retorcido y aplastado por la comprensión de la traición. De repente, las frases de sus propios pensamientos se volvieron claras y precisas en su mente, como palabras escritas con tinta negra sobre un papel blanco prístino.

”Anny, ve a buscar a Lucía y cuida de ella mientras hablo con tu padre”, dijo Susana con una voz sorprendentemente firme. No sabía de dónde venía esa fuerza, pero se sintió agradecida por encontrarla en ese momento.

Anny asintió con la cabeza y salió de la habitación en busca de su hermana menor. Susana permaneció sentada en la cama, sosteniéndose las manos sobre el vientre, tratando de encontrar el coraje para enfrentar la situación como esposa, como madre y como mujer.

Decidió llamar a Gabriel por teléfono. Aunque su corazón y su mente estaban desbordados por la tormenta de emociones, sabía que debía enfrentar a su esposo con la verdad y permitirle el espacio para confesar, explicar y reparar el daño.

Cuando Gabriel respondió al teléfono, Susana apenas pudo hablar. ”Gabriel...”, su voz se quebró. ”Necesitamos hablar”.

Hubo una pausa en la línea, y luego la voz de Gabriel se oyó suave y tensa. ”Qué pasa, Susana? Te pasa algo a ti o al bebé?”

Susana cerró los ojos con fuerza antes de hablar con voz más decidida. ”Anny me contó sobre Mariana, la amante que has tenido. Quiero saber por qué me hiciste esto, Gabriel. Quiero saber qué demonios pasa por tu cabeza para hacerle esto a tu esposa embarazada, a tus hijas”.

Silencio. Un silencio agonizante, lleno de culpa y miedo.

Antes de que Gabriel pudiera responder, Susana agregó con una voz vacilante que amenazaba con quebrarse, ”Acaso no valgo nada para ti, Gabriel? Soy tan poco importante que te has permitido hacernos esto? Qué hemos hecho Anny, Lucía y yo para merecer esto? Por qué, Gabriel? Por qué?”

La línea permaneció en silencio durante un largo rato antes de que la voz de Gabriel, temblorosa y llena de angustia, resonara claramente como un trueno: ”Susana lo siento tanto. No sé cómo llegué a esto. No fue por no fue por ninguna de ustedes. No sé qué decir. Sólo , sólo perdóname”.

Pero a pesar de escuchar las disculpas, Susana supo que el camino hacia el perdón y la recuperación sería largo y doloroso. Por lo menos ahora, había un punto de partida y una verdad mejor entendida, aún si significaba páginas más difíciles en el siguiente capítulo de sus vidas.

Ella debía encontrar fuerzas desconocidas en sí misma para luchar por su familia y darle a su hijo por nacer un hogar que le recibiera con amor, por más complicadas o inciertas que fueran las circunstancias que lo rodearan. Qué otro legado podía dejar a sus hijas y a su nieto, si no la valentía de enfrentar la vida con la verdad, la integridad y la pasión desmedida que traspasaba todos los obstáculos que se interponían en su camino y les mostraba la luz en medio de la oscuridad.

Derrumbe emocional de Susana

Susana se encontraba en el cuarto de baño, frente al espejo, cuando el frágil castillo de sus pensamientos se derrumbó sobre ella como un mar embravecido. Un milisegundo antes, había estado ocupándose de actividades tan cotidianas e insignificantes como cepillarse el cabello o repasar sus tareas pendientes del día, cuando las palabras de Anny, turbias y enmarañadas, irrumpieron en su mente como una ola recia que arrastraba con todo a su paso. La revelación de su hija, recién pronunciada, la alcanzó de lleno y la dejó sin aliento, como si le hubiesen propinado un golpe en el estómago.

Las imágenes y suposiciones compartidas por Anny sobre la infidelidad de Gabriel, su esposo, la invadieron con tal fuerza que la dejó devastada. El reflejo en el espejo revelaba una mujer irreconocible, con la palidez cadavérica que delataba el alma en pena detrás de su piel. Susana sabía que su vida había cambiado para siempre y que, de ahora en adelante, tendría que aprender a caminar en un territorio desconocido y desgarrador.

Un temblor involuntario recorrió su cuerpo, haciéndola caer de rodillas sobre el suelo de azulejos fríos. Intentó respirar, pero cada bocanada de aire sólo agravaba su dolor, sus pulmones ardiendo como si inhalara humo o veneno. Su mundo, antes tan completo y confiable, se había desmoronado como un barco de papel en el océano, sumergiéndola en el abismo de la incertidumbre y la traición.

Era como si un espectro oscuro y maligno se materializara detrás de Susana y susurrara a sus oídos episodios angustiosos y escabrosidades del

pasado que ella desconocía. Revivió en su mente cada gesto, cada palabra y cada mirada que Gabriel había compartido con Mariana, la amante que desgarró su matrimonio y puso en riesgo la felicidad de su familia y su hogar.

La desesperación se apoderó de Susana cuando la realidad de la infidelidad de Gabriel y la existencia de Mariana la llevó al borde de la histeria y el llanto incontenible. Quiso gritar hasta quedar sin voz o huir del dolor que la atenazaba, pero se encontraba atrapada en medio de una batalla interna que no podía ganar.

Mientras el sol se despedía del horizonte y el crepúsculo transformaba las sombras en monstruos de oscuridad, la joven madre embarazada de ocho meses se aferró al último vestigio de esperanza dentro de sí misma, al amor incondicional que sentía hacia sus hijas, a la fe desmedida e insistente de que, de alguna manera, encontraría la manera de enfrentarse a su dolor y convertir ese veneno en antídoto.

De repente, el llanto callado y mudo de Susana se transformó en una expresión de profunda tristeza y angustia que ahogó a decisión en su garganta como si un nudo desgarrador impidiera el pasaje del aire. Los sollozos sobrecogedores amenazaron con desgajar su cuerpo y su espíritu, y nuevamente se sintió a la deriva, alejándose cada vez más de la versión de sí misma que había sido antes de ese día.

A través de las lágrimas, Susana pudo ver una figura que se acercaba en la puerta del baño, una sombra que era real y tangible, pero al mismo tiempo tan frágil e indefensa como ella misma. Anny, su hija de catorce años y fuente de sabiduría y comprensión en sus cortos años de vida, se encontraba junto a Susana, acurrucándose en sus brazos y buscando en la madre el consuelo que ella misma no podía brindar.

Juntas, madre e hija, enfrentaron su dolor y derramaron sus lágrimas; las lágrimas de traición y abandono, un lamento solitario que resonaba en la oscuridad creciente como un eco que se proyectaba hacia el infinito. La noche que siguió fue la más larga de sus vidas, una noche de desesperanza y desesperación, de amargura y angustia.

Y, sin embargo, en medio de esa tormenta de emociones, ambos descubrieron un pedazo de sol en el alba que se alzaba en el horizonte, una brizna de esperanza en la constelación de sus corazones rotos que les recordaba que, aunque el dolor era una tormenta implacable e inmisericorde, siempre podría encontrar en el otro un refugio necesario y un consuelo al

que aferrarse.

La vida que una vez conocieron había sido irrevocablemente alterada, pero en ese deterioro y en la implosión de sus ideales, madre e hija encontraron, entre los escombros y fragmentos de su antigua existencia, una fortaleza inquebrantable e inesperada que les permitiría seguir adelante, enfrentarse al mundo y a ellos mismos con una fuerza desconocida y desmedida que, al mismo tiempo, los uniría y amenazaría con romper cualquier vestigio de la felicidad que conocieron.

Preocupación por su embarazo

Los primeros rayos del sol despertaron a Susana con su tímido abrazo, recorriendo el edredón blanco que la cubría con un tenue y apenas perceptible temblor. La almohada, empapada en sudor y lágrimas, acogía su rostro en la húmeda y fría trinchera que delataba una noche de insomnio y angustia. La habitación, que alguna vez fue refugio de ternura y dicha compartida, ahora era un temido escenario donde su corazón desgarrado se enfrentaba con la cruel verdad que la torturaba día y noche.

Susana se hallaba en una encrucijada, obligada a enfrentar la realidad de una vida que debía seguir adelante, a pesar del lacónico dolor, a pesar de la traición, a pesar de aquel vientre que abrigaba al fruto del amor y la esperanza; una esperanza cada vez más distante y diluida en el penumbroso horizonte de su existencia.

Anny apareció en ese momento en la puerta, sus ojos vacilantes y llorosos se encontraron con los de Susana, y un temblor imperceptible recorrió espina dorsal de ambas como un dardo sutil y punzante que perforaba cada fibra de su ser. Susana conocía cada rincón y sombra en el alma de su hija, adivinaba y palpaba sus miedos e inseguridades, su deseo desesperado de protegerla a ella y a su hermanita del desastre que se avecinaba.

”Fui al consultorio de la doctora Paz, mamá. Dijo que puedo consultarte cualquier duda o temor que tenga respecto a tu embarazo”, comentó Anny con un hilo vacilante de voz que parecía a punto de romperse en cualquier momento. ”No quiero que esto te haga daño, ni a ti ni al bebé. Quiero ayudarte en todo lo que pueda”.

Susana sintió un nudo nuevo en la garganta, una mezcla de amor y angustia que sólo el corazón de una madre podría comprender. Se hallaba

en un intrincado laberinto de emociones, luchando por conservar un hilo de fortaleza y valor, resistiendo al dolor y a la desesperanza, y al miedo a perderse y perder a sus seres amados en la vorágine de un tormentoso naufragio.

Anny esperó con ansias la respuesta de Susana, mientras acariciaba el pálido y frío brazo de su madre, bajando la cabeza, como si quisiera disculparse por la tormenta que ella había desencadenado. Susana, sin embargo, sabía que la culpa no debía recaer en su hija, y que las decisiones y fallos de su esposo eran los verdaderos autores de la tragedia que se avecinaba.

”Gracias, mi niña”, susurró Susana con una leve sonrisa, luchando por ocultar el temblor en su voz y las lágrimas que pugnaban por asomarse en sus ojos. ”Eres lo más valioso que tengo en este mundo, y sabes que siempre, siempre, estaré aquí para ti, para Lucía y para nuestro bebé por nacer. Y ahora más que nunca, necesitamos apoyarnos y cuidarnos las unas a las otras”.

La madre y la hija se abrazaron con la intensidad de las almas que han sido desgarradas y buscan en la contención del otro el aliento para sobrevivir y resistir. El amor y la confianza eran las únicas armas que tenían en ese campo de batalla, ese laberinto oscuro y traicionero que se había infiltrado en su hogar como una sombra maligna y seductora.

Anny, decidida a proteger a su madre y a su hermana, guardó su miedo y su dolor en un cofre cerrado en lo profundo de su alma y empezó a buscar en la vasta sabiduría de su corta experiencia de vida las respuestas y el consuelo que necesitaba para guiarlas en ese terrible camino.

”Quiero hacerte una promesa, mamá”, dijo Anny, con un brillo de determinación en su mirada. ”Voy a velar por ti, por Lucía, y por este bebé. No permitiré que lo que papá hizo afecte a nuestra familia más de lo que ya lo ha hecho. Voy a ser fuerte por ti, porque sé que eres fuerte por nosotras también”.

Susana no pudo impedir que una lágrima se deslizara por su mejilla, pero ahora era una lágrima de ternura, un recordatorio del amor inquebrantable que existía entre ellas y que ningún obstáculo, por oscuro y traicionero que fuera, podría derrumbar jamás.

Apoyo de Anny a su madre

La luz crepuscular se filtró a través de las persianas cerradas de la cocina, bañando los azulejos de color verde desgastado en sus débiles rayos y dándole a la habitación un aire melancólico y taciturno. Susana se encontraba sentada en la silla junto a la ventana, sus ojos abatidos fijos en su desayuno medio comido y su mano inmovilizada sobre su vientre abultado. Podía sentir, a través de la piel y los músculos, el leve estremecimiento de la vida que se agitaba dentro de ella, pero ya no había alegría en ese contacto íntimo, asfixiada por la oscura sombra de una verdad que se negaba a aceptar.

Anny también había notado el cambio en su madre, la ausencia de una chispa vital que solía encender sus ojos y hacer que sus labios se doblaran en una sonrisa incontenible cada vez que la joven esposa pensaba en su bebé que estaba por nacer. Ahora, en su lugar, Anny sólo veía un abismo oscuro y un vacío insondable que amenazaba con tragarse a su madre por completo, una madre que seguía luchando por mantener las apariencias y continuar con su vida a pesar del desmoronamiento de todo lo que había construido y en lo que había creído.

No era fácil para Anny enfrentar la nueva realidad que se extendía ante ella como un páramo desesperado, un paisaje de desesperanza y traición que había hecho la vida de su madre, de su hermana menor y de ella misma, un infierno privado en el que todos eran prisioneros, pero no víctimas. No, Anny sabía que la verdadera víctima estaba acurrucada dentro de su madre, una diminuta criatura que no había pedido llegar a este mundo y que ahora debía enfrentarse a la incertidumbre y la desconfianza que se entretejían en cada uno de los rincones de su hogar.

“Quieres algo más, mamá?”, preguntó Anny, atendiendo con esmero el platillo del desayuno, una deliciosa torreja de jamón y queso que se había vuelto una pasta fría e insípida bajo los efectos del tiempo que se había detenido. Susana levantó la vista y encontró la mirada temerosa pero protectora de su hija, una mirada que no había visto antes en ella, y eso le dolió más que la traición que su esposo había perpetrado.

“No, gracias, cariño”, susurró Susana con una voz apenas audible, intentando -pero sin lograrlo- encontrar la sonrisa que solía asomarse en los momentos más difíciles de su vida. Era como si un velo se hubiera desplegado sobre sus facciones, velando la luz y el calor que antes desprendían de ella

como un faro en la oscuridad.

Anny luchaba contra el desconcierto y la indignación que se apoderaban de su corazón cada vez que encontraba nuevas pruebas del engaño de su padre y de la vida paralela que había construido con esa mujer. Pero, a pesar de todo, no dejaba que ese dolor la consumiera por completo; en cambio, se levantó y extendió la mano hacia su madre, ofreciéndole su apoyo y su amor incondicional en un gesto que revelaba la madurez y la sabiduría que había adquirido en los últimos días.

Sus dedos se entrelazaron y ambas se levantaron de la mesa, Anny liderando el camino hacia el baño, donde su madre ya no tenía fuerzas para seguir adelante. Anny comprendió en ese momento, con la claridad de un rayo que corta la tormenta, que no podía dejar a su madre sola en la Everest intransitable que era su vida ahora, y que tendría que encontrar en su corazón el valor para enfrentarse a los fantasmas que perseguían a su familia y amenazaban con destruirlos a todos.

Al entrar al cuarto de baño, Anny prendió la ducha, ajustándola a una temperatura agradable mientras su madre se desvestía y se disponía a enfrentar la pesadilla desde la cual había despertado hacía unas horas. Susana sumergió su cuerpo en el chorro de agua caliente, dejando que el líquido lavara las lágrimas y el dolor que se habían adherido a su piel como cicatrices invisibles en cuanto se enteró de la infidelidad de su esposo.

Anny la enjabonaba y la ayudaba diligentemente, tratando de no pensar en las palabras que tantas veces había escuchado a su madre susurrar entre sollozos: "Como pudiste". No pudo soportar verla así y le susurró: "Mamá, siempre estaré aquí para ti, pase lo que pase".

Y aunque Susana no pudo responder con palabras, simplemente apretó la mano de Anny bajo el agua caliente. Las dos se aferraron una a la otra en medio de la lluvia que caía sobre sus cuerpos, unidas en su dolor y su amor, prometiendo en silencio nunca dejar que su hogar se convirtiera en un naufragio solitario en el océano de sus vidas. Porque, al final, habían descubierto que el amor más valiente y cierto era aquel que permanecía cuando todo lo demás se había ido.

Reacciones físicas por el estrés y la angustia

El calor se había apoderado del pueblo como una manta sofocante que aplastaba todo rastro de frescura en el aire. La cocina de la casa de Anny y Susana, por su parte, también sudaba bajo este peso. El vapor escapaba de la olla de arroz, convirtiéndola en una burbuja acuosa que amenazaba con reventar. Susana, que con el rostro mojado empujaba unas cuentas de abalorios rojos en un hilo de seda, había intentado afanosamente completar aquel regalo para su hija, como forma de disculparse por las semanas de agitación.

Anny, sentada al otro lado de la ventana, jugueteaba con las piedrecillas que había recogido en el jardín. “No sé por qué hago esto”, suspiró, lanzando el pequeño montón de guijarros en el suelo con un gesto de indiferencia. “Mi vida está hecha un desastre, y aquí estoy jugando como una niña pequeña”. Susana observó secretamente a su hija con pesar y se levantó para acariciarle la cabeza, pero antes de llegar a ella, se detuvo torpemente, como si solo de haberlo pensado hubiera cometido un delito.

El día continuó en la misma apatía que había gobernado la casa desde que la noticia de la traición de Gabriel había sacudido a la familia. Anny, cuyos ojos brillaban con una mezcla de indignación y rabia reprimida, llevaba días perseguida por una sensación de ahogo que llenaba su garganta con una náusea insoportable. “No puedo más”, sollozó al fin, hundiendo su rostro en sus manos temblorosas. “Me estoy ahogando en este maldito ambiente”.

Susana sintió desgarrarse su pecho con el dolor y la impotencia que las palabras de su hija habían producido en ella. “Lo sé, cariño”, confesó en un murmullo apenas audible, rogando en silencio por el alivio que no podía darle. “Siento que también estoy siendo arrastrada por la corriente, sin saber qué rumbo tomar o cómo salvarnos a todas”. Su voz tenía un rastro de angustia que Anny nunca antes había escuchado, y esta revelación despertó en ella una cascada de temores y dudas que la sumergieron más profundamente en el pozo de su propia desesperanza.

“Qué fácil sería sentarse aquí y dejarse llevar por las olas, renunciar a luchar y entregarse al abismo”, continuó Susana, las lágrimas rodando por sus mejillas como gotas de lluvia en un vidrio. “Pero no podemos permitirnos ese lujo, Anny. Tenemos que ser fuertes, aunque nuestro corazón se rompa en pedazos y los pedazos se quiebren hasta convertirse en polvo, debemos

seguir adelante, aunque sea solo por Lucia y el bebé que por ahora duerme en mi vientre”.

La confesión de su madre golpeó a Anny en lo más profundo de su ser, retumbando en su cabeza como un eco en una caverna y haciendo vibrar cada uno de sus pensamientos y sentimientos como las cuerdas de un violín. Sin embargo, en lugar de dejar que el terror y la tristeza se apoderaran de ella, Anny se levantó, con los últimos resquicios de su fuerza, y se acercó a Susana, para abrazarla con una ternura que no había sentido en mucho tiempo.

“Mamá, no importa cuántas veces sienta que la marea me arrastra hacia la oscuridad, siempre estaré aquí para ti”, musitó Anny, enjugando las lágrimas de Susana con la manga de su camisa. “Todavía tenemos a nuestro lado la capacidad de amar, y eso, aunque a veces parezca solo una chispa moribunda en nuestro corazón, es la esperanza que nunca se extinguirá mientras sigamos aquí, resistiendo juntas el azote de las tormentas”.

Susana miró a su hija con un nudo en la garganta, con la certeza creciendo en su estómago de que, aunque la vida les había golpeado con fianzas indescriptibles, aún tenía el poder de transformarla en una fuerza inquebrantable que ni el mayor de los huracanes podría quebrar. “Gracias, mi niña”, susurró Susana con una sonrisa, por primera vez en mucho tiempo, genuina.

“Te amo, mamá”, respondió Anny con suavidad, atrapando en su corazón cada una de esas palabras que, aunque quemaban como una brasa ardiendo, le daban la fuerza y la luz suficiente para seguir adelante en medio de las olas turbulentas que intentaban hundir a su familia. Y era en ese duelo cotidiano de amor y dolor que ambas se afirmaban las manos y retomaban la lucha, con o sin líneas de vida, resistiendo y renaciendo un poco más en cada batalla.

Decisiones sobre cómo enfrentar a Gabriel

La decisión de cómo enfrentar a Gabriel, el hombre que había traicionado todo lo que había construido en su vida, el hogar que había dedicado todos sus días a mantener y alimentar, no era fácil para Susana. Por un lado quería llenarse de ira y desencanto, rasgarle las entrañas y lanzarlas al viento mientras gritaba su nombre, dejando que los ecos devastaran cada muro

y cada puerta que había en la casa. Pero, por otro lado, el amor que aún sentía por su esposo, el padre de sus hijas, no le permitía desmoronarse por completo.

Rotos los confines de su mente y su corazón, Susana se arrodilló en la mitad del salón, junto a la foto de su boda que permanecía enmarcada en la pared, rodeada por los retratos de sus hijas, de sus vacaciones familiares, de sus momentos felices, y sollozó hasta sentir que el aire abandonaba sus pulmones y la dejaba vacía, quebrándose como el cristal de una ventana bajo la fuerza de un huracán.

Anny, que había estado observando en silencio desde la sombra de la habitación, corrió hacia su madre y la envolvió en sus brazos, compartiendo su dolor y sus lágrimas en un abrazo que parecía el último resquicio de humanidad que quedaba en la casa donde las pesadillas se habían colado y habían hecho añicos su vida. Sabía que lo que tenía que hacer no sería fácil, pero también sabía que no podía dejar morir a su madre en aquel abismo de pesadumbre y desesperación.

”Mi amor ”, murmuró Anny, la voz quebrada por la tormenta que se había desatado dentro de ella, y levantó la vista hacia Susana, cuyos ojos eran ahora dos puntos brillantes en medio de la oscuridad infinita. ”Debes enfrentarlo. Tienes que decirle lo que sabes y dejar que él se defienda, dejar que él cargue con el peso de sus acciones y sienta la devastación que ha causado en nuestra familia. No puedes esconderte de él, mamá, eso solo hará más débil la herida. Lo que necesitas es encontrar la verdad y hacer frente a la realidad”.

Susana, que oscilaba entre sentirse resquebrajada y desesperada, se aferró a Anny como si se tratara de una cuerda de salvación en medio de un naufragio. Asintió con la cabeza, los sollozos aún sacudiendo sus hombros, pero levantó la vista y vio la determinación en los ojos de su hija, una determinación que había heredado y cultivado en su corazón y que ahora resplandecía como un faro en mitad del mar. ”Tienes razón, Anny”, dijo Susana con voz temblorosa pero con una nueva fuerza que recorría sus venas. ”Es hora de encontrarnos cara a cara con Gabriel y exigir las respuestas que nos merecemos”.

Unos días más tarde, Susana se armó de valor y se sentó al lado de Anny en el sofá de la sala, esperando a que Gabriel regresara del trabajo. Cuando la puerta se abrió y él entró, hubo un instante de silencio, una

calma desgarradora antes de que Susana empezara a hablar.

"Gabriel", comenzó Susana, luchando por mantener la firmeza en su voz. "Necesitamos hablar". Las palabras salían de sus labios con el peso de una piedra en el fondo del océano, arrastrando con ellas las lágrimas y el miedo, pero también la determinación de enfrentar la tormenta.

Gabriel, sorprendido y preocupado por el tono de Susana, miró hacia Anny y luego de vuelta a su esposa. "¿Qué sucede?", preguntó, sus ojos buscando un punto de apoyo en el salón donde antes había encontrado consuelo y amor, pero que ahora estaba lleno de una tristeza palpitante.

Susana reunió todas sus fuerzas, dejó que el coraje y la traición se reflejaran en su rostro y miró a su esposo directamente a los ojos. "Sabemos lo que hiciste, Gabriel, sabemos sobre Mariana y tu traición". Las palabras eran como cuchillos que azotaban su lengua, liberándose al viento y dejando a su paso una estela de sangre y devastación.

Gabriel intentó disfrazar la sorpresa y el miedo que se apoderó de él en ese momento. Se sentó frente a Susana y Anny, su rostro cambiando de color mientras buscaba en vano alguna excusa o explicación para darles. Susana pudo ver el reflejo de su lucha en sus ojos y, aunque su corazón se estremeció con un dolor invisible, sabía que tenía que enfrentarlo, superar sus temores y liberarse del monstruo que había estado consumiendo su vida.

Impacto en la relación madre - hija

La oscuridad se había aferrado al cielo como una araña, deslizándose sus patas negras por encima de la luna apenas visible, mientras en la cocina de la casa de los Guzmán, Susana y Anny compartían un suspiro de pesar. Susana había estado evitando deliberadamente mirar a su hija, pues el recuerdo de las palabras que Anny le había contado sobre la traición de su esposo, su corazón de golondrina batía con fuerza en su pecho, cargado de incompreensión y una rabia sorda que le mordía el alma. "¿Cómo lo supiste?", preguntó Susana al fin, levantando sus ojos desolados hacia el rostro angustiado de Anny.

Anny mordió su labio inferior, sintiendo cómo el peso de su confesión se aferraba a su garganta como un collar de espinas, hirviendo su carne y entumeciéndola con un dolor frío y pulsante. "Lo vi en su teléfono, mamá", confesó en un murmullo, reviviendo esos momentos de horror en los que

había descubierto el rastro de la traición de su padre. "Vi mensajes de texto entre él y Mariana, y luego lo seguí en las redes sociales, y encontré más y más conversaciones que me llevaban a la misma y terrible conclusión".

Susana sintió cada palabra como una bofetada que reverberaba en su cabeza, agrietando las capas de protección que había generado durante todos esos años de paciencia desesperada y esperanza infundada. Sus puños se cerraron a sus lados involuntariamente, sus dedos golpeando la mesa con una fuerza que hizo temblar sus platos, y sintió que la ira y el miedo colisionaban en su mente mientras buscaba alguna respuesta que pudiera justificar lo injustificable, perdonar lo imperdonable.

Anny la miró con los ojos llenos de lágrimas que colgaban como joyas temblorosas en sus mejillas, y se acercó para abrazar a su madre, cuyos hombros temblaban bajo la carga de su propio dolor. "Mamá, te amo", susurró, dejando que su voz se retorciera en su aliento como una mariposa en una ráfaga de viento. "Lo siento tanto por haberte traído esta tortura, pero no podía permitir que siguieras viviendo en una mentira, que siguieras desperdiciando tu vida con alguien que no te merece ni en tus peores momentos".

Susana tragó con dificultad y su labio tembló bajo el estigma de la verdad que su hija le había revelado, pero a pesar de las negras nubes que la asfixiaban y la marea de desesperación que la amenazaba, encontró en las palabras de Anny la semilla de una fuerza que no había conocido antes de esa terrible noche. "No llores, mi niña", imploró a su hija, acariciando su cabello mientras sus propias lágrimas corrían libres por su rostro. "Tienes más valentía en tus suspiros que te lo que podría recolectar en un millón de años, y nunca, por más que me llene el corazón de espinas, podré dejar de amarte por ello".

Anny apartó la mirada de la cara iluminada por el dolor de su madre, sintiendo cómo el amor y la ira se trenzaban en la desgarradora verdad que ahora compartían, en un lamento implacable que aullaba a través de sus almas como un lobo hambriento. "Tampoco yo puedo dejar de amarte, mamá, aunque sienta que el mundo entero se derrumba a nuestro alrededor y ya no queden más que pedazos rotos para reconstruir lo que una vez fue la vida que conocí y amé".

La angustia en su voz parecía un criatura hiriente y feroz, que rugía en las sombras mientras Susana luchaba con sus propios temores y demonios.

”Qué vamos a hacer?”, se preguntó, el horror y la tristeza asomándose en sus palabras como serpientes venenosas, enredándose en sus pensamientos y envenenando cada esperanza por renacer.

La respuesta de Anny fue simple, pero colmada de dolor: ”No lo sé, mamá. Pero enfrentaremos esto juntas, y juntas encontraremos una forma de curarnos, aunque el proceso duela como mil púas clavadas en nuestra piel”. Y fueron esas palabras las que, ancladas a un amor inquebrantable, pasaron a ser el estandarte de la familia Guzmán mientras atravesaban, debatiéndose en lágrimas e idolatrías, el mayor tormento que ninguna de ellas había imaginado enfrentar.

Miedo y preocupación por el futuro del bebé

A pesar del murmullo del televisor, del ruido de los coches que pasaban frente a la casa y de los sonidos constantes de la vida a su alrededor, Susana sentía que el mundo estaba en silencio. La música que solía bailar en las paredes de la casa como una danza alegre y radiante ahora parecía sofocada, encogida detrás de un velo invisible que la reducía a una sombra de su antiguo ser. Esa música era el latido del corazón de Anny, el candor dulce y vibrante de Lucía y la respiración serena del bebé que crecía en su vientre.

Ahora, mientras Susana se mecía en su silla, acariciando su vientre abultado, no podía evitar sentir una preocupación ardiente y un miedo atroz que temblaba en sus extremidades como una corriente eléctrica. Cómo iba a criar a su hijo en un hogar en el que el amor había sido arrancado de sus raíces y la traición había sido plantada en su lugar? Cómo iba a mirar a su bebé, un ser de vida y de amor, y decirle que su padre, que su misma esencia, estaba manchado por la desilusión y la deshonra?

”Estarás bien, mi amor”, susurró al pequeño ser que florecía en su vientre, cuya única preocupación en ese momento era seguir creciendo y aprendiendo a respirar fuera de ese cálido y acogedor refugio. Susana sonrió a pesar del dolor que la aplastaba, la mente inundada con la esperanza de que su niño -que aún no había sido tocado por los pecados de su familia- pudiera encontrar una felicidad que ella no había conocido más que en fragmentos, en los resquicios de sombras que se desvanecían con los primeros rayos dorados del sol. Que su infancia pudiera ser más brillante y más hermosa que la que había forjado la propia Susana, con manos curtidas y corazón

resquebrajado por la desilusión.

Una oleada de amor y miedo la hacía vibrar en la oscuridad de su habitación mientras se sumergía en la posibilidad del futuro. Imaginó su hija mayor, Anny, sosteniendo al bebé en sus brazos por primera vez, y cómo Susana podría enseñarles a ambas a querer a ese ser indefenso y precioso por igual, a protegerlo de las garras del mundo que se cerraban a su alrededor como una jaula de hierro encendida en llamas. Imaginó una nueva vida en la que el sol brillaba y los jardines florecían, en la que los ecos de la risa de sus hijos la envolvían y acallaban los golpes de terror y traición que aún retumbaban en su corazón.

Lágrimas tumultuosas y ardientes como brasas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas, mientras Susana se mecía en silencio en su silla, abrazando su vientre y rogando al cielo que su amor fuese suficiente, que la vida podría mostrar clemencia a su hija e hijo por nacer y que juntos podrían sobrevivir a la tormenta que estaba a punto de sucumbir y arrasarlo todo a su paso.

”Por favor”, susurró al viento que soplaba a través de la ventana abierta, dejando escapar sus palabras como una ofrenda a los dioses y las estrellas que se esparcían por el cielo nocturno. ”Por favor, déjame proteger a mi hijo de la oscuridad que ha manchado nuestras vidas. Permíteme ser el faro que lo guíe en la tormenta y el abrazo cálido que lo salve de la desesperación”.

La noche se retorció y deshilachaba alrededor de ella como hilos en la oscuridad; los susurros de su corazón, sus peticiones y promesas, acercándose a la aurora que se avecinaba. En sus brazos, sosteniendo su vientre que parecía ahora un tesoro eterno, Susana se mecía y deseó con todo su ser un mundo lleno de amor y de luz, en el que sus hijos pudieran crecer felices y en completa serenidad.

Búsqueda de apoyo emocional y consejo

La mañana parecía haber aclarado, como si la larga noche de tormenta hubiera lavado de alguna manera el dolor del alma de Susana. Pero al mirar desde la ventana de su habitación, los rayos de sol parecían opacos y cansinos, como si fueran una ilusión. Sin haber aún desayunado, caminó a paso lento hacia la iglesia del pueblo, su refugio de paz en esas horas difíciles. La necesidad de enlutar a un Dios que creía, lo había llevado a una vida de

oración poco convencional.

Miró al crucifijo por encima del altar, sintiéndose perdida y enojada, procurando encontrar respuestas en el silencio de aquellas piedras. Largas horas pasaron mientras rezaba y contemplaba el rostro de su redentor, con lágrimas brotando de sus ojos como fuente de amargura, aunque por sobretodo de impotencia.

Con manos temblorosas, encendió una vela en la pequeña capilla y dejó escapar un suspiro que parecía liberar el fantasma de sus pesares. La suave luz, que oscilaba con el pulsar de su corazón, le recordaba la madre en su hogar, sin su esposo, sus hijos y una vida que no podría contarles. Sus pensamientos viajaron a Anny, su valiente hija, cuya alegría y risa eran ahora recuerdos transparentes bailando en el abismo de su pesar. La luz de la vela besaba las mejillas de Susana reflejando la bondad y honestidad que siempre había caracterizado cada uno de sus actos.

Fue en ese momento cuando un grupo de mujeres entró a la pequeña iglesia, notando la presencia de Susana. Dejando de lado sus propias preocupaciones, la rodearon y ofrecieron sus brazos y sus oídos para absorber parte del sufrimiento de Susana.

"Qué te aflige, Susana?", preguntó Beatriz, la prima de Susana, mientras se acercaba con una expresión de preocupación y angustia en su rostro.

Susana se aferró al banco en frente de ella como si fuera un ancla en medio de un naufragio, su lastre en el océano turbulento de sus emociones. "No puedo decírtelo", murmuró sin levantar la vista, su voz temblorosa destacando más por lo que no decía que por sus palabras.

"Tus ojos dicen más de lo que tú callas, Susana", insistió Beatriz, cercándola por un momento, acercándose lo suficiente para compartir su calor y su fuerza. "Por favor, hermana, confía en nosotras. Tal vez podamos ayudarte a atravesar este camino oscuro y retorcido que te tiene atrapada en sus sombras".

Susana, al borde de un precipicio de desesperación, miró a Beatriz a los ojos y a cada una de las mujeres presentes, buscando en sus rostros algún indicio de esperanza y consuelo. Pero las máscaras de apoyo, empatía y preocupación que ellas ofrecían no lograban disipar el nudo helado que se enroscaba en su pecho, estrangulando cada esperanza y quebrando cada resquicio de paz que intentaba asomarse.

"No me pidas que te lo cuente, comparte mi carga como te lo ruego",

sollozó al fin, exprimiendo sus últimas fuerzas para no desintegrarse en un millón de pedazos. "Deseo que lo siento y lo que sé, entierren mi corazón bajo su peso, lo destrocen y lo despedacen, pero si lo comparto con ustedes, tal vez lo que resta de mi alma sea capaz de sanar".

Las mujeres presentes se acercaron a Susana, sus brazos enlazados como una cadena de amor y solidaridad, y juntas oraron y lloraron, sumergidas en un océano de palabras y lágrimas que al final las liberó a todas de la opresión del silencio y del miedo.

Y así, en ese santuario sagrado donde ahora se mecían las historias no contadas y las promesas no realizadas, Susana halló en el abrazo de sus hermanas y en el cobijo de un Dios que lloraba con ellas, un momento de descanso en el que, aunque breve, las sombras de su propia angustia retrocedieron lo suficiente para dejar que la luz brille con un poco más de claridad y calor en su vida noche.

Aquellas mujeres, que portaban también sus inconfesables secretos y temores, encontraron en su unión la consolación y la fortaleza que sólo el cariño y la empatía pueden otorgar. De esa capilla brotaron palabras como ríos, anhelantes de ser escuchadas y deseadas. Ya no estaba Susana sola en su lucha; ya no debía cargar el peso de sus penas sin compartir el faro de esperanza y amor que las mujeres le ofrecían. Aquellas plegarias unidas, en un solo clamor al cielo, parecieron sanar de cierta manera las heridas y las inquietudes que en ellos pesaban, a pesar de que continuarían atormentándolas en el íntimo recinto de sus corazones.

Fortalecimiento del vínculo entre Anny y Susana

Las llamas de las velas arrojaban sombras conmovedoras en la pequeña habitación del ático, donde Anny y su madre, Susana, habían buscado refugio para desahogar los secretos que llevaban sobre sus hombros y los temores que enervaban sus corazones. El viento soplaba con fuerza, lanzando embravecidas olas de lluvia salada contra las ventanas, como una metáfora de la tormenta que se había desatado en la vida de ambas mujeres.

Susana, su vientre abultado apenas visible en la penumbra, acariciaba suavemente la mano de su hija mayor, buscando fuerzas para curar las heridas que sangraban en la oscuridad de sus propias almas. A medida que las horas pasaban, madre e hija se entregaban lentamente a la verdad:

ninguna de las dos podía cargar sola con el peso del dolor y la traición que amenazaba con ahogarlas a ambas.

”Anny, mi amor...”, murmuró Susana, mirando con ternura los ojos temblorosos de su hija, que reflejaban el tumulto de lágrimas y preguntas sin respuesta que se agolpaban en su interior. ”Esta carga no puedes llevarla sola; no debes. Debemos enfrentarlo juntas, apoyarnos mutuamente en este momento de dolor e incertidumbre”.

Anny, sintiendo cómo las palabras de su madre disolvían las paredes que había construido en su interior para protegerse, se permitió llorar en ese momento. Lágrimas de furor, de impotencia y de un amor indomable que ardía como un fuego infernal en su pecho, estallaron en sus mejillas y llenaron el aire con un lamento que alcanzó los rincones más oscuros de la habitación en la que estaban escondidas las dos mujeres.

”Cómo puedo vivir de ahora en adelante, sabiendo lo que sé?”, sollozó Anny, su voz pesada y raspada por la angustia. ”Quizás sea mejor mantener la verdad guardada dentro de mí, para siempre ignorada, tal vez así pueda salvar a mi familia de caer en un abismo”.

Susana, empapada de desesperación y de miedo, sintió una punzada de dolor agudo en su corazón al ver cómo su hija, una niña apenas en la flor de la vida, luchaba contra tormentas y demonios que nunca debió haber conocido. Y ella sabía, en lo más profundo de su ser, que no debía permitir que Anny se sumergiera en esa oscuridad sin un faro que le guiara en la tormenta.

”Tu corazón es sabio, Anny, y te guiará en el camino correcto”, murmuró Susana, acercándose aún más a su hija y besándole la frente con un amor reverencial y eterno. ”Pero recuerda siempre que estamos juntas en esto. No estás sola en la lucha; juntas seremos más fuertes. Compartamos nuestras alegrías y our penas, nuestros temores y nuestras esperanzas; no permitamos que el veneno de la traición nos divida y nos destruya por dentro”.

Una brisa fría y lánguida sopló en ese momento, a medida que la tormenta alcanzaba su clímax en el mundo exterior, mientras madre e hija se abrazaban con fuerza, dispuestas a enfrentar la tempestad juntas y superar el abismo que ahora las acechaba en el silencio de la noche.

”Te amo, mamá”, susurró Anny, su voz temblando en medio del rugido del viento y la lluvia. ”Te amo más que a mi propia vida, más que a las estrellas y el sol y luna en el cielo, y haré lo que sea necesario para protegerte

y defenderte, aunque eso signifique enfrentarme a mi propio padre y luchar contra la oscuridad que amenaza con devorarnos a todos”.

Susana, sintiendo cómo el amor inmenso de su hija llenaba la habitación, se permitió sonreír, a pesar del dolor y el terror que se enroscaban en su pecho como serpientes hambrientas de vida y felicidad. En ese momento, en medio de la tormenta y los ecos de una traición que amenazaba con desgarrar las vidas de todos los que amaban, madre e hija encontraron un refugio en el otro, una roca firme en la que anclarse mientras enfrentaban las aguas embravecidas que se avecinaban.

Y así, mientras las llamas de las velas danzaban con la brisa y las sombras se estiraban y se encogían en la penumbra de la habitación, Anny y Susana reafirmaron su lazo, más fuerte y más brillante de lo que nunca había sido antes, listas para enfrentar la oscuridad que se avecinaba y encontrar juntas la luz y la esperanza que les fuera robada.

Chapter 5

Confesión a la hermana menor

Aquella noche, Anny sabía que tenía una responsabilidad aún mayor que enfrentarse a sus propios demonios: debía contarle la verdad a su hermana menor, Lucía.

Se había encontrado tantas veces en ese mismo cuarto, en el que las hermanas confiaban sus secretos y sus sueños; pero nunca antes había temido tanto la revelación que debía hacer, como si el acto de enunciar ese oscuro secreto le fuera a arrebatar parte de la inocencia de la infancia, como si fuera a despojarla de un mundo sin manchas y la arrojara al abismo profundo de la vida adulta.

Por la tarde Anny y Lucía se sumergieron en su refugio secreto, el cuarto donde los muros color pastel y las fotos familiares de años más felices les ofrecían un abrazo acogedor y seguro. A la luz temblorosa de las velas, sintiendo como el viento empujaba suavemente las cortinas y les acariciaba el rostro, Anny buscó valor en lo más profundo de sí misma y decidió enfrentar su temor y compartir el peso de esa terrible verdad con su hermana menor.

”Lucía”, comenzó Anny, su voz vacilante y llena de las preguntas que recorrían su mente como fantasmas. ”Lo que voy a contarte no es fácil de decir y mucho menos de escuchar, pero tú tienes el derecho, como yo, de conocer la verdad sobre lo que sucede en nuestra familia”.

El corazón de Lucía palpitaba tan fuerte que casi ahogaba el siseo de las velas que ardían en la penumbra. Sus ojos agrandados miraron a Anny como buscaban algún indicio de malicia, de mentira, pero sólo encontraban

una inmensa tristeza.

"¿Qué pasa con nuestra familia?", preguntó Lucía, sus palabras teñidas de miedo y confusión, como si oscilaran entre el anhelo agudo de mantener su mundo intacto y la necesidad imperiosa de escuchar la verdad por muy dolorosa que fuera.

Anny tomó la mano de Lucía entre las suyas y se envalentonó a continuar. "Papá él le es infiel a mamá", dijo de una vez por todas, sus palabras entrecortadas por el temblor de sus manos y su voz. "Yo lo descubrí. Vi mensajes de otra mujer en su celular, y también fotos de ellos juntos".

El silencio en la habitación era una mordaza, como si una mano invisible les apretara los labios y les robaba la capacidad de gritar a los cuatro vientos el dolor que les agujoneaba el pecho. Lucía soltó un sollozo breve, como si sus lágrimas y sus palabras estuvieran luchando en un combate feroz por salir a la luz.

"¿Por qué?", preguntó Lucía, su voz casi ahogada por el peso de su incredulidad y su tristeza. "¿Por qué nos haría eso a nosotros? No nos quisiera más papá?".

Abrazando a su hermana contra su pecho, Anny le susurró: "No es que no nos quiera, tal vez cometió un error, y estoy segura de que también le duele todo lo que está pasando. Pero debemos ser fuertes Lucía, y apoyar a mamá en todo lo que necesite".

Sellaron su promesa con un abrazo, sus brazos enredados como la marea mezcla de amor, miedo y esperanza que ahora les unía como nunca antes en ese remolino de incertidumbre y adversidad que golpeaba a sus puertas. A partir de ese momento, estarían juntas en el terremoto que sacudía la vida de todos los que amaban, compartirían el peso de ese secreto doloroso y oscuro hasta que el sol se asomara tras la tormenta.

Juntas, con la fuerza heredada de mil vidas cargadas de amor y lucha, como una fortaleza inexpugnable construida sobre los cimientos de la verdad, enfrentarían la verdad y abrirían un sendero a través de la oscuridad en el borde del abismo, dispuestas a protegerse la una a la otra y a su madre en la prueba más sombría y desafiante que jamás habían enfrentado.

Decisión de compartir la verdad con Lucía

La tarde caía lentamente en la pequeña ciudad costera, arrojando un manto dorado y triste sobre las vidas de Anny y su hermana Lucía. Ambas sabían que algo había cambiado en su mundo, que los cimientos de su hogar temblaban bajo el peso invisible de un conflicto que amenazaba con destruir la inocencia y alegría de su infancia. Pero sólo Anny, con sus catorce años de vida, entendía realmente la gravedad y el riesgo que pendía como sombras sobre toda su familia.

Esa noche, después de haber tomado la difícil decisión de enfrentar su temor y compartir el terrible secreto con su hermana menor, Anny decidió llevar a Lucía a aquel lugar especial que ambas compartían desde hacía tantos años, un rincón tranquilo y lleno de esperanza en la playa, donde la brisa marina acariciaba sus mejillas y sus risas se perdían entre las olas y la arena. Allí, en aquel remanso de inocencia y amor hermanable, Anny revelaría la verdad a Lucía y pondrían en marcha una lucha que jamás habían imaginado enfrentar.

Cuando las hermanas llegaron a aquel lugar lleno de recuerdos y esperanzas, ya la noche había invadido el cielo y las estrellas titilaban en la distancia como guías solitarias en la vastedad del universo. Lucía, sus ojos oscuros y temerosos, miraba a Anny con un amor inmenso e impotente, como si pudiera ver en el reflejo de sus palabras la oscuridad que acechaba a su relación y a su vida en familia.

"Anny", murmuró Lucía, acercándose a su hermana mayor con temor y desconfianza. "¿Qué es lo que nos quieres decir? ¿Qué ha pasado? Tienes toda la tarde con esa mirada triste en tus ojos, y mamá también ha estado muy extraña desde hace semanas. ¿Acaso ha pasado algo malo?"

Anny, sintiendo cómo su corazón se rasgaba en su pecho y se desmoronaba ante la ternura y la inocencia de su amada hermana, tomó fuerzas en lo profundo de su ser y decidió enfrentar el dolor y el miedo que se agazapaban en su alma. Mirándola a los ojos, le tocó suavemente el hombro y le hizo una señal para que se sentara en la arena, donde las olas acariciaban sus pies y les traían el mensaje dulce y eterno del tiempo y la memoria.

"Mi vida, mi Lucía", comenzó Anny, su voz temblorosa y entrecortada por las lágrimas que no podía contener. "He descubierto algo que nos afecta a todos, algo que cambiará nuestras vidas y pondrá a prueba nuestro amor

y nuestra unidad como familia. Es algo muy difícil de decir, pero quiero que sepas que te amo más que a mi propia vida y que siempre estaré contigo, en las sombras y en la luz, en el miedo y en la esperanza”.

Lucía, asustada y confundida, buscó en los ojos de su hermana una señal de alivio o de consuelo, pero sólo encontró, en ese abismo desesperado y oscuro, el reflejo del temor y el dolor que atenazaban a Anny y a su madre. Sin poderse resistir más al llamado de sus propias lágrimas y de sus angustias compartidas, Lucía abrazó fuertemente a su hermana y la dejó llorar en sus brazos, mientras las estrellas y las olas les hacían compañía en aquel lugar tan lleno de amor y de soledad.

”Qué sucede, Anny?”, preguntó Lucía, su voz rota y angustiada por la incertidumbre que se cernía como un velo sobre su vida y su corazón. ”Dímelo, por favor, aunque me duela, aunque me rompa, porque yo sé que juntas podremos enfrentar cualquier cosa, cualquier desafío, si tan sólo nos damos la mano y nos prometemos amarnos y protegernos en la tormenta que se avecina”.

Anny, soltando un suspiro pesado y lleno de temblor, llevó la mano de Lucía a sus labios y le besó la palma, un gesto de amor y sacrificio que no necesitaba de palabras o de miradas, que hablaba directamente al alma de ambas hermanas, y que prometía, a pesar de todas las sombras y los abismos, un amor infinito y eterno que les daría fuerzas para enfrentar la verdad y las mentiras que amenazaban con desgarrar su hogar y su familia.

Lucía, sintiendo cómo el amor de su hermana la arropaba como un abrazo cálido y protector, decidió entregar su corazón y su mente a aquella revelación que cambiaría su vida, y asintió con un gesto a Anny para que le narrara la verdad que la robaban la paz y la felicidad en su hogar.

”Lucía”, dijo Anny, tomando su mano entre las suyas y llevándola con suavidad hacia su pecho, donde su corazón palpitaba furioso y desesperado por compartir su dolor y su alegría. ”Papá... papá le ha sido infiel a mamá”.

Momento de intimidad entre Anny y Lucía

Aquella tarde, Anny esperó a que su madre saliera con Demetrio, el perro de la familia, para pasear y encontrarse con una amiga en la plaza, antes de decidir buscar a Lucía en el jardín donde siempre la encontraba, columpiándose

bajo la sombra de aquel árbol de ceiba que había visto nacer y crecer a ambas hermanas.

Lucía estaba allí, como siempre, cantando y riendo con el viento que hacía danzar sus rizos negros y acariciaba las flores rojas y moradas que llenaban de vida y de color aquel pedacito de cielo que sólo ellas compartían. Anny se acercó a su hermana sin hacer ruido, sus pies descalzos hundiéndose en la tierra húmeda y fresca, sus manos sosteniendo la trenza de jazmines y margaritas que había tejido con amor para coronar la cabeza de Lucía en su cumpleaños número doce.

”Feliz cumpleaños, Luci!”, susurró Anny en el oído de su hermana, rodeándola con sus brazos y dejando caer la corona de flores sobre su cabeza en un gesto dulce y lleno de ternura. Lucía, sorprendida y emocionada, se dejó abrazar por Anny y dejó caer las lágrimas que escocían en sus ojos como estrellas fugaces, como si supiera que aquel gesto de amor puro y noble era también una despedida temprana y dolorosa de la inocencia que ambas habían compartido por tantos años en la sombra de aquel árbol protector y eterno.

”Por qué lloras, mi vida?”, preguntó Anny, acariciando el rostro de Lucía con sus manos temblorosas, mientras las palabras que morían por escapar de sus labios se convertían en prisioneras de un amor desesperado y sereno que parecía colgar en el aire como la niebla en un día de otoño.

Lucía, mordiendo el labio inferior y cerrando los ojos para retener el torrente de lágrimas que amenazaban con desbordarse, buscó en la mirada de Anny una respuesta a la pregunta que dolía en su corazón como el veneno en la sangre de un animal herido. ”Qué sucede, Anny? Qué nos hicieron que estamos tan tristes y distintas a como éramos antes? Por qué la vida se nos ha vuelto tan espinosa y cruel, como si el destino se hubiera vuelto en nuestra contra?”.

Anny, sintiendo cómo su corazón se desgarraba en su pecho y la urgencia de la verdad se enredaba en su garganta como las hiedras en las paredes de su casa, decidió enfrentar el dolor y el miedo que se agazapaban en su alma, buscando en esa tarde bañada de oro y lágrimas un remanso de confianza, de sinceridad, de amor fraternal que les permitiera llevar en hombros el peso de la traición y enfrentar, juntas, los abismos y las tormentas que se ciñían sobre sus vidas.

Anny tomó las manos de Lucía entre las suyas, sus dedos se enlazaron

como rehenes de un amor que se negaba a dejarse vencer por las sombras y las mentiras de un hombre que había perdido, en sus brazos y en su silencio, el tesoro más sagrado e invaluable de la vida: la confianza y el amor de su familia.

"Luci", murmuró Anny, sintiendo la dificultad de articular las palabras que serían un golpe demoledor para su relación y su vida en familia. "Voy a decirte algo que cambiará nuestras vidas, y que nos hará más fuertes y valientes, aunque ahora pueda parecer que el mundo se ha venido abajo y que todo en lo que alguna vez confiamos se nos ha esfumado como el viento en la playa".

Lucía, abriendo sus ojos grandes y oscuros como dos lunas en la noche, miró a su hermana mayor con un amor infinito y luminoso, como si entre las palabras trémulas y tortuosas que brotaban de los labios de Anny pudiera encontrar la clave para entender y curar la herida que sangraba en su hogar y en su alma. "Dímelo, hermana", susurró Lucía, al tiempo que estrechaba la mano de Anny con una fuerza invencible, una caricia tajante y serena que hacía saltar las lágrimas y disipar, poco a poco, el miedo y la incertidumbre que se cernían sobre sus vidas como nubes pesadas y grises en un paisaje desértico.

Anny respiró hondo y dejó que las palabras que había estado evitando fluyeran como un río impetuoso y triste en la quietud y la ternura de aquel momento de intimidad y comunión que compartían, alejadas del tiempo y de las sombras que se cernían sobre su hogar. "Papá ", murmuró Anny, sus ojos llenándose de lágrimas y de imágenes punzantes que habían creado un abismo entre ella y su amor por el hombre que le había enseñado a montar en bicicleta y a confiar en sus sueños.

"Dime, Anny", susurró Lucía, apretando con fuerza la mano de su hermana, sus palabras y sus ojos brillando como faros en la niebla que se cernía sobre sus vidas. "Dime qué sucede con él y por qué nos duele tanto el corazón cuando pensamos en él".

Anny, juntando las últimas fuerzas y el valor que le quedaban en su ser, se envalentonó a decir la verdad que había provocado tantas lágrimas y temores en su vida y en la de su madre. "Papá le fue infiel a mamá, y ahora estamos atrapadas en un laberinto de mentiras, de engaños, de desesperanza y dolor que sólo podrán enfrentar juntas, agarradas de la mano, su amor y su sangre dándoles la fuerza para superar el abismo que parece haber

trizado la vida y el amor en el hogar que alguna vez creyeron seguro y lleno de felicidad”.

Revelación de la infidelidad del padre a Lucía

Aquella tarde, después de haber pasado semanas debatiendo consigo misma cómo desentrañar el terrible secreto que había descubierto sobre su propio padre, Anny decidió llevar a Lucía al lugar especial que ambas compartían desde hacía tantos años. Un rincón oculto en la playa, donde la brisa marina soplaba suavemente, las olas acariciaban sus pies y sus risas se desvanecían con las gaviotas al tiempo que se levantaban en el aire. Allí, en aquel remanso de paz y amor fraternal, Anny se armó de valentía para revelar a Lucía la dolorosa verdad que había descubierto y que pondría a prueba la unidad y el amor propio de su familia.

Cuando las hermanas llegaron al lugar especial, Anny se sentó junto a Lucía en una roca grande que estaba a la sombra del sol de la tarde. Mientras contemplaban la belleza del atardecer en el horizonte, Anny tomó una profunda inhalación y preparó su mente y su corazón para la difícil conversación que estaba a punto de tener con su hermana menor.

”Lucía, mi amor, te he traído aquí porque necesito contarte algo que ha estado afligiendo mi corazón durante mucho tiempo”, comenzó Anny, su voz temblorosa por el peso de sus palabras y las lágrimas que se acumulaban en sus ojos. ”Es algo que cambiará nuestras vidas y pondrá a prueba nuestro amor y nuestra unidad como familia. Es algo difícil de decir, pero quiero que sepas que te amo más que a nada en este mundo y que siempre estaré contigo, tanto en los momentos de oscuridad como en los de luz”.

Lucía, preocupada y confundida, miró a Anny con la inocencia y la ternura que solo una niña de once años podría tener. Incapaz de soportar la carga de aquel secreto un instante más, Anny desenterró su corazón ante la mirada asustada y desconcertada de su hermana.

”Lucía, hace unas semanas descubrí algo algo horrible”, articuló Anny, conteniendo las lágrimas. ”Papá Papá le ha sido infiel a mamá”.

Las palabras de Anny flotaron en el aire como si fueran un trueno, y golpearon el alma de Lucía con la fuerza de un huracán. Por un momento, el mundo pareció detenerse en su eje, mientras Lucía procesaba la impactante revelación.

”Qué?”, respondió Lucía con incredulidad, su voz apenas audible sobre el sonido del mar. ”No, eso no puede ser cierto, Anny. Estás segura? Cómo lo sabes?”

Anny asintió con tristeza y, sin poder contener las lágrimas, relató a Lucía su descubrimiento accidental del mensaje de texto revelador en el teléfono de su padre. Le contó cómo había investigado más sobre la amante y cómo, con el tiempo, había reunido pruebas contundentes de la traición de su padre.

Lucía escuchó en silencio, intentando mantener su compostura mientras su mundo se desmoronaba ante ella. Una vez que Anny hubo terminado de hablar, las hermanas se abrazaron y lloraron juntas, dejando que sus lágrimas se mezclaran con la arena y el mar para purificar y confirmar el amor que siempre tendrían la una a la otra.

”Mamá lo sabe”, susurró Anny mientras deshacía el abrazo. ”Ella está devastada, pero ella nos necesita y nosotras necesitamos estar juntas en esto. No sé qué va a pasar, pero si nos unimos y nos apoyamos mutuamente, entonces estoy segura de que saldremos de esta tormenta más fuertes que nunca”.

Lucía, con lágrimas en sus grandes ojos oscuros, asintió con valentía. ”Está bien, Anny. Estoy contigo. Siempre estaré contigo, en las sombras y en la luz. No importa lo que pase, juntas seremos fuertes”.

Con las palabras de Lucía, un débil rayo de esperanza comenzó a brillar en los corazones de ambas chicas. Aunque la traición de su padre había puesto en marcha un camino lleno de oscuridad y desconocimiento para la familia, ellas sabían que mientras se apoyaran y confiaran la una en la otra, siempre encontrarían la manera de mantenerse a salvo y luchar por aquellos a quienes amaban.

Esa tarde, las dos hermanas se levantaron de la roca y caminaron de la mano hacia el hogar que les había dado, hasta ahora, amor y protección. Todo estaba diferente, más oscuro y aterrador, pero ellas comprendían que juntas serían las únicas capaces de enfrentarse a aquella angustia. Y comenzaba con aquel abrazo de la verdad junto a la playa.

Reacción de sorpresa y tristeza de Lucía

La luz dorada del atardecer teñía el rostro de Lucía mientras Anny buscaba las palabras adecuadas para compartir la pesada carga que pesaba sobre sus hombros. La hermana menor, de cabello oscuro y brillantes ojos marrones, observaba con preocupación cómo las emociones se mezclaban en el rostro de Anny, y sintió un nudo en el estómago al anticipar lo que vendría.

"Lucía, hay algo que necesito decirte", comenzó Anny, y vio cómo la preocupación se acentuaba en los ojos de su hermana. "Verás, hace unas semanas descubrí algo muy doloroso, y no sabía cómo contártelo. No quería lastimarte ni causarte dolor, pero también sé que mi silencio solo prolonga el sufrimiento".

Lucía sintió un escalofrío recorrer su espalda, a pesar del sol todavía cálido en su piel. Tomando aire, respondió temblorosa: "Dime, Anny, qué es lo que pasa? Confía en mí, yo también puedo ser fuerte".

Anny tomó las manos frías y temblorosas de Lucía en las suyas y le habló suavemente para dejarla saber que, pase lo que pase, siempre tendrían el amor y el apoyo incondicional del otro. "Lucía, mi amor, lo que tengo que decirte es sobre papá. Descubrí que le ha sido infiel a mamá".

Las palabras de Anny se sintieron como un golpe en el estómago para Lucía, quien abrió los ojos con asombro y tristeza. Pero más que todo, había una sensación de incredulidad. "No, Anny, no es posible. Mi papá mi papá nos quiere, y mamá está embarazada. Por qué haría algo así?".

Sintiéndose cada vez más ansiosa y desesperada, Anny le explicó a Lucía cómo había descubierto el secreto de su padre y cómo había confirmado la verdad al revisar detalladamente las pruebas que había encontrado. Mientras ella hablaba, las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero continuó adelante, sabiendo que su hermana tenía derecho a conocer la verdad.

Lucía escuchó en silencio, sus pequeños hombros retorciéndose por sollozos contenidos. Cuando Anny terminó de hablar, Lucía se levantó de golpe y se alejó de ella, quisiera correr hacia algún lugar donde el dolor no pudiera alcanzarla, pero la playa se desvanecía en el mar, como el amor que alguna vez había tenido por el hombre que ahora le parecía un extraño.

Anny corrió detrás de Lucía, sintiendo un brote repentino de fuerza y determinación mientras sus pensamientos se aclaraban. "Luci, no podemos permitir que esto nos destruya", dijo Anny, su voz firme y llena de coraje.

”Debemos permanecer unidas y apoyar a mamá en este momento difícil. A pesar del dolor, somos una familia, y juntas encontraremos la manera de superar esto”.

Lucía, llorando con más fuerza ahora, se volvió hacia Anny y la miró a los ojos, buscando el consuelo que solo una hermana mayor puede ofrecer. ”Está bien, Anny, estoy contigo”, susurró, abrazando a Anny con fuerza. ”Siempre seremos hermanas, sin importar qué ocurra. Juntas enfrentaremos esto”.

En ese momento, mientras las hermanas se abrazaban en medio de la playa desierta, con el sol diciendo adiós mientras se sumergía en el océano, supieron que la traición de su padre era solo un doloroso capítulo en la historia de sus vidas, pero que el amor y la lealtad que compartían como hermanas sería para siempre inquebrantable.

Promesa de apoyo mutuo entre hermanas

Aquella noche, cuando el último rayo de sol se ocultaba tras el horizonte, las hermanas Guzmán se encontraron en su refugio secreto: un parque apartado donde solían cargar sus ánimos en tiempos de adversidad. A pesar de ser cinco años menor que Anny, Lucía sostuvo a su hermana mayor con firmeza en sus brazos, como si hubiera intuido la oscura tormenta que había estado azotando el alma de la joven desde hacía semanas.

”Anny”, dijo Lucía, ”siento que necesitas hablar conmigo”. Susurró esas palabras con dulzura y cariño, invitando a Anny a abrir su corazón y compartir el peso que llevaba en silencio. Anny se quedó mirando a los ojos llenos de amor y comprensión de su hermanita, y decidió que ya era hora de contarle la verdad.

”Lucía, mi amor Cuánto desearía que no tuvieras que saber esto, pero temo que mi silencio sólo prolonga el sufrimiento”, comenzó Anny, su voz temblorosa y atrapada en su garganta. ”Tenemos que mantenernos fuertes en los días difíciles que nos esperan, porque hemos sobrevivido a faraónicas tormentas, y cada vez que volvemos a enfrentarlas como un tornado, nos encontramos y avanzamos sin temor. Esta vez, nuestra pequeña familia enfrenta una prueba, una prueba que cuestionará nuestro amor y la mente que tanto mamá como papá nos inculcaron, pero si nosotras permanecemos unidas como siempre, estoy segura de que estaremos bien”.

En ese momento, Lucía sintió cómo su fortaleza desaparecía casi instantáneamente, pero las palabras de Anny la atraparon, así que se mantuvo firme, abrazando a su hermana con un apretón reconfortante. "Dime lo que necesitas decir, Anny. Juntas somos indestructibles".

Con los ojos llenos de lágrimas, Anny tomó una profunda bocanada de aire y procedió a contarle a Lucía todo sobre la infidelidad de su padre y cómo había llegado a descubrir la dolorosa verdad. Mientras hablaba, Lucía escuchaba en silencio, sus ojos oscuros brillando con el reflejo de la luna, como si estuviera absorbiendo cada palabra y cada emoción que Anny dejaba salir.

Cuando terminó de hablar, Lucía pareció entender la gravedad de la situación y asintió con firmeza. "Anny, si algo he aprendido de ti, es que no importa lo que suceda, siempre estaremos juntas, y siempre nos protegeremos la una a la otra. Si en la historia de nuestra vida ha habido un Eva, tú eres mi igual, la que me ha protegido de las serpientes y de las sombras. No importa lo que pase con papá y mamá; seremos fuertes, porque somos hermanas, y el amor es lo que nos una".

Anny lloró mientras abrazaba a Lucía una vez más, sintiendo que un peso se había levantado de su pecho y que ahora compartía la carga con la persona en quien más confiaba en este mundo. A partir de ese momento, decidieron luchar juntas por el bienestar de su familia y se prometieron apoyarse mutuamente en todo momento.

Incluso cuando las noches eran oscuras y la angustia amenazaba con tragarse su hogar, Anny y Lucía hallaban consuelo en esa promesa, porque sabían que, sin importar lo que el futuro les deparara, siempre tendrían el amor incondicional de su hermana para guiarse. Y mientras miraban las estrellas juntas, se dieron cuenta de que, aunque el mundo a su alrededor pareciera desmoronarse, siempre se tendrían la una a la otra.

Conversación sobre cómo enfrentar la nueva realidad familiar

Era el comienzo de otra tarde apacible en la casa de los Guzmán. Susana y Anny se encontraron sentadas en la terraza, donde la brisa marina hacía danzar las hojas de la higuera que reposaba en el centro del jardín, una danza triste, casi melancólica que parecía reflejar el dolor que permanecía

en silencio en sus corazones.

"Anny, mi amor", comenzó Susana con su voz apagada por la angustia, "Tenemos que hablar sobre lo que vamos a hacer. No solo como individuos, pero también como familia. Es cierto que la traición de tu padre nos ha desgarrado, pero no puedes seguir hundiéndote en el dolor y la amargura. Tenemos que aprender a sanar y a enfrentar nuestra nueva realidad".

Anny levantó la vista y encontró los ojos anegados en lágrimas de su madre. Sintió cómo la ira refulgía como lava dentro de ella, queriendo explotar y arrojar las palabras que a sus oídos tenían sabor a veneno. Pero, en su lugar, se forzó a tomar una bocanada de aire y suspirar lento y profundamente.

"Tienes razón, mamá", respondió Anny con una voz temblorosa pero decidida. "No podemos continuar así. Estamos despedazándonos los unos a los otros, y yo Yo ya no sé quién soy. Pero dime, madre, cómo enfrentamos la realidad que ahora llevamos adentro, la de que nuestro padre, nuestro esposo, nos mintió y nos hizo daño?".

Susana tragó audiblemente, tratando de encontrar las palabras adecuadas para su hija mientras luchaba con sus propios sentimientos de fracaso y traición. "No hay una respuesta única para eso, mi amor", admitió. "Cada persona enfrenta el dolor y la pérdida a su manera. Pero creo que lo más importante es recordar que somos una familia, y que, a pesar de todo, todavía nos tenemos el uno al otro".

"Yo sé que soy solo una niña, mamá, pero quiero preguntarte algo", interrumpió Lucía con su voz fina pero firme. Ambas volvieron los ojos hacia la pequeña figura que las estaba observado desde la puerta. "Sé que papá no ha estado siendo un buen padre y esposo. Pero si él está tratando de cambiar y ser una mejor persona, no merece también que lo perdonemos y le permitamos mostrar su arrepentimiento? No digo que olvidemos lo que hizo, pero tal vez podemos aprender a aceptarlo y a darle la oportunidad de redimirse".

Era evidente que las palabras de Lucía habían golpeado el corazón de Susana y, a su pesar, ella supo que su pequeña hija tenía razón. Durante los últimos días, había visto cómo Gabriel se esforzaba en hacer las cosas bien, cuidándola a ella, a sus hijas, y mostrando arrepentimiento. Aunque no podía olvidar el pasado, sabía que tenía que encontrar la fuerza para seguir adelante, si no por ella misma, sí por el bien de sus hijas.

"Voy a ser honesta contigo, Lucía", respondió Susana, "A veces, esa espantosa imagen de tu padre con esa mujer me atormenta, me hiere hasta lo más profundo de mi ser. Pero también sé que no debemos permitir que los recuerdos y el dolor nos destruyan por dentro. Tu padre ha cometido un error imperdonable, pero es mi responsabilidad, como madre y esposa, intentar entenderlo y darle la posibilidad de enmendar sus errores".

Las hermanas se tomaron de las manos, uniendo sus fuerzas en un silencioso abrazo que las reconfortaba de manera inconmensurable. Anny sabía que su hermana no podía comprender completamente el grado de su dolor, pero el amor y la lealtad de Lucía la hacían sentir un poco más segura en medio del caos que se había asentado en su vida.

"Te lo prometo, mamá", dijo Anny con voz firme, "Voy a intentar enfrentar esto, a entender y perdonar si es posible. Pero no por mi, sino por el bien de la familia, especialmente por el nuevo bebé que está por llegar. No permitiré que mis emociones afecten el futuro de mi hermano o hermana".

En ese momento, una mezcla de tristeza y esperanza pareció llenar la habitación, como una promesa tácita de que, a pesar de las dificultades y la adversidad, estaban dispuestas a luchar por preservar y, eventualmente, curar el vínculo que las unía como familia. Y a medida que el sol se ponía y las sombras comenzaban a cubrir el jardín y la casa, el corazón de la familia Guzmán comenzaba a latir nuevamente, con un amor inquebrantable y una determinación aún mayor.

Fortalecimiento del vínculo entre Anny y Lucía ante la adversidad

La luz plateada de un sol menguante, casi invisible detrás de las nubes, proyectó a través de las ramas enredadas del árbol de higo que reposaba en el centro del jardín. Las sombras ocultaban la majestuosidad de la higuera, y su siempre sereno rostro parecía vestirse de perenne tristeza. Tras su sombrío manto, Anny y Lucía, ambas abatidas, veían cómo las ramas comenzaban a desprenderse del tronco para que retoños más jóvenes tomaran su lugar.

Anny llevaba semanas soportando sobre sus hombros el peso invisible, pero opresivo, de la infidelidad de su padre. La rabia y el dolor la consumían, y ya no era la misma niña brillante y llena de vida que había sido alguna vez. El pasado parecía haber quedado atrás, y el presente, oscurecido por la

falta de esperanza, era la única realidad tangible.

Lucía, aunque cinco años menor, intuía que algo marchaba mal en el alma de su hermana mayor. Su infante y alejado corazón no era capaz de comprender la magnitud de su sufrimiento, pero, ciertamente, podía sentir el cambio en el ambiente del hogar. Una nube de tormenta se había instalado sobre sus vidas, obscuriendo la luz del sol y ocultando la esperanza de días mejores.

Frente a las sombras proyectadas por la higuera, la luna iluminó el cielo estrellado, otorgándole a las niñas un momento de aparente paz en medio del caos emocional. Sus miradas se posaron sobre la luna, obsesionadas por su belleza, y entonces Anny, envuelta en el profundo silencio y en la suavidad de la noche, decidió contarle a su hermana todo sobre el secreto que carcomía su corazón.

“Mi querida Lucía”, comenzó Anny con voz trémula y sombría, “hoy voy a compartir contigo mi pesar. Hoy contaré la dolorosa verdad sobre la traición de nuestro padre, porque ya no puedo cargar con esto por más tiempo. Ambas merecemos saber, y creo que juntas podemos encontrar la fuerza y el amor suficientes para enfrentar esta oscuridad que se ha apoderado de nuestra familia.”

Lucía frunció el ceño al oír las palabras de Anny, y su pequeño corazón pareció encogerse como si tratara de esconderse de la inevitable tormenta que se avecinaba. Tomando la mano de Anny, le preguntó con delicadeza: “Estás segura de que quieres hacerlo, Anny? Estás dispuesta a compartir este dolor conmigo?”.

Anny asintió con la cabeza, resuelta, y comenzó a narrar el secreto con el que había estado lidiando en solitario durante semanas. Fue en ese instante cuando el rostro infantil de Lucía se tiñó de una sombra ligeramente más oscura, mientras su corazón latía con fuerza al comprender lo que su hermana mayor había sufrido en silencio. A medida que la verdad se desvelaba, Lucía apretó la mano de Anny con fuerza, en un gesto de apoyo mutuo, tratando de comunicar, sin palabras, que no estaba sola en esta lucha, y que juntas, como hermanas, podrían vencer la adversidad.

Cuando Anny terminó de contar su historia, ambas hermanas se abrazaron con ternura bajo la luz de la luna, y un sentimiento de unidad y empatía inundó sus almas. Si bien Anny no había podido sanar completamente el dolor que la traición de su padre había dejado en su corazón, ahora se sentía

acompañada por la presencia reconfortante de su hermana pequeña. Juntas, bajo el manto protector de la luna, habían sellado un pacto silencioso de amor y apoyo mutuo, comprometiéndose a enfrentar las dificultades y las cicatrices que dejaría en sus vidas la traición de su padre.

Lentamente, el temor y el dolor comenzaron a dar paso a una nueva comprensión del vínculo inquebrantable que las unía como hermanas. Animo de este nuevo entendimiento, Anny y Lucía se levantaron, aún tomadas de la mano, y se dirigieron a sus respectivas habitaciones, sabiendo que ya no estaban solas en esta lucha, y que juntas podrían superar el desafío que se había presentado en sus vidas. El destino les había arrojado a los brazos de la adversidad, pero el fortalecimiento de su vínculo y el amor que compartían como hermanas les permitiría enfrentarlo con valentía y superarlo, juntas y apoyándose siempre la una a la otra.

Chapter 6

Discusión telefónica entre los padres

La luz dorada del atardecer luchaba por colarse por las contraventanas de la sala de estar, mientras una densa mezcla de desesperación y temor impregnaba el ambiente. Susana, con los ojos turbios y cansados por el deseo insatisfecho de llorar, se sentó en el viejo sillón de cuero, aferrando el teléfono fijo en sus manos temblorosas.

”Lo vas a hacer ya, mamá”, insistió Anny con un tono de voz quedo pero decidido. Susana asintió con la cabeza, reuniendo el coraje faltante para enfrentarse a la realidad de la traición de su esposo.

Con un suspiro, Susana marcó el número del celular de Gabriel, marcando cada dígito con una mezcla de miedo y resolución. Cuando escuchó el tono de llamada, su corazón comenzó a latir con más fuerza, y su mente pareció perderse en un torbellino de dudas y memorias.

”Aló?” La voz de Gabriel resonó al otro lado de la línea, ajena al avispero que se avecinaba. Susana se quedó un instante en silencio, tomándose un momento para encontrar la fuerza necesaria para hablar.

”Gabriel, tenemos que hablar”, comenzó Susana, apenas capaz de contener sus emociones. Gabriel, presintiendo la gravedad del tono de su esposa, se quedó en silencio un momento antes de preguntar, ”Qué ocurre, mi amor?”

En ese instante, las palabras se atascaron en la garganta de Susana, negándose a salir. Estaba a punto de desmoronarse, pero entonces, sintió el toque cálido y reconfortante de su hija, Anny, quien, con una mirada llena de amor y apoyo, le comunicaba implícitamente que no estaba sola en ese

momento.

"Gabriel sé lo que has estado haciendo. Lo de la otra esa mujer", al decir estas palabras, Susana sintió que un nudo se formaba en su estómago. Gabriel vaciló e intentó cambiar de tema, recordando el embarazo de Susana, pero ella no lo dejó continuar, dejando salir un sollozo entrecortado.

"No cambies de tema!" exclamó Susana con una voz que denotaba el esfuerzo por no ser devorada por el dolor que sentía. "Hemos estado casados por veinte años, y nunca me imaginé que serías capaz de algo así. Pero estoy mirando las pruebas en este momento, Gabriel, y no puedo negarlas".

Gabriel se quedó callado por un momento, absorbiendo el impacto de las palabras de Susana. Finalmente, con voz temblorosa y apagada por la culpa, él preguntó, "¿Qué pruebas?"

"No importa", mencionó Susana con autoridad, "lo que importa es qué vamos a hacer a partir de ahora". Su tono había cambiado a uno de abrumadora tristeza. "Tú y yo, Gabriel, siempre hemos sido un equipo. Siempre nos hemos apoyado mutuamente y nos hemos amado. Pero ahora", Susana titubeó, sintiendo un dolor agudo en su pecho. "Ahora, no sé en quién confiar. No sé si podré confiar en ti de nuevo".

Hubo otro momento de silencio, tan imponente y tangible como una barrera entre ellos. Luego, la voz de Gabriel llegó a través del auricular, quebrada y sumida en remordimiento. "Susana, no puedo expresar cuánto lamento haber llegado a esto. Me he equivocado, y lo único que pido es que me perdones y me des la oportunidad de arreglar las cosas, por ti, por nuestras hijas por nuestra familia".

Susana cerró los ojos, deseando que las palabras fueran suficientes para llenar la brecha en su corazón, pero sabiendo que no serían suficientes. "Te daré la oportunidad de enmendar tus errores, Gabriel, pero tienes que saber que nuestras vidas no serán las mismas después de esto. Y no lo hago por mí ni por ti, sino por nuestras hijas, especialmente Anny. Ella merece saber que su padre está tratando mientras yo trataré de olvidar".

Anny, cuyo temor parecía haber sido reemplazado por una renovada determinación, apretó la mano de su madre en un gesto de agradecimiento y promesa silenciosa. En ese momento, incluso en medio del dolor y la revelación, la familia Guzmán sabía que juntos enfrentarían los retos y encontrarían la fuerza para perseverar y, con suerte, sanar su vínculo fracturado.

La confrontación telefónica entre los padres

El sol ya había caído y sus últimos rayos se desvanecían en el horizonte como un espectro que daba paso a las sombras de la noche. Susana recorría nerviosa en sus pensamientos las últimas semanas de su vida; como una película se deshacía rápidamente de toda escena feliz hasta llegar al infausto descubrimiento de Anny. Con el corazón en un puño y las manos temblorosas, Susana toma el teléfono y comienza a marcar el número de Gabriel.

Anny está de pie junto a la ventana, asomándose por la cortina como un fantasma curioso, procurando espiar algún signo de consuelo en sus propias lágrimas reflejadas en el vidrio. Su mirada se detiene en su madre, quien se ha anudado el cabello apenas lo suficiente para contener su pesar y ocultar su desolada mirada. Un silencio de acero se despliega en la habitación, apenas interrumpido por el aliento angustiado de Susana y el estridente timbre del teléfono agigantándose en sus oídos.

Finalmente, una voz, la voz de Gabriel, llega desde el otro lado de la línea. "Sí?", responde, poniendo énfasis en el acento, como si se engañara a sí mismo de que estaba en control.

"Tenemos que hablar, Gabriel" dice Susana, sus palabras se desgarran en su garganta, intentando dar a luz la amarga verdad que por fin revelará.

"Qué está mal, mi amor?" Responde Gabriel, pasmado pero aún sosteniendo su gobernabilidad sobre el nuevo mundo que amenaza con romperse a sus pies.

"Lo sé, Gabriel, lo sé sobre ella." Susana intenta solidificar sus palabras, hacer habitar su cuerno de dolor en esta habitación funesta a la que habían llegado.

"De qué hablas, Susana?" Responde él, abandonando cualquier defensa.

"Anny lo encontró, está todo aquí en su celular, las fotos, los mensajes todo."

Un silencio ensordecedor cae sobre la noche. Gabriel cierra los ojos, lágrimas rodando por sus mejillas, sus rodillas empiezan a temblar, pierde el equilibrio y se apoya en la mesa. Finalmente, pronuncia las palabras fatídicas.

"Lo siento, Susana."

"No sé si puedo seguir adelante, Gabriel", respondió Susana, sin contener las lágrimas que inundaban su rostro a medida que avanzaba la conversación.

“Debemos proteger a nuestras hijas. Anny ya lo sabe, pronto Lucía se enterará. No deberíamos posponer más esta conversación”, prosiguió Susana, con la frustración y la determinación anudándose en su voz. “No puedo seguir actuando como si todo estuviera bien, como si tu traición no importara. Si realmente te importa nuestro hogar, nuestra familia, debes enfrentar tus errores y recuperar nuestra confianza”.

“Por favor, Susana”, respondió Gabriel, en un torbellino de arrepentimiento, buscando cualquier forma de redención. “Lo siento. No puedo sacar lo que hice, pero haré cualquier cosa para remediarlo. Sólo dame una oportunidad, te prometo que nunca volverá a suceder. Haremos terapia, lo que sea necesario para que nuestra familia siga adelante y no queden cicatrices permanentes en nuestras hijas”.

Susana se quedó callada, ponderando en silencio las opciones que apilaban ante sus ojos cansados. Preguntas sin respuesta colgaban en el aire, su mente apenas capaz de procesar todo lo que se estaba desmoronando.

“No sé si pueda confiar en ti de nuevo, pero también no puedo darle la espalda al hombre que amé por tanto tiempo, ni a la idea de nuestro futuro juntos” susurró Susana, implorando al aire mismo que su arbusto de esperanza no esté sujeto por raíces muertas. “Haré mi parte en tratar de sanar y perdonarte, pero debes demostrar que estas palabras no son solo palabras, que llevarás a cabo acciones de arrepentimiento y cambio”.

Con un sollozo apagado y un apretón en su corazón, Susana colgó el teléfono en su soporte de plástico, alejando el peso opresivo del calvario. A su lado, Anny suspiró una mezcla de alivio y angustia, sabiendo que ahora estaba junto a su madre en esta batalla, su fuerza compartida frente a una oscuridad inminente. Juntas, madre e hija, se adentraron al inexplorado abismo desgarrado en su familia, su amor y su fe en sí mismas siendo el faro que las llevaría a través de las sombras hacia la sanación y el perdón. Al otro lado del hilo telefónico, Gabriel se desplomó en silencio, consumido por una visión sombría de su propio futuro, encadenado aiosamente a las cenizas de un sueño perdido.

Preocupación de Anny por el bienestar de su madre y hermana

Los días parecían fusionarse en una nebulosa de dolor y preocupación, un sol fúnebre que parecía hacer la tierra blanda bajo los pies de los miembros de la familia Guzmán. Desde la revelación de la traición de Gabriel, un aire de tristeza y angustia se había instalado sobre la casa, como ceniza en un paisaje devastado por la guerra. Anny, en particular, luchaba para mantenerse a flote en esta corriente tumultuosa de cambio, su corazón fragmentado repitiendo la misma pregunta cada vez que sus ojos se encontraban con los de su madre: "¿Qué he hecho?".

A pesar de los esfuerzos de Susana por mantener las apariencias, Anny podía ver la miríada de tensión y preocupación que transmitían sus rasgos. La joven hija contemplaba el rostro de su madre mientras los minutos y horas pasaban, muriendo como mariposas en un campo de batalla, intentando vislumbrar el rastro de la Susana que ella conocía antes de que su profundo secreto se rompiera.

Anny se despertó en una mañana húmeda y llena de lluvia, los ojos cansados y fijos en la ilusión de la calma que traía la tormenta. Le resultaba difícil encontrar la fuerza para salir de su cama empapada de lágrimas nocturnas, pero una preocupación ineludible por su madre y su hermana la impulsó, como un halcón alzando vuelo hacia un destino incierto.

El pasillo que separaba las habitaciones de la familia se estiró ante Anny como un abismo sin fin, lleno de lágrimas enmascaradas y conversaciones privadas entre susurros. Avanzó hacia la puerta de la habitación de sus padres, donde el aroma del perfume de su madre había sido sustituido por una bruma sombría e indefinible.

Al tocar la puerta entornada de la habitación de sus padres, Anny hizo una pausa antes de entrar, cada parte de su ser temblando con la urgencia de proteger a su madre y su hermana del dolor del mundo que había creado. Su madre estaba sentada en la cama, luciendo pálida y vulnerable como las flores marchitas en el jardín después de la lluvia.

"Mamá", dijo Anny, su voz temblorosa. Susana levantó la vista, sus ojos cansados pero llenos de amor, y le hizo un gesto a su hija para que se acercara. Anny se sentó en la cama junto a su madre, buscando en su interior la fuerza y la sabiduría para sanar a su madre y hermana, aunque

no sabía cómo.

"Cómo está Lucía?", preguntó Susana en voz baja, casi en un susurro. Anny la miró a los ojos, tratando de ocultar su preocupación.

"Está atrás, en su habitación, mamá." Sus palabras salieron con una leve impresión de culpa y un pozo vacío formado por el temor de forzar un amor más allá del perdón. Susana la miró con una mezcla de tristeza y comprensión, y luego preguntó, "Y tú, cómo estás, Anny?"

Las palabras parecían golpear Anny como un relámpago, resquebrajando su corazón y dejándola vacía y sin respuesta. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras intentaba buscar el lenguaje que expresara su dolor, pero simplemente no había palabras que pudieran hacerle justicia a su tormento interior.

"No lo sé, mamá", sollozó Anny finalmente, permitiendo que las lágrimas salpicaran el edredón que cubría la cama de sus padres. Susana la abrazó firmemente, y juntas lloraron, cada sollozo parecía un clavo en la tumba de la ilusión de la familia feliz que una vez compartieron.

Pero en medio de ese abrazo roto, un rayo de esperanza como un sol oculto detrás de las nubes iluminó la vida de Anny. Comprendió que, aunque la traición de su padre había cambiado irrevocablemente su mundo, aún tenía a su madre, su hermana y, en algún lugar más profundo, el amor y la lealtad que las ayudarían a sanar y avanzar como una familia unida, aunque la relación con el padre había cambiado para siempre.

A partir de ese momento, Anny decidió tomar el papel de protectora, consciente de la fragilidad y vulnerabilidad de su madre y hermana, buscando día a día aliviar los vestigios del dolor y de la traición. Su corazón estaba lleno del anhelo de reparar algo que sabía que no podría sanar completamente, pero el amor que sentía por su madre y su hermana le proporcionó la fuerza para luchar por la vida que merecían, a pesar de la niebla de incertidumbre que permanecía sobre sus almas.

Y, en ese abrazo entre madre e hija, un amor más grande surgió, uno que recordaría y atesoraría en los momentos más oscuros, cuando el manto de la noche y la angustia de la soledad amenazarán con consumir sus frágiles corazones. En ese abrazo estaba la promesa eterna de la fuerza y el amor de unión, un refugio ante la tormenta, y un faro para guiar a la desgarrada familia Guzmán hacia una nueva normalidad en la vida que habían elegido enfrentar juntas.

El padre enfrenta a la amante

La luz del sol se filtraba apagada a través de las cortinas del café, como si intentara ocultar su brillo avergonzado ante la reunión inminente que tendría lugar en su regazo. La hora convenida se acercaba y el eco de los latidos de Gabriel resonaba en su pecho mientras su mente se fragmentaba, sin más que las migajas de la realidad en la que ahora se encontraba. Sin embargo, se prometió avanzar, a levantar el estandarte de su error y a enfrentarlo, aunque las rodillas le temblaran como a una criatura recién nacida.

Desde la esquina de su ojo, el reflejo de Mariana parpadeando arrojó un eclipse sobre la tabla ofuscante. Su piel despedía destellos como el rubor en una cara enamorada, su sonrisa brillaba como una bengala en la penumbra de sus intenciones. Gabriel tragó saliva, sabía que la confrontación debía suceder, pero la sombra de Mariana lo perseguía hasta el rincón más oscuro de su corazón.

"Mariana" pronunció su nombre como si fuera un voto quebrantado, una penitencia imprevisto en su camino hacia la salvación.

Ella lo miró, un relámpago de sorpresa cruzó su rostro, su boca pronunciando un "Hola, Gabriel" que parecía flotar hasta sus oídos como la bruma del entierro.

"No puedo hacer esto más" soltó él sin preámbulos, como si cada instante de demora convertía su decisión en cenizas en su boca. "Esta cosa que hemos estado haciendo, este juego, esta traición Esto tiene que parar".

Mariana retrocedió, una ráfaga de cólera y desesperación retratada en su rostro. "Qué estás diciendo, Gabriel?" preguntó, su voz temblorosa y un poco aterrada, como si el suelo debajo de sus pies se desmoronara.

"No puedo seguir haciéndole daño a Susana y a mis hijas, Mariana" dijo Gabriel, su voz un hilo vacilante en el estertor de su arrepentimiento. "Lo que hemos hecho nos ha dañado a ambos, pero debo recordar dónde está mi lealtad, y recuperar mi honor hacia mi familia."

"Qué sucedió, Gabriel? Por qué este cambio repentino?" preguntó Mariana, la turbulencia visible en su tez pálida y fría.

"Susana lo sabe, Mariana" admitió él. "Anny lo descubrió y se lo contó. Lo vi en los ojos rotos de mi esposa y en las lágrimas de mi hija. Están quebradas por mi causa, por mi error, y por esta relación egoísta que hemos creado juntos. Estoy matando a mi familia por cada día que sigo mintiendo

y engañándolas”.

Las manos de Mariana se convulsionaron, la espiral de emoción e ira retorciéndose en su pecho mientras luchaba por encontrar la fuerza y la claridad para enfrentar la afrenta de Gabriel.

”Así que eso es todo?” preguntó, el asombro entrelazado con furia en sus palabras. ”Me estás dejando ahora, sólo porque te han descubierto? No real potencia? Todo lo que dijiste sobre nosotros, sobre esta conexión que compartimos, fue sólo una mentira?”

”No, Mariana” contestó Gabriele, su voz temblorosa en el remolino de su tormenta emotiva. ”Nuestros sentimientos pueden haber sido reales, pero sé que lo que hicimos fue un error, y no puedo permitir que nuestros errores sigan destruyendo a los que amo.”

El silencio colgó en la habitación, una solitaria lágrima corriendo por la mejilla de Mariana mientras una penumbra de desesperanza envolvía su figura menuda. Finalmente, ella levantó la vista, sus ojos nublados y pesarosos, como si conociera la gravedad de lo que había sucedido y la oscura nube que ellos habían creado juntos.

”No te juzgo, Gabriel”, susurró, el dolor y la desilusión tejiendo lúgubrementemente en cada sílaba. ”No puedo decir qué hubiera sido diferente si las circunstancias fueran otras. Pero entiendo tu decisión y no quiero ser la razón por la que arruines toda tu vida y la de tu familia”.

Gabriel la miró, un torbellino de culpa y agradecimiento compitiendo por el trono en su corazón. ”Gracias, Mariana” murmuró él, su voz cargada por la sombra de la despedida. Mariana simplemente asintió, un movimiento casi imperceptible, su cuerpo encogiéndose y desapareciendo en sí misma.

”Adiós, Gabriel”, susurró ella, las palabras, como un fantasma que se desvanece en el aire, a medida que el mundo se contraía y la despedida se deslizaba en las sombras de la tarde, como una historia que se desliza por el torrente del tiempo hasta que queda nada más que silencio y arrepentimiento.

Cambios en las actitudes y comportamientos del padre

Gabriel caminó por el corredor de su casa, sus pasos resonando como sentencias de muerte en el silencio de la noche. Su respiración era un ruido ensordecedor en sus oídos, y el peso de sus decisiones le oprimía el corazón hasta convertirlo en un trozo de hielo bajo una capa de cenizas. El aire en

su hogar era pesado y denso, como si estuviera compuesto de los fragmentos rotos de promesas sin cumplir y palabras vacías.

Un susurro de sollozos le llevó hasta la puerta de la habitación de Anny; se detuvo allí, vacilante, sin saber si su hija le permitiría entrar en su santuario de secretos y tristezas. Sus manos temblaron en la perilla de la puerta, como lirios pálidos en una brisa preludio de tempestades.

"Anny, hija", llamó en voz baja, su aliento caliente empañando el cristal de la puerta. No hubo respuesta, sólo el continuo siseo de los llantos ahogados por la almohada. Gabriel abrió la puerta con cautela, sus ojos buscando a su hija en la penumbra de la habitación.

Anny estaba acurrucada en su cama, si figura menuda y temblorosa oculta por una pila de mantas y peluches. Su cabello, negro como alas de cuervo mojado, estaba pegado en su rostro, una máscara de tristeza y desesperanza que era casi indistinguible de su piel pálida y macilenta. Sus ojos, dos orbes cubiertos de lágrimas, miraban fijamente a su padre, mientras su boca se abría y cerraba, buscando aire para desgranar palabras como perlas en agua.

Gabriel se sentó en el borde de la cama de Anny, sintiendo cómo su corazón se desgarraba al ver a su hija sufrir. Alargó una mano hacia ella, como si la idea de su contacto pudiera de alguna manera deshacer el horror que él había tejido en sus vidas.

"Anny", dijo él, con la voz rota por la emoción, "Lo siento, hija. No sé cómo arreglar esto, cómo reparar lo que he hecho. Pero te amo, Anny, y quiero que sepas que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para que vuelvas a confiar en mí."

Las palabras colgaron en el aire entre ellos, como pequeños copos de nieve suspendidos en el silencio invernal. Anny luchó por contener otro sollozo, pero al final brotó de sus labios como un grito silencioso, un último intento de resistirse al abrazo opresivo de la desesperación.

"Lo sabes, no?", preguntó Anny en voz baja, casi en un susurro. Las palabras llegaron a los oídos de Gabriel como dagas diminutas, clavándose en su espíritu. "Todo lo que has hecho, todo lo que has pensado, lo sabes todo. Cómo puedes pretender que no ha pasado nada cuando en realidad todo ha cambiado?"

Gabriel tragó saliva, sintiendo cómo sus errores se hundían en su garganta como desechos en un abismo sin fondo. Desvió la mirada de Anny, incapaz

de soportar la acusación brillante en sus ojos.

”No sé qué decir, Anny”, admitió finalmente, su voz cargada de culpa y pesar. ”Yo Yo cometí un error. Uno del cual me arrepentiré por el resto de mi vida. Pero lo único que puedo hacer ahora es intentar reparar el daño y demostrar a tu madre, a ti y a tu hermana, que soy digno de su confianza. Nunca podré olvidar el precio de mis acciones, pero eso no significa que no deba luchar para hacerlo bien.”

Anny lo miró, sus mejillas húmedas y plateadas por las lágrimas. Por un momento, parecía estar buscando algo en el corazón de su padre, algún fragmento de verdad y decencia que pudiera volver a coser los hilos rotos de su familia y sus almas.

”Entonces lucha, papá”, dijo finalmente, pero el tono de su voz sugería que la lucha estaba lejos de ser fácil. ”Por nosotras, por mamá, y por ti también. Muestre el valor y la fuerza que siempre nos has dicho que tienes. Porque si no lo haces Si no lo haces, entonces nunca podré volver a mirarte a los ojos sin sentir el frío gélido del desamor y la traición.”

Gabriel asintió, deslizando un brazo tembloroso y decidido alrededor de los hombros de Anny. La abrazó contra su pecho, acunándola en sus brazos mientras las lágrimas corrían por su rostro, empapando su camisa en un involuntario bautismo de dolor y arrepentimiento.

”Sí, hija”, murmuró Gabriel, mientras un destello de esperanza se encendía en su corazón. ”Lucharé. Por ti, por Susana, por Lucía y por nuestra familia. Porque aunque no puedo cambiar lo que he hecho, lo que he causado, puedo tratar de repararlo y de restaurar la confianza y el amor que una vez nos unió.”

Y mientras el silencio y la oscuridad envolvían su frágil abrazo, mientras el peso de sus decisiones se cernía sobre ellos como un manto de sombras y preguntas, Anny y su padre encontraron consuelo en la creencia, por débil y lejana que fuera, de que a través del dolor y el arrepentimiento, en ese abismo de traición, quizás un día pudieran volver a poner sus corazones juntos. No sería fácil, ni sería rápido, pero llevarían esta errante cadena de amor, perdón y esperanza entre ellos, al menos hasta el amanecer.

Ellos intentan mantener las apariencias

La puerta principal de la casa de los Guzmán se cerró con un golpe sordo y un eco de secretos por revelar se extendió por el hogar. Susana se acercó a su hija, Anny, quien apretaba contra su pecho un paquete de hojas de papel arrugadas, testimonios celulares de la traición de Gabriel.

"Anny, cariño", susurró Susana, la preocupación por su hija y la tristeza por su familia tejiéndose en su voz, "tenemos que hablar necesitamos averiguar cómo lidiar con esto. No quiero que Lucía se entere de lo que está pasando, no quiero que ella también sufra".

Anny miró a su madre, los ojos empañados por las lágrimas y una pesadez que amenazaba con desmoronarla. "Lo sé, mamá", respondió, su voz vacilante y frágil como las ventanas de una casa en ruinas. "No quiero que Lucía descubra lo que papá ha hecho, pero cómo podemos protegerla de la verdad?"

Susana se mordió el labio inferior, la inquietud y la incertidumbre anudadas en su pecho mientras su mente buscaba, a tientas, una solución a la encrucijada en la que se encontraban. "Confía en mí", dijo finalmente. "Tenemos que seguir adelante con nuestras vidas como si nada hubiera pasado al menos hasta que podamos enfrentar a tu padre y enfrentar la realidad de lo que ha sucedido aquí".

Así comenzó su vida en la grieta, una danza de apariencias y falsas sonrisas, mientras la sombra del amor ensombrecido amenazaba con desgarrarlos a todos. Anny se sumergió en la corriente de su papel, sus movimientos mecanizados y el barniz de normalidad engañando incluso a sus propios ojos. Durante el día, dejaba que las horas se deslizaran sobre su piel como un río de amnesia, y por las noches se acurrucaba bajo las mantas, las lágrimas saladas que anclaban su cuerpo al mundo de lo real.

Susana hacía malabares con el arte de la perfección impostada, sus manos frágiles aferradas a los hilos de la vida de su familia mientras luchaba por mantenerlos unidos. Cocinaba, limpiaba y sonreía con insistencia, como si su corazón no estuviera sangrando en la cavidad de su pecho. Cada gesto era una mentira, cada conversación una penitencia por el dolor que había traído a su hogar.

Las heridas de Anny y Susana eran profundas y secretas, como fosas escondidas en un bosque donde nadie podría encontrarlas. Y aunque in-

tentaban proteger a Lucía del derramamiento de su desdicha, la pequeña niña se volvía más consciente, día tras día, de que algo extremadamente incorrecto se había enredado en las raíces de su hogar.

”Por qué lloras, mamá?”, Lucía preguntaba, su voz temblorosa mientras desenredaba sus pelos de oro bajo las manos de Susana. Susana sonreía y negaba con la cabeza, sus dedos trabajando incansablemente, formando una trenza perfecta en la cabeza de su hija. ”No, no llores, mi amor”, decía. ”Solo estoy un poco cansada, es todo.”

Las grietas en las paredes de sus almas comenzaban a mostrarse también en las paredes de su hogar; la pintura se descascaraba y los marcos de las ventanas se desprendían como si la mentira que sostenían no pudiera soportar su peso. Anny veía estos signos de degradación y apretaba la mandíbula, su furia fantasma y el temblor de su corazón dándole fuerza para seguir adelante, para enfrentar al mundo con una farsa de felicidad.

Y en sus momentos más oscuros y solitarios, cuando Anny y Susana compartían su dolor en silencio, un brote de comprensión florecía en su corazón. A pesar de todo lo que habían soportado y todo lo que seguían soportando, se sentían agradecidos, a su manera, por las máscaras que les habían sido impuestas. Les permitían, al menos por un tiempo, el breve alivio de olvidar el peso de su angustia, para fingir que su mundo no se estaba derrumbando a pedazos a su alrededor.

Consecuencias en la relación padre - hija

La espesa penumbra cubría las paredes de hielo y el tenue resplandor de las frías estrellas que brillaban en la negrura de la noche se reflejaban en los ojos de Gabriel. Nunca antes había reconocido el abismo entre sí mismo y su hija mayor, hasta que su traición lo dejó al borde del abismo, una línea divisoria de no retorno. Intentó decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se le atragantaron en la garganta con la viscosidad del arrepentimiento. El silencio le rodeaba, un huracán de culpabilidad y vergüenza que amenazaba con devorar la escasa chispa vital que le quedaba.

Anny, mientras tanto, no podía quitar la vista de su padre, pero al mismo tiempo deseaba no verlo nunca más. Había una extraña mezcla de tristeza y odio en su rostro, como si sus lágrimas quisieran alcanzarlo y congelarse a su alrededor en un abrazo fatal. Sus manos temblaban a ambos

lados de su cuerpo, como si las punzas de un cangrejo nervioso trataran de escapar de su propia oscuridad y encontrar consuelo en la profundidad del mar.

"Anny", comenzó Gabriel, su voz temblorosa como una llama en medio de la tormenta, "quiero decirte cuánto lo siento. No no hay palabras suficientes para expresar lo mucho que me arrepiento de todo esto, pero necesitas saberlo."

Anny lo miró fijamente, sus ojos llenos de desdén, como si acabara de escuchar un chiste de mal gusto en vez de un súplica de su padre. Cruzó sus brazos sobre el pecho, en una posición defensiva y se encogió de hombros.

"Lo siento no es suficiente, papá", dijo, sus palabras cortantes como cristales rotos jirones de sus labios entre sollozos. "El daño está hecho. Las palabras ya se han dicho y no hay forma de volver atrás."

Gabriel sintió el dolor en su alma expandirse, como si Anny hubiera arrancado un pedazo de su corazón y lo hubiera dejado en el suelo para ser devorado por las sombras. Trató de acercarse a ella, de dar un paso hacia adelante, pero sus piernas se negaron a moverse, como si estuvieran hechas de plomo y sumergidas en el frío lago de la traición.

"Lo sé, hija", murmuró con amargura, cerrando los ojos y apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos como huesos. "Lo sé, y no hay excusa para lo que hice pero te pido, te suplico, que entiendas que no fue algo que haya hecho a propósito. Fue un error, Anny, un horrible e imperdonable error. Pero no quiero que esto nos destruya a todos. No quiero que esto destruya nuestro vínculo como padre e hija."

Anny sostuvo su mirada con fuerza, como si estuviera poniendo a prueba la voluntad y el genuino arrepentimiento de su padre. Podía ver el dolor y la desesperación en sus ojos, podía ver cómo su alma se desgarraba ante el peso de las mentiras y la traición que había tejido entre ellos.

"Si realmente quieres hacer las paces conmigo, papá", dijo finalmente, su voz suave pero firme como el eco de una campana distante, "entonces tendrás que luchar más duro de lo que nunca lo hayas hecho antes. No basta con pedir disculpas y esperar que las cosas mejoren por sí solas. Tendrás que mostrar que realmente te importamos y que estás dispuesto a hacer todo lo posible para transformarte en un hombre digno de nuestra confianza."

El silencio volvió a caer sobre ellos, un manto invisible que ocultaba las verdades y los deseos congelados en el aire tembloroso. Gabriel asintió

lentamente, una sombra de determinación cruzando su rostro al aceptar el reto que le había impuesto su hija.

”Lo haré, Anny”, dijo con voz firme y resuelta. ”Te lo prometo. Haré lo que sea necesario para reparar las heridas que han sido causadas y para demostrar que todavía me amas, aunque sea un pequeño trozo de lo que solía ser en tu corazón.”

Se miraron el uno al otro, sus almas entrelazadas en una danza silenciosa y turbulenta en la que la traición y la esperanza chocaban y luchaban por la supremacía. Y aunque el abismo entre ellos seguía siendo oscuro y profundo como el océano mismo, una fina cuerda de fe y amor comenzó a estirarse a través de él, un hilo de plata que brillaba bajo la fría luna en busca de la redención, la verdad y el perdón.

Anny lucha con su ansiedad

El cielo se fundía en un revoltijo de grises, tormentas formándose en el horizonte como presagios sombríos de tiempos difíciles por venir. Los días se arrastraban con la lentitud de un caracol marchito, sus caparazones de soledad y desesperanza apilándose en capas sobre los frágiles huesos de Anny. Cada vez que cerraba los ojos, las imágenes de su padre y la amante danzaban ante ella como espectros tormentosos, las verdades contundentes sacudiendo las brasas de su ansiedad a niveles incandescentes.

Sus manos comenzaron a temblar con la misma regularidad que su corazón, latidos rápidos e inestables que simbolizaban el temor que la ahogaba desde adentro. No podía concentrarse en clase, las palabras de los profesores deslizándose a través de sus oídos como un eco lejano sin sentido. Sus amigos se mostraban preocupados, pero Anny se encogía ante ellos, hinchando su ansiedad con silencio y una falsa sonrisa.

”No es nada, sólo estoy cansada”, murmuraba, pero sus ojos gritaban otra verdad a los cuatro vientos. Los yunques de la desconfianza y el miedo formaban cicatrices en su pecho, y Anny se preguntaba si alguna vez sería libre de esa amenaza invisible que la perseguía día y noche.

Un día, mientras se hallaba sentada en la reja de un parque tranquilo junto al mar, las olas golpeaban las rocas con la cacofonía de un corazón herido. Las gaviotas volaban en círculos, como espíritus angustiados que buscaban escapar del pasado. Se preguntaba a sí misma si esa era la razón

de su agitación, si su ansiedad era un malestar persistente del destino, una herida que no se curaría sin intervención externa.

"Anny, estás bien?", preguntó Lucía su hermana, quien había estado observando a Anny con ojos llenos de preocupación. Sus labios estaban casi blancos por la fuerza de mordérselos, como si tratara de mantener un secreto compartido bajo llave.

"No quiero preocuparte, Luci", comenzó Anny, su voz llena de las lágrimas persistentes que amenazaban con romper la pared que formaba su garganta. "Pero tengo miedo, tengo mucho miedo. No sé si alguna vez podré olvidar lo que papá hizo, si alguna vez podré confiar en él de nuevo o si alguna vez podré confiar en nadie."

Lucía la abrazó, sus brazos envolviéndose alrededor de Anny con la fuerza de un nudo de marinero, su hermana en movimiento a través del oleaje desenfrenado de su propia angustia. "Entonces no trates de olvidar, ni de confiar en él ahora", susurró Lucía, sus palabras una mezcla de ternura y sabiduría que parecía nacer de la propia tempestad de sus almas. "Eso viene con el tiempo y el tiempo es incierto."

Anny se apoyó en el hombro de Lucía, las nubes bajas rozándole las mejillas como un ángel desconsolado. "Pero Luci, todo es tan complicado y nos duele tanto ", dijo mientras sollozaba su corazón.

Lucía la mecía suavemente, como si fuera su propia hija en vez de su hermana mayor. "Te entiendo, Anny. Pero si estás sufriendo, entonces no más silencio, hablemos las próximas veces. No cargues frustración y miedo en silencio como un secreto encerrado", dijo, sus palabras sinceras calentando a Anny como colores pintados en un crepúsculo agitado. "Nuestro amor tiene que ser nuestra fortaleza, Anny, y tenemos que enfrentar a nuestros miedos juntas, como hermanas."

Anny cerró los ojos, las palabras de Lucía flotando en su pecho como semillas en un viento de primavera. Se aferró a Lucía con fuerza, dejándose bañar por el consuelo de su presencia y el latido estable del corazón de su hermana. Había una verdad en las palabras de Lucía, una certeza inamovible que asentó en el abismo de sus almas, espantando las sombras que las amenazaban con devorarlas. Juntas de la mano, frente al miedo y la incertidumbre, Anny y Lucía se sintieron más fuertes y libres, como si para cada grieta de pain que las unía se curaba un rayo de luz, reparándolas desde adentro hasta afuera.

Los padres consideran el divorcio pero cambian de opinión

La luz de la luna se filtraba a través de las rendijas de las persianas; unas pocas franjas fluorescentes y trémulas descansaban sobre los cuerpos desnudos de Susanna y Gabriel, separados por la longitud del colchón y un abismo infinito que ningún titular de estrellas podría salvar. La réplica que Anny le había mostrado hacía unas semanas del chat entre su esposo y Mariana la acosaba como un carnero en medio de un baile de lobos. Las palabras de traición, escondidas junto a chistes y canciones insinuantes, envolvían su garganta como una serpiente ahogando su último aliento de vida.

Sabía que debía enfrentar a Gabriel. Sabía que, si los dos al menos querían tener una posibilidad de sacar a su familia del abismo, debían enfrentarse a la verdad de lo que sucedió y decidir, juntos, si querían construir un futuro o dejar las cenizas de su vida en común a merced del viento.

”Gaby”, comenzó, temiendo su voz más que el estruendo de una tormenta, ”tenemos que hablar de esto. Esta situación y cómo va a afectar no sólo a Anny, sino a todos nosotros.”

Gabriel parecía un niño atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar, la oscuridad y la culpa arrastrándose por sus entrañas. Asintió, sin atreverse a mirar a Susanna, a pesar de que la luz de luna caía sobre su cuerpo como el manto de un ángel vengador.

”Lo sé, Su Sé que no hay palabras suficientes para expresar cuánto lo lamento, pero te lo juro te lo juro por mi vida y la vida de nuestras hijas. Nunca quise que esto pasara. Fue un juego estúpido, algo que se salió de control y algo que nunca, jamás me perdonaré,” dijo, sus palabras colgando en el aire como una melodía rota.

Susanna cerró los ojos, como si pudiera escapar del dolor si evitaba mirarlo. Se preguntaba cómo podían seguir siendo una familia después de que se había dado cuenta de que el hombre con el que se había casado, al que creía conocer lo suficiente como para colocar toda su vida en sus manos, le había traicionado de una manera que nunca había pensado posible.

”Y qué hacemos ahora, Gaby?”, preguntó, la luna cubriendo de reflejos grisáceos sus lágrimas silenciosas. ”Qué hacemos con toda esta esta miseria que nos rodea? Podemos volver a estar juntos, volver a ser una familia, después de lo que ha pasado?”

Gabriel suspiró, las corrientes de la angustia y la culpa chocándose en su pecho como corales en mitad de un naufragio. "No sé, Su No sé qué es lo mejor para todos, pero quiero estar contigo Quiero estar contigo y Anny y Luci, como siempre ha sido Quiero ver cómo nuestro hijo nace y crecer juntos como familia."

Susanna tembló, la idea de un futuro con Gabriel manchado por la traición y la infidelidad tan desconcertante como el fondo de un lago turbio. "Nada será como antes, Gaby. Nada puede borrar el pasado, y no sé si podré volver a confiar en ti", dijo en voz baja, hundiendo su rostro en sus manos como un pájaro encarcelado. "Pero tal vez tal vez podamos intentar algo nuevo. Tal vez podemos intentar construir algo juntos, desde las cenizas de lo que solíamos ser."

La luna se levantó más alto en el cielo, bañando la estancia en un laberinto siniestro de sombras encadenadas, sus hilos invisibles dictando el curso de la vida y la muerte. Gabriel tomó la mano de Susanna, encontrando refugio en su tacto, como el resguardo de un coral en la corriente interminable de dolor y arrepentimiento.

"Lo intentaré, Su", prometió, las palabras tejiéndose entre ellos como una soga salvavidas en un mar embravecido. "Lo intentaré, con toda mi alma y con cada pedazo de mi corazón. Por ti, por Anny y por nuestro niño en camino. Lo intentaré hasta que ya no tenga fuerzas, hasta que no haya más allá ni más acá. Porque no hay en este mundo nada que desee más que hacerte feliz y estar con mi familia."

Los ojos de Susanna se encontraron con los de Gabriel, la luna presidiendo el pacto mudo entre ellos, la convicción de dar un paso hacia el futuro, un paso hacia la redención y la verdad. Y aunque las sombras no se disiparon y el dolor no cesó, la decisión de permanecer juntos y enfrentar los desafíos por el bien de sus hijas cobijó sus corazones con la esperanza de una nueva vida, de un nuevo comienzo juntos y sanados como familia.

Anny gradualmente acepta la nueva realidad de su familia

La tenue y cálida luz del atardecer estampaba sombras de árboles sobre las baldosas de la terraza, escurriendo entre las hojas la tierna melancolía del crepúsculo. Anny, sentada sobre el piso desgastado y abrazando sus piernas,

miraba como su corazón se rompía en pedacitos con el eco de los gritos y llantos de su madre hace un par de semanas atrás. A pesar de que ya no se escuchaban esas discusiones, las palabras y promesas que terminaron por colorar un torpe velo a la situación, el silencio del después retumbaba en su pecho como un gong herido.

Susana, la madre de Anny, había decidido aceptar el intento de reconciliación propuesto por su padre, aunque no sin condiciones y líneas claras. Anny sabía que su madre estaba luchando por su hermana, Lucía, y por el bebé que crecía en su vientre, tratando de darles la esperanza de una vida familiar unida. Pero el peso de la traición la abrumaba, como una cadena de hierro alrededor de su corazón.

El padre de Anny, Gabriel, había intentado acercarse a ella varias veces, con ruegos tímidos y desesperados que colgaban en el aire como un ave herida. Anny no sabía si podía confiar en esas palabras, si las promesas vacías eran un intento desesperado para salvar a la familia o solo el capricho de un hombre arrepentido de sus culpas pero arraigado a la necesidad de control y poder.

Lucía, por otro lado, parecía aceptar la nueva situación con sorprendente tranquilidad. Aunque su hermana menor no lo admitía, Anny estaba segura de que había algo en su mirada que resplandecía como un halo de tristeza y miedo. Sin embargo, Lucía, como la inocencia hecha carne, no cuestionaba ni juzgaba a su padre ni a su madre, limitándose a ofrecer a Anny su sonrisa inquebrantable y su amor incondicional como un refugio contra la tormenta que se cernía sobre la familia.

A menudo, después de la escuela, Anny paseaba por el jardín, dejándose acariciar por los rayos del sol y las brisas del mar. La naturaleza le ofrecía un consuelo efímero, un abrazo cálido a la espera de un tiempo en el que los gritos y las discusiones fueran solo una visión lejana en su memoria, algo que pudieran dejar atrás como polvo en un camino remoto.

Anny solía creer que su padre la amaba con todas sus fuerzas, y que su amor por ella y por Lucía, así como el respeto a su madre, serían suficientes para mantenerlos a salvo de las tempestades que azotaban a algunos matrimonios. La traición había destrozado esa creencia, y aunque Anny quería creer que su padre había cambiado, también sabía que la verdad era elusiva y que, a veces, las promesas de un corazón arrepentido eran solo fantasmas fugaces de lo que solían ser.

Con una susurrante determinación, Anny comenzó a sentir un extraño deseo de dejar que las cosas cambiaran, dejar que la nueva realidad de la familia Guzmán se desarrolle como un capullo fundiéndose bajo las luces de la luna. No paraban de resonar las palabras de su madre en su cabeza, "Anny, el amor no se trata solo de quién eres y de lo que has hecho en el pasado. El amor es algo que se construye entre dos personas o más, cada día, en cada momento, en cada decisión. Las cicatrices del pasado siempre estarán ahí, pero no pueden detenernos si seguimos tratando de sanar y de aprender a confiar de nuevo."

Anny se levantó, las luces del atardecer jugueteando con su cabello y las sombras bailando al compás de sus pasos, y decidió darle a la vida una nueva oportunidad. Decidió abrirse a la posibilidad de un amor y un hogar diferente, a la esperanza de ser feliz alguna vez. Anny no sabía si la nueva realidad de su familia sería perfecta o llena de contratiempos y miedos, pero sabía que, si ellos continuaban tratando de salvarse entre las cálidas aguas y las olas agitadas, tal vez, solo tal vez, podrían encontrar paz en el horizonte. Y, con ese pensamiento, Anny cerró los ojos y dio un temeroso pero valiente paso hacia el abismo del futuro y las luces que podría albergar.

Chapter 7

Cambios en la relación padre - hija

El sol, en su perpetuo vaivén entre el horizonte y la cima del cielo, había comenzado a sollozar en su descenso hacia la noche cuando Anny decidió cruzar a través de ese umbral tan estrecho como el filo de una navaja, tan ancho como un océano, que separaba a su padre y a ella desde la tarde funesta que se descubrió el secreto que desgarró el tejido de lo que alguna vez fue su familia. Después de tres semanas de pesares y silencios, aquel viernes Anny había vuelto del colegio con una convicción abrumadora que le decía, en esa voz profunda y sabia que parece resonar desde las profundidades de la vida misma, que era hora de enfrentarse al abismo, de mirar de frente al dolor que se había convertido en su sombra y, quizás, encontrar algún atisbo de reconciliación con el hombre que le dio la vida, pero también le robó la inocencia y la paz.

Era el día en que, como era costumbre, cada semana, desde que tenía uso de razón, Anny esperaba con ansias el regreso de su padre en la terraza. Qué tiempos aquellos, cuando el sonido de su risa y la calidez de su abrazo eran suficientes para borrar la tristeza y la preocupación de su rostro de niña. Eran momentos que apreciaba inmensamente, pues se convirtieron en los últimos fragmentos que le quedaban de aquel sueño idílico de familia, una oportunidad de desconectar, por unas escasas horas, de la realidad que amenazaba con aplastarla bajo el peso del silencio, de la traición y de la incompreensión.

Sin embargo, Anny sabía que ya no podría volver a esos días de sencilla

felicidad, donde la existencia se alineaba como los surcos en el campo, delineando el paso del tiempo y los recorridos incesantes del sol y la luna. La infidelidad de su padre, como una ola gigante que arrasa con pueblos enteros, había barrido con todo vestigio de aquel nirvana doméstico, dejándola a ella, a su madre, y a su hermana, atadas a los restos de la balsa donde la vida se debatía entre el presente y el futuro, entre el amor y el miedo.

Susana, la madre de Anny, había estado luchando en silencio desde hacía días. Como una gota de agua que, lentamente, va desgastando una roca, la realidad de la traición de Gabriel había abierto una grieta en su corazón, amenazando con separar sus expectativas, sus sueños y todo lo que alguna vez fue y pudo ser su familia. A pesar de ello, como una roca firme en la tormenta, Susana se mantenía, en apariencia, serena, constante, decidida a salvar a su familia, a proteger a Anny, a Lucía y al bebé que se gestaba en su seno.

Fue entonces cuando Anny sintió el peso de la culpa, ese punzante remordimiento que la carcomía por dentro, consumiéndola como la hoguera en la que se queman los rencores y los sueños. Susana siempre había reposado su fe en ella, en el poder y la fuerza que desataba con cada abrazo, con cada palabra de aliento y de apoyo. Y ahora, cuando más necesitaba de Anny, ella se aferraba a las sombras, a la angustia y al temor atávico de enfrentarse a su progenitor.

Anny se dio cuenta entonces de que, así como su padre la había traicionado, ella misma se abandonaba, se entregaba a los brazos del miedo, como una marioneta que se deja llevar por el capricho y las pulsiones de un títere feroz y desolado. Pero, en el fondo de su ser, Anny sentía que podía hacer algo más, que podía ser más valiente, más verdadera, más ella misma en ese instante de vulnerabilidad y de necesidad.

A paso lento pero firme, adentrándose en los confines oscuros de sus emociones y de su pasado, Anny cruzó el umbral y se encontró cara a cara con aquel hombre que, alguna vez, fue su héroe, su fortaleza y su alegría. Con ojos empañados y la voz temblorosa, Anny se atrevió a pronunciar las palabras más difíciles, las palabras que, de alguna manera, la unían y la separaban de su padre: "Te perdono, papi".

Gabriel, contrito y esperanzado, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón colgado al borde de un abismo infinito, abrazó a su hija como si el mundo entero pudiera desaparecer en ese abrazo, en ese instante, entre la

tristeza y el amor que los unía a pesar de todo. Y Anny, sosteniendo esas lágrimas que le quemaban las mejillas como ácido en la carne, se aferró a su padre, dejando que las heridas se cerraran lentamente, como las huellas de un barco en un océano inmenso y solitario.

El silencio se dejó caer sobre la terraza, mezclándose con la brisa, con el canto de los pájaros al atardecer y con el rumor distante de las olas en el océano que envolvía a la familia Guzmán en ese torbellino de amor, de traición y de esperanza. Por primera vez en semanas, Anny respiró hondo, satisfecha con la certeza de que alguna vez, en algún lugar, el sol brillaría de nuevo para ella y para su familia, y que el amor, aunque herido y necesitado de tiempo y comprensión, los guiaría hacia un futuro lleno de luz y de paz.

Retiro del afecto de Anny hacia su padre

Capítulo 12: El ocaso del afecto

Era un miércoles cualquiera por la tarde cuando Anny salió al jardín y se dejó caer en la mecedora de mimbre en la terraza, rodeada de las borrosas manchas de colores del crepúsculo bañando las montañas y el mar. El aroma de las flores y el cálido abrazo del viento parecían un bálsamo para su corazón herido.

Un amargo suspiro se escurrió de sus labios mientras sus recuerdos le transportaban a esos días en que esperaba ansiosa la llegada de su padre, entonces su héroe, y cómo solían compartir el atardecer en la terraza, colmados de risas y abrazos.

Ahora, en cambio, el sonido de los pasos de Gabriel la llenaba de desasosiego y sus ojos esquivaban la mirada de aquel hombre que, con su traición, había dejado un vacío en su alma.

Fue entonces cuando resonó el motor del automóvil de su padre a lo lejos, y sentimientos encontrados se arremolinaron en el pecho de Anny. Aquellas añoranzas de un tiempo en que su padre era su fortaleza y su alegría asomaban con timidez por las fisuras que la traición había dejado en sus heridas.

Pero el miedo y la desconfianza ahora eran sus compañeras, y Anny se levantó con brusquedad, como si estuviera siendo empujada por una fuerza invisible, y entró en la casa en busca de refugio en la habitación donde su madre yacía reposando, cargada con la vida creciendo en su vientre.

Susana, pese al cansancio que la ahogaba en aquel momento, sintió el peso del miedo en los ojos de su hija y, con una ternura que solo una madre puede ofrecer, extendió su mano y la arropó en sus brazos.

- Mami, nunca pensé que llegaría el día en que no quisiera estar cerca de papá. Me duele tanto -susurró Anny, con las palabras asfixiándose en su garganta- Qué se supone que debo hacer?

Susana, con la mirada perdida en algún rincón de sus recuerdos, no pudo responder de inmediato. El temor, la incertidumbre y el cariño que aún sentía hacia su esposo luchaban en su pecho, dejándola incapaz de ofrecer una respuesta certera.

Por fin, rompiendo el silencio con palabras que se deslizaban más por la luz del amor materno que por la convicción de una esposa herida, Susana dijo en voz baja y serena:

- Mi amor, todos cometemos errores, y tu papá comió un error muy grande, lo sé. Pero creo que realmente se arrepiente, y merece la oportunidad de mostrarnos que puede cambiar.

Anny, aun abrumada por la angustia, se aferró a su madre como la última esperanza de un barco a la deriva. Albergaba en su corazón el deseo de poder confiar en su padre, de ser capaz de ver en él al héroe que alguna vez fue. Pero sabía también que el camino hasta ese lugar estaría lleno de miedos y dudas, de recuerdos que parecían colgarse de su espalda como un manto de sombras.

A lo lejos, la puerta de la casa se abrió y cerró con un gemido, como si la tristeza hubiera penetrado sus bisagras, y Anny, sintiendo el peso de su padre en aquel umbral, no pudo evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos como un río caudaloso e imparable.

Susana, acariciándole el cabello con una suavidad que solo puede ser comparada con la brisa en los campos de trigo dorado, susurró palabras de consuelo a su hija, prometiéndole que, aunque no pudiera devolverle a su padre tal como fue en su memoria, buscarían juntas la manera de encontrar la paz, la verdad y el amor en esa amarga encrucijada que parecía haber dividido a la familia en dos.

Y así, mientras los rayos del atardecer se desvanecían en el horizonte, el silencio volvió a reinar en la pequeña casa de los Guzmán, y Anny se adentraba lentamente en esa penumbra donde la desconfianza y la lealtad se entrelazaban como las raíces de un árbol milenario, luchando por la

esperanza de un día encontrar la luz y la redención en los brazos de aquel hombre, su padre, que había roto su corazón, pero que también podía ser, si el destino y el amor lo permitían, el faro en la tormenta que les guiaría de vuelta a casa.

Frialdad y distancia en sus interacciones cotidianas

La casa en la que una vez resonaban risas y melodías de guitarra se había convertido en un escenario vacío y solitario, donde las paredes parecían esconder los secretos de corazones rotos. Era un martes gris e indolente, y tanto Anny como su madre, Susana, yacían sumidas en un duermevela interminable, producto de una noche inquieta y repleta de pesadillas. En la habitación contigua, Lucía dormía plácidamente, sin sospechar que su vida estaba a punto de cambiar para siempre cuando la verdad sobre la traición de su padre saliera a la luz.

A pesar de que había pasado apenas una semana desde que Anny había enfrentado a su padre, buscando en sus ojos esa chispa de amor y culpa que alguna vez había brillado intensamente en su alma, la joven no había logrado comunicarse con él a nivel emocional. Cada vez que se cruzaban en una habitación o en el jardín, Anny bajaba la mirada como si un abismo invisible los separara, como si ella quisiera huir hacia algún rincón oscuro y olvidado donde el tiempo se detuviera y las lágrimas pudieran fluir sin fin. Gabriel, por su parte, evitaba encontrarse con su hija, sumido en un remordimiento abrasador que le consumía por dentro, carcomiéndole la carne y el espíritu en una agonía terrible y silenciosa.

Aquella mañana, después de desayunar junto a la ventana entre abierta donde se colaba el trinar de los pájaros y el tímido sol de noviembre, Susana le pidió a Anny que llevase un plato de huevos revueltos a su padre, quien estaba encerrado en su estudio, absorto en una maraña de documentos y números que no llegaban a cuadrar en su mente. Sin embargo, al llegar a la puerta semiabierta del estudio, Anny sintió una opresión en el pecho que la hizo retroceder, como si un muro invisible, construido con el peso de la decepción y la angustia, le bloqueara el paso hacia el hombre que alguna vez fue su héroe y protector. Sus manos temblaron y, con un llanto sordo, dejó caer el plato al suelo.

-Anny! Qué ha ocurrido, hija? -la voz preocupada de Susana llegó a

sus oídos desde la cocina, y pronto la encontró en el pasillo, sollozando y abrazándose a sí misma, como si su propio cuerpo fuera una embarcación a la deriva en un océano de lamentos y pesares.

- No puedo, mamá No puedo enfrentarme a él, no después de todo lo que ha sucedido -sus palabras, mezcladas con las lágrimas, se derramaban como un río caudaloso e implacable, inundando el corazón de su madre con una tristeza ancestral e indómita.

-Está bien, mi amor, no tienes que hacerlo si no te sientes lista -con ternura inagotable, Susana se arrodilló junto a su hija y la abrazó con fuerza, como si tratara de protegerla del mundo entero, de los monstruos que acechan en los rincones oscuros y de los espectros de la traición que arrebató la vida y la esperanza.

Allí, en el pasillo en penumbra, madre e hija se fundieron en un abrazo silencioso y apretado, tratando de encontrar el consuelo y la verdad en aquel momento de dolor compartido, en aquel refugio donde la culpa y el miedo se desvanecían como el humo entre los dedos. Y, aunque ninguna de las dos se dio cuenta de su presencia, a través de la puerta del estudio, Gabriel observaba la escena con las lágrimas goteando por sus mejillas, consciente de que, aunque quisiera llegar hasta ellas y abrazarlas como solía hacer antes, las cadenas invisibles del pasado lo mantenían cautivo en aquel limbo desolador y solitario.

Al final, ni el perdón ni el olvido llegaron de la mano en esa casa sombría y triste, donde las emociones flotaban en el ambiente como fantasmas inasibles, llegando a los rincones más recónditos del alma y del espíritu. Pero, por debajo de la superficie de desolación y desesperanza, Anny y Susana compartían un vínculo poderoso e irrompible, tejido con los hilos del amor, la entrega y el sacrificio, que las sostendría en el lecho de una reconciliación que las llevaría, quizás, hacia la luz, hacia esa cima iluminada en la que podrían dejar atrás las sombras y contemplar, finalmente, el rostro de la verdad, del amor y de la unidad.

Gabriel intenta recuperar la confianza de Anny

Capítulo 12: Resurgir de las cenizas

Anny estaba sentada en el columpio que colgaba en la frescura del porch, mecida por los zumbidos del viento al cortar las hojas del jardín.

Desde donde estaba, no podía evitar escuchar el cacareo de los pájaros que revoloteaban sobre las ramas del jacarandá, ni la risa lejana de los niños jugando en la plaza.

Era un día cualquiera, un día sin sorpresas ni emociones inesperadas, y eso debía ser, pensó Anny, lo que realmente asfixiaba su corazón: la rutina que se había instaurado en su vida, en la vida de su familia, como una inmensa nebulosa que oscurecía todo el brillo de la felicidad y el amor, el mismo brillo que era cada vez más difícil de recordar.

Fue entonces cuando su padre, Gabriel, hizo aparición en la puerta trasera de la casa, con una caja de cartón temblorosa entre sus brazos.

- Papi, qué es eso? -preguntó Anny, incapaz de disimular su curiosidad.

- Verás, Anny Esa caja, esta caja, es algo que tenía mucho tiempo guardada, y creo que ya no puedo seguir huyendo de ella -dijo Gabriel, con una voz apenas insinuada, como si estuviera hablando a través de una pesadilla.

Anny lo escuchó en silencio, sin comprender si lo que estaba viendo y escuchando era una confesión desesperada o una especie de intento de reparar una relación que se tambaleaba en el borde de lo perdido. Así que apretó las manos alrededor de las cadenas del columpio y trató de tragarse el revuelo que sentía en el pecho.

Gabriel, con una fuerza impregnada en el deseo de redimirse a los ojos de su hija, dejó la caja en el suelo y la abrió lentamente. Al ver el contenido, Anny no pudo evitar sentir una punzada en el corazón: dentro de la caja yacían todos los tesoros de su amor infinito por su padre, aquel que había sido borroneado por la traición.

- Aquí está la colección de discos de vinilo que solíamos escuchar juntos Las fotos del día en que te llevé a volar en globo aerostático Eso fue hace tantos años. Aquí está la raqueta de bádminton que nunca volvimos a usar después de aquella durísima derrota contra los Rodríguez. Es todo lo que siempre quisimos compartir, lo que nos unió como padre e hija, pero la vida y mis errores han dejado de lado.

Anny cerró los ojos, abrumada por un torbellino de emociones que amenazaban con ahogarla, y sintió cómo una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

- He sido un necio, Anny -dijo Gabriel, sin contener el sollozo que lo sacudía como a un espino en el viento- No puedo negar mis errores, que

siguen siendo una sombra en nuestras vidas, pero lo único que realmente me duele en este momento es no saber si algún día podré volver a ser el padre que tú mereces, si podré volver a ser el hombre que algún día vendrás a rescatar con orgullo.

Anny levantó la mirada, sus ojos llenos de agua y de tristeza, y entre sus labios titubeantes surgió un susurro que apenas si pudo escuchar:

- Cómo puedo perdonarte, papá? Cómo puedo volver a confiar en ti si has destruido todo lo que significabas para mí?

Gabriel, sin tener una respuesta para la pregunta de su hija, solo pudo tenderle la mano, ofreciéndola como la única verdad que conocía en ese momento.

- No puedo responderte eso, mi amor. Lo único que puedo decirte es que estoy aquí, que seguiré aquí por ti, y que no voy a renunciar a recuperar tu confianza y tu amor. Porque no hay nada en este mundo que sea más valioso para mí que el lazo que alguna vez nos unió.

Anny lo miró con fijeza, con esa mirada de quien no comprende siquiera cómo es posible que una sola vida contenga tanta tristeza y tanto amor.

Y entonces, muy lentamente, casi sin atreverse a creer en lo que estaba haciendo, extendió su mano y la posó sobre la de su padre, sin desviar la mirada, sin parpadear, como si aquella acción fuera un acto de fe y de valentía.

Ambos permanecieron así durante un largo rato, enervados, exhaustos y vulnerables, guardando silencio como una palabra no dicha, como un abrazo que no ataña qué hacer después de tanto tiempo perdido.

Y luego, justo cuando el sol comenzaba a esconderse detrás de las colinas y las guitarras de los puestos de helados desaparecían entre la multitud, Anny apretó la mano de su padre y, con una voz destrozada pero esperanzadora, dijo:

- Te perdono, papá Pero tienes que prometerme que me enseñarás a confiar en ti de nuevo.

La angustia de Anny ante los esfuerzos de su padre

Anny estaba sentada en el columpio que colgaba en la frescura del porche, mecida por los zumbidos del viento al cortar las hojas del jardín. Desde donde estaba, no podía evitar escuchar el cacareo de los pájaros que revoloteaban

sobre las ramas del jacarandá, ni la risa lejana de los niños jugando en la plaza.

Era un día cualquiera, un día sin sorpresas ni emociones inesperadas, y eso debía ser, pensó Anny, lo que realmente asfixiaba su corazón: la rutina que se había instaurado en su vida, en la vida de su familia, como una inmensa nebulosa que oscurecía todo el brillo de la felicidad y el amor, el mismo brillo que era cada vez más difícil de recordar.

Fue entonces cuando su padre, Gabriel, hizo aparición en la puerta trasera de la casa, con una caja de cartón temblorosa entre sus brazos.

- Papi, qué es eso? -preguntó Anny, incapaz de disimular su curiosidad.

- Verás, Anny Esta caja, es algo que tenía mucho tiempo guardada, y creo que ya no puedo seguir huyendo de ella -dijo Gabriel, con una voz apenas insinuada, como si estuviera hablando a través de una pesadilla.

Anny lo escuchó en silencio, sin comprender si lo que estaba viendo y escuchando era una confesión desesperada o una especie de intento de reparar una relación que se tambaleaba en el borde de lo perdido. Así que apretó las manos alrededor de las cadenas del columpio y trató de tragarse el revuelo que sentía en el pecho.

Gabriel, con una fuerza impregnada en el deseo de redimirse a los ojos de su hija, dejó la caja en el suelo y la abrió lentamente. Al ver el contenido, Anny no pudo evitar sentir una punzada en el corazón: dentro de la caja yacían todos los tesoros de su amor infinito por su padre, aquel que había sido borroneado por la traición.

- Aquí está la colección de discos de vinilo que solíamos escuchar juntos Las fotos del día en que te llevé a volar en globo aerostático Eso fue hace tantos años. Aquí está la raqueta de bádmin-ton que nunca volvimos a usar después de aquella durísima derrota contra los Rodríguez. Es todo lo que siempre quisimos compartir, lo que nos unió como padre e hija, pero la vida y mis errores lo han dejado de lado.

Anny cerró los ojos, abrumada por un torbellino de emociones que amenazaban con ahogarla, y sintió cómo una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

- He sido un necio, Anny -dijo Gabriel, sin contener el sollozo que lo sacudía como a un espino en el viento- No puedo negar mis errores, que siguen siendo una sombra en nuestras vidas, pero lo único que realmente me duele en este momento es no saber si algún día podré volver a ser el

padre que tú mereces, si podré volver a ser el hombre que algún día vendrás a rescatar con orgullo.

Anny levantó la mirada, sus ojos llenos de agua y de tristeza, y entre sus labios titubeantes surgió un susurro que apenas si pudo escuchar:

- Cómo puedo perdonarte, papá? Cómo puedo volver a confiar en ti si has destruido todo lo que significabas para mí?

Gabriel, sin tener una respuesta para la pregunta de su hija, solo pudo tenderle la mano, ofreciéndola como la única verdad que conocía en ese momento.

- No puedo responderte eso, mi amor. Lo único que puedo decirte es que estoy aquí, que seguiré aquí por ti, y que no voy a renunciar a recuperar tu confianza y tu amor. Porque no hay nada en este mundo que sea más valioso para mí que el lazo que alguna vez nos unió.

Anny lo miró con fijeza, con esa mirada de quien no comprende siquiera cómo es posible que una sola vida contenga tanta tristeza y tanto amor.

Y entonces, muy lentamente, casi sin atreverse a creer en lo que estaba haciendo, extendió su mano y la posó sobre la de su padre, sin desviar la mirada, sin parpadear, como si aquella acción fuera un acto de fe y de valentía.

Ambos permanecieron así durante un largo rato, enervados, exhaustos y vulnerables, guardando silencio como una palabra no doy, como un abrazo que no atacin ni al términ, como un puerto seguro en medio de una tempestad despiadada y aterradora.

Y a medida que el frágil contacto entre sus manos se aferraba a la esperanza que parpadeaba en la penumbra de las dudas y los remordimientos, Anny y su padre comenzaban a vislumbrar un horizonte más claro, más sereno, en el que quizás, solo quizás, la angustia que los había mantenido separados sería reemplazada por la comprensión, por ese amor inquebrantable y trascendental que los unía en la esencia de sus vidas, de sus almas, en ese lugar donde la redención y la esperanza se funden en un abrazo eterno.

Y mientras Anny miraba de reojo cómo el sol descendía lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de mil colores, no pudo evitar sentir que, al fin, algo se había movido en su interior, algo había comenzado a liberarse del letargo que le encadenaba al dolor, al miedo, a esa angustia sin nombre que había oscurecido su mundo durante demasiado tiempo. Y aunque no sabía si alguna vez podría volver a mirar a su padre con la misma admiración

y veneración que alguna vez lo hizo, sabía que tenía que intentarlo, sabía que tenía que desplegar las alas de su corazón y dejar que el viento de la reconciliación, la fe y el amor la llevaran hacia esa esfera inalcanzable en la que la verdad y el destino podrían confluír en un acto sublime y redentor.

Cambios en la dinámica familiar y apoyo de la madre y hermana

Era una tarde tranquila cuando Anny encontró consuelo en el peso de Lucía recargada en su hombro mientras la mecía en el sillón de la sala. La luz del sol entraba a través de las cortinas en franjas que se perdían en los cojines desordenados y esponjados, y el viento aullaba por las rendijas de las ventanas cerradas, como si quisiera entrar a sacudir el ánimo de la habitación.

Desde el rincón donde ambas se hallaban acomodadas, Anny no podía evitar sentir que el paso del tiempo había dejado surcos en la intimidad de su familia. Por mucho que intentaba con sus manos abiertas en alto abrazar los recuerdos, se le iban como el polvo sostenido entre los dedos. No era la historia de amor entre Susana y Gabriel, o las risas en las comidas familiares, lo que desentonaba su corazón ahora. El golpe había sido demasiado fuerte por el reflejo en la mirada de su madre, por el paso lento de sus días y la cuidadosa contemplación hacia Gabriel de reojo.

En cambio, en aquel sillón aterciopelado, Anny sentía el palpitar del amor, como si las tempestades de los últimos días hubieran desvanecido las estrellas para encenderlas con más fuerza en la fraternidad de los cuerpos que se rozan en su necesidad de ser amados. Con cada latido que sentía de su hermana, Anny sentía su corazón reconstruirse pedazo a pedazo, como si el amor que le quedaba, ese poco que hasta hacía poco estaba convencida de que había muerto, crecía con cada susurro, con cada leve murmullo de paz que ambos cuerpos compartían a través de las sombras inmediatamente después del dolor.

Fue entonces cuando, muy suavemente, la puerta de la casa comenzó a entreabrirse, y el rostro de Susana apareció como un destello de luna en la penumbra del atardecer. La delicadeza de sus ojos brillosos, sus gestos llenos de incertidumbre y de deseo de encontrarse con sus hijas, le hacía parecer, a los ojos de Anny, una mujer de niebla, como si fuera posible descubrir en

ella toda la belleza y nostalgia del pasado junto a toda la magestuosidad del futuro.

Susana cerró la puerta detrás de sí, casi sin hacer ruido, y avanzó con cuidado hacia sus hijas, su corazón lleno de la sombra de innumerables sueños insomnes, su mirada cargada de la ternura que esparce la bruma cuando acaricia el viento.

Anny la observó con expresión dudosa y expectante, y se sintió inundada por la necesidad de proteger a su madre aún más de lo que sucedía a su alrededor. Cuando las palabras nunca fueron suficientes, solo quedaba el lenguaje de los cuerpos, y Anny supo, con una intuición astuta y delicada, que su madre necesitaba sentirse amada más allá de todos los golpes que la realidad podía asestarle.

Susana se sentó a su lado, y se tomó un momento para recoger sus pensamientos en la quietud que la vida le ofrecía de vez en cuando. Le parecía mentira que la misma vida no se cansara de sorprenderla. Después de todo, si alguien le hubiera dicho como adolescente enamorada que años después, de la mano de su amor de juventud, le esperaría dicha situación para hacer llover sus lágrimas al mundo como bombas sobre el mar, hubiera negado la idea sin más aderezo que la risa. Aquella fue quizás la primera vez en su vida que se sintió de verdad envejecer, como si la ligereza y frescura de su alma se hubieran evaporado entre las nubes de la melodía silenciosa de sus lágrimas.

Susana no pudo continuar callada, y lentamente comenzó a compartir sus pensamientos y emociones con Anny:

- Anny, cariño, sé que las cosas han estado difíciles últimamente Y no puedo evitar sentirme de algún modo responsable por el dolor que están experimentando tú y Lucía.

Anny miró a su madre, luchando por retener las lágrimas, y en su frágil voz respondió:

- Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado, mamá. No debes cargar con esa responsabilidad

Susana la interrumpió antes de que pudiera continuar:

- Lo sé, Anny, lo sé Pero como madre, mi papel es cuidar y proteger a mis hijas, y siento que he fallado en eso. No pude prever este dolor, y no sé cómo reparar el daño que ha sido causado a nuestra familia.

Acercándose al borde del sillón, para poder abrazar enfáticamente a su

madre, Anny murmuró:

- No fue tu culpa, mamá. Nosotras te amamos y sabemos que siempre has estado ahí para nosotras. No eres tú quien nos ha lastimado Pero creo que debemos enfrentar la situación juntas y tratar de superar el dolor, como siempre hemos hecho. Y Lucía y yo siempre estaremos aquí para ti, como nos has cuidado a nosotras.

Susana abrazó a Anny con renovada fuerza, como si en ese acto de amor y confianza pudiera encontrar la clave eterna para cicatrizar las heridas de la traición y el engaño que, como una sombra imperturbable, seguían cerniéndose sobre la vida de su familia. Y en los brazos de sus hijas, en esa caricia que no necesita palabras para transmitir su mensaje de amor y esperanza, Susana supo, aunque no pudiera explicarlo, que aún había una luz, una luz tenue pero inextinguible, que podía llevarlos a todos por el camino de las estrellas y devolverles, tal vez algún día, el añorado brillo de la felicidad.

Conversaciones difíciles y preguntas incómodas

El último rayo de sol se extinguía en la lontananza, tiñendo el horizonte de un color entre el ámbar y el púrpura que contrastaba su ímpetu sereno con el de todas las promesas incumplidas de amor y felicidad que, como una sombra, se habían desmoronado en la vida de la familia Guzmán. A medida que la penumbra llenaba el jardín trasero, los susurros del atardecer parecían anunciar el comienzo de la ceremonia que habría de dar nuevas respuestas a preguntas sin nombre, a agonías mudas que oprimían las entrañas del ser, y a dilemas morales que se enfrentaban a la esperanza y que, sin embargo, también vaticinaban el principio de una realidad desconocida, tal vez más cruel, tal vez más liberadora que los silencios que la precedían.

Anny se encontraba en la terraza, su mirada perdida en la inmensidad creciente del océano, cuyas olas acariciaban la arena con la misma perseverancia y nostalgia con que el tiempo parece borrar la huella de los sueños y las ilusiones que dejaron de ser. Inmóvil, casi ausente en su perplejidad y recelo, observaba a su madre entrar al jardín con paso firme pero vacilante, portando en sus temblorosas manos la estela del amor lastimado, de la traición profanada.

- Qué vamos a hacer, Anny? -preguntó Susana con una voz apenas

insinuada, como si estuviera hablando a través de una pesadilla.

Anny la escuchó en silencio, sin comprender si lo que estaba viendo y escuchando era una confesión desesperada o una especie de intento de reparar una relación que se tambaleaba en el borde de lo perdido. Así que apretó las manos alrededor de las cadenas del columpio y trató de tragarse el revuelo que sentía en la garganta.

Susana, con talante de guerrera que ha aplacado sus batallas, pero cuya espada se ha vuelto demasiado pesada para su mano, siguió hablando en un intento de enfrentar una verdad que se había difuminado en las fauces de la traición:

- Hay cosas que no puedo perdonar, Anny. Y aunque no quisiera admitirlo, una parte de mí sigue queriendo entender qué fue lo que nos llevó a esto. Porque sé que Gabriel está arrepentido, y sé que si pudiera cambiar todo lo que ha pasado, lo haría en un abrir y cerrar de ojos. Pero no puedo negar que hay un vacío en mi corazón que no puede ser llenado con palabras, con promesas, o con súplicas desgarradoras.

En ese instante, como si las palabras de Susana hubieran sido suficientes para quebrar la cadena invisible que lo mantenía al margen de su realidad, Gabriel avanzó a través de la penumbra, su rostro curtido por el dolor y el remordimiento, tratando de encontrar una respuesta en la mirada de su mujer, en la inquieta espera de su hija.

- Yo también tengo preguntas, Susy -dijo tras un suspiro que resonó a través de la oscuridad entre los callados ruidos de la noche.

La mirada de Anny se posó en su padre, cuya presencia solía ser un abrigo cálido en los inviernos más fríos de su alma. Y sintió que era incapaz de encontrar en esos ojos, en ese rostro entregado al naufragio de su propio destino, la fuerza y coraje que alguna vez admiró y veneró. Pero también, en esa misma impotencia, percibió que quizás, sólo quizás, la piedra de los días oscuros no había terminado de moldear la historia de su vida.

- Por qué lo hiciste, papá? -preguntó Anny con una voz tan frágil que parecía resistirse a ser pronunciada- Por qué rompiste todo lo que creíamos? Por qué nos lastimaste tanto?

Gabriel la miró, sus ojos vidriosos, su garganta cerrada por las lágrimas que amenazaban con brotar sin control, y su voz temblorosa por la carga del dolor:

- No lo sé, Anny -susurró, levemente- No puedo explicarte por qué sucedió

o de qué forma pudo pasar. He sido un hombre débil, inexpugnable en mis andanzas, hasta encontrarme entre los brazos de una mujer que no era tu madre. Pero lo único que puedo decirte, lo único que puedo prometerte, es que mi amor por ustedes no ha cambiado ni un ápice, ni por un momento. Y que, pase lo que pase, estaré aquí, luchando por recuperar el amor y la confianza que alguna vez compartimos.

Anny, sin atreverse a mirar directamente a su padre, se estremeció al sentir cómo el último rayo de luz del atardecer desaparecía entre las sombras de esa hora en que todo, incluso el más ingrato recuerdo de vida, se confunde y se desvanece en la nada irrevocable del sueño y del olvido. Y supo, aunque quisiera negarlo en el ápice de su dolor, que en sus manos, en su corazón, estaba el poder de salvar o de destruir la ilusión más hermosa y más terrible que alguien pueda encontrarse en la soledad: la esperanza.

Eventos que demuestran el arrepentimiento del padre

Las salidas del sol tienen esa habilidad: separan la noche del día, la tiniebla de la luz, como si un Mandala imaginario de pétalos de colores dibujara sobre el corazón del mundo. Pero, acaso pueden separar una vida amarga de una vida dulce, una penumbra de un futuro, un recuerdo de una esperanza? Esa mañana, preguntaba esto Anny para sí misma, mientras acariciaba los senos del amanecer con la mirada, en ese vano intento por encontrar algo divino que pudiera extraer de sus misterios. Se preguntaba si su padre, que para ella era la sombra más oscura del firmamento, podría recuperar la sonrisa que él solía tener cada vez que ella le concedía la llave de su corazón. Pero se dice a menudo que las cosas del tiempo son siempre inciertas, y cada respiro de lucidez en nuestra alma nos conecta al silencio de lo innumerable.

Después de volver a casa aquella tarde, Anny encontró a su padre en el cuarto de la pequeña Lucía. Congelada en la penumbra del pasillo, se quedó escuchando con curiosidad, ansiosa por oír algo que le demostrara que su padre había cambiado y estaba verdaderamente arrepentido por la traición y el daño a su familia.

Gabriel estaba arrodillado junto a la cama, recogiendo los juguetes y el desorden que se encontraba esparcido por toda la habitación. A medida que colocaba cada objeto ocupando su justo lugar, parecía ser combatido aún más por el peso de su error.

”Las cosas no son las mismas, Lucía, no desde que Anny descubrió todo”, murmuró, enjugándose una lágrima con su mano temblorosa. ”Yo nunca quise herirlas a ustedes ni a tu madre. Y no sé si podré perdonarme por haberlo hecho.”

Lucía lo miró, preocupada. Y aunque nunca había entendido completamente la gravedad de lo que había sucedido, sabía que algo estaba roto en su familia, y temía que no pudiera repararse.

”Entonces, qué vas a hacer, papá?”, preguntó con voz apresurada, intentando disipar la angustia en su pecho.

Apoyando la palma contra su frente, Gabriel habló como si las palabras estuvieran talladas en el lenguaje del dolor más irreductible: ”Haré lo que sea necesario, Lucía. Porque las amo a ustedes y a tu madre más que a mi propia vida. Y no voy a permitir que mi error destruya esto.”

Anny, que escuchaba todo desde el pasillo, sintió como si un río silencioso de emociones la arrastrara, y por primera vez, se vio a sí misma en los ojos de su padre, viendo el abismo de su propia culpa, el peso del arrepentimiento que parecían curtir su piel como los surcos del amor y el desprecio.

Durante las semanas siguientes, Anny observó en secreto los esfuerzos de su padre por cambiar su vida y reconstruir la relación con ella y su madre. Ella lo vio llegar a casa antes del oscurecimiento, balanceando a su hermano recién nacido en sus brazos, durmiendo junto a su madre como un niño que busca el contacto de la piel para sentirse seguro. Y a pesar de sus dudas e incredulidades, pequeñas chispas de esperanza prendían en su corazón.

Ella descubrió entonces, consternada, que perdonar es un arte, y como todo arte, requiere de paciencia y delicadeza. Pero también se dio cuenta de que algo había comenzado a cambiar dentro de ella, y que, tal vez aunque sin quererlo, estaba listo para hacer frente a la posibilidad de volver a creer en su padre y en la esperanza de un amor que pudiera recuperar su vida del polvo y las sombras.

Así, cada atardecer, en vez de preguntarse si es posible reconciliar el día y la noche, Anny se preguntaba si podía permitirse comenzar a reconstruir el peldaño roto que dividía su vida y la de su padre en dos partes irreconciliables. Y, tal vez por las caprichosas manías de los dioses, una tarde empezó a soltar, pétalo a pétalo, el velo de las ilusiones que la protegía de perdonar y soñar de nuevo.

El dilema de Anny sobre perdonar y confiar otra vez

La sombra de un almendro se meció sobre la vieja terraza de sus días eternos, envolviendo a Anny en el refugio imperfecto de sus pensamientos. En el vaivén de sus ramas, parecía luchar aquel árbol de transeúntes memorias con el viento que iba y venía, dibujando susurros indecibles en los labios del silencio.**

-Qué debería hacer, mamá? -preguntó Anny en voz baja, sus ojos inundados por la inquietud y la incertidumbre-. A veces, siento que papá quiere recuperarnos, que no desea que todo este dolor lo divida a él y a nosotras. Pero no sé no sé si puedo confiar en él otra vez.

Susana la miró con una ternura insospechada, su alma acariciada por la tristeza y el amor que crecen del destierro y del regreso. Hasta en esa quietud serena, había en su mirada ese resplandor inolvidable del perdón y la comprensión.**

-Hija mía, debes entender que perdonar no es solamente olvidar lo que ha pasado. Perdonar significa aprender a convivir con la sombra del recuerdo, y encontrar una manera de volver a nacer a pesar de las heridas que nos dejaron -le dijo con la voz conmovida, casi asustada por la profundidad de sus propias palabras-. No puedo decirte si tienes que perdonar a tu padre, porque eso es algo que solo tú puedes decidir. Pero te puedo asegurar que, sea lo que sea que suceda, estaré aquí para apoyarte y protegerte, como lo he hecho siempre.

El viento estaba cambiando de dirección ahora, y en sus aires imprevisibles traía consigo el aroma de las flores de un floripondio moribundo, que cruzaba el jardín recién regado y el camino de la terraza hacia el interior de la casa. Anny, acurrucada en su butaca, sentía que el ocaso del día había dejado en su alma una nota fría, una línea divergente que la llevaba a preguntarse si estaba equivocada al dejarse vencer por sus temores y por su desconfianza.

-Cuéntame una vez más, mamá, cómo fue que papá te conquistó -susurró Anny con una esperanza apenas oculta entre sus palabras-. Cuéntame cómo salieron juntos por primera vez, y cómo descubrieron que estaban enamorados el uno del otro.

Susana, sonriendo con nostalgia, tomó la mano de su hija y le habló, lentamente, del día en que Gabriel la invitó a un paseo en bicicleta junto al

mar, y de cómo pedalearon sin prisa bajo el cielo del anochecer, compartiendo risas y secretos sin importarles qué más pasara en el mundo. Le contó cómo, al llegar al viejo faro abandonado, se sentaron en la arena para contemplar las luces lejanas de las casas del pueblo, y cómo en ese instante sobre el oscuro lienzo del océano él la tomó de la mano y le dijo que se había enamorado de ella como nunca antes había imaginado que podría amar a alguien.

Al escuchar las palabras de Susana, Anny sintió como si estuviera viendo a lo lejos, en la inmensidad enigmática del futuro, la imagen borrosa y casi inconstante de un amor que se mima en las tristezas igual que en los placeres.**

-Tú ? Tú sientes miedo también, mamá? -preguntó con una voz tan quebrada que parecía a punto de desvanecerse en el viento-. Miedo de que no podamos volver a ser felices, de que las cosas se vuelvan peores de lo que son ahora?

Susana acarició la mano de Anny, tratando de encontrar en su cálido contacto una respuesta para sus propias preguntas, aquellas que encerraba en lo más profundo de su ser. Y confesó entonces, con un nudo en la garganta, lo que ni siquiera ella misma había podido expresar:

-Sí, Anny, siento miedo. Pero también tengo esperanza en que, aunque el sol tal vez no pueda secar todas nuestras lágrimas, sí pueda iluminar el largo sendero del olvido y de la reconciliación, de la fuerza que nos empujará a seguir adelante y encontrar, incluso si es en las sombras más oscuras de nuestro pasado, una razón para amar y vivir de nuevo.

Entonces, en aquel atardecer, Anny comprendió que el mayor dilema de su vida no era simplemente olvidar o recordar a su padre por lo que él había sido, sino aprender a mirarle a los ojos y saber que, más allá de todo, a pesar de todas sus imperfecciones y dolorosas decisiones, él siempre la esperaría en las largas horas de los días y las noches, llevando en sus manos la esperanza de un amor que había sobrevivido y se había levantado una vez más.

Primeros pasos hacia la reconstrucción de la relación entre Anny y su padre

El día antes del parto, durante el último descanso después de una jornada apurada, se presentó Anny en la oficina del padre, y lo encontró enojado con ciertos papeles embrollados entre un orden distante. El piso del despacho estaba esparcido de lodo de Anny, de sus chaquetas y de su voz. Había llegado para decirle que aceptaría sus sugerencias, que le llevaría al hospital para que esperara junto a su madre.

La vocecita de Anny rebotaba de estantería en estantería de aquella escueta habitación, como un eco de incómodos pródromos que no cesaban su retumbar en el alma de Gabriel. Padre e hija se miraron a los ojos por primera vez en meses. Aquella mirada lanzó Soles, levantó montañas, cortó el aliento a todos cuantos creían en la pérdida y el olvido. Un silencio fugaz abrió la puerta a un mundo nuevo.

- No sé cómo comenzar, Anny -empezó a decir él con la garganta templada - . No sé cómo disculparme por todas las cosas que sucedieron, y por todo lo que no sucedió por todo ese tiempo en que no estuve aquí cuando debía haber estado. Pero quiero que sepas quiero que sepas que este tiempo me ha permitido comprender que tú y tu madre, y tu hermana Lucía, y el bebé que viene en camino ustedes son mi vida, y no pienso volver a hacer algo que nos divida.

Anny miraba fijamente al suelo mientras Gabriel hablaba. Las palabras parecían vacías, como burbujas frágiles que se deshacían al menor contacto. Pero en esos momentos de silencio, de tristeza, Anny reconocía que había una fuerza que se estaba desprendiendo de adentro de su corazón mismo, como el brote oscuro de un roble en la mañana más luminosa de febrero.

- No te pido que me perdones, Anny -continuó él- . No creo que pueda perdonarme yo mismo por lo que hice. Pero sí quiero que entiendas que todo lo que he hecho desde aquel día, con sus lágrimas y sus silencios, lo he hecho por ustedes, y nunca, nunca dejaré que algo como esto vuelva a suceder.

Anny alzó la vista hacia su padre, como un titubeante rayo de bondad que desciende sobre el mundo. Y casi sin saber por qué, un río ínfimo de lágrimas comenzó a brotar de sus ojos y se deslizó suavemente por sus mejillas. Gabriel, conmovido por aquella muestra de dolor y amor de su

hija, extendió la mano hasta tocarla en el hombro.

- Anny -susurró él-. Siempre estaré aquí para protegerte, y cuidarte, y amarte, incluso cuando no lo merezco. Si estás dispuesta a permitirme hacerlo, si estás dispuesta a dejarme entrar nuevamente en tu vida lo estaré eternamente agradecido.

Anny sintió como si el miedo, el rencor, la ansiedad que la había acompañado en las últimas semanas, comenzara a derretirse en su interior, y se fuera disipando en el aire, dejando tras de sí un espectro de llanto y amor incommensurable. Entonces, con un pequeño nudo en la garganta, y un temblor incipiente en su corazón, ella abrazó a su padre, como si quisiera atesorar en aquel gesto toda la promesa y la esperanza que le quedaban en el abismo infinito de su vida reencontrada. Gabriel, temblando de alivio y emoción, la rodeó con sus brazos protectores, y le susurró en el oído palabras de amor y de perdón, mientras el sol buscaba el horizonte al otro lado del rincón destrozado del mundo.

Chapter 8

Desarrollo de ansiedad en Anny

Anny sabía que algo había cambiado en ella durante las últimas semanas, como si las emociones se entrelazaran como hiedra venenosa en su pecho, dificultando sus latidos. En la escuela, las clases y conversaciones fluían a su alrededor como el río que había dejado de alimentar su corazón. Había días en los que su cabeza se sentía más pesada que su cuerpo, y el propio peso de la preocupación la dejaba anclada a su cama en su alcoba.

Una mañana, en la sala de profesores, la Sra. Rivera, su maestra de Matemáticas, volteó hacia la Sra. Torres, su maestra de Literatura, y le preguntó si algo andaba mal con Anny. "No sé", respondió la Sra. Torres, "pero últimamente parece muy distraída y preocupada. Quizá necesite hablar con alguien".

Ese mismo día, la Sra. Torres se acercó a Anny y le preguntó si todo estaba en orden en su vida. Al recordar los ojos de su madre, llenos de vergüenza y cansancio, y las últimas palabras de su padre, pronunciadas como suspiros, Anny asintió y dijo: "Sí, estoy bien, solo estoy un poco cansada." Y con una sonrisa que encerraba en sí una pregunta y una súplica, agradeció a la Sra. Torres y se alejó con un peso invisible sobre sus hombros.

Las tardes en casa se deslizaban sin mucho esfuerzo, como si estuvieran hechas de un material transparente y etéreo. A veces, Anny se unía a su madre y a su hermana en la sala de estar y entretenía a Lucía con sus juegos favoritos, aunque apenas se sentía presente. Otras veces, simplemente se recostaba en su habitación y escudriñaba las manchas de humedad en el

techo, buscando los rostros y formas de sus sueños rotos.

Una noche, mientras Anny y Lucía lavaban los platos, Lucía le preguntó en voz baja, casi titubeante: "Anny, tú crees que papá nos ama todavía?" Anny sintió cómo sus entrañas se retorcían en un nudo apretado, y cómo las palabras se atascaban en su garganta, ya que la respuesta a la pregunta de Lucía sólo le traía más dolor y ansiedad.

"Sí, Lucía", respondió Anny por fin, aunque sentía que sus palabras se desmoronaban en el aire como castillos de arena. "Papá nos ama. Solo está pasando por un momento difícil, pero estoy segura de que todo va a mejorar pronto."

Al escuchar esto, Lucía sonrió tímidamente y abrazó a Anny. Sin embargo, en ese abrazo frágil y apretado, Anny supo que ambos estaban intentando convencerse a sí mismos de algo que tal vez ya no era cierto, algo que había sido alterado por el hiedra venenosa que ahora enredaba sus corazones y sus vidas.

El tiempo pasó, y el fantasma de la ansiedad crecía cada día más en el alma de Anny, como una tormenta en un desierto oscuro e incierto. Llegó incluso a experimentar síntomas físicos, tales como manos sudorosas, dificultad para respirar y un constante malestar en el estómago. Susana, preocupada por la aparente debilidad de Anny, decidió llevarla al médico para una revisión.

"Su hija parece estar experimentando ansiedad generalizada", dijo el médico después de escuchar todos los síntomas de Anny y realizar un examen físico. "Podría ser resultado de algún estímulo emocional o traumático reciente, y es importante que hablemos sobre cómo abordar y aliviar su ansiedad antes de que se convierta en un problema más serio."

Anny y Susana regresaron a casa esa tarde con recetas para terapia cognitiva y medicación, y con un peso aún mayor sobre sus hombros. Susana sabía que la ansiedad de Anny, a pesar de su aparente origen inexplicable, escondía en su fragilidad y sus sombras los secretos y temores que no la dejaban dormir por la noche. Y aunque tal vez no podrían desenredar completamente la hiedra venenosa que había crecido en sus corazones y vidas, al menos podrían tratar de mantener a raya su crecimiento, con amor y comprensión.

Después de comenzar la terapia, Anny y Susana pronto descubrieron que las palabras pueden ser tanto liberadoras como cautivadoras. Mientras Anny

compartía con su terapeuta sus dolores y temores, comenzó a comprender que el miedo y la ansiedad por momentos en su vida no eran tan diferentes de la hiedra venenosa que tan desesperadamente trataba de eliminar. Ambos crecían y se alimentaban del silencio, y era sólo en la luz de las palabras y el amor de aquellos que la rodeaban que Anny podía enfrentar y, tal vez, vencer el infierno sombrío en su corazón.

Así, con el paso del tiempo, el amor compartido entre Anny, Susana y Lucía en ese rincón del mundo empezó a disipar las sombras que habían amenazado con consumirlos. Y aunque aún había días en los que los recuerdos traicioneros y los fantasmas del pasado parecían resurgir en el alma de Anny, ya no se sentía tan sola en su lucha por la sanación y la paz, y por un amor que había sido tejido en las horas más luminosas y oscuras de su vida. Poco a poco, Anny aprendió a enfrentar y superar la ansiedad causada por la infidelidad de su padre, y comenzó a encontrar una nueva normalidad en su vida, sabiendo que no estaba sola en sus luchas y triunfos.

Cambio en el comportamiento de Anny en la escuela

El murmullo de las lecciones compartidas y el roce continuo de las páginas en el salón de clases evocaban un ligero zumbido en la mente de Anny, que vagaba por abismos oscuros y profundos mares de incertidumbre. Sus pensamientos revoloteaban, como el viento que arremolinaba las hojas en los alrededores de la escuela, y la desorientaban, dejándola perdida en el bosque de los recuerdos y el olvido. La mirada de su maestra, cargada de preocupación y una dura ternura, apenas escapaba a su percepción, como una estrella fugaz en el crepúsculo.

El timbre anunció el fin de las clases, y Anny se levantó y recogió sus pertenencias con una agilidad mecánica. Sus compañeros de clase la observaban mientras atravesaba las puertas, con la misma mirada de melancolía y desasosiego que había cargado en su corazón desde aquel día inolvidable en que había descubierto la ruina de su familia. Ella sabía que sus amigos querían ayudarla, que deseaban ser la luz que la guiara en el laberinto infinito de sus penas, pero a medida que los días pasaban, y las sombras se expandían sin cesar, Anny descubría que su única solución era refugiarse en la soledad, y aun así, la soledad no hacía más que empequeñecer y empobrecer su alma.

Una tarde, Anny salió del salón y se aventuró al viejo patio trasero, en busca de un poco de aire libre que pudiera aliviar la presión en su cabeza y darle espacio a sus pensamientos. Allí, en ese santuario casi olvidado, encontró a Juan, uno de sus compañeros de clase, con el rostro manchado de lágrimas y tierra.

- Anny -suspiró él, tratando de enmascarar su voz temblorosa-. Me han dicho que últimamente no te encuentras bien, y yo también estoy pasando un mal momento. Mis padres se van a divorciar, y ya no sé qué hacer o a quién recurrir

Anny no sabía qué decir. Aquellas palabras, aquella súplica infantil y desesperada, sacudían en su corazón una pena aún mayor, una pena que creía haber dejado atrás. Con el rostro enrojecido y el dolor en sus ojos, le extendió la mano y lo tomó en un abrazo apretado, en el que ambos parecían estar buscando la esperanza y la salvación que les había sido arrebatada por las circunstancias del destino.

- Todo va a estar bien, Juan -dijo Anny tras un momento, con una voz hermosamente doliente-. Juntos, encontraremos una manera de sobrevivir a estos tiempos difíciles. Y quién sabe, tal vez, con un poco de ayuda y algo de coraje, incluso podemos cambiar el rumbo de nuestras vidas y ser felices una vez más.

Los dos se mantuvieron abrazados por un tiempo, mientras las tardes se encendían en el horizonte y el viento acariciaba con dulzura sus mejillas. Fue en ese instante, en ese abrazo que parecía contener todo el amor y la misericordia del mundo, en el que Anny comenzó a comprender que, aunque su vida estaba llena de dolor y de abandono, a su alrededor había seres que también sufrían, seres que necesitaban de su apoyo y de su amor tanto como ella.

Había llegado el momento de enfrentar sus demonios, de dejar entrar la luz en los pliegues de su alma y de dar un paso adelante hacia el abismo, decidida a recuperar su vida y su felicidad.

Síntomas físicos y emocionales de la ansiedad

El sol se desplomó en el horizonte como un globo desinflado, y su merma de luz fue acompañada por la creciente angustia de Anny. El día había sido uno más en la larga secuencia de rutinas y silencios que invadían su vida

desde la confrontación telefónica entre sus padres, pero algo había cambiado en su interior, algo vibraba y retumbaba en sus huesos como un eco distante de una tormenta.

Mientras caminaba hacia su casa, sintió cómo sus manos comenzaban a sudar, y cómo su corazón latía de una manera desordenada y titubeante. Sus pensamientos revoloteaban alrededor de las espinas oscuras de su ansiedad, como polillas atrapadas en la aura ardiente de un fuego fatuo, y Anny temblaba ante la visión de todo lo que había perdido y aún tenía que perder.

Aquella noche, cuando Anny terminó de cenar, sintió como si algo hubiera atracado dentro de su estómago, un nudo enloquecido de dolor y desesperación. Apenas pudo mirar a sus padres mientras se despedía de ellos antes de subir a su alcoba, y en su rostro surcado por el temor y el agotamiento, crujía la sombra tenue y siniestra de su dolor.

Ya en su cuarto, Anny se recostó en su cama, como si intentara escapar de ese peso que la aplastaba y le asfixiaba el alma. Miró al techo, buscando en vano la comodidad de las sombras danzantes que solían habitar allí, antes de que todo cambiara irrevocablemente. Pero lo único que encontró fue oscuridad y soledad, y el temblor febril de su propia inquietud.

En ese momento, una voz a su lado susurró su nombre, y Anny saltó de la cama en un arrebato de sorpresa súbita. "Anny?", preguntó su hermana Lucía en voz baja y temblorosa. "Estás bien? Escuché un ruido, y no pude dormir."

El corazón de Anny se rompió al ver a su pequeña hermana, toda vestida con sus pijamas de conejito y enrollada en una manta, mirándola con los ojos brillantes de preocupación y amor. De alguna manera, no había notado lo mucho que Lucía había cambiado en las últimas semanas, a medida que el silencio y la tristeza los envolvían como una neblina fría y penetrante.

Sin decir nada, Anny se levantó y abrió sus brazos para Lucía, quien se deslizó dentro de su abrazo como un pájaro perdido buscando consuelo. Permanecieron así por lo que pareció una eternidad, balanceándose suavemente en el borde del precipicio de sus temores entrelazados, y susurrándose promesas de amor y curación.

Pero incluso después de que Lucía volviera a su habitación, y Anny se quedara sola de nuevo en su cuarto inundado de sombras, la angustia no abandonó a la joven muchacha, sino que se aferró a su piel como el alquitrán derretido, manchando su espíritu con su letargo vicioso y resbaladizo. Los

días siguientes estuvieron marcados por las impotentes luchas de Anny contra la ansiedad que la acosaba, que la mantenía como prisionera en su propia vida, incapaz de encontrar el sendero hacia la paz y la aceptación.

Fue entonces cuando Susana, preocupada por la aparente debilidad de su hija, decidió llevarla al médico para una revisión. "Su hija parece estar experimentando ansiedad generalizada", dijo el médico después de escuchar todos los síntomas de Anny y realizar un examen físico. "Podría ser resultado de algún estímulo emocional o traumático reciente, y es importante que hablemos sobre cómo abordar y aliviar su ansiedad antes de que se convierta en un problema más serio."

Anny y Susana regresaron a casa esa tarde con recetas para terapia cognitiva y medicación, y con un peso aún mayor sobre sus hombros. Ambas sabían que el verdadero diagnóstico no era una simple enfermedad que pudiera tratarse con pastillas y palabras, sino algo mucho más profundo y oscuro, algo que se enredaba en las venas y se enclavaba en sus corazones como hiedra venenosa, robándoles la esperanza y ahogando sus sueños.

Retiro de actividades que solía disfrutar

La brisa fresca de la mañana barría las hojas caídas de la temporada, elevándolas en un remolino etéreo que descendía suavemente a la tierra mientras Anny caminaba por el sendero hacia el taller de arte. Sus dedos, tensos y sudorosos, se cruzaban apretadamente sobre su cuaderno de bocetos, como si estuviera atrapando un pájaro en sus manos. Recordaba cómo, apenas unas semanas antes, el simple hecho de pensar en el taller de arte la llenaba de gozo y emoción, haciendo que su pecho se hinchara y su cerdoso cabello bailara al viento mientras corría hacia la vieja casa de madera que albergaba el estudio de Don Andrés.

Pero ahora todo eso había cambiado, como todo lo demás en su vida. La música, la poesía, incluso el viento y las hojas que la habían acompañado en sus días más felices se habían convertido en sombras siniestras y culpa sigilosa que la oprimían y amenazaban con rozarla. Su mundo, antes un lugar lleno de risas y de canciones inesperadas del corazón, se había pintado con los colores del dolor y del miedo, preparándola para el último acto de la tragedia que enfrentaba su vida, en la que sus padres ya no eran sus héroes, sino villanos y cómplices en la destrucción de su felicidad.

El taller de arte de Don Andrés era un refugio para Anny, un lugar donde podía olvidarse de sus preocupaciones y sumergirse en los mundos de acuarela y óleo que había creado con la punta de sus pinceles. Pero ahora, incluso este santuario parecía haber sido profanado por el eco ominoso de las dificultades que crecían en su casa y en su alma, y Anny no podía evitar sentir que algo estaba terriblemente, terriblemente mal. Pero aún así, con el corazón palpitante y las mejillas enrojecidas por el frío, caminó hacia la puerta del taller, decidida a enfrentar sus miedos y demostrarse a sí misma que, al menos en este pequeño rincón del universo, todavía podía ser la artista y la soñadora que solía ser.

- Anny -dijo una voz ronca y desgastada, junto a la puerta del taller. El anciano encorvado de cabello blanco y barba canosa era Don Andrés, el maestro del taller, y tenía sus ojos fijos en ella con una mezcla de preocupación y cariño.

- No tienes que hacer esto si no quieres -continuó él, ofreciendo un consuelo que ella no había esperado- Te comprendo, sé que estás pasando por un momento difícil, y si no estás lista para volver, no hace falta forzarte.

Anny lo miró, sorprendida y asustada, las palabras de ánimo y de comprensión le daban tanto temor como felicidad. Pero entonces, en un destello inesperado de valor y orgullo, alzó los hombros y levantó la cabeza, sus ojos oscuros y resueltos brillando como diamantes en la penumbra.

- Estoy lista, Don Andrés -respondió ella, con una voz pequeña pero firme-. Quiero entrar al taller, quiero pintar y quiero dejar que mi corazón cante una vez más. Tal vez me lleve tiempo, tal vez no pueda olvidar todo tan rápido, pero no puedo seguir escondiéndome en mi dolor y mi miedo. Tengo que intentarlo, al menos.

El anciano la observó por un instante, sus ojos nublados por el peso de los años y la sabiduría, y asintió con solemnidad.

- Entonces, adelante, Anny. Sólo recuerda que aquí estás a salvo, que este taller no es sólo un lugar para aprender y crear, sino para sanar y crecer. Y si alguna vez sientes que ya no puedes seguir adelante, que te ahogas en el mar de la tormenta, no dudes en buscar ayuda y apoyo.

Y así, Anny entró en el taller, permitiendo que las esencias sutiles de tinta y solvente se mezclaran en su pecho, cosiendo su alma con hilos invisibles de esperanza y amor. A medida que los días y las semanas pasaban, y la pintura y el lienzo comenzaban a llenar de luz y de vida el mundo de Anny,

descubría que incluso en sus horas más oscuras, cuando las sombras y las penas la acosaban y amenazaban, en el taller podía encontrar la paz y la salvación que ansiaba. Porque en ese rincón del universo, con la ayuda del hombre anciano y sabio que la guiaba y protegía, Anny volvía a ser la artista y la soñadora que siempre había sido, y siempre sería.

Efecto en la relación con su hermana Lucía

Lucía saltaba en su cama, agitando sus pequeñas piernas mientras intentaba dominar el abismo entre las páginas de un viejo cuento de hadas. Sus ojos brillantes como candelabros, que bailaban y centelleaban mientras se perdían en maravillas de reinos lejanos, brujas crueles, y príncipes valientes.

Anny la miraba con preocupación desde el umbral de la puerta, pensando en cómo proteger a su hermana de la tormenta negra y en todo lo que la rodeaba. Temía que se perdiera en el aire tóxico que flotaba en la casa, y si en un momento dado, Lucía descubriera la verdad oculta que habían mantenido en secreto, la pregunta entonces sería cuánto tiempo pasaría antes de que ese brillo lleno de luz en sus ojos se convirtiera en una bruma gris y difusa.

Fue entonces cuando Anny tomó una decisión desesperada y valiente, como una heroica princesa de las historias que tanto amaban las dos hermanas. Por el bienestar de Lucía, y para garantizar que la inocencia y la alegría que la envolvían como un halo de estrellas no quedara borrado por la amargura y la crueldad de su nuevo mundo, Anny decidió hablar con su hermana, hablar verdaderamente y sin miedo.

Se sentó en la cama al lado de Lucía, asumiendo el gesto serio que reservaba para los momentos de honestidad imponente y vulnerable. Sus ojos se encontraron, y un silencio denso, incómodo se instaló sobre ellas, como si un hechizo había sido arrojado para robarles las palabras y susurros.

-Lucía -murmuró Anny finalmente, su voz temblorosa y llena de trepidación-, debemos hablar, corazón. Hay algo que hay algo que necesitas saber.

Los ojos de Lucía se agrandaron poco a poco, hasta que se convirtieron en dos orbes de asombro y pavor. Le tendió una mano a Anny, como un acto reflejo, y en ese instante, las dos se aferraron el uno al otro, uniendo sus manos y sus almas en un abrazo silencioso que prometía confianza y

amor.

-Qué sucede, Anny? -preguntó Lucía en voz baja, casi un susurro ahogado por el miedo-. Qué pasa? Por qué han estado tan tristes Mamá y tú últimamente?

Anny tragó saliva y tomó aire profundo, luchando por encontrar el coraje y la fuerza para decir la verdad que sepultaba como un fardo insoportable e indeseable en su pecho. Lentamente, como si cada palabra fuera una espina que debía arrancarse de sus labios y su garganta, Anny comenzó a contar la historia de lo ocurrido, revelando la traición del padre, la lucha silenciosa de la madre y la amarga desilusión que se había posado en su propio corazón.

Lucía escuchó en silencio, sus ojos oscilando entre la incredulidad y el dolor mientras absorbía cada palabra y cada revelación que caía de los labios de Anny como lágrimas que se convierten en niebla. Finalmente, cuando Anny terminó de hablar, Lucía soltó un sollozo que parecía contener todo el sufrimiento del mundo y se arrojó a los brazos de su hermana.

-No puede ser, Anny -lloró Lucía, mientras sollozos sacudían su cuerpo delgado y frágil-, Papá no puede haber hecho eso, no puede ser cierto.

Anny la abrazó con fuerza, dejando que su propia tristeza se uniera a la de Lucía mientras compartían juntas su pérdida inocente y las heridas que habían dejado abiertas. Se quedaron así durante un largo tiempo, unidas por el dolor y el amor, mientras el mundo fuera de su abrazo se deslizaba en la oscuridad y el frío.

-Te prometo, Lucía -dijo Anny finalmente, su voz aturdida y quebrada-, que no importa lo que pase, siempre estaré aquí para ti. Siempre seremos hermanas, y siempre nos protegeremos el uno al otro, aunque el cielo se desplome y las estrellas caigan a pedazos.

Las dos se separaron, y los ojos de Lucía, humedecidos por el llanto y la tristeza, miraron de lleno a los de Anny. Había una nueva sombra en su mirada, una sombra que le había sido impuesta sin pedirlo, pero también había una luz resplandeciente, una luz que era sinónimo de amor, de esperanza, y de la promesa que acababan de hacer juntas.

-Te amo, Anny -susurró Lucía en voz baja, y en ese momento, el vínculo que las unía se volvió aún más fuerte y más brillante, como un río de estrellas que fluye en la noche, y que nunca se destrozaría por el viento ni las nubes.

Preocupación de la madre de Anny por su estado emocional

Susana avait senti un profundo malestar inundar su corazón desde unos días antes de su devastadora conversación con Anny. El frío invisible que parecía haber impregnado cada centímetro de su piel sobre su rostro cuando su hija le había soltado la noticia la había dejado tan helada que la detectó. Ella estrechó sus ojos. No se había dado cuenta de lo frágil que la voz de Anny había vuelto a ser, una vibración temblorosa sacudida por temblorosos ecos del silencio que llenaba el espacio entre ellas desde aquella noche. Le preocupaba Anny y se preguntaba cómo mejorar la situación.

Susana sabía que debía hablar con Anny y destruir los muros que su hija había levantado alrededor de sí misma, para negociar el laberinto de la culpa y el miedo que la había atrapado como en una prisión. Pero cómo debía hacerlo? Cómo podía disipar la sombra que se había aferrado a la vida de la joven, cuando la propia Susana estaba luchando contra las dudas y el dolor que amenazaban con arrastrarla hacia un abismo oscuro y desconocido?

Una tarde tranquila y solemne, mientras la luz del sol que se filtraba por las cortinas del salón arrojaba patrones dorados y parpadeantes sobre el suelo y la luz se deslizaba sobre el rostro de Anny en una cascada de chispas, Susana se acercó a su hija con cuidado y se sentó a su lado en el sofá, sus manos clavadas en su regazo mientras buscaba las palabras adecuadas para empezar.

- Anny -comenzó Susana, su voz callada y gentil como el susurro del mar en un día sereno-, sé que estás herida y asustada, y es mi deber como madre protegerte y cuidarte, especialmente en estos momentos difíciles que estamos viviendo. Pero quiero que sepas que, más allá de todo, te amo y siempre estoy aquí para ti, sin importar lo que pase.

Anny levantó la vista, sus ojos húmedos y sombríos como un lago en un amanecer brumoso, y Susana sintió un pinchazo en su corazón por la tristeza y la pérdida que su hija llevaba como un lastre invisible. Aún así, continuó, su voz firme y decidida, aunque sus palabras estaban teñidas con el dolor y el arrepentimiento que la atormentaban cada momento del día.

- No permitas que esto te sumerja también en las profundidades de la oscuridad, Anny. No permitas que este dolor y esta angustia te roben la vida y la luz que llevas en tu corazón. Tienes un talento increíble, una

pasión por el arte y la belleza que es rara y maravillosa, y no puedo soportar la idea de que sean arrancadas de ti por el miedo y la desconfianza.

Anny intentó desviar la mirada, pero Susana se inclinó hacia adelante, acercándose a su hija y tomándola suavemente por las manos, ofreciendo el calor y la esperanza que parecían haberse esfumado de su vida.

- Si sientes que todo te desborda demasiado, si sientes que ya no puedes seguir adelante por tu cuenta, debes saber que estoy siempre a tu lado, dispuesta a sostener tu mano y ayudarte a encontrar el camino en esta noche oscura y tormentosa. Juntas, hija mía, podremos enfrentar y superar los fantasmas que nos acosan, y te prometo que siempre lucharé por ti y por nuestra familia, sin importar lo que pueda venir.

Anny respiró profundamente, su pecho subiendo y bajando mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, pero de alguna manera, en medio de su dolor, había también un destello fugaz de luz y de esperanza. La niña se levantó lentamente y abrazó a su madre, su cuerpo pequeño y tembloroso envuelto en los brazos de una mujer que había descubierto nuevas reservas de fuerza y amor en medio de la tormenta que sacudía su mundo.

- Gracias, mamá -susurró Anny, sus palabras apenas audibles mientras buscaba consuelo y redención en aquel abrazo-. Gracias por ser mi luz en medio de este caos. Juntos saldremos adelante.

Búsqueda de ayuda y apoyo para enfrentar la ansiedad

Capítulo 13: Momento de catarsis

A medida que los días pasaban, la angustia devoraba cada vez más el corazón de Anny, como un monstruo invisible que se entretenía en jugar con sus miedos y emociones. La ansiedad asfixiante se había convertido en su sombra inseparable, oscureciendo sus pensamientos, ahogando sus risas y sus sueños, hasta el punto de que casi estaba convencida de que nunca sería capaz de reencontrarse con la felicidad y la paz que había perdido hace tanto tiempo.

Era mediodía, y Anny caminaba por la orilla del mar, sus pies descalzos se hundían en la arena tibia, y las olas lamían sus tobillos con una suave melancolía. El viento mecía la melena de Anny, enredándola en caracoles de cobre y oro, mientras ella observaba el horizonte y luchaba por dominar los temblores y jadeos que oscurecían su respiración. Junto a ella, Susana

se movía con gracia, su vientre abultado mecía y acariciaba la luz del sol como una promesa de amor y esperanza.

-Anny -dijo Susana en voz baja, alargando su mano para acariciar la de su hija con ternura - , no puedes seguir así. Este sufrimiento no es lo que mereces, está robándote el presente y el futuro, y te está convirtiendo en una prisionera de tus propios miedos. Debemos buscar ayuda para ti, corazón.

Anny levantó la vista hacia su madre, sus labios temblaban al borde del llanto, y una mezcla de gratitud y miedo llenaban sus ojos oscuros.

-Cómo, mamá? -preguntó con la voz quebrada - , dónde puedo encontrar la fuerza que necesito, cómo puedo luchar contra esta pesadumbre y esta ansiedad que me tienen atrapada?

Sonriendo con suavidad, Susana señaló una pequeña casita de madera que se levantaba al final de la playa, casi oculta entre la maleza y los espinos olorosos. Desde su perspectiva, había una luz tenue y dorada que parecía brotar de las ventanas, como un halo de sol y de vida cálido y envolvente.

-Allí vive doña Juana -explicó Susana, y su voz era un susurro dulce como el alba - . Es una mujer sabia y bondadosa, que ha ayudado a muchas personas a superar sus penas y temores. Ella me apoyó cuando creí que no poder seguir adelante, y estoy segura de que también podría ayudarte a ti.

Anny miró la casita misteriosa y sintió una mezcla de esperanza y aprensión. A lo lejos, junto a la puerta de entrada, una mujer mayor, de pelo gris y cara arrugada, les saludó con una sonrisa brillante y llena de promesas.

-No sé si tengo el coraje para enfrentar mis demonios, mamá -murmuró Anny temerosamente - . Y si no soy lo suficientemente fuerte, qué pasará conmigo?

Susana abrazó a Anny con fuerza y la besó en la frente, como si quisiera infundir en su hija todo el amor y la fe que había en su propio corazón.

-Nunca estarás sola, hija mía -dijo ella, y su voz era como un himno lleno de valentía y dulzura - . Siempre estaré a tu lado, y siempre te sostendré en mis brazos en cada paso del viaje. Juntas, enfrentaremos tus miedos, y te prometo que saldremos victoriosas al final.

Con lágrimas en los ojos, Anny asintió y tomó la mano de su madre. Juntas, con la luz del sol y el amor alrededor de ellas como un escudo mágico, caminaron hacia la casita de la playa, enfrentándose a la ansiedad que las

había separado de la felicidad por tanto tiempo y enfrentando una nueva vida llena de esperanza y redención.

Momentos de introspección y autoreflexión por parte de Anny

Capítulo 13: Momento de introspección

La habitación de Anny estaba inundada de paz y silencio, como un oasis en medio del desierto ardiente del caos que había arrasado con su vida en las últimas semanas. Toda la casa parecía estar sumida en un sueño profundo, dejando que los recuerdos y las sombras se deslizaran por las paredes y los rincones como una procesión silenciosa de fantasmas.

Anny encendió una vela en su mesita de noche, y su pequeña llama titilante iluminó su rostro, revelando sus líneas delicadas y sus facciones hermosas, aunque sumidas en la tristeza y el cansancio. La penumbra acentuaba su fragilidad y sus ojos ya no tenían ese brillo chispeante de alegría y picardía que solían tener, sino que estaban rodeados de oscuridad y melancolía.

Sus pensamientos vagaron libremente, como humo en la noche clara. Se preguntaba cómo había llegado a este punto en su vida y cómo había cambiado todo tan rápidamente. Cerró los ojos, buscando la paz en medio del torbellino de recuerdos y sentimientos que acechaban en su mente.

Recordó cómo solía ver a su padre como un héroe, alguien en quien confiar y a quien acudir cuando necesitaba consuelo o consejo. Ahora, esa imagen se había desmoronado en pedazos, dejando tras de sí un vacío plagado de dudas y temores.

Anny suspiró profundamente mientras se encogía en su cama, como si estuviera buscando refugio en los brazos invisibles de su madre. La vela proyectaba sombras en las paredes y el techo, y parecía que esos incógnitos monstruos de la noche la acechaban en cada esquina, preparándose para saltar sobre ella y devorarla por completo.

Sin embargo, en medio de la oscuridad y el silencio, Anny también encontró la fuerza para enfrentarse a su dolor y analizar sus miedos y heridas con honestidad y compasión. Comprendió que su padre no era el monstruo que ella había creado en su mente, sino que simplemente era un hombre imperfecto y falible que había cometido un terrible error. También

se dio cuenta de que su madre, aunque herida y dolida, estaba dispuesta a luchar por su familia y superar la traición de su esposo, y eso le infundía más respeto y admiración por ella que nunca antes.

Anny también se enfrentó a sus propias emociones y debilidades. Se dio cuenta de que su ansiedad y su sufrimiento no debían convertirse en una excusa para hundirse en la tristeza y la autocompasión, sino que eran una oportunidad para crecer y aprender a enfrentar los desafíos de la vida con valentía y sabiduría.

Poco a poco, Anny comenzó a soltar las cadenas invisibles que la ataban al pasado y al miedo, permitiéndose explorar sus emociones y miedos con profundidad y sinceridad. La vela continuó ardiendo, iluminando la habitación con su luz suave y dorada, y la oscuridad se fue desvaneciendo lentamente, dando paso a un alba tenue y prometedora.

A medida que Anny se sumía en la introspección y la autoreflexión, sintió cómo la carga de su corazón se aligeraba, y una sensación de paz y fortaleza brotaba desde lo más profundo de su ser. Al enfrentarse a sus demonios y superar sus miedos, Anny estaba aprendiendo a abrir las puertas a un mundo nuevo y desconocido, en el que podría encontrar la felicidad y la plenitud que tanto anhelaba, sin importar las circunstancias de su vida.

Con el amanecer y el canto de los pájaros en la ventana, Anny finalmente abrió los ojos y contempló el nacimiento de un nuevo día, sintiendo en su piel la delicada caricia del sol y del viento. Y en ese momento de esperanza y transformación, Anny comprendió que incluso en medio de la oscuridad más profunda, siempre puede surgir un rayo de luz que ilumine el camino hacia la sanación y la redención.

Chapter 9

Intento de reconciliación de los padres

Gabriel se removía en su asiento, sintiendo la tensión y el desdén que emanaba de Susana, sentada a su lado en aquella sala de espera. No se atrevía a mirarla, pero sentía la acusación silenciosa en sus ojos, y la vergüenza le abrumaba como una capucha oscura y asfixiante.

-Señor y señora Guzmán -llamó la recepcionista del consultorio con una sonrisa distante y mecánica, indicándoles que podían pasar a la sala del terapeuta.

Abrieron la puerta juntos, sus manos rozándose por un segundo en el pomo, y Gabriel sintió cómo la electricidad de Susana lo atravesaba hasta los huesos, inflamando su deseo y su arrepentimiento al mismo tiempo.

Al cruzar el umbral de la sala, se encontraron en un espacio acogedor y bien iluminado, lleno de cojines y terciopelo, y Gabriela, la terapeuta, les recibió con una sonrisa compasiva y una caricia suave en el brazo a cada uno. Se sintió tímido, incómodo, como un insecto al que le han arrancado las alas y ha quedado atrapado sobre su espalda, luchando y agitándose en un espectáculo patético y desesperado.

-Bienvenidos -susurró Gabriela, y su voz era tan dulce y ligera como el tacto de una pluma sobre la piel-. Colóquense cómodos y tómense el tiempo que necesiten para acomodarse. Recuerden que aquí no hay juicio ni críticas, sólo amor, comprensión y la esperanza de sanar lo que se ha roto.

Gabriel miró a Susana, y sus ojos brillaban con un coágulo de emociones confusas y tormentosas, como un río turbio y furioso de lágrimas y enojo.

Sintió la oleada de amor y deseo que se desbordaba en su pecho y su estómago, amenazando con ahogarlo como antaño, y luchó por contener la cascada de arrepentimientos y promesas vacías que se agolpaban en su garganta.

Se sentaron juntos, pero separados, en un sofá de terciopelo azul oscuro, y las manos de ambos reposaban sobre sus regazos, temblando al límite de sus campos de visión, como un recordatorio constante de su debilidad y su vulnerabilidad. Así comenzaron, voz temblorosa, confesiones acalladas que se resistían a salir de esos labios ahora separados.

Era Susana quien hablaba en primer lugar, su voz ronca, afilada como una cuchilla, vertiendo sus heridas sobre el río de congojas. Contaba del vacío, del abismo oscuro que se abría en su interior cada vez que veía a un hombre y una mujer tomados de la mano, cada vez que escuchaba el llanto de su bebé, cada vez que sentía la seducción prohibida en la música de un vals lento.

Gabriel escuchaba con el rostro desencajado por el dolor y la impotencia, sintiendo cómo cada palabra de Susana le golpeaba como una roca lanzada sobre su cabeza, amenazando con derrumbarlo y sepultarlo para siempre. Rogaba interiormente por una oportunidad de redimirse, de demostrar que era digno de su amor y de su confianza, pero sus plegarias se evaporaban en el aire viciado de la sala, como lágrimas evaporadas por el sol abrasador.

Entonces, por fin, fue su turno de hablar, y las palabras que había ensayado hasta la saciedad, las excusas, los lamentos, las súplicas, seguían atascadas en su garganta, inalcanzables e inútiles. Sólo pudo mirar a Susana a los ojos y confesar con un murmullo ahogado:

-Lo siento, Susana, lo siento más de lo que puedo expresar.

Ella lo miró fijamente, y Gabriel pudo ver en sus ojos la lucha interna que se libraba en el corazón de Susana, la batalla entre el perdón y el rencor, entre la esperanza y la resignación. Por un momento eterno, ninguno de los dos se movió, atrapados en ese limbo de silencio y miradas estrelladas.

Entonces, como si un resorte se hubiera soltado en su interior, Susana se inclinó hacia adelante y tomó las manos de Gabriel en las suyas, levantándolas hasta sus labios y depositando un beso tembloroso sobre sus nudillos. Gabriel sintió las lágrimas de Susana resbalar por su piel, calientes y saladas como el océano que les había separado y unido tantas veces, y en ese instante, supo que no importaba el dolor y las penumbras del pasado, ellos siempre

encontrarían el camino de regreso el uno al otro, guiados por el amor y la fe que había en sus propios corazones.

Preocupación de Susana por el bienestar de sus hijas

Capítulo 14: Preocupación materna

Susana se había levantado temprano aquella mañana y había salido al jardín, antes de que el sol terminara de alzarse en el horizonte, y allí, en la penumbra del amanecer, se había deslizado entre las rosas y los geranios, buscando un rincón solitario donde pudiera llorar a mares, sin que sus hijas la vieran ni la escucharan. Estaba cansada, tan cansada de luchar y de sufrir, y todas las noches, antes de dormirse con las manos en la hinchada y caliente barriga que reflejaba el pequeño ser que había en su interior sin saber nada de las penurias en las que se encontrase, ella pensaba en lo triste que era su vida y en cómo cada día que pasaba se le iba convirtiendo en una maldición.

Estaba preocupada por Anny, su hija mayor, quien a pesar de sus esfuerzos por protegerla de la cruda realidad de la infidelidad de su padre, se había sumido en una ansiedad tan profunda, que la estaba consumiendo poco a poco, como una plaga negra que pudriera los sueños y las esperanzas de una niña de apenas catorce años. Susana quería abrazar a Anny y tranquilizarla, decirle que todo iba a estar bien, que la amaba más que a su propia vida y que no la dejaría hundirse en ese oscuro abismo de tristeza y angustia donde parecía estar atrapada.

Pero luego pensaba en Lucía, la menor, y el temor le recorría la espalda como un escalofrío siniestro. Lucía era una niña alegre y curiosa a sus once años de edad, que siempre andaba dando saltitos por la casa y canturreando alguna dulce melodía, completamente ajena al huracán de desesperación y desilusión que había sacudido las vidas de su madre y su hermana. Pero Susana no podía evitar sentir esa pizca de angustia en el fondo de su corazón cada vez que veía brillar los ojos de Lucía, y deseaba con todas sus fuerzas que su hija pudiera mantener esa inocencia y felicidad a lo largo de toda su vida, sin que la sombra de la traición y la desgracia se ensañara con ella.

Por eso Susana se encontraba allí, de pie en medio del jardín, con las manos enterradas en el vientre y las lágrimas brotando como torrentes desbocados, porque sabía que la única persona que podía asegurar el bienestar

y el futuro de sus hijas era ella misma, y se sentía tan débil y quebrantada, como una barca rota por la tempestad que naufraga en un océano de soledad y decepción.

Entonces, repentinamente, Gaby, Gabriel, su esposo, el hombre que supuestamente había provocado todo su sufrimiento y- se había convertido en el peor de sus enemigos, apareció mudo y sereno en el umbral de la puerta, con los ojos despiertos y tristes, y se acercó a Susana sin pronunciar una sola palabra. Al principio, Susana sintió un escalofrío de temor y de rechazo, e incluso dio un paso atrás, como si tratara de alejarse de una serpiente venenosa que quisiera morderla y matarla una vez más.

Pero luego algo en el rostro de Gabriel le hizo detenerse y morder sus labios para no gritar, porque no veía ya en sus ojos el cinismo y la arrogancia que le habían albergado antes, sino que en su lugar había una humildad doliente y una ternura inmensurable, como si él también se sintiera herido y roto por dentro.

-Susana -dijo Gabriel, y su voz era tan suave y trémula como el susurro de las hojas en el viento- . No te miento si te digo que quiero que nuestras hijas sean felices más que nada en este mundo y que lamento el daño que he causado a nuestra familia. Yo sé que en estos momentos solo soy un estorbo, pero quiero ayudarte a reparar lo que se ha roto, y por eso he estado buscando una terapeuta familiar que pueda ayudarnos a superar este dolor y encontrar una forma de seguir adelante juntos como lo eramos antes.

Y aunque Susana se sentía rota y desconfiada, como si estuviera parada en el borde de un precipicio a punto de hundirse en la oscuridad y el frío, no pudo evitar sentir una punzada de esperanza y de curiosidad al escuchar las palabras de Gabriel, y susurró con una voz tan apagada que apenas se la podía escuchar:

-No sé si pueda aquí olvidar lo que has hecho, Gabriel. Pero si lo haces por mis hijas, por Anny y Lucía, preguntaré, entonces estamos de acuerdo. Haré cualquier cosa por ellas.

Intervención de un terapeuta familiar

Gabriel se removía en su asiento, sintiendo la tensión y el desdén que emanaba de Susana, sentada a su lado en aquella sala de espera. No se atrevía a mirarla, pero sentía la acusación silenciosa en sus ojos, y la

vergüenza le abrumaba como una capucha oscura y asfixiante.

-Señor y señora Guzmán -llamó la recepcionista del consultorio con una sonrisa distante y mecánica, indicándoles que podían pasar a la sala del terapeuta.

Abrieron la puerta juntos, sus manos rozándose por un segundo en el pomo, y Gabriel sintió cómo la electricidad de Susana lo atravesaba hasta los huesos, inflamando su deseo y su arrepentimiento al mismo tiempo.

Al cruzar el umbral de la sala, se encontraron en un espacio acogedor y bien iluminado, lleno de cojines y terciopelo, y Gabriela, la terapeuta, les recibió con una sonrisa compasiva y una caricia suave en el brazo a cada uno. Se sintió tímido, incómodo, como un insecto al que le han arrancado las alas y ha quedado atrapado sobre su espalda, luchando y agitándose en un espectáculo patético y desesperado.

-Bienvenidos -susurró Gabriela, y su voz era tan dulce y ligera como el tacto de una pluma sobre la piel-. Colóquense cómodos y tómense el tiempo que necesiten para acomodarse. Recuerden que aquí no hay juicio ni críticas, sólo amor, comprensión y la esperanza de sanar lo que se ha roto.

Gabriel miró a Susana, y sus ojos brillaban con un coágulo de emociones confusas y tormentosas, como un río turbio y furioso de lágrimas y enojo. Sintió la oleada de amor y deseo que se desbordaba en su pecho y su estómago, amenazando con ahogarlo como antaño, y luchó por contener la cascada de arrepentimientos y promesas vacías que se agolpaban en su garganta.

Se sentaron juntos, pero separados, en un sofá de terciopelo azul oscuro, y las manos de ambos reposaban sobre sus regazos, temblando al límite de sus campos de visión, como un recordatorio constante de su debilidad y su vulnerabilidad. Así comenzaron, voz temblorosa, confesiones acalladas que se resistían a salir de esos labios ahora separados.

Era Susana quien hablaba en primer lugar, su voz ronca, afilada como una cuchilla, vertiendo sus heridas sobre el río de congojas. Contaba del vacío, del abismo oscuro que se abría en su interior cada vez que veía a un hombre en el pleno acto de su traición, cada vez que escuchaba el llanto de su bebé, cada vez que sentía la seducción prohibida en la música de un vals lento y cada vez que veía alrededor suyo los recuerdos compartidos dolorosos con su esposo.

Gabriel escuchaba con el rostro desencajado por el dolor y la impotencia,

sintiendo cómo cada palabra de Susana le golpeaba como una roca lanzada sobre su cabeza, amenazando con derrumbarlo y sepultarlo para siempre. Rogaba interiormente por una oportunidad de redimirse, de demostrar que era digno de su amor y de su confianza, pero sus plegarias se evaporaban en el aire viciado de la sala, como lágrimas evaporadas por el sol abrasador.

Entonces, por fin, fue su turno de hablar, y las palabras que había ensayado hasta la saciedad, las excusas, los lamentos, las súplicas, seguían atascadas en su garganta, inalcanzables e inútiles. Sólo pudo mirar a Susana a los ojos y confesar con un murmullo ahogado:

-Lo siento, Susana, lo siento más de lo que puedo expresar.

Ella lo miró fijamente, y Gabriel pudo ver en sus ojos la lucha interna que se libraba en el corazón de Susana, la batalla entre el perdón y el rencor, entre la esperanza y la resignación. Por un momento eterno, ninguno de los dos se movió, atrapados en ese limbo de silencio y miradas estrelladas.

Entonces, como si un resorte se hubiera soltado en su interior, Susana se inclinó hacia adelante y tomó las manos de Gabriel en las suyas, levantándolas hasta sus labios y depositando un beso tembloroso sobre sus nudillos. Gabriel sintió las lágrimas de Susana resbalar por su piel, calientes y saladas como el océano que les había separado y unido tantas veces, y en ese instante, supo que no importaba el dolor y las penumbras del pasado, ellos siempre encontrarían el camino de regreso el uno al otro, guiados por el amor y la fe que había en sus propios corazones.

Primeras tensiones en las sesiones de terapia

La sala de espera estaba impregnada de un silencio abrumador, como si las paredes de aquella estrecha habitación se hubiesen transformado en un eco de la desesperanza y la desconfianza de la casa de los Guzmán. Las dos mujeres, Susana y Anny, se hallaban estratégicamente distantes pero unidas en espíritu por aquel hilo invisible de angustia y soledad que las envolvía a cada una en sus brazos de cristal.

Gabriel, sentado frente a ellas, permanecía rígido y silencioso, con las manos apretadas sobre las rodillas y la mirada perdida en algún punto indeterminado de la habitación, como si quisiera escapar de su propia miseria y vergüenza en aquel refugio imaginario. La llamada al consultorio de la terapeuta no le había resultado inimaginablemente difícil; a duras penas

logró balbucir su necesidad de una sesión tras haber confesado aquejado en el Parlamento de su hogar.

Quién sabe si era la atmósfera enrarecida, impregnada de amargura y recriminaciones, o simplemente el golpe implacable de la realidad en su rostro, pero aquel día las palabras parecían ser voces en una cárcel de espadines y agujijones, cada sílaba un torrente de septicemia y de veneno que amenazaba con hundir y desgarrar su alma en pedazos.

La terapeuta, una mujer menuda y delicada de unos cincuenta años que se hacía llamar Gabriela, los condujo a su sala de terapia, un recinto de paredes color crema y cojines de terciopelo, iluminado por la tenue luz del atardecer que se filtraba a través de las persianas media cerradas.

Susana se acomodó en un sillón individual situado a uno de los lados de la habitación, febril y temblorosa como una mariposa que aleteara por última vez antes de perecer en el hielo que mata. Gabriela, con un gesto suave y lánguido, señaló una silla adyacente, al parecer la más apropiada para Gabriel, quien tomó asiento sin decir una palabra, sintiendo cómo sus piernas malgastadas y vacilantes se acercaban más al abismo del que acababa de escapar.

-Bueno, por qué no empezamos por contar qué te trajo aquí hoy? - empezó Gabriela, dirigiéndose a Gabriel con una voz cálida y comprensiva. No tienes necesidad de temer que te juzgue o te condene, aquí solo hay apertura y empatía. Relájate y cuéntame cuál ha sido el papel que has ocupado en la historia de tu familia, y cómo has llegado a este punto de crisis.

Gabriel respiró profundo, inesperadamente emocionado por la oferta de clemencia en aquella voz apacible, como si esperara que lo arrastrasen fuera de la sala y lo ataran al poste de la infamia de su conciencia. Sin embargo, optó por no responder inmediatamente, buscando orientación en los ojos azules, ahora inciertos y sombríos, de su esposa.

Susana vaciló un instante, sopesando la oportunidad y los peligros implícitos de aquella pregunta, y finalmente susurró con una voz vencida y dura, como si estuviera golpeando un clavo en su propio corazón:

-Gabriel me fue infiel.

Fue como si un rayo de hielo hubiese atravesado el corazón de Gabriel, dejándole un hueco negro y palpitante en el pecho, donde sus latidos se habían convertido en guijarros grises y desolados. Se giró de repente,

enfrentándose a Susana con las manos temblorosas y la mirada ardiente de alguien que sabe que debe implorar, pero que ya no tiene las palabras para hacerlo.

-Susana, sé que nada de lo que diga cambiará lo que he hecho, pero quiero que sepas que lo siento con todo mi corazón, con cada rincón de mi alma.

Los ojos de Susana parecían buscar una verdad oculta en su rostro, escudriñando cada línea y cada arruga de su expresión como si ahí se encontrara la clave de su destino común.

-No es mi perdón lo que importa ahora, Gabriel -dijo por fin, y su voz era tan frágil como un suspiro helado en la penumbra, mas su mirada clavada sobre la mirada dolorida del marido que la traicionó-. Lo que importa es reconstruir lo que rompiste, y encontrar la fuerza y el valor para enfrentar nuestras cuitas, nuestras debilidades y demonios. Si no puedes hacerlo por ti mismo, al menos hazlo por nuestras hijas, que son tan inocentes como víctimas en este teatro de sombras que hemos creado. . .

Gabriel asintió, sus labios temblorosos al borde de un sollozo, y reconoció la inmensidad de la tarea que se había impuesto a sí mismo. Pero en ese instante, cuando la silueta de Susana se dibujaba a contraluz en el crepúsculo de su alma, pudo ver la figura de Anny, su dulce niña afligida, palpablemente presente en aquel recuerdo. De alguna manera, en algún lugar oculto y resguardado de su corazón maltrecho, supo que no estaba solo en esta batalla, y que algún día, quizás, podría mirarse al espejo y no sentir el frío del acero, sino el calor de la esperanza y del amor renacido.

Gabriel y Susana reflexionan sobre su relación y lo que causó la infidelidad

La noche había cubierto el firmamento de luto, manteniendo solamente la luna y algunas estrellas como candiles amorosos de ese solitario sinfín. Las calles del pueblo se había quedado de un silencio tan apurado y espantoso que parecía que todos los horrores del infierno lo acosasen. A través de los ventanales entreabiertos, Susana veía apoyada en su marido la propia palidez tan exangüe que dolía de solo observarla.

Gabriel recorrió con la mirada la habitación, como si necesitase leer en los rincones los signos de la vida que los había ocupado, antes de enfrentar a

Susana. Al fin, carraspeó con ruido áspero, la mano temblorosa acariciando la barba que había comenzado a encanecer, y murmuró:

-Susana, hemos compartido una vida juntos. . . Han sido años hermosos y malos también, pero no hay nada en este mundo que deseara más que haber sido un buen esposo y un buen padre para ti y nuestras hijas.

Susana lo escuchaba en silencio, el pulso martilleante en sus sienes, observándolo como si quisiera atravesar la penumbra que lo envolvía, el dolor y el arrepentimiento que lo agazapaban tras esas palabras que parecían un hilo muy fino y frágil a punto de romperse. También había en sus ojos, sin embargo, un resquicio de esperanza que parecía nacer y morir a cada segundo, a cada respiración suspendida, una esperanza que se debatía como una mariposa en un lecho de zarzas.

-Gabriel -susurró Susana, y su voz estaba quebrada por el peso de sus lágrimas y de su amor- , quisiera poder comprender por qué hiciste lo que hiciste. . . pero mis intentos siempre se ven truncados por la maldición de mi amor y mi dolor.

-Susana, no hay palabras con las que pueda explicarte el abismo que me llevó a traicionarte -dijo él finalmente, levantando los ojos hacia ella, sus cenizas tornándose en llamas, en luces volubles y titilantes- . No puedo pedirte que olvides ni que perdones, pero sí, sí desearía con todas mis fuerzas que me dieras otra oportunidad, que veamos hacia adelante y no hacia atrás.

Susana apretó tan fuerte los puños que sus uñas le dejaron surcos dolorosos en la piel.

-Yo quisiera. . . quisiera no sentir ese miedo cada vez que te veo -dijo entrecortadamente- , pero cómo puedo olvidar ese vacío, Gabriel, ese abismo oscuro que me arrastra cada vez que vuelvo a ver tus ojos y encuentro las sombras de tus errores?

Una pausa pendió en el aire como un aliento de agonía.

-Susana, no hay nada más difícil que enfrentar la realidad de mis errores, admitir que cause este dolor en ti. Pero me gustaría poder ser testigo de una transformación, no solo en mí, sino también en nosotros. Quiero reconstruir lo que se ha roto. Por favor, no me arrebatas la oportunidad de demostrarte cuánto te amo.

Ella lo observó entonces, y el torrente de sus pensamientos lo arrastró hacia las profundidades abisales de una culpa atroz. Pero en esos ojos, en esa mirada entrelazada por todos los colores del alma y todos los tonos del

corazón, se vislumbró una chispa que anunciaba la promesa del día a través del celaje oscuro que cubría su amor dolido.

Susana asintió con lentitud, posando la mano sobre el corazón de Gabriel, donde las pulsaciones todavía luchaban por encontrar el camino hacia la paz y la sanación. Y en el silencio cálido y cálido que se abría entre ellos, comenzaron a vislumbrar los primeros trazos de una vida que quizás llegara a ser un mosaico de ensueños y esperanzas, penas y nostalgias, un caleidoscopio de colores y formas en constante cambio y metamorfosis bajo el aliento del amor.

Gabriel muestra arrepentimiento y deseos de enmendar su error

La tarde había llegado con un aire cargado de humedad y preguntas. Afuera, el cielo enmudecido había dejado escapar sus primeras lágrimas, como si se lamentara por los errores humanos, por el complejo entramado de relaciones y afectos transgredidos, burlados. Gabriel, ahora silente, dejó caer el rosario de mentiras sobre el mantel de lino de su casa, difuminándose entre las arrugas y las migajas de pan, de silencio y quebranto.

Susana dejó pavonear su mirada por todo el cuarto, repasando todos los rincones donde las caricias y las risas se habían convertido en aldabonazos sobre su corazón cerrado. Sus manos, crispadas sobre sus piernas, parecían dos arañas de sangre y margaritas aquietadas en la frontera de un gesto de rabia sin nombre. Sus ojos tropezaban con aquel hombre que, supuestamente, la había amado y compartido una vida con ella, era como si su lengua se convirtiera en cenizas y el fuego en sólo humo. Miró a Gabriel directamente, intentando encontrar en su rostro ya casi desconocido el destello de las promesas de un amor que alguna vez fue, pero las sombras de la traición y la agonía, con luces impasibles, el brillo de los astros que se habían eclipsado desde hacía muchísimo.

-Dime, Gabriel -casi murmuró, como si su voz de golondrina anciana hubiera sido víctima de un inminente destierro en sus entrañas sin cauce y peregrino de un profundo dolor.

-Sí, Susana, lo diré -susurró, el pulso de su garganta tambaleándose en ese frágil y mortal abismo anhelante -. Lo diré, y si me desprecias y me condenas a la penumbra de los deudos y los desterrados, entonces que así

sea. Porque lo que hice no tiene nombre y su oscuridad no tiene parangón.

Susana se dejó caer en el sillón de roble, abatida como un pájaro herido de perdición y desierto. Gabriel tragó saliva, apretando de manera inconsciente e involuntaria el crucifijo de su rosario contra su pecho como si fuera un rito sangriento de penitencia. La confesión salió de sus labios como una plegaria de dogmas enredados en sus laberintos y senderos sin salida.

-Yo... hace seis meses, fui... -carraspeó, intentando disipar el nudo glaciado de su garganta-. Fui a un viaje de trabajo a la ciudad... y allí conocí a Mariana, una mujer que... que era como un soplo del aire profano que pareciera enardecer los bosques y los errantes del pozo sin fondo.

Susana cerró los ojos, tratando de conjurar las sensaciones que se debatían con frenesí en sus párpados. Qué importaba saber el nombre de la amante, cuando la traición ya había sido consumada y el abismo -que siempre estuvo latente entre ellos- había devorado cada pétalo de su rosa de amor, cada lágrima y cada fragmento de sol y sombra?

-Por favor, Susana, no creas que fue porque tú no eras suficiente para mí -continuó él, perdido en el dolor y la confesión de sus pecados-. Cuando la traición se consumó, cuando mis brazos y mi cuerpo estar plenamente decididos, fue como si una tempestad de destrucción y hiel se apoderase de mi interior y cada sombra de mi añoranza me torturase con la culpa y la desesperación. Pero, Susana, por favor, quiero que sepas que parecía como si estuviese volcado a la negra necesidad del engañar, como si mi ser hubiera perdido el rumbo en un abismo de tiniebla

Los ojos de Susana chocaban contra la barrera invisible de aquel relato confesional, como espadas clavándose en el corazón encangrenado de una ilusión marchita. Y aunque en su alma estallaba el grito de súplica de liberación, de justicia, no pudo más que callar y escuchar el eco de esa voz extinguida y ruinosas de su esposo infiel.

-Gabriel -comenzó a decir, pausada pero casi con un hilo de voz, como si le asustara la idea de que su voz pudiera hacer estallar al mundo en pedazos y escombros-. Cuando te conocí, yo no sabía cómo amar, ni cómo entregarme a la vida pero aprendí a hacerlo, aprendí a amarte y a oír el latir del sol y la luna en tus brazos. Entregué todo lo que tenía, todo lo que soy y seré, en tu nombre y ahora veo cómo ese amor se ha convertido en una especie de maldición luminosa.

Gabriel tembló, como si ese susurro de amores desgarrados le hubiese

dejado un vacío infinito en su pecho, un vacío que no tendría medida ni fin. Intentó levantar la vista hacia Susana, pero el hilo de luz que solía guiar su vista parecía haber sido devorado por la negrura de la confusión y el arrepentimiento desatado.

-Susana, no quiero que olvides lo que hice. No quiero que perdones lo que hice, porque sé que no lo podrías hacer pero te pido, te imploro y te suplico que podamos encontrar una brizna de esperanza en esta tierra oscura por nuestras hijas, aunque no sea por mí porque ellas no merecen tener que cargar con nuestras sombras y con nuestros desastres.

Susana, palpándose el vientre, acarició el porvenir de su hija aún no nacida. Y en el fragor del silencio, por un fugaz e insondable momento, una luz de alegría y nostalgia, de aliento y de fuego renacido, se asomó como un esbozo de una sonrisa en aquel rostro estropeado por la traición y los engaños. Y ese instante fue como un claro en el desierto solitario y feroz, donde los espejismos del perdón asomaban con la desinencia vacilante de lo imposible.

Cambios en la dinámica familiar para mejorar la comunicación

El aire de la tarde tenía un espesor denso e invisible, como si cargase una evidencia aún silente pero abrumadora de la tormenta que se avecinaba. El jardín, que solía ser un bastión de paz y desenfado, ahora parecía trasmutarse en un escenario de tensiones escondidas bajo las sombras de las palmeras y los helechos que se retorcían en el viento.

Henrietta, la vieja gata de la familia, maulló débilmente desde el porche, como si en su voz mellada portara los ecos de ese susurro helado que comenzaba a infiltrarse por entre las rendijas de los postigos y las persianas apenas entreabiertas. Susana sintió un estremecimiento, casi imperceptible pero infinito, que se arrastró como un hilo de hielo desde las puntas de los dedos hasta el centro mismo de su corazón latiente y pespenante.

En el silencio del recibidor, esperaba nerviosa a que su esposo llegase, armándose de fuerza y determinación para enfrentar de una vez por todas la realidad que se había venido tejiendo en los rincones oscuros de su vida. Sus dos hijas, Anny y Lucía, se las arreglaban para preparar la mesa, incluyendo platos y cubiertos sobrios en apariencia, pero que, a decir

verdad, sonaban como cencerros ominosos cada vez que chocaban sobre la immaculada blancura del mantel de lino.

Gabriel, en cambio, apresuraba el paso en su camino a casa, sin saber prácticamente nada de lo que ocurría en su hogar y el ambiente enrarecido que lo aguardaba en el refugio de su mundo. Si bien había sospechas, no tenía la menor idea sobre la abrupta confrontación que le esperaban, y en su mente sólo cabía el afán de llegar a casa a tiempo para hacer las paces y apaciguar el aura que había quedado suspendida en el último encuentro emocionalmente devastador entre él y su esposa.

Cuando se abrió la puerta, parecía que todo el mundo contuvo el aliento en un solo instante, suspendido entre milésimas de eternidad y deseo vano. Las miradas convergieron lentamente en Gabriel mientras cruzaba el umbral de la casa, un desconcierto visible enmarcado en sus facciones.

El silencio se rompió en murmullos anémicos y gestos descoordinados. Gabriel observó a Susana inquiriente, pero ella, a su vez, sólo parecía buscar respuestas en los ojos de sus hijas.

-Anny, no vas a darle un beso a tu padre? -susurró Susana, la voz entrecortada por una mezcla de angustia y desesperanza.

Anny tragó saliva, procurando detener los temblores de sus manos que buscaban en vano la serenidad en el roce del vestido. Miró a su madrecosiesbla tremendaquella realidad ya no era posible reconstruir, al menos no sin los pedazos que habían quedado atrás en ese torrente de traición y error.

-Creo que no aún no puedo -murmuró finalmente, y Gabriel sintió que algo se rompía dentro de él, que ese lazo fino y frágil que había tejido durante años en torno a su familia se estaba desmoronando con la velocidad de un castillo de naipes asediado por el viento.

En ese momento, Susana comprendió que las palabras ya no encontrarían su asidero dentro de ese silencio, que no bastarían mínimamente para curar la herida que había sido abierta con la traición y la pérdida de la inocencia de sus hijas. Fue entonces que, en un arranque de valentía, decidió enfrentarse a ese abismo de emociones y preguntas que los separaba, tratando de encontrar un nuevo sendero hacia la comprensión y la comunicación que durante un tiempo estuvo tan ausente en sus vidas.

-Gabriel, vamos a hablar tenemos que hablar -dijo, mirándolo fijamente a los ojos-. No sobre el pasado, no sobre cómo hemos llegado hasta aquí, pero tenemos que empezar a reconstruir lo que hemos perdido Porque

aunque ahora parezca imposible, quizás el futuro aún no esté completamente perdido.

Y aunque el silencio volvía a fluir sobre la mesa familiar, se entreveraba en el aire una promesa de nuevos caminos, donde quizás las palabras y las lágrimas compartidas podrían servir como faros y estrellas en medio de la oscuridad, guiando hacia la reconciliación y la paz ese barco errante y herido que, a pesar de todo, esperaba un amanecer donde los pecados de ayer quedasen tan sólo como destellos en la memoria, reflejo de un tiempo al que ya no habría vuelta atrás.

Anny trata de abrirse y compartir sus emociones durante la terapia

Aquella mañana, en la sala de terapia, todo parecía colocado a propósito para recibir al huracán de sentimientos que Anny llevaba dentro. Desde las láminas que, con intento en su rigor científico, pretendían apaciguar los miedos de una niña desgarrada por sombras, hasta ese espejo que reflejaba la luz del día arrojándola sobre los objetos, los libros, los sofás, en un intento de desenredar las tinieblas que parecían asfixiar el aire de la sala.

La terapeuta, una mujer de edad madura y aspecto sereno, miraba a Anny con una mirada paciente que intentaba hacer brotar de sus pupilas esas aguas estancadas de emociones, esos ríos silenciosos y solitarios que se agitaban en su corazón, de esos que arrastran arena y piedras en su sendero perdido y furioso.

-Anny, necesito que confíes en mí -le pidió suavemente, la voz firme pero compasiva-. Sé que hasta ahora hemos tratado de sortear los escollos de tu dolor y tu miedo, pero es necesario que te abras y compartas conmigo esa realidad que se ha formado en tu interior a raíz de todo lo que ha sucedido en tu familia.

Anny, acurrucada en el cojín de su asiento como un recuerdo lejano de la niña que solía ser, observó por un instante el jardín que se dejaba entrever tras la ventana abierta. Los rosales pugnaban por alcanzar el sol en esa lucha eterna entre la luz y la sombra, entre la vida y el solaz, y en ese momento, se sintió como uno de ellos, como una pequeña flor que apenas podía resistir el peso de su propio ser.

-No... no sé por dónde empezar -confesó en un murmullo, casi temerosa

de que las sombras de su voz se convirtieran en monstruos al primer atisbo de eco-. Es como si cada vez que pienso en todo lo que ha ocurrido, en la traición de mi padre, en el dolor de mi madre, en el silencio de mi hermana que no entiende lo que pasa. . . me siento como si naufragara en un océano de fuego y de llanto, y no puedo gritar ni llorar, no puedo siquiera sentir la luz que aún supuestamente existe en mi interior.

La terapeuta asintió, dejando que esa balbuceante confesión navegara por las corrientes del espacio y la empatía.

-Por qué no intentamos algo diferente? -propuso, mientras tomaba la caja musical que se hallaba a su lado y comenzaba a darle cuerda. Una melodía suave y melancólica se desplegó en ese instante, como si metáforas y analogías, imágenes y sensaciones encontraran por fin una vida, una voz en ese murmullo cristalino de música-. Qué te gustaría decirle a tu padre, Anny? Qué palabras te gustaría que él finalmente pudiera oír y entender?

Anny cerró los ojos y dejó que esa música se convirtiera en un puente hacia ese mundo donde ya no había mentiras ni traiciones, aquel donde todo parecía verse como una nebulosa de ternura y arrepentimiento, de lamentos y aprendizajes.

-Le diría. . . le diría que no entiendo por qué tuve que crecer tanto y tan rápido -suspiró, abriendo los ojos y dejando que las lágrimas afluyeran como ríos sin cauce-. Le diría que no sé cómo perdonarlo, pero tampoco sé cómo seguir viviendo con la idea de que él no está lejos de mí, de que aún lo amo aunque parezca imposible. Quiero decirle que, si pudiera, detendría el tiempo y lo abrazaría como si el mundo entero se fuera a desmoronar en ese simple gesto.

La terapeuta posó su mano en el hombro de Anny, transmitiendo comprensión y aliento sin palabras.

-Enfrentar tus emociones es también una forma de perdonar y sanar, Anny -musitó, como si quisiera imprimir en el aire el puente hacia la libertad-. Así que sigue hablando, sigue diciendo todo lo que sientes, porque sólo así podrás encontrar el sol detrás de las nubes que se han oscurecido en tu corazón.

Anny asintió, y mientras el río de sus pensamientos y sentimientos se desbordaba, fue como si por fin pudiera ver el horizonte del perdón, ese espacio donde las heridas pudieran convertirse en luz y en esperanza, donde quizás algún día pudiera encontrar su paz.

Susana empieza a perdonar a Gabriel, pero establece límites y condiciones

Susana siempre había imaginado el amor como una corola pétalos infinitos. Más allá de su disposición, de su color, de ese encaje delicado de aromas y texturas, siempre había creído que en ese mismo centro donde la polinización y la luz engrandecían la promesa de la vida, habría algo más, una esencia indecible pero indeleble, capaz de impactar y transformar los miedos y las tristezas de mil corazones errantes.

Y sin embargo, conforme la tarde iba dejando un rastro de sombras y confesiones en el borde de sus ojos, descubriendo las penumbras detrás de ese velo que durante tanto tiempo selló sus labios en un susurro de silencios olvidados, Susana empezaba a sentir que esa corola que lucía tan vibrante de amores y esperanzas, ya no poseía aquel milagro del que un día creyó ser parte indeclinable.

Una vez que Anny se fue a su habitación y dejó a los padres solos, Susana eligió un rincón de la terraza donde solían conversar por las tardes cuando eran un matrimonio pleno y feliz, y se sentó en una de las mecedoras de madera. Gabriel se acercó como un alma en pena, sin saber qué decir, sus rodillas temblaban como un recuerdo lejano de la fuerza que alguna vez tuvo.

-Susana -empezó diciendo, la voz temblorosa y áspera-, tú y las niñas son lo más importante para mí Siempre lo han sido. Lo que hice no tiene justificación. Pero quiero intentar arreglar esto, quiero que sepas que estoy arrepentido y que puedo cambiar.

Susana lo miró fijamente a los ojos, buscando una verdad que parecía haberse difuminado en medio de las palabras y las traiciones.

-Sabes lo que más me duele, Gabriel? -preguntó con una mezcla de tristeza y rabia en su voz- No es tanto lo que hiciste, sino lo que dejaste de hacer. Rompiste la confianza y el amor que existía entre nosotros por algo que ni siquiera puedes defender.

Gabriel entrelazó sus manos en un gesto de arrepentimiento y vaciló unos segundos antes de hablar.

-Lo sé, Susana Y me arrepiento de todo corazón. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario, a poner mi vida en pausa para reconstruir lo que rompí. Por favor, dame la oportunidad de demostrarte que puedo ser un

mejor esposo y un mejor padre.

Susana se levantó de la mecedora, encarando a su esposo con una mirada indescifrable.

-Estoy dispuesta a intentarlo, Gabriel pero quiero que sepas que ya no volveremos a ser los mismos -dijo, con una mezcla de resolución y melancolía en sus palabras-, y tengo algunas condiciones para ello.

Gabriel, turbado pero aliviado al ver que Susana estaba dispuesta a darle una oportunidad, asintió en silencio.

Susana respiró hondo y dijo:

-Primero, deberás terminar de inmediato cualquier contacto con esa mujer. No quiero saber nada más de ella, ni un solo mensaje, ni un solo like, nada.

Gabriel asintió rápidamente, con lágrimas rodando por sus mejillas marcadas por los años.

-Segundo, espero que vuelvas a ser el hombre trabajador y dedicado que conocí, pero sin descuidar a tu familia. Quiero que estés presente en la vida de tus hijas y en la mía, en todos los momentos importantes.

Nuevamente, Gabriel asintió con determinación, aunque aún con expresión desvalida.

-Y tercero -añadió Susana, con un nudo en la garganta-, quiero que nos sometamos a terapia juntos, para sanar no sólo nuestras heridas, sino también las de nuestras hijas.

Gabriel la miró a los ojos y prometió en voz baja:

-Lo haré. Haré todo lo que me pides, y aún más. Voy a demostrarte que puedo ser el esposo y el padre que merecen.

Susana sostuvo la mirada, dejando caer sobre él el peso de una realidad que se había venido desmoronando entre silencios y mentiras. Ahora, tal vez, las palabras podrían abrir nuevos senderos y juntar los pedazos destrozados del amor y la confianza, encontrando así luz entre las sombras que apenas empezaban a disiparse.

Anny lucha con la idea de perdonar a su padre

Habían pasado semanas desde la última conversación acalorada, pero aquel eco áspero de lamentos y acusaciones aún recorría los rincones de la casa como huéspedes indeseables, aquellos que parecen olvidar dónde acaba

su espacio y dónde comienza el ajeno. Anny había comenzado a edificar muros invisibles con cada paso que daba por los pasillos, closet y recámaras, tratando de amurallarse contra esos fugazmente afables momentos en los que su padre trataba de reconectar con ella, de extinguir el fuego que había desatado con sus propias manos en el alma de su pequeña amapola.

Los jardines, antes tan llenos de vida y alegría, ya no parecían brindar ese consuelo a Anny. Fue en ese instante en que decidió caminar hasta el mar, sin mirar atrás, sin detenerse a escuchar el silencio que colgaba en la bruma mañanera como lamentos desprendidos de la propia naturaleza.

El sol aún se filtraba a duras penas entre las olas, tratando de enfundarse en esas telas de colores que remataban en la línea del horizonte, y mientras sus pies dibujaban senderos efímeros en la arena húmeda, Anny recordó su infancia, cuando su padre la llevaba de la mano a recorrer aquella playa y a enfrentarse a un mar que la acogía con sus olitas tiernas y juguetonas. Pero ahora, esos recuerdos estaban teñidos por un dolor tan arraigado que parecía imposible imaginar la vida sin esa sombra opresiva, ese lastre que hería su corazón cada vez que buscaba una solución lejos de la realidad de sus propias cenizas.

Un día, sus memorias se convirtieron en pensamientos y, luego, en palabras que apenas murmuraba al viento, como si su voz fuera una caracola en la cual quisiera encerrar lo que sentía, lo que pensaba y vivía.

- Qué debo hacer, papá? -suspirió afligida, imaginando que su padre estaba frente a ella, con sus ojos color tierra brillando con algún atisbo de verdad, de comprensión- Cómo puedo perdonarte y olvidar ese sabor amargo de la traición que ha envenenado mi corazón y mi vida?

Las palabras flotaban en el aire como gaviotas a la deriva mientras Anny observaba la serena calma del mar. Entonces, sintió una mano familiar en su hombro y miró hacia atrás, encontrándose con la mirada compasiva de su madre, Susana.

- Anny, hay cosas en la vida que no tienen una respuesta clara -comenzó a decir Susana con voz suave-, pero el perdón es un proceso que puede llevarte tiempo y paciencia.

Anny entrelazó sus dedos con los de su madre, buscando aquella fuerza que siempre había admirado en Susana, esa capacidad de enfrentarse a la vida y encontrar senderos incluso en las peores tormentas.

- Pero cómo sé si lo que estoy sintiendo no es simplemente una ilusión,

mamá? -preguntó con voz temblorosa, el nudo en su garganta parecía aferrarse a todas sus esperanzas.

Susana suspiró antes de continuar:

- Anny, el perdón es una decisión que tomas cada día, es un proceso que atraviesa la razón y el corazón, pero no debes forzarte a perdonar de un día para otro. Tal vez lo logres a lo largo del tiempo, y tal vez no lo logres del todo, pero debes permitirte sentir lo que sientes y dar un paso a la vez.

En ese momento, una ola más grande que las anteriores acarició sus pies, como si quisiera entregar un mensaje del mar, un eco de aquellos días en que las risas siempre parecían teñir cada rincón de la costa.

- Ahora bien Anny -dijo Susana, dibujando una débil sonrisa en sus labios-, recuerda que en el corazón del perdón también está el amor, ese amor que debes ofrecerte a ti misma y también a los demás. El perdón no significa olvidar, sino aprender a soltar y seguir adelante con humildad y comprensión.

Anny asintió, y en ese instante, el sol pareció extender sus brazos y abrazarlas con su luz cálida y dorada. Y mientras caminaban hacia el refugio de su hogar, Anny comenzó a comprender que quizás no había una ruta predeterminada para llegar al perdón, pero había una certeza que podía aferrarse en su camino: el amor que las unía a ella y a su familia, ese amor que siempre sería una guía en medio de las tempestades y las sombras.

Gabriel realiza acciones concretas para recuperar la confianza de su familia

Aquella tarde, con el sol posado sobre las nubes como una corona de oro sobre un reino de humo y cenizas, era una tarde cualquiera en la vida de aquel hogar que ahora, al igual que sus dueños, parecía estar sumido en un tiempo y espacio de silencios y reveses, de reconstrucción y una añoranza que se bifurcaba entre los dos extremos del tiempo, entre los recuerdos mágicos y aquellos que sin más, parecían llamar a la distorsión del presente.

Gabriel había pasado varias semanas buscando aquellos momentos fugaces que pudieran convencer a Susana, a Anny y hasta a sus hijas menores, que aquel hombre que había cometido el grave error de dejarse envolver entre sabanas de engaños y promesas vacías ya no estaba en su vida, que el hombre que ellas una vez conocieron como esposo, padre y guía estaba

ansioso por reencontrarse con ellas, por luchar contra la corriente de aquel río de sombras y aires empolvados que parecían amenazar con llevárselo río abajo.

Fue entonces cuando tomó la decisión de realizar aquel viaje sorpresa a unas horas de distancia, en donde una iglesia de piedra y cristales multicolores se levantaba orgullosa entre campos que creían haber olvidado el milagro de la lluvia y la vida bajo su sol inclemente.

Gabriel había leído que en esa misma iglesia, aquel acervo de fe y esperanza que atravesaba la tierra como un cuchillo caliente sobre un río de hielo, se encontraba una reliquia que según la creencia de aquellos pobladores que vieron en sus muros una declaración de amor más allá de lo humano, curaba y soporaba el dolor y la desesperanza de aquellos que se presentaban ante su altar como corderos en busca del bienaventurado consuelo celestial y humano.

Gabriel sabía que no había salvación en las casualidades y los milagros, pero una parte de él, aquella que estaba dispuesto hacer todo lo necesario para recuperar la confianza de su familia y volver a tener ese sol que besa su nieve en una dicotomía de pasiones, no podía sino buscar el calor y el aliento de lo desconocido, de aquello que escapa al aire y a la comprensión de todos nosotros.

Con un ramo de flores frescas, que portaba en sus manos como un escudo de esperanza y humildad, Gabriel se arrodilló ante el altar y comenzó a murmurar sus plegarias, esas palabras y melodías que durante tantos años habían permanecido dormidas en una esquina de su corazón, temerosas del eco y la imagen de ese hombre que parecía haberlas olvidado por completo.

"Padre celestial", dijo Gabriel en voz baja y temblorosa, "Sé que he cometido errores que han lastimado y dañado a las personas que amo. Hoy me encuentro ante ti, buscando tu guía y la fuerza para redimirme y ser el hombre que mi familia necesita que sea".

Una leve brisa entró por las ventanas abiertas del templo, como si una paloma fantasmal se hubiera posado en el lugar para escuchar las palabras de este hombre quebrantado por sus propias acciones.

"Te pido que me ayudes a encontrar la manera de enmendar el dolor que he causado y a curar las heridas que han dividido nuestro hogar", continuó, sintiendo un peso en su pecho que no había experimentado antes, "Quiero ser un esposo legítimo, un padre amoroso y un pilar sólido de fuerza para

mis hijos y mi esposa”.

Gabriel dejó que las lágrimas fluyeran libremente, sin importarle la presencia de los otros feligreses que también se arrodillaban allí, cada uno llevando en sus espaldas un dolor y una esperanza similares.

”Y si hay algún poder en esta reliquia, en este lugar sagrado y en mi fe, te suplico que lo utilices para limpiar mi alma de las tinieblas y devolverme a la luz que he perdido”. Con esas palabras, Gabriel pasó sus manos sobre las piedras frías y rugosas que formaban el altar, como tocando las raíces que lo conectaban con el poder divino del amor, la esperanza y la curación.

Al día siguiente, tras haber pasado la noche en un pequeño y humilde albergue, Gabriel regresó a su casa, esta vez trayendo consigo una réplica de la reliquia que había tocado en la iglesia, una pequeña cruz de madera alrededor de su cuello. No sabía si la reliquia de verdad tenía algún poder o si su oración había sido escuchada por alguna fuerza divina, pero en su corazón, algo había cambiado, y estaba dispuesto a luchar por la vida que una vez amó y apreció.

Gabriel, con sus ojos colmados de una nueva fuerza y una luminosidad arrepenida y esperanzadora, presentó ante su familia la reliquia y aquellas palabras que aún repasaban sus labios, aquel hilo de fe y amor que quizá, justo quizá, sería capaz de tejer entre las sombras de su historia, una nueva piel, una nueva verdad y un pacto que no necesitaría de juramentos vacíos, sino de acciones y gestos tan simples y reveladores como lo había sido aquel abrazo que time”]),

Anny comienza a ver cambios en sus padres y en su relación con ellos

El anochecer se deslizaba lentamente entre las ramas de los árboles, como un amante que abandonaba la casa a hurtadillas. Anny se mecía en la vieja hamaca de la terraza, viendo cómo las sombras crecían y se extendían bajo las delicadas formas de las plantas que su madre había cuidado con tanto mimo. A lo lejos, en la periferia de su pensamiento, notaba el eco de las risas y las voces de sus vecinos, quienes se entregaban a las labores de alimentar a sus hijastros y cerrar sus puertas al paso nocturno. Pero sus oídos y su corazón ansiaban otros sonidos.

Estaba hecha un lío por dentro. Habían pasado semanas desde aquella

discusión, y desde entonces, un torrente de silencios había inundado la casa. Susana había tenido muchas conversaciones con Gabriel lejos de las miradas curiosas de sus hijas, tratando de encontrar cómo podían empezar a reconstruir lo que había quedado de su relación en el suelo, polvoriento y roto.

Y Gabriel, como un perro escaldado que teme el agua incluso cuando su sed lo consume, trataba de acercarse a Anny con palabras y pequeños gestos, tratando de reavivar aquella chispa que solía encenderse en los ojos de su hija cuando él volvía del trabajo, y la encontraba esperándolo en la terraza con una sonrisa y un abrazo.

Pero Anny ya no esperaba a su padre en la terraza. En su lugar, se refugiaba en su habitación, donde las sombras parecían abrazarla en un contorno de dolor y confusión abrumadora.

Sin embargo, en las últimas semanas comenzaron a haber cambios en la forma en que sus padres se trataban y en cómo trataban a sus hijas. Había un esfuerzo consciente por parte de ambos para ser más abiertos, más cariñosos, como si la vida hubiese retrocedido unos cuantos años y las marcas del tiempo y la infidelidad hubiesen sido maquilladas por una mano invisible y benevolente.

Esa noche, la mesa estaba dispuesta para una cena especial, como si los deños quisieran dar una oportunidad a la normalidad y a la paz de renacer. Anny y Lucía llevaron los platos mientras Susana trajinaba en sueños alrededor de la cocina y Gabriel intentaba encender una vela que parecía negarse a someterse al ardiente beso del fuego.

-Qué... qué pasa si... ? -comenzó a preguntar Anny mientras llevaba un plato con ensalada a la mesa, -retrocediendo; pero su voz se desmoronó como un azulejo que se desprende del techo y cae al suelo.

Gabriel se giró hacia ella, con una cerilla encendida en la mano.

-Qué pasa si qué, cariño?

Anny mordió su labio inferior, intentando encontrar en su memoria alguna promesa o maldición que pudiera llenar el vacío entre sus palabras.

-Qué pasa si no podemos... si no podemos perdonar? -dijo, y su voz era apenas un susurro ahogado, un fantasma de las dudas que la atormentaban en las noches, cuando las sombras parecían más vivas y los silencios más afilados.

Gabriel dejó caer la cerilla en un cenicero olvidado mientras Susana, al

escuchar la pregunta de su hija, se detuvo en el acto de colocar las servilletas en la mesa.

Anny notó los ojos de Susana, llenos de tristeza, y los ojos de Gabriel, llenos de un anhelo que no podía entender. Pero antes de que pudieran responder, Lucía entró en la sala cargando una bandeja con platos y cubiertos, y todos fingieron no haber escuchado las palabras que colgaban en el aire como una guirnalda de lamentos y esperanzas truncadas.

La cena transcurrió en un silencio incómodo, aunque Gabriel intentó que todo fluyera como antes, como si las palabras hirientes y las cicatrices provocadas por la verdad no hubieran desfigurado el rostro de la feminidad.

Anny observaba a sus padres con cautela, tratando de descifrar si aquellos cambios eran genuinos o si todo formaba parte de un juego o ilusión. Pero cada vez que Susana le sonreía a Gabriel con los ojos llenos de perdón y cada vez que Gabriel le pasaba servilletas a Lucía con un gesto casi paternal, Anny sentía que algo en su interior comenzaba a transformarse; como si aquel dolor que resonaba en su pecho estuviera ahora ponzoñosamente abrazado por una planta trepadora, dispuesta a ayudar a que el corazón herido de Anny pudiera florecer nuevamente.

Y si bien nunca llegarían a ser completamente libres de los fantasmas y las neblinas que los habían perseguido por pasillos y callejones sombríos desde aquella noche un par de semanas atrás, había algo en aquel esfuerzo de unir los escombros, de aferrarse a aquello que aún tenía vida bajo la capa de cenizas y lamentos, que hacía que Anny empezara a creer que quizás, justo quizás, al final del túnel existiendo un atisbo de luz, un eco de aquella niña feliz y alegre que solía ser y que, incluso hoy, luchaba por moverse y respirar a través de las brumas de la culpa y la desesperanza.

Progreso en la terapia y esperanza en el futuro de la familia

El sol comenzaba a despedirse del día, pintando de naranja y rosa el lienzo del cielo, fundiendo el horizonte y el mar en una acuarela de pinceladas iridiscentes. La fresca brisa salina y el murmullo distante de las olas del mar se unían en una antigua canción, sus versos impresos en el alma y el corazón de aquellos que vivían junto a esa línea trazada por la naturaleza entre el mundo de lo etéreo y lo finito.

Anny caminaba sin rumbo, sus pensamientos enredados en la trama de silencios y medias verdades que tejían su vida y la de su familia. No podía evitar preguntarse si algún día llegarían a la orilla de este río de sombras y despedidas, donde todos aquellos amores que naufragan y sus estrellas apagadas reposan en una cama de corales y esperanzas silentes.

La terapia familiar había comenzado hacía algunas semanas, y aunque al principio los silencios y las palabras que se ahogaban en las gargantas de Anny, Susana y Gabriel pesaban como cadenas en la bruma del aire, poco a poco comenzaron a encontrar un camino hacia la verdad y el perdón.

”No podemos cambiar el pasado, pero si podemos aprender de él y abrazar el presente con amor y honestidad”, dijo la terapeuta al finalizar su última sesión, sus palabras caminándose sobre la vastedad de la sala como un puente de humo y lágrimas.

Anny había pasado muy malas noches, sumida en una terrible angustia que amenazaba con ahogarla en la profundidad de sus sábanas, pero con cada sesión de terapia, cada abrazo de su madre y cada rezo velado en la penumbra de su habitación comenzó a notar que aquellas sombras que se colaban en sus sueños y su realidad comenzaban a mutar en algo menos aterrador, aunque igual de premonitorio.

El miércoles por la tarde, luego de un inusual silencio que llenaba los espacios entre los tres miembros de la familia sentados en el comfortable sofá de la terapeuta, Susana sostuvo la mano de Gabriel y murmuró una confesión que aún trataba de balancearse en el columpio de la negación y la culpabilidad:

”Estas semanas han sido las más difíciles de mi vida, y aunque me asusta perdonarte, me asusta más vivir en un hogar desgarrado por tus actos”, dijo, mientras sus ojos se llenaban de una mezcla de resignación y amor que nunca antes había sido tan conmovedora y devastadora a la vez.

Gabriel tomó la mano de Susana y respondió, su voz lenta y temblorosa como un manantial de lágrimas contenidas: ”Estas semanas me han enseñado a valorar más lo que tengo, a no dar por sentado el amor y la vida que hemos construido juntos. No solamente quiero ser un mejor esposo para ti, sino también un mejor padre para nuestras hijas. Aunque no merezco el perdón, estoy dispuesto a dar mi vida para reconstruir nuestra familia”.

La última sesión de terapia había dejado a Anny pensativa mientras caminaba junto al mar. En el fondo de su corazón, una diminuta llama

de esperanza aún lograba bailar en medio de la tormenta que había en su interior. Podría realmente su familia encontrar un camino hacia la paz llana, hacia un amor que no tuviera tantas paredes y desvíos, donde el miedo y la sospecha no se besaran cada noche en la oscuridad de los pasillos y las palabras no dijeras?

Esa tarde, antes de que el sol dejara su trono en los cielos y las estrellas comenzaran a cubrir la vastedad del horizonte con sus trajes de lentejuelas y ternura, Susana, Lucía y Gabriel fueron al parque junto al mar para pasear y contemplar, desde la seguridad del abrazo compartido, como los últimos rayos del día morían en un abrazo inmortal de llamas y espuma.

Anny, perdida en sus pensamientos, pronto notó que sus pies la habían llevado hasta ese empedrado solitario en donde solía soñar con su futuro cuando todavía sus sueños y sus esperanzas no eran nubes fugaces en un cielo de tempestades mudas.

Desde la distancia, pudo ver a sus padres, sosteniéndose las manos mientras contemplaban, con los ojos llenos de lágrimas y espinas que refugian una extraña belleza, aquella danza ínfima de la luz y las sombras en donde la vida es apenas una equilibrista esperando a ser rescatada por los brazos y el corazón de la esperanza.

Anny sintió cómo su corazón latía con un deseo ferviente y dulce, un sabor que borra la niebla y la amargura de las salinas: quería ser parte de esa dorada tarde, abrazar a sus padres y hermanas y esparcir, con la libertad de quien saca las alas de sus vestidos y sus discursos, la fe y la paz que quizá, sólo quizá, serían capaces de enterrar todas esas lágrimas y silencios bajo el eco alegre e inmutable del amor renovado.

Chapter 10

Planes de divorcio y reconsideración

La tarde se extendía dorada y trémula sobre el pequeño pueblo, como una manta tejida con los hilos del sol y la nostalgia. El lento paso del tiempo se deslizaba por cada callejuela y cada recoveco, fluyendo como un río de recuerdos que nunca se cansaría de contar sus historias a aquel que quisiese detenerse a escuchar su murmullo.

Las campanas de una iglesia distante repiqueteaban, las flores se mecían soñolientas en sus terrazas y los niños cantaban con sus cometas, dando a la escena un aire de eternidad casi tangible.

Dentro de la casa de los Guzmán, sin embargo, siluetas de tristeza y desasosiego se dibujaban en contraste con la aparente plenitud del exterior.

Susana, sentada frente a la ventana del pequeño salón, miraba absorta el ballet de las flores y las sombras en el jardín, como si buscara en aquel juego de claroscuros alguna respuesta a las preguntas que acechaban su mente, carcomiendo las entrañas de su fe y su amor.

Nunca había pensado en el divorcio como una posibilidad real, quizá sí como un miedo lejano y nebuloso, algo que zumbaba en el espacio cuando se acercaba a una discusión con Gabriel. Sin embargo, aquí estaba ahora, el divorcio mirándola directamente a los ojos, como un visitante indeseado al que no se le puede negar la entrada.

Anny estaba arrodillada junto a su hermana Lucía en un rincón del cuarto, intentando trazar con sus pequeños dedos un mundo de palabras y promesas que aliviaran el peso de lo que estaba sucediendo. Lucía,

incrédula y asustada, no acababa de comprender lo que la palabra "divorcio" significaba, pero el miedo en los ojos de su madre y su hermana era suficiente para saber que era algo que nunca debería haber entrado en su vida, algo que amenazaba con cambiar irremediamente la felicidad que parecía ser el patrimonio de su hogar.

Unas puertas más allá, Gabriel caminaba de un lado a otro en su habitación, sumido en el remordimiento y la angustia que la situación le había impuesto. Cómo había podido llegar a este punto? Era posible que toda la vida que había construido con Susana pudiera desmoronarse de la noche a la mañana, sin que él pudiera hacer nada al respecto?

Sabía que había cometido un error, pero no había podido imaginar hasta entonces cuánto daño había causado a su familia. Susana, últimamente, le había hablado con voz distante, llena de un dolor que jamás había formado parte de su alegre y seguro tono de voz. Anny parecía a punto de desmoronarse, como una flor exhausta por la sequía y las heladas que no puede contar con el apoyo del sol, y Lucía, que apenas entendía lo que estaba sucediendo, se encerraba en su niñez herida tratando de hilar flores y palabras que la protegieran de las sombras al acecho.

La noticia de que Susana había contactado a un abogado para empezar los trámites del divorcio cayó como un rayo sobre el mundo de Gabriel. Sentía que sus sueños, sus ilusiones y sus promesas se despeaban de sus manos como pájaros asustados, dejándolo sin confianza para atrapar los restos de su vida.

El corazón de Susana latía con el mismo retumbar melancólico de las campanas repiqueteantes, resonando en la pequeña sala en donde la niña de ojos tristes y el niño vestido de verde afrontaban la fatalidad de la separación.

Susana se giró hacia sus hijas y en su rostro podían verse cicatrices de dolor y esperanza, de certezas e incertidumbres, como una tierra doliente que, aunque plagada de recuerdos y tormentas, lucha por seguir en pie. Sus ojos se fijaron en Anny un instante, y en su mirada pudo leerse parte de aquel sufrimiento agazapado como una fiera bajo su piel.

- Qué van a hacer ustedes ahora?- preguntó Lucía con voz temblorosa, mientras abrazaba a Anny con las manos tan frías como el invierno que soplaba en el vano de la ventana.

Susana miró en silencio a sus hijas y en su voz había un eco de fragilidad

y valentía brumosa como un arcoíris en el vientre de las nubes: - No lo sé, cariño. No lo sé.

A lo largo de los días siguientes, en medio de la tormenta invisible que sacudía la vida de aquella familia, algunas voces comenzaron a asomarse a los corredores y los patios de la casa. Eran voces de antiguo amor y promesas, voces que buscaban con empeño abrirse paso por las nieblas de la traición y los fantasmas de la desesperanza.

Susana y Gabriel encontraron en sus corazones un pequeño resquicio donde la luz y el perdón, como rayos dorados que escapan de un árbol muerto, se abrazaban con la tenacidad y el amor que solía acompañar sus días de juventud y enamoramiento.

Comenzaron a pasar más tiempo juntos, tratando de reconstruir aquello que había sido arrancado y roto como un lienzo de palabras ahogadas y notas que se transforman en olvido. Paseos a la orilla de la playa, cenas bajo la sombra de las estrellas y conversaciones al amparo de la madrugada dieron paso a la comprensión, a la aceptación y al fortalecimiento de los hilos que aún unían sus destinos.

Finalmente, la decisión de reconsiderar el divorcio llenó la casa de luminosos presagios y diminutos milagros, como una cascada de flores y susurros que atraía con su canto a todos aquellos pájaros y nubes que habían abandonado las paredes y las almas de los Guzmán.

Anny, aún llena de preguntas y miedos como las flores, encontró en aquel cambio un atisbo de esperanza capaz de hacer frente a la tristeza y resignación que la había acompañado por semanas. Tal vez, se pensó, tal vez el amor sería suficiente. Tal vez las palabras de perdón y el apoyo incondicional que Susana y Gabriel se estaban ofreciendo podrían, al fin, llenar de nuevo la casa con risas y abrazos, como aquellos días cuando las puertas se abrían de par en par y el sol entraba sin pedir permiso, llenándolo todo con su luz abrumadora.

Preparación para el divorcio

La tarde moría en una suave explosión de colores sobre el pueblo, donde las últimas luces del día se deshilachaban en reflejos de nostalgia y melancolía. La orilla del mar ofrecía sus lágrimas como un espejo de cristal y espuma, mientras los niños regresaban a sus hogares dejando tras sí los ecos de risas y

juegos que serían didascalias de los corazones rotos y las historias olvidadas.

Susana, sentada en el jardín con Lucía entre sus brazos, miraba hacia la casa, tratando de descifrar las sombras que danzaban en sus pensamientos como espectros de espinas y silencios. Pensaba en el divorcio, en aquel lego de palabras y actas que estaban a punto de transformar en ruinas su matrimonio y su familia, en aquel despedirse de los abrazos y las sombras que habían sembrado de rosas y tempestades su vida junto a Gabriel.

No había sido una decisión fácil, pero tampoco había muchas alternativas. Su amor había sido consumido por la tristeza y el desamor, y aunque hubiera querido perdonarlo, en el fondo sabía que un jardín destrozado nunca sería el mismo, que siempre quedarían vestigios de las lluvias y los vientos que arrancaron sus ilusiones y sus alegrías. Aquel hombre que había amado y a quien creyó conocer como sus propias manos, había demostrado ser un extraño, un solitario viajero de sombras y caricias ajenas.

Anny, que había estado encerrada en su habitación como un pájaro herido buscando donde sanar sus alas, pronto encontró en aquel acto inesperado y doloroso el escenario perfecto para comenzar a enfrentar sus miedos y su ansiedad.

Decidió, por primera vez en mucho tiempo, hablar con Lucía, quien parecía una sombra desamparada entre las manos y los secretos de su madre.

-Lucía -dijo Anny, su voz quebrada por las lágrimas que le impedían ver con claridad el rostro de su hermana -, ya es tiempo de que sepas la verdad. Ya no podemos seguir ocultándote lo que está sucediendo en nuestra familia.

Lucía la miró con sorpresa y preocupación, como si intuyese que las palabras de Anny eran truenos y relámpagos que pronto lloverían sobre ella como una tempestad de miedo y lágrimas.

-Papá -comenzó a decir Anny, aunque pronto sus palabras se convirtieron en un susurro ininteligible, violado por el llanto y la desolación -. Papá le ha sido infiel a mamá. Ya no quiere estar con nosotros. Quiero decir, ya no está aquí, con nosotras.

Lucía se quedó inmóvil, petrificada por el miedo y la sorpresa. Sus pequeños labios, que hasta hacía unos instantes parecían una flor deshojada por la lluvia, se desprendieron de aquel cielo de dudas para murmurar unas palabras tristes y desamparadas:

- Qué significa eso? Qué va a pasar con nuestra familia, Anny? Qué va a pasar con nosotras?

Anny tomó las manos de Lucía entre las suyas y con una voz compungida y serena intentó ofrecerle el consuelo que ella misma buscaba en los ojos de su madre y en el silencio de sus noches sin descanso:

- No lo sé, Lucía. No lo sé. Pero siempre estaremos juntas, lo prometo. Mamá nos ama, y aunque nunca haya sido un buen padre, papá también nos ama.

Ambas hermanas se abrazaron mientras las palabras de Anny se mezclaban con los sollozos de Lucía y las lágrimas que se derramaban por sus mejillas como ríos de desesperanza y dolor infinito.

La conversación no había sido fácil, pero Anny sabía que era necesario enfrentar a la vida y al miedo con el ímpetu de una espada que se yergue ante el abismo y la oscuridad.

Esa misma noche, Susana contactó al abogado e inició el proceso de divorcio, con la certeza de que era lo correcto y lo adecuado. Gabriel, consumido por la culpa y el remordimiento, aceptó rápidamente y comenzó a planear el proceso de separación.

Anny y Lucía, sumidas en el dolor y la incredulidad, buscaron en el calor de los abrazos y las palabras amargas la fortaleza que algún día quizá borrara todos esos días de llanto y desencuentros.

Impacto en la vida de Anny y Lucía

Las olas del mar rugían y se debatían como serpientes acuáticas, en una danza desesperada por escalar la costa y proclamarla en su dominio. En el extremo de un acantilado que contemplaba ese desordenado baile de furia y sal, Anny miraba el horizonte, tratando de encontrar en la desolación y el asombro de aquel paisaje un faro que alumbrara el camino de sus emociones y sus amargas preguntas.

Junto a ella, Lucía sostenía una pequeña caracola que había encontrado entre las rocas, sus ojos brillando con la luz de un sol que se despedía de los acantilados y las tortugas como un niño que abandona un tesoro lleno de promesas y secretos en las arenas del olvido.

-Anny, por qué las cosas han cambiado tanto? -preguntó Lucía, mientras dejaba que la caracola se deslizara de sus manos y se perdiera entre la espuma del mar y el viento.

Anny no supo qué responder. Cómo podía explicarle a su hermana

menor el laberinto de traición y dolor que había devorado el amor de sus padres? Cómo poner en palabras la agonía y la incertidumbre de aquel hogar lleno de sombras y silencios?

Las historias del tiempo y los hombres, como cuentos de arena y látigos, parecían fundirse en esas tardes de mar y atardecer en las que las almas se despojaban de sus máscaras y las olas susurraban los versos trágicos de los enamorados arrastrados por el abismo.

-Algunas veces, Lucía, las cosas cambian porque ya no podemos sostenerlas como antes -susurró Anny, acariciando la cabeza de su hermana como si intentara protegerla de aquel rincón del océano en el que, alguna vez, las risas y los sueños de sus padres habían encontrado su refugio.

Lucía la miró con ojos tan inmensos como el vacío que amenazaba con tragarse las últimas luces del día, y aunque no había comprensión ni consuelo en sus palabras, algo en su expresión denotaba aquel anhelo de mantenerse a flote en aquél mar de incertidumbre y adversidades.

-Pero, por qué papá y mamá no pueden volver a amarse como antes? -agregó Lucía, sin apartar la mirada del horizonte, como si entre aquellos los últimos rayos de sol pudiera ver la silueta secreta de los días felices que se habían extinguido en las costas de su hogar.

Anny apretó la mano de Lucía y en su pecho se agitó un pájaro de dolor y temor que luchaba por salir, por liberarse de las jaulas de la traición y el silencio.

-No lo sé, Lucía. Pero siempre estaremos juntas, pase lo que pase. Eso es lo que importa.

Y en aquel momento, las lágrimas que habían sido retenidas como ríos represados en sus corazones empezaron a fluir libremente, como una marea de desconsuelo y amor que comenzaba a borrar las huellas de sus temores y angustias en la arena.

Lucía soltó la mano de Anny, y con un grito desesperado, arrojó la caracola al mar, como si ese gesto pudiera devolver la armonía y paz perdidas, como si ese sacrificar un pedazo de mar y cáscara pudiera borrar el rastro de la infidelidad que amenazaba con deseffratar las almas de la familia Guzmán.

Anny no pudo menos que abrazar a Lucía, tratando de hallar en aquellos brazos diminutos y trémulos un paño de ternura y consuelo que pudiera aliviar el peso de la traición y la desunion en la vida de aquellas dos hermanas

que, como barquitos de cristal y papel, se perdían en los rincones oscuros de la tristeza, navegando sin brújula ni rumbo por las desorientadas aguas del destino.

Una luna tímidamente asomaba en el firmamento, como si tratara de espiar en las manos temblorosas de aquel tiempo deshilachado los secretos y las canciones de aquellos corazones rotos.

- Crees que algún día podremos perdonar a papá por lo que ha hecho? -preguntó Lucía, frotando sus ojos con una mezcla de inquieta curiosidad y lacerante temor.

Anny recordó la desesperación en los ojos de su padre, tratando de encocontrar una manera de recuperar el amor y la confianza de su familia, y supo que aunque los abismos entre ellos no se podrían borrar con simples palabras o disculpas, quizás, sí tendrían la oportunidad de acercar aquel panorama de cicatrices y ausencias, con el empeño del amor que aún palpitaba en sus erráticos caminos de brazos, muñecas y alas.

-No lo sé, Lucía -respondió Anny al fin, dejando caer una lágrima que, al contacto con la arena, se transformó en una promesa de curación y renacer-. Pero aunque no podamos perdonar del todo, aún nos tenemos la una a la otra. Y emocionales al fin, tendremos que seguir adelante.

Charlas de reconciliación

Las campanas de la iglesia repiqueteaban como carcajadas de bronce, oyéndose por los rincones del pueblo, donde los niños jugaban a pelear con palos de cartón y las abuelas sentadas en las puertas remendaban las sombras de la tarde con sus dedales de cuento. En una vieja plaza de bancos decolorados, unas mujeres hablaban de aquellos días, cuando lloraban por los hombres que las habían olvidado como juguetes rotos y las vírgenes mezclaban sus risas con las sombras olvidadas de otro tiempo.

Susana, con una sonrisa tan amarga como los peces encheridos por la lluvia, peinaba las palabras de la abuela Concep, tratando de encontrar en aquel laberinto de soledades y consejas el hilo secreto que le permitiera cicatrizar su corazón herido. Durante esas charlas de reconciliación, había recopilado ideas y reflejos de la vida y la memoria, buscando en las manos de esas mujeres un mapa para encontrar aquella tierra donde las traiciones se transformaban en ríos de olvido y de amanecer.

Gabriel, por su parte, no podía soportar el peso insoportable de su acción, de sus faltas y silencios, fue a buscar consejo al banco donde Raúl, su amigo de la infancia, le ofreció una cerveza como preámbulo de sus palabras como espinas y alfileres, como fríos rastros de lluvia y de melancolía.

-Gabriel, sé que cometiste un error imperdonable, pero tienes que entender que ella también está sufriendo -le dijo Raúl, mirándolo a los ojos sin vacilar y con una angustiante solemnidad.

-Lo sé, Raúl, lo sé -contestó Gabriel, dejando caer la botella sin beber ni un trago-. Pero no puedo evitar lo que pasó, no puedo retroceder el tiempo y deshacer todo lo que hice.

Raúl suspiró, ajustándose su sombrero como si intentara condensar en aquel ademán sus ideas y pensamientos.

-Nadie te está pidiendo que lo hagas, Gabriel -repuso Raúl, entrecerrando los ojos ante el sol moribundo que colgaba del horizonte-. Pero hay que buscar una solución, hay que lograr que todo este tormento, este dolor, se transforme en una oportunidad de crecer y de ser mejores personas.

Gabriel lo miró con una mezcla de incredulidad y desaliento, como si el mar a sus pies fuera un abismo de relámpagos y peces venenosos.

- Y cómo esperas que haga eso, Raúl? Qué puedo hacer yo para arreglar todo este desastre sin destrozar aún más mi familia y a mí mismo en el proceso?

Raúl guardó silencio por varios minutos, pensando en sus propias palabras y en los ecos de una tarde lejana en la que él también había sufrido la traición de su esposa.

-Gabriel, lo único que puedes hacer es aprender a perdonarte a ti mismo y luchar por tu familia -comentó Raúl al fin, mostrándose comedido y solemne frente a los retos del tiempo y del desamor-. Perdónate, pero jamás te olvides de tu error, porque es lo que te recordará todos los días el valor que tienen Susana y tus hijas. Jamás olvides esa culpa, porque cada vez que te acuerdes, te darás fuerzas para enfrentar el laberinto de rencores y tormentas que amenaza con destrozarte y te quitará la paz.

Gabriel sintió cómo las palabras de Raúl lo golpeaban como un desasosiego extraño y extenso, como si fueran terremotos escondidos en las entrañas más profundas de su alma. Por primera vez parecía ver una oportunidad, una medida de esperanza entre sus brazos de sombra y vidrio resquebrajado.

- Crees que sea posible, Raúl? -preguntó Gabriel con gravedad, buscando una especie de consuelo en los ojos de su amigo-. Crees que todo este dolor se transforme en algo mejor, en algo menos lacerante?

Raúl miró a lo lejos, donde un grupo de niños corría y reía por los callejones de canto y azulejo, y pensó en la mujer con quien se casó, habiendo olvidado por un instante aquellos labios que se convirtieron en cicatrices de olvido y silencio.

-Eso, Gabriel -afirmó Raúl, golpeándolo con afecto en el hombro-. Eso depende de ti y nadie más. Pero si hay algo que he aprendido en esta vida, es que siempre hay manera de encontrar paz y felicidad, tanto en nosotros mismos como en los demás, y que, en el fondo, todos soñamos con poder ser iluminados en las alas del perdón y en la memoria del amor intacta.

Dudas y miedos de Susana

Al alejarse del bramido de las olas, Susana sintió como si su cuerpo fuera un castillo de arena que poco a poco era devorado por las garras del mar. Reincorporándose a la vida cotidiana tras aquel episodio de furia y confesiones, Susana se sintió atrapada en un laberinto invisible fabricado de escalones, relojes y sombras, como una flor inmortal arrastrada por las corrientes del olvido.

Lucía, aún con el cuento de la cigüeña como sustento, se mostraba comprensiva y trataba de llenar cada día de sonrisas tiernas y momentos compartidos. Gabriel, por su parte, había comenzado un proceso de renovación, de lucha por recuperar el amor que, con los días, parecía hundirse en los abismos del recuerdo y el desengaño.

Pero Susana, embarazada de siete meses y acarreado el peso de aquel hijo que, día tras día, se convertía en símbolo de miedos y dudas en su vientre, caminaba entre los puñales de los espejismos y las preguntas y no sabía, como madre y mujer, si podría perdonar las heridas que, como espinas venenosas, palpitaban en el corazón de su presente.

Fue en una tarde de sol y naranjas, cuando decidió buscar la asesoría y el apoyo de su vecina, la vieja Juliana. Con el aroma de un abanico a perfume y vainilla, aquella mujer de ojos azulados como un pedazo de cielo nublado y de arrugas como versos de mar y río, le ofreció un refugio de sabiduría en aquel mundo de espinas y azucenas.

-Hija mía, perdona que me meta en tus asuntos, pero no me puedo quedar de brazos cruzados mientras veo cómo tú y tu familia se consumen en el fuego de la traición -murmuró Juliana, mientras acariciaba las manos entrelazadas de Susana.

Susana tragó saliva, como si estuviera tratando de escapar de un laberinto inyectado de veneno y sombras, y un hilo de voz escapó de sus labios, titubeante y al borde de las lágrimas.

- Crees que valga la pena intentar de nuevo, Juliana? -preguntó Susana, sintiendo cómo aquel nudo de dudas amenazaba con ahogarla entre las olas de su desesperación y su abandono.

Juliana ladeó la cabeza como si pudiera leer, en aquel gesto, los secretos y los ríos de ternura y terror que anidaban en el corazón de Susana.

-Hija mía, el amor siempre es un quiebre, un rincón oculto en la niebla donde moran los fantasmas de nuestras soledades y nuestros abismos - respondió Juliana, alisando su falda de encaje y terciopelo -. Los hombres son como espejos que reflejan nuestras debilidades y nuestras fortalezas, y es nuestra tarea encontrar, en esas sombras que tejen con sus palabras nuestras ilusiones y nuestras derrotas, el camino hacia la luz y la reconciliación.

Susana sintió cómo las palabras de Juliana horadaban su alma como estrellas que se fundían en el ocaso, revelando aquellos rincones escondidos donde el miedo y el abandono se confundían con las sombras.

-Pero, Juliana, cómo hago para sanar esta herida? -preguntó Susana, sintiendo cómo su corazón retumbaba en su garganta como un tambor de guerra -. Cómo sé si Gabriel volverá a ser el hombre que yo amé, o si este dolor se volverá inadvertiblemente una cadena que arrastraremos ambos hasta el final de nuestros días?

Juliana apretó con dulzura la mano de Susana, dejando escapar un suspiro que parecía nacer de aquellos recuerdos de llanto y olvido que anidaban en las esquinas de su cuerpo cansado.

-Hija mía, el tiempo es un río que no puede verse ni tocarse, pero que siempre corre por los abismos de nuestras dudas hacia el océano de la eternidad -susurró suavemente -. Lo único que tú puedes hacer es encomendarte a tus fuerzas y a tus decisiones, para que ese río que ahora te arrastra y te zarandea como a una hoja desamparada se convierta en un faro que ilumine los senderos de tus pasiones y tus esperanzas.

Susana miró a Juliana y, en aquel abismo de arrugas y constelaciones,

creyó reconocer una grieta de esperanza y amor que lograba entrever, en la penumbra de aquel callejón sin salida, un terco rayo de luz que persistía en brillar bajo el peso de la angustia y del olvido.

Y así, con el corazón repleto de miedos y anhelos, Susana se arriesgó a su única certeza: perdonar a aquel hombre que, pese a sus errores, había construido junto a ella aquel hogar de sueños y silencios, aquella morada de brumas y sentimientos que se agitan como olas en una tormenta impredecible y eterna. Se arriesgó, sí, a creer que aunque las heridas duelen como risas borradas, siempre habrá una posibilidad de sanarlas en el delicado tejido del alma y del amor.

Gabriel enfrentando las consecuencias

Gabriel se encontraba en la playa, observando cómo el atardecer teñía de amarillo y naranja el horizonte. Las olas chocaban con fuerza contra las rocas, casi pareciendo un reflejo de su propio tumulto emocional. La confesión de Susana lo había dejado física y espiritualmente agotado. Había sido capaz de sentir la ira y el dolor en la voz de su esposa, perforándolo como mil dagas afiladas. Desearía poder retroceder el tiempo y deshacer sus errores, pero consciente de que eso era imposible, la única opción viable que le quedaba era enfrentar las consecuencias.

Permaneció allí, de pie, dejando que el viento frío le cortara el rostro, a medida que sus remordimientos se mezclaban con el aire crepuscular. Sus pensamientos volaban hacia Anny y Lucía, sus hijas, a quienes sin querer les había causado tanto daño. El corazón le dolía al pensar en cómo Anny, la dulce y sensible Anny, la niña que lo esperaba todas las tardes con una sonrisa en la terraza, tal vez jamás podría llegar a perdonarlo.

Sus manos temblaban al contemplar la idea de que Lucía, la pequeña Lucía, que siempre le daba abrazos interminables cuando regresaba del trabajo, también lo despreciaría si llegaba a enterarse. Salió de su aturdimiento al sentir una mano ligera posarse en su hombro.

Era Raúl, su amigo de la infancia y vecino. Raúl, con el sombrero siempre torcido y empolvado, que parecía no temerle a nada ni a nadie. Raúl, quien siempre tenía un sabio consejo para ofrecer. En cualquier otra circunstancia, Gabriel lo habría recibido con alegría y humor, pero en ese momento apenas pudo alzar la cabeza para mirar a su amigo.

-Gabriel -dijo Raúl, su voz ronca - . Todos cometemos errores, pero lo importante es aprender a afrontarlos y redimirnos por ellos. Debes hacer algo por tu familia. Tienes que luchar para recuperar su amor y su confianza.

Gabriel bajó la mirada de nuevo, sintiendo una pesadez insoportable en sus hombros.

-No sé si pueda, Raúl. Le he hecho un daño irreparable a Susana, cómo podría perdonarme alguna vez?

Raúl se limitó a mirar las olas y ofreció una sonrisa amarga.

-Susana es fuerte, lo sabes bien. Pero será muy difícil para ella perdonarte si no muestras arrepentimiento y tomas acciones concretas para enmendar tus errores.

-Y luego está Anny -susurró Gabriel, con los ojos llenos de lágrimas - . No soporto la idea de que mi propia hija me odie.

-Entonces demuéstrole cuánto te importa. Demuéstrole que eres capaz de aprender de tus errores y cambiar por el bien de tu familia -contestó Raúl, apretándole el hombro con amistad - . Pero recuerda, Gabriel, que debe ser un cambio sincero. No puedes fingirlo, ni hacerlo solo por ellos. Hacerlo por ti también. Escucha a tu corazón y actúa con honestidad.

Gabriel suspiró ante las palabras de Raúl, consciente de que su amigo quería ayudarlo a escapar de aquel abismo oscuro en el que se había sumergido. Sin embargo, la magnitud de sus errores parecía opacar cualquier posibilidad de esperanza. Antes de que Raúl pudiera decir algo más, Gabriel sacó su teléfono celular y borró con dedos temblorosos el número de Mariana, su amante, de la lista de contactos. Luego, con un gesto tajante, arrojó el teléfono al mar. Las olas se tragaron el pequeño objeto, y con ello la infidelidad perpetrada por Gabriel durante meses.

Raúl se quedó callado, mirándolo con cierta sorpresa y aprobación.

-Gabriel, creo que dar el primer paso es lo más difícil, pero has demostrado hoy que estás dispuesto a enfrentar las consecuencias de tus actos. Eso habla muy bien de ti -le dijo.

-Sé que no merezco el perdón, pero lo único que quiero es recuperar el amor de mi familia -respondió Gabriel, soltando un sollozo ahogado - . Haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo.

Juntos, observaron el cielo que se iba oscureciendo, esperando que las sombras trajeran consigo un nuevo comienzo.

Esfuerzo por el bienestar de las hijas

El crepúsculo se cernía sobre el jardín que rodeaba la casa de la familia Guzmán, tiñendo las flores y las hojas de las robustas palmeras con las últimas luces rojizas y amarillas de un sol exhausto. Susana, con su tamaño de elefante, o eso imagina, estaba meciéndose en la hamaca del porche, arrullada por los ronroneos somnolientos del viento.

Un sereno abandono llenó los pulmones de Susana y sintió cómo su corazón se apaciguaba, aplacado por una paz de plomo y silencios que amansaban las tormentas de sus adentros. Pero sus hijos siempre estuvieron en su mente. En sus pensamientos, en sus decisiones, en sus oraciones. Y el dolor que le causaba el pensar en cómo los iba a proteger de largo alcance de la traición era una herida que no veía cómo sanaría.

Anny salió de la casa y, al ver a su madre sumida en la hamaca, inundada de aquellos pensamientos que se desdibujaban en el aire como arabescos de humo, decidió que era el momento de hablarle.

-Mamá, quiero hacerte una pregunta -dijo Anny, con un nudo de voces y lunas en la garganta.

Susana levantó la vista de sus contemplaciones empanadas de olvido y se aferró a la mirada de Anny, tibia y maravillosa aún bañada por las sombras del desengaño.

-Claro, hija, estaré feliz de responder lo que sea -le contestó Susana, aunque en el fondo sentía un revoloteo incierto en las vísceras. La preocupación de Anny hacia el bienestar de su hermana y el temerario paso que Susana había dado al sostener la reconciliación entre ella y su esposo le turbó el corazón.

Anny mordió sus labios como si quisiera retener en ellos un poso de ceniza y angustia, pero al final se atrevió a hablar.

-Mamá, si decidiste perdonar a papá y darle otra oportunidad, por qué no puedo hacer lo mismo? -inquirió. La voz de Anny vibró en el aire como una llave rota en una puerta que parecía cerrarse de golpe y sin retorno.

Susana se incorporó, como un animal herido que escucha un llamado lejano y vendavaloso. Sus ojos, dos faros que antes habían acariciado la inmensidad de los mares y las noches, ahora se perdían en la sombra de su duda y desasosiego, y le dirigieron una sonrisa dulce y dolida a Anny.

-Hija mía, tu amor por tu padre es algo que yo no puedo dictar ni

controlar. Lo que está en juego en nuestra relación es algo muy distinto a lo que tú puedas sentir por tu padre -dijo Susana, envolviendo su voz en una manta de matices y colores-. Además, qué podría decir un corazón de madre? Cómo podría enseñarte a abrirte a un amor que, pese a las heridas atmosféricas que anidan en sus esquinas, sigue siendo, en su sombra y en su luz, el abrazo donde descansa mi vida?

Anny escuchó las palabras de Susana y en ellas, como una iluminación que se atrevía a cruzar sobre la oscuridad y el recelo, un denso arcoiris de esperanza y ternura coloreó las palabras. Por un momento, Anny comprendió el difícil camino que le correspondía recorrer a su madre y, como hija, supo que no le correspondía ni podía juzgar las decisiones de Susana.

-Entonces, lo que me dices es que puedo darle a mi padre una segunda oportunidad y tratar de reconstruir de nuevo, poco a poco, nuestra relación?-preguntó Anny, acurrucándose en el laberinto de sus preguntas, como un pétalo aferrándose a un suspiro que buscaba escapar hacia la bruma.

Susana le sonrió, sus ojos reflejaban un brillo paternal y sabio que parecía guiarle a aquel prístino sol que, en algún remoto noticiero de su mente, anunciaba la llegada de un nuevo día.

-Tú eres la única que puede decidir eso, Anny -le dijo Susana, abriendo las puertas de su corazón y su voz para que, en ese instante, un solo latido traspasara el abismo de sus dudas y sus penas-. Yo sé que es difícil aceptar el error de nuestro padre y conservar el amor hacia él, pero si estás dispuesta a luchar y a creer en él, no dudes que encontrarás en tu corazón y en tu esencia la fuerza que necesitas para seguir adelante.

Al oír aquellas palabras, Anny sintió un vuelco en sus entrañas, como si todo aquello que había guardado en el armario hermético de su alma fuera tierra, piedra y desconcierto, pero al fin encontrara la llave y pudiera enfrentarlo todo y salir adelante por el bien de su familia y de sí misma. Así, en medio de aquel muro inexistente de sombras y preguntas, Anny decidió buscar la esperanza y la reconciliación, para poder tener nuevamente una familia unida.

Cambio de opinión y acuerdo

Las nubes grises del atardecer parecían reflejar el estado de ánimo de Susana mientras se sentaba en su habitual silla en la terraza, con la tarjeta de

presentación del abogado en sus manos temblorosas. Había ido a hablar con él esa misma mañana, con la resolución de hacer lo que era necesario por sus hijas y por sí misma. Aunque todas sus fibras le gritaban que alejarse de Gabriel era lo correcto, el peso del pasado y el futuro en su lado de desconcierto se entrelazaban, como dos ríos desembocando en un mar desconocido y turbulento. Sus pensamientos iban y venían, como olas inquietas, y le costaba respirar cuando imaginaba la vida sin Gabriel.

La misma noche, Gabriel salió al porche y se encontró a Susana inmersa en sus pensamientos. Por un instante, le pareció que había llegado tarde nuevamente, pero esta vez no llegaría tarde a una cita con Mariana, sino al último tren hacia el perdón y hacia Susana. Se acercó con cautela, sin saber cómo encararía a Susana. Las palabras que habían preparado el día anterior, cuando hablaron sobre la decisión de divorciarse, se habían disipado en la neblina de su arrepentimiento. Sentó en la silla junto a Susana, poniendo sobre la mesa un ramo de rosas trémulas.

-Susana -pronunció, temeroso de romper el silencio que los envolvía - . Sé que he cometido errores imperdonables -Su voz vaciló, y buscó en la profundidad de su mirada alguna señal de esperanza - . Pero, por favor, necesito que lo reconsideres. No puedo perder a nuestra familia. Las chicas, tú son mi vida. Y juro, juro por todo lo sagrado, que jamás volveré a hacerte daño.

Susana observó el ramo de rosas, y una corriente de lágrimas abrasadoras se deslizó por sus mejillas. Más allá de las palabras, Susana percibía en el corazón de Gabriel un bucle de arrepentimientos, promesas y amores que se habían desordenado y se enredaban como lianas en el bosque de su pecho. Susana vio sus flores, clavando las raíces en la sangre de un amor estrañado que trataba de revivir, pero también vio las espinas y las sombras. Y en ese instante, supo que el divorcio no era una solución inmediata, pero tampoco lo era el perdón ciego e irreflexivo.

-Gabriel -susurró - . Por nuestras hijas por ti y por mí quiero intentarlo. Pero no puedo perdonarte en un santiamén. Nosotros, tú y yo, necesitamos reconstruir un camino hacia la confianza. Entiendes qué significa eso, Gabriel? Significa que ya no serás el mismo esposo que vapuleaba mis sueños y mi esperanza sino que serás aquél que sabe protegerlos y sembrar en ellos un mañana que yo misma no seré capaz de crear. Estás dispuesto a hacer ese sacrificio, Gabriel? Porque si lo haces, harás de tu perdón una

elección real, y no una sombra y una neblina que se dispersa en la futilidad de la palabra y el recuerdo vacío.

Gabriel asintió, y en sus ojos brilló una tenue luz de esperanza. Sin embargo, también pudo advertir en el rostro de Susana una amargura y un temor que no se disiparía fácilmente.

-Lo entiendo, Susana -dijo Gabriel, secándose una lágrima-. No espero que todo cambie de la noche a la mañana. Pero te prometo que lucharé con cada fibra de mi ser para demostrarte lo arrepentido que estoy y para recuperar tu amor y confianza.

Susana se levantó de su silla y le devolvió una mirada sombría, pero con una minúscula chispa de esperanza. No podía ignorar el vínculo de tantos años que habían compartido, y tampoco el amor que, a pesar de todo, todavía anhelaba renacer.

-De acuerdo, Gabriel -dijo Susana, respirando profundamente-. Intentaremos de nuevo, pero siempre mantendré un ojo en ti y en tu comportamiento. No esperes que todo se arregle mágicamente, y no esperes que te crea por ahora.

Gabriel asintió y se acercó para tomar las manos de Susana.

-Gracias, Susana. No voy a defraudarte -susurró.

Con lágrimas en los ojos y manos entrelazadas, Susana y Gabriel dieron juntos un primer paso titubeante hacia el umbral de un futuro incierto, donde las rosas aún llevaban espinas y los días soleados también traían nubes grises. Al menos, por ese momento, acordaron luchar juntos por sus hijas y el amor que una vez compartieron. Y aunque las heridas seguían abiertas, la esperanza de sanar y aprender a confiar de nuevo se abrió paso en sus corazones, como un frágil y decidido brote rompiendo el duro suelo de la desesperanza.

Consecuencias en la relación familiar

Las llamas siempre se ven más brillantes al atardecer, como si el sol, vencido en su eterna lucha por aferrarse al firmamento, iluminara sus últimas bendiciones en el hogar de los mortales que quedaban olvidados en esta tierra. Allí, en el jardín pintado de oro que se cernía al borde de la casa de los Guzmán, un espectro de llamas sediento de vida desgarraba las ramas de un árbol, reviviendo en sus cenizas el crisol de la memoria y de la esperanza.

Gabriel, el padre, observaba el fuego como si fuese un náufrago en la orilla de un mar donde apenas vislumbraba los rumbos de su nueva vida. Sus ojos resecos y desesperados como espejos rotos -- qué verdades relucían ahora en medio de tantos pedazos de engaño y error? -- buscan en las llamas el refugio de una paz inviolada, de una confianza que no se quebrara, que no muriera a manos de las sombras de sí mismo y de sus propios errores.

La ansiedad fue un puente que Anny no se atrevió a cruzar, porque sabía que al cruzarlo se enfrentaría a la colera, a las aguas venenosas y a la incertidumbre que oscurecía cada rincón de las cavernosas penumbras donde antes habitaba la luz de la verdad, que un día prometió guiar la vida de Anny y su familia.

Anny siente cómo su corazón se estrangula en las garras de la desconfianza, en las sombras que su padre sembró en el que un día fue un jardín bien cuidado, hogar del amor y de la esperanza.

La tarde se deshizo en las nubes plomizas que tapizaban el cielo cuando Susana, la madre, se sumó a su esposo en la contemplación del fuego que, entre los anaranjados murmullos de las llamas, parecía recitar en voz alta las cláusulas de un precepto antiguo e invulnerable: la pérdida del paraíso, el odio y la traición.

Susana intuyó que todo, desde su vida recién forjada y su seguridad hasta su hija Anny, temblaba en medio de aquel final de tarde que parecía despedirse de su corazón, llevándose consigo las últimas hebras de sol y memoria.

-Los cambia a todos -murmuró Susana, sin dirigirse del todo a Gabriel, sino envolviendo su voz en una neblina de silencios y desvelos que se evaporaban en el crepúsculo y en el difícil adiós que se les presentaba a ambos -. Nuestras hijas, nuestra casa, nuestro amor Parece que nada sobrevivió a la tormenta que te has traído a casa.

Los ojos de Gabriel se llenaron de lágrimas, pero esas lágrimas no encontraron salida, y fueron obligadas a esconderse en las grietas de un corazón que parecía a punto de romperse.

-No espero que me entiendas, Susana -respondió Gabriel, intentando en vano hallar las palabras precisas, esas palabras que, por más extrañas y espinosas que fueran, siempre conseguían sembrar un pequeño pedazo de comprensión en el corazón de su esposa-. Pero he luchado, luchado como una bestia herida y sedienta en un desierto sin fin, luchado por desenterrar la

confianza que una vez me otorgaste sin condiciones, sin saber qué demonios habían tomado posesión de mí.

Anny, a lo lejos, presenció las palabras de su padre y el dolor que esgrimían en sus manos, como si ellas fueran estandartes de una lucha que no tenía fin. Y en sus ojos, en ese instante, se dibujaron un arco y una flecha que le hicieron recordar las palabras que le había dicho a su madre, aquellas palabras que otrora habían sido un ancla, un refugio y una promesa.

-No puedo, no puedo defenderme, Susana -balbuceó Gabriel entre sollozos, la voz desenfocada y desarmada como un lienzo en manos de un pintor borracho-. Pero sí puedo jurar que quiero que esta familia, esta vida, esta casa y todo lo demás, sobrevivan a la tormenta que le he enfrentado.

Susana meneó la cabeza y se dirigió a Anny, quien, deshecha en sollozos y lágrimas, se arrodilló en el piso, pisoteada por las hojas de otoño que, desentendidas del dolor de aquella familia, danzaban en el viento como un coro silencioso de alegría y olvido.

Y un día, Anny también comenzaría a llorar, llorar por los recuerdos perdidos y las ilusiones desvanecidas, por los sueños desenredados y los caminos que, con cada paso que daba, parecían más inciertos y oscuros.

En ese atardecer, cuando el cielo se tiñó de púrpura y llamas, la familia Guzmán comenzó a enfrentar las consecuencias de la traición y de su redención, mientras recogían los escombros de un amor que nunca volvería a ser el mismo.

Chapter 11

Transformación en la relación familiar

Susana se dejó caer en el sofá, exhausta. Uno de sus brazos reposaba sobre su vientre abultado, que se amoldaba con la lenta cadencia de su respiración agitada. La tromba de emociones y decisiones de los últimos días se había aplacado por un instante, dejando en su lugar una sombra de paz irreal que se cernía en el cuarto familiar y en su corazón desvalido. Sus ojos se posaron sobre la mecedora de madera que sus hijas habían forrado con cojines y retazos de tela para acoger la llegada de su nuevo hermanito. Aun en ausencia del niño, en la mecedora y en el aire, flotaba un halo evanescente que prometía un amor incólume que no sabía si aún podía ofrecer ni siquiera a sí misma.

Las voces de Anny y Gabriel se colaban por la ventana entreabierta. Hacía días que el crepúsculo amenazaba con desatar su cólera sobre la casa, pero parecía que los rayos de sol no se decidían a abandonar el combate, y a ratos, se atrevían a entrometerse en los oscuros parajes que habitaba la mente de Susana. Con aquel juego de silencios y palabras que volaban como palomas azoradas en un jardín, Anny y Gabriel habían iniciado un nuevo ritual al cual Susana no podía asistir: caminaban alrededor de la casa y charlaban sobre cómo se les daría la vida sin separar sus hombros ni sus pisadas. Susana, que contemplaba esas sombras de árboles que acuarelaban la vereda, se preguntaba qué abismos de confianza y amor podrían recorrer en esos senderos.

-Entonces crees, papá, que las cosas cambiarán a partir de ahora? -la

voz de Anny se solapaba por la cadencia del viento, y Susana forzaba sus oídos y su cabeza para tratar de entender las palabras - . No es que quiera desconfiar de ti, pero pero siento que no puedo confiar en nadie, ni en mí misma.

La voz de Gabriel no logró superar los murmullos del aire, pero Susana pudo percibir un tono suplicante y resignado que hablaba de promesas y de sueños que alguna vez se habían esfumado, y que anhelaban resurgir entre las sombras y las cenizas del pasado.

-Tendremos que esforzarnos todos, Anny -respondió Gabriel al fin, apretando contra sí el brazo de su hija en un gesto protector y desesperado- . El principal responsable de lo que ha sucedido soy yo, pero, si tú me dejas, quiero que caminemos juntos, hacia un lugar donde podamos ser una familia de verdad, donde confiemos y nos amemos sin temer a la traición y a la soledad.

Anny contempló el firmamento y buscó entre las últimas constelaciones de un crepúsculo moribundo alguna respuesta que iluminara sus pensamientos y sus dudas. Sus ojos se posaron en la palma de su mano y en las profundidades del recuerdo que se le escapaban como grillos sin rumbo ante los primeros amaneceres de primavera.

-Acepto tus palabras, papá -susurró Anny en voz baja, como si le doliera encajar cada palabra en su propio corazón- . Pero no creas que me olvido de lo que has hecho, y de lo mucho que nos has herido a mamá y a mí. Quizás algún día pueda encontrarte otra vez en los ojos del hombre que siempre admiré y quise como mi papá, pero por ahora, por ahora solo puedo verte a ti y a mí y a este camino azaroso que tenemos por delante.

Gabriel asintió y, sin decir palabra, siguió caminando junto a Anny, con el rostro sereno pero el alma peregrinando por los inesperados pliegues del dolor y de la vida.

Los pasos de Anny y Gabriel se perdieron en los confines de la casa y Susana cerró sus ojos, tratando de escuchar con el corazón más allá del estruendo y del silencio. En ese instante, creyó entrever una alianza temblorosa de sombras y luces, que, como un pequeño hilo de agua, surcó alegre y lastimero el rito del fuego que aún habitaba en sus entrañas y en su hogar. Y creyó que ese hilo de esperanza podría llevarla un día a reivindicarse a sí misma y a su familia, y a hallar en medio de las sombras un lugar para amar y sanar sin miedo al tiempo ni al olvido.

Mientras el sol y los recuerdos se adormecían en el horizonte, Susana dio por fin con una plegaria que aquel día parecía haberse perdido en algún rincón del universo. Abrazando su vientre y su corazón, susurró en soledad unas palabras que creyó más bellas y certeras que cualquier símbolo o poema que jamás hubiera encontrado en sus sueños o en sus tristezas: "Que el amor renazca, aunque en destierro y en soledad, y que nos encuentre un día dispuestos a amar y a ser amados por todo lo que somos y por todo lo que hemos de sufrir y superar".

Adaptándose a la nueva situación

Los vientos soplaban sobre los jardines de la casa Guzmán, y susurraban a cada flor y brizna de hierba nombres lejanos, como si quisieran guiar a Anny y a su familia hacia un horizonte alumbrado, quizá, de esperanza. Pero esos vientos también escondían sombras y desvelos, y parecían no saber si partir o quedarse en esa quietud silenciosa que se desvanecía con cada herida, cada sinsabor que desdoblaba sus sueños y sus afectos.

Ese día, Gabriel, Susana y su hija Anny estaban reunidos en el comedor, entre los platos y vasos vacíos, las miradas perdidas y los vestigios de una conversación que no habían podido sostener. El sol murió en un resplandor violeta y, sin siquiera saberlo, arrulló en su despedida la ansiedad que vivía y ardía en el pecho de Anny, y que ni el consuelo de la noche ni el regocijo del día habían podido acallar.

"- Y qué vamos a hacer ahora? -preguntó Susana en voz baja, tratando de sostener una entereza que no creía merecer-. Dime, Gabriel, alguna vez te has sentado y has pensado qué será de nuestras hijas, de sus sueños y, sí, de sus miedos, cuánta traición y putrefacción hayamos oído por tu culpa?"

Gabriel bajó el rostro y escondió en sus manos el temblor vacilante de los que se afanan en un futuro y en una redención que se les escapa entre los dedos. Sus ojos se encendieron como llamas de esperanza, e intentó pronunciar palabras que fueran lo suficientemente luminosas como para guiar a su esposa, a su hija y a sí mismo hacia un amanecer más clemente y heraldo de paz y vida.

"- Estoy dispuesto a hacer lo que sea, -dijo al fin, las palabras ardiendo como fuego y ceniza en su boca e invitando, al menos, a la escucha y al refugio de los que aún tenían el comienzo y el ocaso-. Lo sé, Anny, que no

me lo merezco, que tal vez ni puedo atreverme a pedirte un minuto de paz o de amor Pero, por favor, perdóname, y tal vez un día, cuando las flores de este jardín vuelvan a llevar las semillas y la música de otro verano, cuando el sol nos bañe con sus rayos dorados y calientes, cuando la luna nos susurre palabras de amor y de esperanza Entonces quizás, niña, te armes de coraje y decidas hablar compartiendo este sagrado tiempo.”

Susana y Anny contemplaron a Gabriel, como si a través de esas palabras y promesas pudieran hallar un espejo o un asilo para confiar en él y en sus nuevos sueños. Anny sintió cómo su corazón volvía a latir, pero mezclado al susurro del viento, no sabía distinguir si era la esperanza o el llanto lo que la llevaba camino a un futuro compartido y construido por la voluntad de ser compasivos.

Observó a su madre y a su padre y pudo recordar el tiempo que se había llevado las sonrisas y los abrazos, esos brazos que parecían ofrecerles refugio ante la adversidad y la desesperanza.

”- Hay amaneceres -pensó para sí, mientras los rayos del sol comenzaban a esconderse tras el techo de la casa -que no sé si podré olvidar, y noches en las que el sueño se esfuma sin dejar huellas ni promesas, perdido entre los horizontes de una vida que ya no puedo compartir con quienes más amaba.”

En ese instante, el silencio se apoderó del comedor y de la vida de esos tres seres que navegaban en un mar incierto e infinito. Pero Susana pudo contemplar al menos por un instante la sombra de petunias y amapolas que bailaban en los cambiantes destellos que ofrecía la ventana, y sonrió a Anny y a Gabriel.

-No sé qué hacer -dijo ella, meneando las manos, como si así pudiera borrar de su vida y de sus brazos el dolor y la vida que parecían esparcirse sin saber a qué puerto pertenecer - . Pero créanme que, aunque no sé si nuestra familia o nuestro amor puedan sobrevivir, sí puedo prometerles que siempre, siempre estaré aquí con ustedes, luchando por una vida sin máscaras ni traiciones.

Un suspiro, más fuerte que una ola que se estrella en mil pedazos contra las rocas, surcó los labios de Anny, y pudo ver por un instante la majestuosidad del viento y del tiempo que se llevaban entre sus brazos mil bendiciones, secretos y esperanzas.

Esfuerzos de reconciliación entre Gabriel y Susana

Con una reverberación de silencios y palabras que flotaban en el aire como palomas asustadas, Gabriel y Susana habían comenzado un nuevo ritual que parecía sellar las paredes de su nostalgia y de sus desvelos. Cada noche, después de dejar a Anny y a Lucía entregadas al descanso, se sentaban juntos en la terraza de la casa donde solían encontrarse en sus amaneceres de juventud. El brillo de las estrellas parecía lento y vacilante, como si también ellas dudasen de participar en una danza atrapada entre el amor y el temor a perderlo todo.

Gabriel rompió el silencio con palabras que contenían su carga de honestidad y desazón.

-Susana, ya no hay día ni noche en que no piense en todo lo que he hecho, en cómo he dañado a esta familia que tanto amo. Si hubiese alguna manera de retroceder el tiempo y enmendar mis errores, créeme, lo haría sin pensarlo.

Susana vislumbró en los ojos de Gabriel, lo que parecía ser auténtico arrepentimiento. Sin embargo, el miedo la mantenía envuelta en un caparazón de desconfianza. Sus dedos se enredaron en su cabello, como queriendo buscar consuelo y seguridad en sí misma.

-Cómo puedo saber que esto no volverá a pasar, Gabriel? -preguntó Susana, su voz temblorosa y cargada de incertidumbre - . Todavía me cuesta comprender cómo pudiste hacernos esto. Tú, que durante tantos años parecías ser el esposo y padre ideal, de repente una sombra de traición ensombrece nuestra vida.

Gabriel sintió en su pecho una punzada de desesperación y culpa. Sus palabras no parecían llegar al corazón de Susana, una mujer que durante tantos años lo había acompañado a través de los recovecos de la vida.

-Mi amor, sé que he cometido un error imperdonable. Todavía no entiendo cómo fui capaz de perderme en las promesas de esa otra mujer. Pero te juro, Susana, cada día me levanto con el propósito de ser un mejor esposo, un mejor padre Un mejor hombre.

Los ojos de Susana se llenaron de lágrimas al escuchar aquellas palabras, y algo en lo más profundo de su ser deseaba creerle.

-Te conozco desde que éramos jóvenes, Gabriel. Algo en mí todavía te ama y te necesita como nunca antes, pero no puedo evitar sentirme

desamparada. Y si volviéramos a caer en la trampa de la traición y el engaño? Qué sería entonces de nuestra familia?

El viento soplaba con cadencia y desconsuelo, acariciando las sombras que se estremecían en el bosque de sueños y recuerdos que los envolvían. Se abrazaron fuerte, como si con el calor de sus cuerpos pudieran recuperar y aferrarse a la promesa de un amor que había sido su refugio y su maldición.

-Entiendo tu miedo, Susana -musitó Gabriel, el aliento caliente y tembloroso en sus palabras-. Pero te prometo que haré lo que sea necesario para recuperar tu confianza y la de nuestras hijas. Haré lo que sea necesario para reconstruir nuestra vida juntos.

-Pero cómo podemos estar seguros, Gabriel? Cómo sé que el amor que compartimos alguna vez no ha sido pisoteado y perdido para siempre?

Gabriel tomó la mano de Susana entre las suyas, los dedos entrelazados como ancianos enamorados que no temen las llamas de un abismo, y susurró algo que durante un tiempo parecía haberse perdido en algún rincón olvidado de sus vidas.

-Porque, Susana, si las estrellas que sólo en el silencio de la noche encuentran su verdadero fulgor, si los ríos y las montañas de esta tierra que nos ha visto reír y llorar como amantes y como padres Si todos esos recuerdos y símbolos nos hablan de nuestras luchas y de nuestras victorias, entonces sabrás que aún queda un tenue brillo de luz en nuestras vidas.

Susana sintió entonces cómo el corazón de Gabriel latía contra el suyo, y en la quietud de aquella noche, una chispa de esperanza surgió de sus cenizas y se desplegó como un débil resplandor en sus mentes y en sus almas.

No sabían si podrían curar las heridas que habían dejado en sus corazones y en su hogar. Pero sí supieron, al menos por un instante, que tendrían la valentía de luchar por esa luz que aún palpitaba, muy adentro, en algún rincón de sus vidas marcadas por los escombros del amor y de los sueños. Y con ese presentimiento y esa fe, Gabriel y Susana se sumergieron juntos en el río de sus pesares y de sus anhelos, abrazados al canto de las estrellas y de los fuegos que aún ardían en la distancia, melancólicos y ansiosos de renacimiento y paz.

Apoyo mutuo entre Anny y su madre

Las flores enrojecían al atardecer, y con cada sombra que se estremecía en el jardín, Susana parecía contemplar su propia vida rozar los límites del espacio y del tiempo que apenas sabía reconocer y abrazar. Su mano se posó, como un pájaro cansado y sediento, sobre su vientre que ya había comenzado a iluminarse con los signos de una vida que todavía no sabía cómo dar y recibir amor y tempestades, y sólo podía suspirar, como si la vida y el amor no hubieran comenzado a desvelarse ante su mirada aquella tarde de otoño en que los árboles estrenaban su desnudez y el viento parecía susurrar un acompasado canto de embriagues y confianzas, cuando conoció al hombre que la hizo sentir amada y traicionada, aún en aquellos años en que la vida debía de llevar en sí misma todos los trazos y los aromas del infinito y de la eternidad.

Anny, su hija mayor, acercó su cabello a la cortina de penumbras y olvidos que parecía haberse tendido sobre la habitación y el resto de la casa. Intentaba hallar en cada sombra, en cada gesto que apenas desdoblaba el canto trémulo y solitario de su madre, una pista, un presagio de lo que podría suceder con sus vidas, con sus seres más queridos y desamparados ante el abismo y las tempestades del amor perdido, tragado por el silencio y la traición.

Pero no encontraba respuesta alguna que le permitiera comprender la situación, su propia vida, su propia familia.

”- Mamá -musitó al fin, sus palabras hechas de truenos y de soledad, acercándose a su madre y sosteniéndola con la mirada y los brazos, como si la vida pudiera desvanecerse en cualquier momento herido por la tempestad y la noche-. Qué vamos a hacer? Por qué está sucediendo esto? Papá papá nos ama, también, no?”

Susana rompió a llorar, al fin, en lágrimas ardientes y redentoras que parecían querer arrastrar consigo su dolor y la vida que ya no sabía si podía entender, perdonar y compartir.

-No lo sé, Anny. No lo sé, mi niña.

Anny la acercó a su pecho y, mientras le acariciaba el cabello y le susurraba promesas, sabía que, aunque doloroso, tal vez era el momento de revelar por completo la verdad sobre Gabriel y Mariana.

-Mamá, encontré cosas mensajes entre papá y esa mujer, Mariana.

-Qué cosas? -preguntó Susana, levantando la vista del abismo en que se había sumido y mostrando, al menos por un instante, cierta lucidez y desesperanza.

Anny sintió cómo su corazón se encogía y trataba de escapar por la ventana rota de sus esperanzas.

-Mamá, esa mujer Papá planea dejarla, volvió a prometer estar dedicado a nosotras. Pero ha estado con ella todo este tiempo y las palabras que intercambiaban, sus fotos Parecía que nos hubiera olvidado por completo.

Susana tomó las manos de Anny entre las suyas y, juntas, se consumieron en su fragilidad y su amor okupara., lo único que les quedaba aún en aquella casa oscura y amenazada por las sombras y los silencios del engaño y la traición.

-Necesitamos ser fuertes, Anny, y estar tanto como nos sea humanamente posible juntas, apoyándonos y consolándonos. Pero también es momento de confrontar a tu padre, de hablar con él abierta y sinceramente, tratar de entender en dónde comenzó todo, qué le llevó a tomar decisiones tan terribles

Anny asintió, y los latidos de su corazón se enredaron en el aire vaticinando el arribo y la despedida de un nuevo día, de una nueva vida.

-Sí, mamá. Y te apoyaré en todo momento, y en cada paso del camino que nos queda por recorrer y que, juntas, hemos de construir y destruir, pero siempre, mamá, siempre, sabiendo que estaremos la una para la otra, para cuidarnos, proteger y amar.

Susana miró a Anny y, en sus ojos, pudo vislumbrar una sombra de paz que parecía imposible sólo unas horas antes. Pero al menos sabían que, juntas y envueltas en ese nuevo miedo y esa esperanza desbocadas, tendrían la fuerza y el amor para enfrentar una nueva vida y un nuevo destino, a cada una a la vez que una madre y una hija rotas pero irrompibles como las hélices fértiles y sabias en los árboles y en los susurros de la noche.

Restablecimiento de la comunicación entre Anny y su padre

Fue al tercer atardecer que la vida de Anny cambió nuevamente. Sin avisar, la eterna reverente luz de aquel rincón del viajero desplegó sus colores con una paleta escitilante sobre la mar. Cada color de este resplandor dejaba

un matiz inédito en la retina de los que encontraban un retazo de vida para compartir mientras la tarde se despedía y la noche traía consigo promesas y desvaríos. Anny meditaba frente a su ventana sobre lazos tronchados y sueños que yacían tras el rastro humano. De pronto, sintió cómo una sombra cargada de duda y esperanza se acercaba a su habitación, sus pasos errantes y presurosos en un compás de suspiros y latidos que parecían diluirse entre los recovecos de la vida y de la inmortalidad.

Era su padre. Gabriel Guzmán cruzó la puerta de la habitación, un rostro demudado y vulnerable enmarcado por la abatida tarde. Anny, sorprendida y enojada, se puso frente a su padre y mantuvo su mirada, una coraza que protegía su frágil corazón. Lo que ocurrió después parecía una lluvia de sueños que despertaron a las almas puras e hirientes en su vida.

- He venido a hablarte desde el corazón - murmuró Gabriel, todo su cuerpo tensado al filo de sus arrepentimientos y deseos. - Sé que mis acciones han causado un abismo entre nosotros, Anny, pero quiero decirte que sigo siendo el mismo hombre que cargaba tus pesadillas en sus brazos cuando eras una niña, cuando venías a buscar refugio en mis hombros por el temor a la noche.

La mirada de Anny era impenetrable, pero sus ojos se llenaron instantáneamente de lágrimas al escuchar aquellas palabras. Cómo podría decirles que aún tenía miedo de la noche, pero que ahora temía que sus pesadillas lo consumieran todo? Que ya no podían ser ahuyentadas por el canto de amor de su padre? Cómo explicarle que ahora le buscaba refugio a su temor a la traición?

- Cómo puedo saber que no volverás a causarnos más dolor? Cómo puedo perdonarte ahora? - preguntó Anny, su voz temblorosa al borde del abismo de su dolor.

Gabriel sintió un nudo en su garganta y una carga en su estómago mientras intentaba luchar contra sus miedos y los profundos remordimientos que lo invadían. Su respuesta fue un susurro apenas audible, que llevaba en sí toda la fragilidad de un hombre que se enfrentaba a la crueldad de sus errores.

- Anny, mi hija, no hay palabras para expresar mi arrepentimiento. No lo entenderías y, tal vez, no los merezco. Pero puedo decirte que aquí estoy, dispuesto a soportar mil tormentas y desgarros si es necesario, sólo para ver esos ojos brillar de nuevo con ese amor de hija que alguna vez me regalaste.

La voz de Gabriel se quebró al reconocer el dolor que había causado a su pequeña. Anny se quedó en silencio, procesando las palabras de su padre y entendiendo que, aunque no pudiera comprenderlo del todo, una parte de él seguía siendo ese hombre que la abrazaba en sus sueños y en sus noches tristes.

- Pero dime, padre - susurró Anny, sus ojos inundados de lágrimas que luchaban por salir. - Por qué lo hiciste? Por qué a mamá? Por qué a nosotras?

Gabriel tragó saliva y buscó en sus oscuros recuerdos la respuesta a esa pregunta. Con cada memoria y sentimiento desenterrado, su corazón se iluminaba con la luz vacilante de un arrepentimiento sincero.

- No sé cómo responderte, Anny. Tal vez fue por la maldita rutina, por ese monstruo que nos roba la alegría de cada día. O tal vez fue simplemente una debilidad, una fragilidad que no pude soportar. Lo único que sé es que nada puede cambiar lo que hice. Nada puede traer de vuelta la vida que tuvimos.

Anny se permitió derramar algunas lágrimas mientras escuchaba a su padre y se abría lentamente a sus palabras. Sabía que la confianza perdida tardaría tiempo en ser recuperada, pero en lo profundo de su ser, anidaba una pequeña llama de esperanza que no se dejaría apagar por el viento frío y cortante. Miró a su padre y, sin decir nada, se acercó a él y posó su cabeza en su pecho, abrazando al hombre que una vez fue su héroe, y que ahora era solo un hombre esforzándose por encontrar la manera de sanar su familia.

No importaba cuánto tardaran las heridas en cerrar, ni cuántos pasos fueran necesarios para que sus corazones volvieran a latir en armonía. Pero ahora, juntos, Anny y su padre se habían permitido un momento de reconciliación, un destello de humanidad que iluminaría el oscuro abismo que había surgido entre ellos.

Y con ese abrazo, poco a poco, la vida parecía reordenarse. La noche volvía a ser un manto de sueños y estrellas y no un sitio poblado por las sombras de la traición. No sabían que ocurriría mañana, si los rayos del sol traerían nuevas revelaciones o si las miradas maternas volverían a confiar en sus ojos. Pero ahora, al reconocerse uno en el otro, el amor reconstruiría cada instante de sus vidas, como un faro nuevamente encendido en el mar de sus corazones.

Nacimiento del nuevo hermanito y unión familiar

Desde el momento del primer llanto, del primer gemido que anunciaba el advenimiento del nuevo ser, las lágrimas de Susana y Anny se fundieron como los manantiales que emergen de la tierra después de una lluvia silenciosa y penetrante. Sus rostros estaban marcados tanto por la felicidad como por el dolor que aún residía en los rincones más recónditos de sus corazones; pero aferradas la una a la otra, las dos mujeres intuyeron que aquel era un momento único de renacimiento y encuentro, una cita a la que la vida las convocaba para desgranar, al fin, la esperanza y la vida que les había sido arrebatadas por el viento y las tormentas de la deserción y del olvido.

Gabriel, igualmente conmovido, observaba con temor y admiración a las tres mujeres que compartían aquel pedazo de vida, aquel recinto de esperanza y sinfonías que resonaba con la voz de la existencia que, por fuerza y por gracia del destino, había cobrado un nuevo sentido. Empapado de sudor y angustia, dio un paso hacia ellas y, con la voz más bien ahogada por un océano de sentimientos encontrados, murmuró su amor y su deseo de, en adelante, forjar un nuevo camino repleto de ternura, voces y suspiros.

Anny, asustada y ensimismada en sus propias incomprendiones y pesadillas, sostuvo a su hermanito entre los brazos, y con cada caricia, con cada mirada que clavaba en los ojos de aquel ser frágil e infinito, sentía que un soplo de viento rugía en su pecho, como un anuncio de las mil tempestades y primaveras que habrían de embargarla desde entonces.

-Cómo te sientes? -musitó Susana, con la voz rasposa y olvidada de caricias sinceras y consuelos terribles-. Qué piensas de tu hermanito?

Anny alzó la vista hacia su madre, y entre sus párpados surcados de temores y recuerdos, se dibujó una lágrima que sólo pudo anunciar la terminación y el inicio mundos anonadados en el fuego y en la vida.

-Te amo, mamá -respondió a media voz-. Y sí, también quiero a mi hermano créeme que lo intento, aunque no pueda aún comprender y aceptar todo lo que viene pasando estas semanas. Siento que soy otro ser, tan perdida y distante como el océano o la luna.

Susana, comprensiva de la angustia de su hija, le acarició el cabello y dejó que un sollozo entrecortado escapara hasta encontrar consuelo en los brazos débiles y anhelantes de Anny.

-Lo sé, mi reina. Y yo aprendo cada día que a veces la vida es demasiado

incomprensible e injusta, pero también amorosa y esperanzada. No siempre encontramos las respuestas exactas, pero en momentos como éstos, cuando sostenemos la vida entre nuestras manos y vemos en ella lo que dejamos atrás y lo que estamos por construir, podemos decir que todo, absolutamente todo, vale la pena.

Gabriel, ahora más cerca de ellas, tendió sus manos y acunó la pequeña cabeza de su hijo entre ellas, el silencio en él dando paso a la ternura y al arrepentimiento.

-Mis amores, les fallé de tantas formas -comenzó él, con una voz que se arrastraba, cansada, por sus labios-. Puse en riesgo no solo mi fidelidad a tu madre, sino también a ustedes, Anny y Lucía. Pero hoy, con la llegada de este pequeño, espero que podamos empezar a sanar nuestro corazón y a reescribir nuestra historia de amor, de perdón y de redención.

Anny lo miró, todavía cautelosa y herida, pero en su corazón había un principio de resolución, de fuerza y apertura hacia un futuro que, aun incierto, albergaba la promesa de la reconciliación y el amor.

Lucía, acercándose a la escena con los ojos divertidos y expectantes de quien adivina un secreto inmenso en los crepúsculos y los vientos, tomó entre sus brazos al bebé y, con una sonrisa de flor y savia, dijo:

-Este es el comienzo, no es cierto, mamá? Es el comienzo de una nueva vida para todos juntos.

Susana asintió y tomó las manos de Anny y Lucía, sus almas ya en camino hacia una reparación silenciosa e irrevocable, mientras Gabriel, arrepentido y redentor, prometía amarlos y protegerlos como la vida misma que, en aquellos brazos puros e insurrectos, comenzaba a cantar el poema infinito de la esperanza y el reencuentro.

Actividades en familia para fortalecer vínculos

Fue un claro y sereno sábado por la mañana cuando Susana encontró en el periódico local un anuncio que sugería actividades en familia al aire libre. Lo leyó con aprensión y con el estómago retorcido ante la idea de que el océano que dividía secretos y esperanzas fuera el tema central del día.

A los pocos minutos, Susana reunió a sus hijas en la sala y, con una mezcla de entusiasmo y temor, propuso una excursión a la playa. Anny, que tenía la memoria de un pulga sumergida en agua salada, aceptó sumisa,

quizás con una idea de encontrarse en aquellas corrientes azules la bahía de la Parra, donde las corrientes azules y la espuma del tormento se cruzaban una vez junto a su padre.

El sol de la bahía era ahora purpúreo, y cuando el día llegó a ese punto inmaculado que interrumpe el tiempo, los niños corrieron por primera vez a la playa, las risas anidaban en sus labios y sus pies palpaban las arenas sanadoras que cerraban el abismo que había separado para siempre a Anny de su padre en ese mismo mar que había traído la tormenta y el abandono.

Gabriel los acompañó, con inseguridad. Bucearon en el agua fría y las risas fueron apretando la cuerda que llevaba la ya olvidada algarabía en sus corazones.

A medida que la tarde dejaba el cálido mediodía atrás, Susana desplegó una manta de colores y dulzuras que calmaban el dolor tantos puñales y recuerdos mal paridos. La familia se acomodó en ella y las horas siguieron empeñadas en arrastrar el sol hacia otro ocaso ineludible, como las angustias que en algún momento zarparían de sus vidas.

Repentinamente, Lucía y el niño encontraron una maraña de conchas, ya abiertas por el viento, que invitaban a los dedos del alma a tocarlas y poblarlas de nuevas risas y temores.

Anny observaba a su hermana pequeña conmovida, comenzando a sentir el acercamiento, y propuso poner en fila a cada concha y crear con ellas una interminable cadena que uniera sus corazones y sus vidas.

Luego, Gabriel, aún cargado por las sombras, trajo con sus manos su error en válvulas pequeñas y quebradas, las depositó en la arena como las piedras de un puente hacia nuevas orillas de ternura y redención.

Entonces, hicieron preguntas, lúdicas e irónicas, mientras tendían las conchas al encuentro final. Anny se convirtió en cómplice de ese juego, como cuando en esos días evocados el mundo no había sido reducido a ceniza por las dudas y los lamentos.

Gabriel preguntó y las conchas, despojadas del eco y del olvido, dieron fe al universo insurrecto que en ese momento se extendía desde el mar hasta su conciencia.

- Qué es lo que más amas en la vida, Anny?

Anny tomó una concha rota y enmudecida, un sol de silencio que encerraba en sí mismo la vorágine infinita de todos los sueños y lamentos que se habían arrastrado hasta ese instante y lo lanzó hacia el mar.

- Mi familia, el amor y la confianza que me daban cuando todo estaba bien.

Los otros también quiso interrogar al mar y al silencio. Susana hizo su pregunta, como si lanzara un fuego de centellas con un propósito eterno y transformador.

- Es posible amarse cuando el amor se ha desgastado y la luna se tiñe de dolor y separación?

Todos enmudecieron, pero el silencio vino a su encuentro con una concha blanca y vibrante, el anuncio de una tregua y de un inicio que se abriría al eco y a la oscuridad de las olas y otro tiempo comenzaría a rodar hacia adentro de ellos, espantando fantasmas y neblinas de tormento y desdicha.

Cuando la tarde se convirtió en un abismo de siluetas ardientes y el mar y el cielo naufragados en fuego y promesas interminables, Gabriel lentamente caminó hacia Anny, abrió las manos y le entregó la última despedida de aquel día.

- Toma - dijo - te regalo estas conchas; quiero que las lleves como un collar de ternura, que simbolice nuestra reconstrucción y nuestro amor.

Anny recibió las conchas y desde las entrañas de esos paisajes truncos y ausentes, supo que el camino que faltaba por recorrer, aunque de espinas y tormentas, iba a renacer en ese abrazo de amor de padre que, aunque entre sombras y agonías, le mostraba su lado más humano y vulnerable.

Ya no eran un faro en un mar perdido. Eran una constelación de amor y de reconciliación, una cadena de conchas en el horizonte de la vida que por ahora brillaba en ese firmamento de hogares y esperanzas.

Reflexiones finales y aprendizajes sobre la importancia del amor y la confianza en la familia

Anny observaba fijamente la cuerda que sostenía el columpio en el parque junto al mar, su dedo índice siguiendo el entramado de fibras que se entrelazaban para formar una única fuerza capaz de mantener el equilibrio y la estabilidad de todo lo que colgaba de ella. Se dio cuenta de que su propia familia se había convertido en una estructura similar, con cada uno de los miembros sosteniendo las piezas rotas y desgarradas del amor, la confianza y la fe en el otro.

Era una tarde fresca de sábado y Anny, junto con sus padres y su

hermana Lucía, había venido al parque para disfrutar de un momento en familia. El sol bailaba a través de los árboles y la brisa llevaba consigo los susurros de risas lejanas y melodías de pájaros. Los últimos meses habían sido un remolino de emociones y escombros, pero ahora parecía que un equilibrio había sido alcanzado. La escena reflejaba un frescor en el aire, como si las tormentas internas que acechaban a cada miembro de la familia hubiesen sido aplacadas por un sentimiento más poderoso que el odio o el resentimiento.

Anny cerró los ojos y dejó que una emoción desconocida inundara su cuerpo. Nunca había sentido un sentido tan profundo de paz y aceptación como lo hacía ahora, y no pudo evitar sentir algo parecido a la felicidad. Sabía que no todo estaba resuelto, ni que su familia hubiera vuelto a ser lo que era antes, pero algo en su interior le decía que era posible seguir adelante, que podían renacer como un conjunto sólido y restaurado.

Susana y Gabriel caminaron hacia sus hijas, sosteniendo una canasta llena de bocadillos y bebidas para disfrutar en la tarde. A medida que se acercaban, Anny pudo ver un cambio en sus padres, algo que no había creído posible hace unos meses. Sus miradas ya no contenían las sombras del pasado, ningún rastro de amargura o arrepentimiento se reflejaban en sus rostros. En cambio, había una luz en sus ojos, una sensación de esperanza y de renacimiento que irradiaba desde el interior de ellos.

Lucía, que hasta entonces había estado jugando con las conchas que había recogido en la playa, levantó la vista y llamó a Anny para que se uniera a ella. Sus risas resonaron en el eco de las olas, empapándose de la luz dorada del sol que comenzaba a ponerse en el horizonte. Gabriel y Susana intercambiaron una mirada entendida y se acercaron para unirse al momento compartido.

Gabriel tomó las manos de Susana y Anny, mientras Susana envolvía su brazo alrededor de Lucía, formando un círculo. Durante un momento, se miraron a los ojos de todos, compartiendo su dolor y su amor sin palabras, pero con la comprensión de que estaban juntos, conectados y fortalecidos por el amor y la fé.

Había lágrimas y palabras pesadas, pero también había un aura de ternura. Una capa de escarcha había comenzado a desaparecer, los brotes de una segunda oportunidad habían florecido. El pasado, aunque nunca olvidado, ya no regía el presente ni dictaba el futuro. Eran una unidad, frac-

turada pero restaurada con las ligaduras del arrepentimiento, la comprensión y el amor incondicional.

”La vida nos ha enseñado muchas lecciones este año”, comenzó Susana con una voz suave y emocionada. ”Pero la más grande de todas es que, sin importar lo que suceda, debemos mantenernos juntos y apoyarnos mutuamente. Lo importante es aprender a perdonar, a curarnos y a crecer juntos. Tempestades vendrán, pero si nos aferramos al amor y la confianza, no hay nada que no podamos superar.”

Anny sintió que la cuerda del columpio, como un hilo herido, se tejía en un tejido más fuerte y hermoso. Y al igual que esa cuerda, su familia se enlazaba en la lucha por la existencia, en brazos fuertes y abrazos suaves, demostrando de alguna manera que lo que está unido con amor nunca se rompe. Al ver a sus padres y hermana, no solo juntos sino también conectados a través del corazón, Anny supo que había encontrado una verdad universal: la importancia del amor y la confianza en la familia.

Chapter 12

Aceptación de la nueva situación por Anny

Anny caminó hacia su habitación, sintiendo el peso del día sobre sus hombros y la carga de la revelación reciente en su corazón. Miró hacia la ventana, contemplando cómo las últimas luces del sol de la tarde se desvanecían en el horizonte. Tenía mucho en qué pensar, mucho en qué reflexionar. Y, sin embargo, el anhelo de escapar de todo eso, de encontrar algo de paz y tranquilidad, la mantenía con los ojos fijos en el cielo.

Una ráfaga templada de viento empujó la ventana abierta, dejando entrar el olor del océano que se mezclaba con las flores del jardín. Un escalofrío le recorrió la espalda y de repente sintió un deseo inexplicable. Quiso pararse en la orilla del mar, con los pies en la arena y su corazón lleno de fuerza, enfrentándose a la marea mientras el agua salada lamía sus tobillos y sus pensamientos se ahogaban en la profundidad del abismo.

Algunas veces todo le parecía un sueño, una pesadilla de la que quería despertar y abrazar a sus seres queridos con la certeza de que nada de eso había pasado. Pero la realidad era otra. La verdad aún golpeaba su pecho, una y otra vez, como si quisiera encerrarse en su corazón y derramar un torrente de tristeza y rabia.

Anny se puso su sudadera con capucha y salió al patio. Abrió la puerta trasera y se deslizó por el césped húmedo, con los ojos fijos en un punto de la duna de arena detrás del jardín. Atravesó el camino, doblando la esquina y miró sobre el muro que separaba la propiedad de la playa.

Allí estaba, el océano. El maravilloso, ilimitado e impasible océano que

tantas veces había sido su confidente, su cómplice en días llenos de luz y alegría, ahora se erguía ante ella como un testigo impertérrito de la traición y el dolor.

Se quitó los zapatos y bajó al encuentro de las olas. La arena estaba fría bajo sus pies y cada paso parecía llevarla a una nueva verdad, a un reconocimiento tácito de lo que había pasado y de su propia condición de víctima y sobreviviente en la ruptura de los cimientos familiares.

Un suspiro se escapó de sus labios y, súbitamente, las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y a deslizarse por sus mejillas como gotas de amor y desilusión.

Se detuvo justo en el borde del agua, donde las olas se desvanecían al contacto con la arena. Levantó la mirada al cielo y dejó que el viento jugara en su pelo, como si quisiera llevarse todo el dolor y la angustia que la oprimían.

Entonces, un pensamiento fugaz y poderoso cruzó su mente. Podría encontrar una manera de aceptar lo que había pasado, de reconciliarse con la nueva situación y, tal vez, de perdonar a su padre?

Sí, había cometido un error, pero también había mostrado arrepentimiento y deseos de enmendarlo, de salvar la familia y proteger a sus seres queridos de la ruina. Si ella mantenía su corazón cerrado, si se aferraba del todo a sus heridas, qué futuro tendrían todos ellos juntos?

Miró hacia atrás, hacia la casa, con sus luces encendidas y su cálido abrazo a la espera, y sintió algo en su pecho. Era como si un fuego de estrellas le diera fuerza y aliento, como si el mismo océano pulsara en su sangre y la instara a tomar un paso hacia adelante, a traspasar sus miedos y rencores y abrazar la posibilidad de un hogar restaurado y un amor incondicional en el seno de su familia.

Dio un paso hacia el mar y dejó que la marea lamiera sus pies y sus tobillos enterrados en la arena. La rueda del tiempo se detuvo y, en ese instante fugaz, Anny comprendió que el amor no era un faro en un mar de penumbras; era un puerto seguro, un abrazo que desafiaba la noche y sus astros, una certeza que renacía con cada amanecer.

Nuevas dinámicas familiares

Anny deslizó sus dedos por las cuerdas del viejo violín. Lucía estaba sentada en el borde de la cama, con la boca abierta, impactada por el sonido que le llegó hasta los huesos. Un año atrás, las dos hermanas habrían estado riéndose, mofándose de los sonidos que intentaban arrancar del viejo violín que Lucía había encontrado en el ático. Pero ese año había estado lleno de sombras y lágrimas, y la risa carecía de calor.

"Anny," susurró Lucía. "Vamos a encontrar una manera de todo esto, cierto?"

Anny miró a su hermana menor, con sus ojos inmensos y oscuros que parecían ocultar soles apagados. "No lo sé," confesó al fin. "Simplemente no lo sé, hermanita."

Gabriel estaba para llegar a casa después de un turno de más de quince horas en la fábrica. Susana estaba en la cocina, limpiando el cuchillo de cortar carne con gestos desgastados. Anny se había puesto de pie junto al fregadero, observando el movimiento de la nuca de su madre, los pequeños músculos tensos y sus hombros cansados e inclinados hacia adelante.

"Cómo estás, mamá?" preguntó Anny, y Susana levantó la cabeza, sus ojos encontraron los de su hija, y luego bajó la vista, avergonzada.

"No lo sé," susurró. "Ni siquiera sé si estoy perdonando a tu padre por lo que hizo. Pero también sé que lo amo y que quise una familia con él. Intento ser fuerte, pero siento que se me está quebrando el corazón."

Anny sintió una profunda ternura por su madre, un dolor que le recorría las vértebras. Abrazó a Susana y luego posó una mano sobre su vientre abultado. "No te preocupes," le aseguró. "Vamos a encontrar una manera de salir de esto."

Y sin embargo, cuando la noche cayó y una luz cálida inundó la casa, Anny sintió que estaba envuelta en sombras. El peso del día se aferraba a sus hombros, y temía pensar en la noche que se avecinaba, el regreso de su padre, el encuentro de las miradas traicionadas.

Fue Lucía quien sugirió que fueran al parque en lugar de esperar en casa. La idea de enfrentar a su padre en su fortaleza personal, la terraza donde solía dar la bienvenida a Gabriel, fue una perspectiva demasiado amarga para soportar. Susana, demasiado cansada para discutir, asintió en silencio y los cuatro salieron juntos, oscilan por la calle en un silencio incómodo que

zumbaba en sus oídos.

El parque estaba bañado por una luz suave, las sombras de la noche pronto se arrastraban para cubrir el césped y los columpios. Susana extendió una manta en el suelo y luego inmediatamente se tumbó, los ojos cerrados y las manos descansando sobre su vientre que se parecía a una colina que aspiraba ser montaña. Anny comenzó a contar las hojas de los árboles, determinada a encontrar una distracción en el entorno que la rodeaba.

Escuchó los pasos antes de que llegara, sabía que era Gabriel por la forma en que su corazón parecía encogerse. Vio a Lucía apretar los puños en su regazo, y Susana abrir los ojos y levantarse para sentarse, y supo que la estabilidad precaria que habían construido en los últimos meses estaba a punto de derrumbarse.

Pero por un momento, en esa luz crepuscular, todo pareció volverse completamente inmóvil. Y en ese silencio absoluto, Anny pudo ver a su padre por lo que era: un hombre débil y vulnerable, herido y aterrorizado por sus propios errores. Y en ese segundo, notó cómo las sombras en su propia alma se aligeraban, como si hubiera encontrado una respuesta en el corazón de la noche.

Persistencia de la desconfianza hacia el padre

Anny caminó hacia la ventana de la sala, con la mirada fija en el último rayo de sol que apuñalaba el horizonte. Sus dedos tamborileaban nerviosamente en el borde de la bandeja de plata que contenía una copa de té y unos pedazos de bizcocho. Sabía que en unos minutos su padre llegaría a casa después del trabajo, y no podía evitar sentir el estómago revuelto ante la idea de enfrentarse a él en su momento más vulnerable.

Antes de la tormenta de los secretos y las revelaciones, era Anny quien esperaba ansiosamente en la terraza a su padre, con una sonrisa de satisfacción y el corazón colmado de amor filial. Pero ahora, a la sombra de la infidelidad, incluso el simple acto de ofrecerle una bebida caliente se había convertido en un desafío y un recordatorio de la traición.

Se escuchó el ruido del auto al entrar al patio y Anny sintió cómo su cuerpo se tensaba, como si todos sus músculos quisieran huir de la inevitable confrontación. Susana, la madre de Anny, se encontraba en la cocina, con los ojos fijos en el reloj, como si quisiera detener el tiempo y evitar que la

noche dejara al descubierto las heridas que aún estaban sin cicatrizar.

Gabriel entró por la puerta principal, con aire cansado pero con una sonrisa débil al ver a su hija en el umbral. "Hola, Anny", saludó con cierto nerviosismo, mientras dejaba su maletín a un lado y se acercaba a ella.

Anny no dijo nada, simplemente le tendió la bandeja con el té y lo miró con ojos vacíos. En su mirada había una mezcla de desconfianza y desprecio que golpeo el pecho de Gabriel como un puñetazo inesperado.

"Gracias," dijo él, tomando la bandeja y tratando de no dejar que la decepción se reflejara en su voz. "Cómo estuvo tu día en la escuela?"

Anny se encogió de hombros y dio media vuelta para dirigirse a su habitación. No estaba dispuesta a entablar una conversación con él, no cuando cada palabra que salía de su boca solo servía para recordarle la relación secreta que había compartido con Mariana, como si borrara con cada frase el legado de cariño y ternura entre padre e hija.

Gabriel miró con tristeza cómo Anny se alejaba y escuchó detrás de él a Susana ingresar en la sala. "No te preocupes", le dijo ella, aunque la tensión en su voz delataba que no era un consuelo sincero. "Anny solo necesita tiempo para procesar lo que ha pasado."

"Ya han pasado más de seis semanas desde que se enteró", suspiró Gabriel, mordiéndose el labio inferior. "Cuánto tiempo más necesita?"

Susana también suspiró y se acercó a su esposo. A pesar de la traición y el dolor, había decidido permanecer junto a él, convencida de que podían superar ese obstáculo y reconstruir su familia. Pero Anny no parecía compartir ese optimismo, y cada vez que veía a su hija alejarse de ella y de su padre, sentía como si un abismo se abriera bajo sus pies.

"No lo sé, Gabriel", admitió al fin. "Pero es nuestra hija, y merece el tiempo que necesite para sanar. Lo importante es que sigamos intentándolo, que no nos rindamos ante la adversidad."

Gabriel asintió, pero una parte de él seguía sintiendo el temor de que Anny nunca volviera a confiar en él, de que esa distancia que había surgido entre ellos tras la revelación se convirtiera en un muro insalvable que los separara para siempre.

Pero allí estaba Susana, embarazada de ocho meses y sosteniendo su mano con una fuerza que desafiaba la gravedad de la situación, y él supo, en lo más profundo de su ser, que no podía rendirse. No había opción más que intentar recuperar la confianza de Anny, aunque le costara el alma en

el intento.

Porque al final del día, cuando las sombras se alargaban y amenazaban con tragarse la luz, era la familia lo que importaba. Y aunque Anny estaba herida, recelosa y distante, seguía siendo su hija, y siempre lo sería.

Solo quedaba por descubrir cuánta persistencia y cuánto amor serían necesarios para vencer a la desconfianza, y cuánto estarían dispuesto a arriesgar Susana y Gabriel por mantener unida a su familia, incluso si el precio era enfrentar sus propios demonios y sacudir los cimientos de lo que una vez parecía un sólido hogar.

Apoyo emocional entre Anny y su madre

Noche tras noche, cuando Anny se resguardaba en la oscuridad de su habitación después de otro día lleno de tensiones y silencios incómodos, sentía cómo la soledad se abría paso entre las sombras y se enredaba en sus pensamientos con suma crueldad. Sin embargo, en aquella ocasión en que su madre Susana se sentó junto a ella en el borde de la cama, Anny notó cómo las sombras retrocedían lenta pero inexorablemente.

"Anny, cielo, puedo sentarme contigo?", preguntó Susana con voz suave y una mano apoyada en el hombro de su hija.

Anny asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra, pero sintiendo un alivio profundo al poder permitir a su madre compartir aquel espacio que, en las últimas semanas, se había convertido en su refugio de penas y lágrimas.

La figura de Susana parecía encorvada por el peso de la preocupación, pero sus ojos conservaban el brillo de amor materno que Anny siempre había asociado a la seguridad y el consuelo.

"Anny, quiero que sepas que estoy aquí para ti", comenzó Susana con un suspiro tembloroso. "Y sé que esto no es fácil para ninguna de las dos pero quiero que sepas que siempre estaré a tu lado, pase lo que pase".

Anny apretó los labios e intentó controlar el temblor que recorría su cuerpo. Quería decirle a su madre cuánto la necesitaba, cuánto agradecía sus palabras y cuánto deseaba poder superar la decepción y el dolor que la invadían desde que había descubierto la traición de su padre. Sin embargo, sabía que ofrecerle un hombro en el que llorar tal vez no fuera suficiente para liberarla de la pesadumbre que la atenazaba.

”Lo sé pero no puedo evitar sentirme así”, dijo Anny al fin, incapaz de articular las palabras que le asfixiaban el alma.

Susana apretó con suavidad el brazo de su hija y le sonrió con ternura. ”No te preocupes, mi amor. Tienes derecho a sentir lo que sientes y expresarlo como puedas. Y si es necesario, si el daño que te ha causado todo esto está siendo demasiado para ti, no dudes en buscar ayuda. No estás sola, Anny”.

Anny sintió cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas y se refugió en los brazos de su madre, permitiéndose sentir aquel abrazo que habría querido que pudiera liberarla de todo su sufrimiento.

”Sé que necesito ayuda, mamá, pero no sé cómo encontrarla, no sé a quién recurrir ”, murmuró entre sollozos.

Susana acarició con cariño el cabello de su hija y le aseguró que buscarían juntas la ayuda que necesitara. Y mientras lo decía, el corazón de Susana se iluminó con el recuerdo de un lugar al que, en otro tiempo, había acudido ella misma en busca de apoyo y consuelo, cuando su vida había estado llena de sombras y preguntas sin respuesta.

”Hay un lugar aquí cerca donde ofrecen terapia y apoyo emocional, Anny. Hace años, cuando atravesé un momento difícil en mi vida, me ayudaron muchísimo. Podríamos ir juntas, si te parece. Tal vez la respuesta a nuestra aflicción esté ahí, esperándonos”, sugirió Susana con esperanza.

Anny se sorprendió ante la propuesta de su madre, pero no pudo evitar sentir un leve resplandor de esperanza en su corazón. Acaso su madre también hubiera pasado por una oscuridad semejante y había salido adelante eso significaba que tal vez también ella podría encontrar la luz al final de aquel largo túnel en el que se encontraba.

”Me gustaría intentarlo, si tú crees que pueda ayudarnos”, respondió Anny, con los ojos aún llenos de lágrimas, pero dispuesta a buscar aquella sanación que tanto ansiaba.

Susana dejó un beso en la frente de su hija y sonrió con la promesa de un amanecer compartido, una promesa de que, al final del día, madrugarían juntas para enfrentarse a la adversidad y buscar la felicidad que siempre habían merecido.

Aprendizaje sobre el manejo de la ansiedad

La luz de la mañana entraba por la ventana de la cocina, inundando la habitación con una calidez reconfortante. Susana removía lentamente el café en su taza mientras observaba a sus hijas prepararse para otro día de clases.

Anny había insistido en que no quería recibir ayuda ni consuelo de nadie, incluso de su propia madre. Aun así, Susana no podía ignorar las bolsas oscuras bajo sus ojos y la inquietud que la inmovilizaba de vez en cuando. Era como si su hija estuviera atrapada en una jaula invisible, pisoteada por el peso de su propio tormento y desesperación.

Lucía, por otro lado, parecía estar manejando la situación con más gracia. Aunque las noches en que se acurrucaba al lado de Anny en la cama habían aumentado, seguía siendo la hermana menor feliz y despreocupada. Sin embargo, Susana no se engañaba por completo. Sabía que Lucía también sufría, su corazón roto por la situación que había dividido a su familia.

Después de despedirse con un beso de sus hijas, Susana cerró la puerta detrás de ellas y se dirigió a la habitación de Anny, con la esperanza de encontrar alguna pista sobre lo que la atormentaba. Sus sospechas resultaron ser correctas cuando, en el cajón superior del escritorio de Anny, encontró un cuaderno manchado con lágrimas, en el que su hija había derramado todas sus preocupaciones, miedos y angustias.

Susana se sentó en el borde de la cama de Anny, acunando el cuaderno en sus manos mientras leía cada página. No pudo evitar que las lágrimas brotaran mientras leía palabras como "asfixiado", "incapaz de respirar" y "temblosa, como un terremoto silencioso". La ansiedad descrita en el cuaderno de Anny parecía convertirse en una oscura nube que se cernía sobre Susana, sofocando cada rincón de la habitación.

Fue entonces cuando Susana supo que no podía quedarse de brazos cruzados. Tenía que hacer algo para ayudar a Anny a enfrentarse y superar la ansiedad que la había atrapado.

Susana se encontró en la puerta del aula de yoga, mirando los cuerpos en el piso como flores en un campo de paz y serenidad. Recordó cómo esos mismos movimientos y respiraciones la habían sostenido durante los días difíciles y oscuros, como un salvavidas invisible que la mantenía a flote.

Le había contado a Anny sobre la clase y su poder sanador, pero su hija

parecía reacia a salir de su capullo de dolor. Con un suspiro, Susana le dejó una nota en el cuaderno de Anny, asegurándole nuevamente que estaba ahí para ella, sin importar lo que eligiera hacer.

Más tarde esa tarde, cuando Anny llegó a casa de la escuela, encontró la nota de su madre y, con la guardia baja, comenzó a leerla.

”Hija mía, he visto que las cosas han sido difíciles para ti desde que todo esto comenzó, pero quiero que sepas que estoy aquí para ti. En mi vida, encontré consuelo y alivio a través del yoga y la meditación. No sé si esto será lo que necesitas, pero es algo que me gustaría compartir contigo.”

El corazón de Anny latió rápido mientras leía las palabras de su madre, y por primera vez en semanas, se permitió considerar seriamente la sugerencia de su madre, con la esperanza de que quizás esto la ayude a sanar.

La noche siguiente, después de cenar, Anny encontró a Susana sentada en el suelo del salón, con los ojos cerrados y las manos en posición de meditación. Luego de unos momentos de vacilación, Anny se sentó junto a ella. Susana sonrió y comenzó a guiar a su hija a través de simples ejercicios de respiración, mientras la oscuridad del exterior se mezclaba lentamente con la suave luz del interior, envolviendo a madre e hija en una atemporal danza de esperanza y amor.

Con cada inhalación de aire tibio, Anny sentía cómo la ansiedad retorcida en su estómago comenzaba a desenredarse, dando paso a una sensación más ligera y ténue. Con cada exhalación, expulsaba los miedos y preocupaciones que la habían paralizado durante tanto tiempo.

Fue entonces cuando Anny comprendió que la ansiedad no tenía que ser un monstruo que la dominara, sino una parte de ella misma que podría aprender a controlar y manejar. Y mientras se sentaba en el suelo junto a su madre, unida a ella por una hazaña invisible de amor incondicional, Anny supo que había dado el primer paso hacia la recuperación y la sanación.

Búsqueda de terapia y actividades que ayuden a Anny a recuperarse

Anny salió de la escuela con sus manos en los bolsillos y la mirada fija en la acera. La campana había sonado unos momentos atrás, y su paso sin rumbo era el único indicio de que, en lo más profundo, todavía no sabía qué

dirección tomar.

Sabía que su vida no podía continuar uno por uno de los días que se amontonaban, como nubes grises en el horizonte. Aunque vivía la manera imprecisa en que su tiempo se disolvía, tenía la certeza de que ya no podía mirarse en el espejo sin verse transformada en un rostro desconocido, tejido de pavor y espanto. Algunas madrugadas, se sorprendía en el baño, con el corazón acelerado y las sienes golpeadas por una ciclópea presión, incapaz de reconocer sus propios pensamientos.

Ese día, justo antes del timbre, su maestra, la señorita Rojas, la había llamado aparte con una preocupación casi maternal en la mirada. "Anny, es muy importante que no te olvides de lo mucho que te importa. Esto que estás viviendo es solo un episodio; no debes permitir que todos los días te derroquen así ", había murmurado mientras le revolvió los cabellos con un cariño que a Anny se le antojaba lejano y desconocido. "Quizás deberías buscar una terapia o una actividad que te permita escapar por un momento de todo esto, aunque sea solo por conseguir un poco de paz para tu corazón".

Anny había asentido con docilidad, pero en su interior había luchado contra una furia que se negaba a ser contenida. Quién era esta mujer para darle consejos sobre cómo llevar su vida? Por qué ella pensaba que podría comprender lo que Anny estaba viviendo?

Sin embargo, cuando el ocaso comenzó a robar la luz del día y Anny escuchó el lejano aullido de un perro en la calle, sus pensamientos se atropellaron, como lágrimas luchando por salir de unos ojos que los niegan. Tal vez la señorita Rojas estaba en lo cierto: tal vez ella debía buscar ayuda, tal vez debía dejar de permitir que la opresión de su vida se filtrara en su alma y la oscureciera.

Aquella noche, Anny no pudo dormir. Las palabras de la señorita Rojas resonaban una y otra vez en su cabeza como un leitmotiv, como un llamado incesante a la acción. Se levantó de la cama con el sigilo de un ladrón en la noche y encendió la débil luz de la lámpara junto a su escritorio. La habitación se bañó en un resplandor amarillento que parecía hacer aún más palpable la agonía que se había apoderado de Anny hasta las entrañas.

Sacó una libreta y un lápiz y se puso a escribir una lista de todas las cosas que la habían hecho feliz en el pasado, de todas las actividades en las que había soltado retazos de sí misma sin miedo ni vergüenza. Quería encontrar una pista de alguna manera, una senda a seguir que la llevara a

curar las heridas que la consumían por dentro.

Cuando terminó, la lista que tenía ante sí parecía haber sido escrita por otra mano, por alguien a quien no conocía pero a quien ansiaba comprender. Anny la estudió durante un largo rato, preguntándose qué sería de la niña que había sido antes, si en algún lugar de su corazón todavía había restos de aquella inocencia que ahora parecía tan lejana.

Los días siguientes se transformaron en una avalancha: cursos de pintura, talleres de teatro, horas en la piscina de la escuela Nada hacía que el vendaval que la atormentaba cediera. Sin embargo, no estaba dispuesta a rendirse. Si el camino a la felicidad estaba escondido en algún lugar entre las actividades de su lista, entonces lo encontraría, aunque tuviera que subvertir cada uno de los ítems hasta dar con el que devolvería la paz a su alma.

Una tarde, cuando las sombras cubrían las calles como mareas de tinta, Anny recordó el último elemento de su lista, el que había burlado todos sus intentos por ser rescatado del olvido en el que se había hundido: la música. La idea de volver a empuñar un pincel, de trabajar con el barro o de recitar poesía parecía absurda cuando uno había llegado tan cerca de la vorágine, pero en la música encontró un último asidero, un último intento desesperado por poner fin al dolor.

Anny trepó los escalones del desván y sonrió al ver su viejo teclado. No podía recordar cuál había sido el último instante en que lo había tocado, sumida como estaba en la oscuridad y la niebla de sus actuales circunstancias. Sintió que su corazón latía con fuerza mientras levantaba la cubierta de polvo y revelaba las teclas amarillentas.

Su corazón vibró al oír una pieza que resonaba en el aire como un susurro de otro tiempo, la melodía que acompañaba los últimos coletazos de dicho instante. A tientas, jugó con las teclas, tratando de recordar esa partitura que ahora amenazaba con desvanecerse sin remedio en los rincones olvidados de su memoria.

Al cabo de un rato, Anny sintió que se hundía en aquella música, en aquel lenguaje que alguna vez había sido su salvación. La ansiedad parecía retroceder, y en su lugar nacía una ola de canciones olvidadas y emociones represadas que se derramaban sobre las páginas de su vida como torrentes de luz y esperanza.

Cuando Susana halló a Anny en el desván, lágrimas y sonrisas entrelazadas en su rostro, supo que al fin había encontrado el camino que la

conduciría hacia la sanación y la liberación.

Aceptación gradual del perdón hacia su padre

El sol comenzaba a ocultarse detrás de las nubes, arrojando su luz mortecina sobre el pequeño parque junto al mar, tintando sus muros de un ámbar intenso y brillante. El viento que soplaba desde el océano traía consigo el olor de la sal y el rumor de las olas que rompían en la playa, una sinfonía incesante de tristeza y esperanza entrelazadas.

Anny había llegado al parque unos minutos antes, con los ojos hinchados y enrojecidos, el corazón convertido en un amasijo tembloroso de dolor. Sólo en ese lugar, en el que las brisas frescas y saladas parecían traer serenidad y quietud, se permitía dejarse llevar por sus lágrimas, por su lucha contra la ansiedad y su deseo de perdonar a su padre, aunque todo su ser se lo prohibiera.

Sintió una mano en su hombro y se volvió, esperando ver el rostro comprensivo de su madre. Sin embargo, en su lugar, se encontró con los ojos apenados y vacilantes de su padre.

—Anny —dijo él con una voz ronca y cansada, como si llevara años sumido en la penitencia—. Quiero que sepas que estoy aquí para ti, a pesar de todo lo que ha sucedido. No importa cuánto arrepentimiento sienta, sé que no puedo mover montañas para que vuelvas a confiar en mí. Pero puedo tratarte siempre con amor. No importa cuánto me alejes.

Anny cerró los ojos y tragó saliva, intentando encontrar dentro de sí la fuerza y el coraje para escuchar a su padre sin permitir que las emociones abrumadoras se apoderaran de ella. Sabía que era necesario que, tanto ella como su padre, enfrentaran sus sentimientos para salir de aquella niebla de dolor y miedo en la que se habían sumido.

—Por qué lo hiciste? —preguntó Anny en un murmullo. Era la pregunta que retumbaba desde hace semanas en su cabeza, que perforaba cada rincón de su ser al mismo tiempo que le causaba escalofríos—. Por qué le hiciste eso a mamá?

El padre de Anny exhaló un suspiro cansado, su mirada horas atrás suplicante, colocándose a la altura de su hija. Sin embargo, parecía incapaz de mirarla a los ojos cuando respondiera:

—Fue un error, Anny. Uno que nunca debí cometer. No lo hice pensando

en lo que pasaría después, no pensé en cómo lastimaría todo lo que había construido con tu madre a lo largo de los años

—Pero ahora sé que no puedo revertir el tiempo y borrar lo que hice, pero puedo y quiero arreglar las cosas y estar presente para todos ustedes...

Las palabras de su padre flotaban en el aire entre ellos, como una promesa que cada uno de ellos sabía que le cargaría de aquí en adelante. Anny sintió un nudo en la garganta, luchando contra el deseo de lanzarle un torrente de reproches, sabiendo que no harían más que abrir viejas heridas.

—Padre permíteme tiempo, por favor —susurró Anny, las lágrimas corriendo ahora por su rostro como ríos de sal y soledad—. Necesito que entiendas que esto no va a sanar de un día para otro. Pero no quiero que pienses que te odio, porque no lo hago. No quiero dejarte fuera de mi vida, pero no quiero tener miedo de confiar en ti...

Gabriel asintió en silencio, apreciando la honestidad y el esfuerzo que estaba haciendo Anny para comunicarse con él. Sabía que ella necesitaba tiempo para sanar y que esa sería una travesía larga y desafiante. Sin embargo, estaba dispuesto a enfrentarla, aun si significara caminar a través de tormentas de desesperanza y arrepentimiento.

—Te amo, Anny —le dijo con voz pausada, pero cargada de emoción—. Y no importa cuánto tiempo lleve recuperar la confianza de ti y tu madre, quiero que sepas que siempre estaré aquí, como tu padre, como un amigo y como un soporte para ayudarte a dar esos pequeños pero difíciles pasos hacia la sanación.

La tarde había cedido finalmente al silencio, los últimos rayos de sol desvaneciéndose en el ocaso como recuerdos lejanos. Anny se volvió hacia su padre, las lágrimas interminables dando paso a una resolución recién hallada en sus ojos. Juntos, comenzaron a caminar por la playa, dejando atrás las sombras de su presente mientras daban sus primeros y vacilantes pasos hacia el perdón y la esperanza.

Cambio en la perspectiva de Anny sobre el amor y las relaciones

Caminando entre los pequeños adoquines del parque al lado del mar, Anny sentía el revuelo colérico de los pensamientos agitando su cabeza. El correr de las olas, como si fueran cuerpos tremendos abalanzándose sobre la playa

sólo para retroceder una vez más, le devolvía la certeza de que la vida nunca volvería a ser como antes. Había llegado aquel momento que tanto temía, en el que su inocencia se desgarraría en pedazos y dejaría al descubierto aquella tierra yerma que vio crecer a Mariana.

Puntas de cigarro, abandonadas sin pudor entre las veredas de la plaza, le recordaban a Anny aquella vez en que, con diez años, había visto a un hombre y una mujer reconciliarse, abrazados junto a la fuente, mientras ella esperaba a su padre terminar el trabajo con Gabriel. Nunca había vuelto a verlos, y siempre se había preguntado si aquel romance había seguido adelante o si, como todo lo demás en su vida posterior, había terminado en aquellos besos y suspiros lacónicos.

Ahora, mientras caminaba por aquel territorio, la amargura inundaba sus labios cuando pensaba en la fría noche, cuando sus ojos no pudieron soportar más el tener que ver la expresión miserable de la señora Martínez, la madre de Lucía, llorando en el sofá mientras miraba una foto de Beatriz, la hermana de Anny, borracha desde hacía años y una sombra de su antiguo yo.

Estos eran los recuerdos de Anny sobre el amor, un espejo, un poema en prosa malgastado y desbotado. Pero ahora que su propia vida estaba golpeada por la furia de sus padres, no podía evitar mirar de nuevo hacia ese abismo oscuro y profundo que había tratado de ignorar durante tanto tiempo. Al esperar a su padre en ese parque al que solía mirarlo con admiración, las rejas de sus barreras mentales se estremecían y traqueteaban, como si fueran los últimos defensores de una ciudad sitiada, acosada por la amenaza exterior.

Anny se volvió cuando vio a su padre acercarse, el cabello despeinado por el viento y las ojeras sombrías ocultas en parte por las gafas oscuras que llevaba puestas. No pudo evitar sentir cierta compasión por él: detrás de aquel hombre que había causado tanto dolor en su hogar había una sombra de culpa y remordimiento, un rastro inevitable del pasado que había fundido su vida con la de esos monstruos.

Sin embargo, no pudo evitar lanzarle una mirada dura, una acusación muda en sus ojos: Por qué había hecho todo esto a su madre, a él mismo, a su familia? Por qué había cedido ante el fuego que lo consumía y se había permitido ser arrastrado por la vorágine de sus propias pasiones?

Gabriel se detuvo frente a ella, la expresión hierática como si fuera una

estatua de dios en un semblante sereno pero distante, la mirada sombría y lastimera. Antes de que pudiera decir una palabra, Anny levantó la mano para contenerlo.

"Sólo quiero entender", le dijo en voz baja, "quiero saber por qué lo hiciste, y por qué mi vida ahora es una masa lacerada de sombras y miedos. Cómo puedo amar a alguien, cuando la única lección que me has enseñado es que el amor siempre se desmorona en pedazos rotos?"

Gabriel frunció el ceño y vaciló, tratando de encontrar las palabras adecuadas. Pero frente a la mirada implacable de Anny, reconoció que no había respuestas fáciles, que el sentimiento del amor, incluso el amor paternal, era terriblemente frágil y susceptible a la destrucción.

Sabía que, sin importar cuántas veces rogara su perdón, nunca podría reparar la brecha que había causado en la relación entre Anny y el amor. Pero eso no significaba que no pudiera luchar con todas sus fuerzas para hacerlo.

"Anny", comenzó Gabriel, "sé que te decepcioné. Me he dejado llevar por el miedo y la debilidad, y eso me llevó a cometer un error que no puede ser borrado. Pero te prometo, por el amor que te tengo, que voy a intentar cambiar. Quiero ser un hombre mejor, un marido mejor, un padre mejor. Quiero que sepas que siempre voy a amarte, y que siempre voy a luchar por ti, incluso si eso significa enfrentar mis propios demonios".

La oscuridad en los ojos de Anny se disipó ligeramente, como si las palabras de su padre hubieran despertado en su corazón un tímido rayo de esperanza. Miró hacia el horizonte, donde las olas golpeaban implacablemente la costa, como si buscaran un refugio que siempre estaría fuera de su alcance.

Y aunque sabía que las palabras de Gabriel no podrían sanar todas sus heridas, Anny decidió en ese momento que no dejaría que el miedo y la desconfianza dictaran en absoluto su vida. El amor había sido traicionado, sí, pero eso no significaba que fuera irrecuperable.

Volviéndose hacia su padre, Anny asintió lentamente. "Voy a intentar, padre", dijo con voz firme. "Voy a intentar perdonarte, y aprender a confiar en ti de nuevo. Aprender a amar, a pesar del dolor".

Gabriel la abrazó, y juntos miraron las olas mientras el aliento del mar, Santiago Fermín y la sombra de Mariana, atestiguaban su promesa silenciosa.

Nacimiento del nuevo hermano y unión familiar

El sol surcaba las olas del mar, empapando la playa en luz ámbar y jade mientras el crepúsculo se deslizaba hacia la costa. Anny había estado mirando desde la ventana de su habitación durante horas, con un corazón tembloroso y los brazos vacíos, mientras su padre llevaba a su madre al hospital. El tiempo, esa bestia cruel e implacable, se había consumido hasta el final, y ahora era el momento del nacimiento de su nuevo hermano, ese pequeño ser que había crecido en el vientre de su madre en medio del caos y el dolor.

Anny se sintió emocionada y temblorosa, la culpa royendo en sus entrañas mientras se enfrentaba a la posibilidad de otro vínculo roto, otra relación desgarrada por la traición y la mentira. A lo largo de las últimas semanas, había luchado con dientes y uñas por reconstruir su mundo, por mantener a raya a las olas despiadadas que amenazaban con arrastrarlo todo a su abismo oscuro e infinito.

Había intentado enfrentarse a su padre en más de una ocasión, sus palabras como dagas lanzadas desde el fondo de su alma. Sin embargo, cada vez que se enfrentaban, parecía como si todo se volviera borroso, como si su padre no fuera más que una sombra de humo y llamas en su mente, y ella, la hija que había conocido y amado hasta ahora, se hubiera convertido en una extraña en su propio corazón.

Los brazos vacíos de Anny se estremecieron, ansiando ver a su madre de nuevo, abrazarla con fuerza y asegurarle que todo estaría bien, que podrían reconstruir su mundo juntas y borrar el rastro de sombras que se inclinaba detrás de ellas como una pesadilla que no podría desaparecer.

Y entonces, en ese momento de angustia y desesperación, la puerta de la casa se abrió, y Anny se encontró mirando a su padre, su rostro cansado y desgastado, con una sonrisa que no había visto en meses. Con suaves brazos cargando a un pequeño bultito envuelto en una sábana celeste.

“Anny, ven y conoce a tu hermano,” susurró Gabriel, extendiendo sus brazos para que ella viera el milagro que había traído consigo a este mundo lleno de tinieblas y tormentas.

Anny se acercó, un poco insegura, sus pies descalzos arrastrándose por el suelo frío mientras sentía una sensación indómita de asombro y expectación surgiendo dentro de ella. Llorando, extendió sus brazos y recibió al pequeño

y delicado recién nacido en su regazo, sintiendo el peso del amor y la esperanza reposando en su regazo una vez más.

"Se llama Daniel," le dijo su padre con una sonrisa temblorosa que no pudo evitar sentir afecto. "Tu madre eligió el nombre, después de pensar mucho y recordar los días de felicidad y amor compartidos."

Sus ojos se elevaron hacia su hija, un brillo de añoranza y culpa mezclados en su mirada mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para comunicar lo que sentía en ese instante.

"Anny, sé que hemos pasado por mucho dolor y sufrimiento últimamente, y me doy cuenta de que gran parte de la culpa es mía," comenzó, con una voz que temblaba en cada palabra. "Pero quiero que sepas que estoy comprometido a hacer todo lo posible para sanar nuestras heridas y reconstruir nuestra familia. Daniel y tú, y tu hermana Lucía, son lo más importante para mí en este mundo, y quiero asegurarme de que siempre sepan cuánto los amo y cuán orgulloso estoy de ser su padre."

Anny miró a su padre, las lágrimas brotando de sus ojos como ríos de esperanza y redención, mientras acunaba a Daniel en sus brazos y sentía palpar la vida en su cuerpo diminuto y frágil. En ese momento, supo que, aunque siempre habría sombras y dolor en su historia, siempre habría una oportunidad para renacer, para aprender a amar y confiar en aquellos que importaban.

"Gracias, papá," murmuró, su voz ahogada por las emociones tempestuosas que la barrían, llevándola más allá del horizonte y hacia la luz dorada de la mañana que se acercaba.

Y juntos, con sus corazones entrelazados en la promesa de un nuevo comienzo y una vida reavivada por el amor y la fe, la familia se unió, abrazándose el uno al otro mientras las olas del mar y las estrellas centelleanes atestiguaban su momento de gracia salvadora. Juntos, con el nuevo hermano en sus brazos, la familia encontró la fuerza para enfrentar una nueva realidad y abrazar cada desafío con propiedad y comprensión.

Reestablecimiento de la relación entre Anny y Gabriel

El aire salado del mar arrastraba consigo el dolor y la desconfianza, como si quisiera empujarlas hacia el horizonte lejano y liberar a Anny de la pesadumbre que la había atormentado en los últimos meses. Mirando las

olas rompiendo en la orilla, buscó en ellas algún tipo de consuelo, en su repetición incesante y cicatrizable, un espejo en el que le gustaría reflejar un corazón que pudo, a su vez, doblarse pero no romperse. Pero por más que intentó encontrar consuelo en el agua azul y el cielo infinito, la profundidad de su dolor y decepción no había encontrado descanso.

El viento traía consigo viejas historias, recuerdos apresuradamente enterrados en lo profundo de su mente y de su corazón. En el rayo dorado del sol, Anny vio momentos fugaces, como un rompecabezas quebrado por el olvido y re ensamblado en una imagen incompleta. Risas en el parque, dulces helados en la playa, el abrazo de un padre fuerte y reconfortante después de un día largo y agotador. No obstante, luchaba por aceptar que ese hombre, su padre, era el causante de su tormento.

La figura de Gabriel se quedó grabada en su mente, sus facciones familiarmente desconocidas proyectadas en el horizonte lejano. Cómo podía un hombre que había estado siempre a su lado traicionarla de esa manera, regalar el amor que habían compartido a otra mujer? Y cómo podía Anny encontrar en sí la voluntad de perdonarlo, cuando todo su ser gritaba de dolor ante su presencia?

"Anny, tenemos que hablar", susurró una voz suave y tentativa detrás de ella. Gabriel estaba parado allí, su figura ensombrecida por el sol dorado como si esperara el juicio de un ser divino. Anny apretó los puños, despreciando la debilidad que la hacía anhelar un abrazo, una palabra amable, una afirmación de amor e incondicional.

"Qué quieres, padre?", respondió Anny con un tono fronoso, su voz ronca por el viento y la tristeza.

Gabriel se quedó allí, silencioso por un momento, examinando la expresión atormentada de su hija y luchando por encontrar las palabras adecuadas para reparar el dolor que había causado. Sus hombros se hundieron bajo el peso de la culpa mientras su voz temblaba a medida que avanzaba una disculpa que sabía que podría no ser suficiente.

"Lo siento, Anny. Lo siento mucho", comenzó, sus palabras vacilantes, como si temiera encontrar rechazo en lugar de misericordia. "Cometí un terrible error y lastimé a nuestra familia de una manera que nunca podría haber imaginado. No puedo deshacer lo que he hecho, pero me arrepiento de todo corazón y quiero, de alguna manera, hacer las paces contigo y con tu madre".

Anny se volvió hacia él con una expresión dura y dolida, su ceño fruncido ante la vista de un hombre que alguna vez había significado la seguridad y la protección. "Y cómo piensas hacer eso, padre?", preguntó en voz baja, sus dedos hundiéndose en las palmas de sus manos mientras luchaba por contener las lágrimas que amenazaban constantemente con abrumarla.

"No lo sé", admitió Gabriel, su voz llena de derrota y agonía. "Pero quiero intentarlo, aunque sea un camino difícil y lento. Quiero hacer lo que sea necesario para reconstruir nuestra relación, incluso si eso significa enfrentarme a mis propios errores y aprender a ser un hombre y un padre mejor. Todo lo que pido es una oportunidad".

La brisa marina jugó con el cabello de Anny, sus dedos helados rozando su rostro mientras buscaba en su corazón una respuesta a la súplica de su padre. Aunque sabía que la reconciliación no sería una tarea fácil, también entendió que no podría continuar llevando la carga de la amargura y la desconfianza que estaba aplastando su alma.

"Está bien, padre", dijo finalmente, sus palabras cargadas de emoción mientras se arrebataba las lágrimas que finalmente habían escapado de sus ojos. "Te daré una oportunidad. Pero tienes que prometerme que nunca, nunca, nos lastimarás de esta manera nuevamente. No podría soportar pasar por esto otra vez".

Gabriel asintió fervorosamente, joyas ardientes brillando en sus ojos mientras se esforzaba por contener su propia avalancha de emociones. Extendió sus brazos hacia Anny, envolviéndola en un abrazo que no podía ser más que una temblorosa promesa de esperanza y redención.

Y mientras el sol comenzaba a hundirse en el océano, los dos se unieron en un momento de perdón que los llevaba hacia un mañana incierto pero lleno de oportunidades.

Reflexión sobre la lección aprendida y crecimiento personal

La oscuridad de la noche se cernía sobre el horizonte, engullendo el último brillo dorado del sol mientras las olas del mar susurraban palabras de sabiduría insondable. Anny se sentó en la playa, en ese banco que alguna vez había compartido con su padre cuando aún era un hombre en el que ella confiaba plenamente. En estos días de cambio tumultuoso y revelaciones

inesperadas, Anny se encontraba reflexionando sobre las alas caprichosas del destino, que la habían sacudido de la comodidad de su vida y la habían arrojado a una tormenta de dudas y corazones rotos.

Las propias emociones de Anny se transformaban tanto como las mareas del océano el cual la rodeaba, un ciclo interminable de ascensos y descensos, de alegría y tristeza, de ira y amor. Aunque la ola de sentimientos era abrumadora hasta el punto de asfixia, Anny sabía en algún lugar de su alma que había encontrado un inmenso crecimiento y comprensión en medio del dolor.

El aire salado parecía quemar sus lágrimas mientras fluían por su rostro, recordatorios silenciosos de los eventos que habían llevado a su familia al borde del abismo y de regreso, en un rincón siniestro de la realidad. Mientras revivía esos momentos de angustia y confesiones desgarradoras, Anny sintió que su corazón se conmovía por el amor resiliente que su madre había demostrado, y el arrepentimiento genuino que, aunque tarde, había surgido en su padre.

Mirando a las profundidades alrededor de sí misma, Anny comenzó a darse cuenta de que había encontrado lecciones invaluablemente incrustadas dentro de la oscuridad, destellos de sabiduría que iluminaban su mente con verdades que serían cruciales para su vida futura. Había aprendido sobre el poder de la compasión, la fuerza de la verdad y la naturaleza agri dulce de la condición humana.

En el sufrimiento compartido de su madre, Anny había visto el coraje y la valentía de una mujer que estaba dispuesta a enfrentarse a su propio tormento por proteger a sus hijos. En sus momentos de debilidad y lágrimas, había visto a Susana reconectarse consigo misma y enfrentarse al abismo con la cabeza en alto. Anny sabía que, aunque todavía había un largo camino por recorrer, su madre había dejado una huella indeleble en su corazón y su alma.

Con respecto a su padre, Anny se dio cuenta de que había encontrado una verdad más difícil de aceptar, pero igualmente importante: la capacidad del ser humano de cometer errores y perder todo lo que es valioso en busca de anhelos pasajeros y felicidad efímera. Miró hacia atrás a los momentos en que Gabriel había luchado por recuperar la confianza de sus seres queridos y por redimirse a sí mismo, y sintió algo que parecía muy parecido a la empatía apretándole el corazón.

Anny comprendió que su padre representaba el lado más oscuro y complicado de la vida, pero también la lección de que las personas son seres imperfectos, sujetos a tentaciones y caídas. Aunque sabía que nunca podría olvidar completamente el dolor y la traición que había experimentado, también entendió que debía aprender a perdonar, de lo contrario, la amargura y el resentimiento la consumirían con un hambre voraz e insaciable.

Era difícil imaginar cómo su relación y vínculo con su padre se fortalecerían con el tiempo, pero Anny sabía que debía enfrentarse a esos momentos difíciles con apertura y honestidad, para que pudiera sanar tanto a sí misma como a su familia. En última instancia, la vida no era una serie de momentos perennes de felicidad y armonía, sino un torrente de alegrías y penas, de triunfos y fracasos.

Anny se puso de pie, sintiendo cómo la arena húmeda y fría se apretujaba entre sus dedos, y miró al último rayo de sol en el horizonte, que se esforzaba por sostenerse en un mundo que se desliza hacia la oscuridad. Entendía que el amor y la confianza eran valores preciosos en la vida, algo que nunca debía darse por sentado, pero que también debía aprender a crecer a través del dolor y aceptar las complejidades y el caos de la naturaleza humana.

En algún lugar de su corazón, Anny podía sentir una fuerza creciente, un fuego ardiente que se sostenía y se avivaba por cada dolor y cada lágrima que había derramado en esos días inolvidables. Si bien su confianza en su padre aún no estaba restaurada, Anny sabía que había comenzado a hacer las paces con sus emociones y a tomar las lecciones que la vida le había dado con una determinación férrea.

Mirando hacia el futuro, estaba decidida a convertirse en alguien que nunca se daría por vencida y nunca se dejaría abatir por las tormentas y oscuridad del mundo. Había aprendido valiosas lecciones de amor, traición y dolor, y ahora estaba en camino de encontrar su camino hacia la luz.

Retorno a una nueva normalidad y fortaleza familiar

Anny observó a la pequeña criatura en su regazo, su cuerpo cubierto de cabello suave y oscuro y su nariz pequeña como un botón. Era el fruto de una tormenta, un brote de luz en medio de una oscuridad que había amenazado con devorar a su familia por completo. Cada vez que sus ojos castaños miraban hacia arriba, unidos en ese dulce momento de conexión y

amor incondicional, Anny sentía que su corazón se llenaba de una calidez y esperanza renovada.

Sus manos temblaban al sostener a su hermano recién nacido, una sorprendente mezcla de temor y asombro que la hacían sentir más grande y más pequeña de lo que había sido nunca antes. No pudo evitar maravillarse ante la fuerza y la resistencia de su madre, que había dado a luz a este pequeño ser en medio de una agonía emocional y física de la que muchos habrían huido.

Susana, aún débil y exhausta, observaba a sus hijos desde la cama del hospital, cada trazo de sus rostros grabado en la memoria de su alma para que los pudiera recordar en las noches solitarias y largas en las que se mordía los labios hasta sangrar, intentando asegurar que sus sombras no los tocaran a ellos.

Y allí, de pie en la puerta, estaba Gabriel, su mirada inquieta y tímida, como si estuviera preparándose para enfrentar un jurado en lugar de encontrarse con sus propios hijos en el momento de dulzura que solo un recién nacido puede traer. Anny sintió un estremecimiento de emoción y lástima al mirarlo, preguntándose si hubiera alguna vez encontrado la fuerza y el coraje para perdonarlo si ella no hubiera tenido este pequeño milagro para recordarle que la vida continuaba y que había cosas más grandes que ella y su dolor.

Levantando a su hermano, como si estuviera ofreciéndole la posibilidad de redención y salvación en sus brazos de hermana mayor, Anny murmuró suavemente, "Papá, ven y conoce a Julián".

El cuerpo entero de Gabriel parecía estremecerse con la invitación, y dio unos pasos titubeante hacia adelante, de la manera tentativa en que lo haría un hombre que está recostado sobre cuchillas de espada. Anny vio algo que parecía ser el comienzo de una lágrima en sus ojos cuando levantó al niño, temblando mientras sus labios murmuraban palabras que nadie más escuchó.

"Gracias, Anny", susurró Gabriel, su voz ronca por la emoción mal contenida. Y fue en ese instante, en ese momento de vulnerabilidad y entrega, cuando Anny pudo vislumbrar un atisbo de lo que solía ser su relación con su padre y lo que podría llegar a ser en esta nueva normalidad que se forjaba entre ellos.

Los días y las semanas siguientes trajeron consigo nuevos retos, nuevas

incertidumbres y nuevas esperanzas en aquella casa marcada por cicatrices y silencios que empezaban a disiparse. Lograron mantenerse unidos, día a día, con la memoria de estar unidos por las tormentas, por las discusiones y por el insondable abismo que había amenazado con devorar los lazos entre ellos.

Gabriel y Susana caminaban por un sendero de ensayos y errores, aprendiendo a través de desvíos y retrocesos cómo apoyarse y amarse mutuamente, incluso cuando las cicatrices seguían abiertas en sus corazones. Anny miraba desde lejos, a veces con lágrimas en los ojos y a veces con un suspiro cansado, preguntándose si alguna vez podrían reconstruir su hogar sobre los cimientos de la honestidad y la confianza.

Pero, aun así, Anny se comprometió a cuidar y proteger a su hermano, jurándose a sí misma que nunca permitiría que las pesadillas del pasado tocaran su alma inmaculada. Y fue con la llegada de Julián que su familia encontró, poco a poco, la fuerza y la unidad para enfrentar el futuro con una esperanza cautelosa.

Susana y Anny, a pesar de todo lo que habían pasado, se aferraban la una a la otra en la intimidad, reconociendo la imperfección de su propia humanidad y acercándose más que nunca en el proceso. Sabían que continuarían necesitándose, apoyándose y amándose mientras trabajaban juntas para sanar las heridas que aún llagaban sus corazones.

Y mientras aprendían a abrazar a su padre en el círculo apretado de su amor, Anny comenzó a entender que, aunque algunas cicatrices nunca desaparecerían completamente, la posibilidad de un corazón perdurable y el poder del amor podría, con el tiempo, volver a unir la familia que había estado al borde de su destrucción.

Chapter 13

Superación de la ansiedad

Anny se despertó sobresaltada, su corazón latiendo con fuerza. Las gotas de sudor frío empapaban su cuerpo y sus sábanas. La misma pesadilla de siempre: la imagen de su madre llorando, su padre rindiéndose a los brazos de la amante y el acecho de monstruosas sombras trabajando juntas para desgarrar la vida de Anny y su familia. A menudo se desvelaba aterrorizada durante las noches, incapaz de distinguir entre los sueños y la cruel realidad que la enfrentaba día tras día.

Afuera, un raquítico árbol de guayaba era presa de los golpes del viento que silbaba como si sufriera de dolor. Anny se levantó, el cuerpo todavía temblando, y caminó hacia el espejo del baño. Allí estaba, una adolescente de catorce años, con ojos oscuros e hinchados y un rastro de angustia en su rostro. Se preguntaba cuánto tiempo tendría que soportar este torbellino de dolor y miedo. Podría alguna vez convertirse en la niña feliz y despreocupada que solía ser?

Fue entonces cuando se escuchó entrar a Susana en el cuarto, su voz temblorosa llenaba el aire.

- Anny, cariño, estás despierta? -preguntó, abrazándola por detrás.

Anny intentó ocultar las lágrimas que ahogaban su voz.

- Sí, mamá, no pude dormir.

- Otra pesadilla? -Susana susurró, preocupada-. Anny, tenemos que hacer algo al respecto.

Al día siguiente, Susana llevó a Anny al centro de psicología local. En el fondo, Anny se sentía aliviada. Anhelaba un santuario, un lugar donde finalmente pudiera expresar el desgarramiento de sus emociones. Sin embargo,

también sentía los mordiscos del miedo, preguntándose si sería capaz de cambiar realmente. O sería la ansiedad un inquilino permanente en su corazón?

La psicóloga era una mujer cálida y comprensiva llamada Dra. Ramírez. A lo largo de varias sesiones llenas de lágrimas y silencios incómodos, una a una, las palabras atrapadas en la garganta de Anny inician a fluir, creando un río de expresiones sinuosas y pensamientos ocultos.

- Anny, el miedo es una emoción natural, pero cuando se convierte en un monstruo que nos consume, debemos enfrentarnos a él y no dejar que nos domine -dijo la Dra. Ramírez, su amabilidad irradiando como sol matinal.

Anny escuchó en silencio, luchando por encontrar la verdad en las palabras de la psicóloga. Quería creer que podía derrotar a sus demonios y salir victoriosa, pero la idea parecía tan lejana como una galaxia estrellada en un cielo nocturno.

A medida que sus sesiones continuaban, la Dra. Ramírez enseñó a Anny una serie de técnicas de respiración y meditación para enfrentar la ansiedad cuando comenzara a aparecer. Durante las tardes, Anny practicaba sentada en el banco de la playa, donde una vez había esperado a su padre. Cada suspiro y exhalación eran testimonio de su determinación, aunque aún torturada por dudas internas.

Una tarde, cuando las olas danzaban a la melodía del viento, Susana se unió a Anny en el banco de la playa. Juntas, madre e hija se sentaron, observando el reflejo dorado del sol en el océano.

- Anny -dijo Susana, con voz suave-, quiero que sepas que estoy orgullosa de ti. Eres tan fuerte, incluso cuando yo no puedo serlo.

Anny sintió sus ojos llenarse de lágrimas de gratitud y un amor inmenso por su madre. Sus palabras la hicieron sentir menos sola en su lucha contra la ansiedad, menos derrotada en la batalla contra sus miedos.

Continuaron con sus sesiones de terapia y meditación juntas, Susana apoyando a su hija mientras también enfrentaba sus propios demonios internos. Con el tiempo, el viento de la tormenta comenzó a disiparse, dejando espacio para un cielo más claro y sereno.

Anny se dio cuenta de que la ansiedad posiblemente nunca desaparecería por completo, que siempre estaría acechando en las sombras de su alma. Sin embargo, ahora sabía cómo enfrentarla, cómo mantenerla a raya y no dejar que se apoderara de su vida. Cada suave susurro de liberación y cada

intento de sanación eran un testimonio de su valentía y la de su familia.

En el horizonte, el sol se hundía lentamente en el abrazo del océano, prometiendo el renacimiento de un nuevo día. Y Anny supo que, a pesar de las tempestades y la oscuridad del mundo, siempre podría encontrar su camino hacia la luz.

Reconocimiento de la ansiedad en Anny

Aquel día, el sol parecía haberse desvanecido y sombras de nubes oscurecían el monumental reloj que coronaba la cúpula del antiguo edificio escolar. Anny arrastraba sus pies por el corredor, la mochila colgada al hombro como un pesado lastre, sus ojos hundidos en su cara pálida contemplando el suelo. Sentía como si le obligaran a caminar a través de un campo minado, temiendo que cada paso hacia adelante desatara algún monstruo oculto en las profundidades de su alma.

Al estar dentro del aula, escuchó la voz vibrante de su profesora, pero sus palabras le llegaban indistintas, deformadas por las turbulentas emociones que la asediaban desde el descubrimiento del engaño de su padre. Sus compañeros compartieron risas y secretos, mientras Anny miraba desde la niebla de su ansiedad, sintiéndose distante y aislada como una luna menguante.

Cuando sonó el timbre de salida, sus piernas temblaron bajo la presión de la repentina decisión de caminar hacia el hogar. La soledad del camino, donde un día pasó junto a su padre, parecía aún más dolorosa que las carcajadas de los niños y las alegres conversaciones que llenaban el aire. Hizo todo lo posible para ocultar la angustia que la atormentaba, pero a cada paso sentía que su corazón se desmoronaba un poco más, como si estuviera hecha de hielo que se resquebraja frente al fuego del dolor y la traición.

No estaba segura de cómo su madre y su hermana menor habían logrado sobrevivir y, aparentemente, prosperar en medio de esta nueva realidad, sus risas y buen ánimo echando raíces en medio de las cenizas de lo que antes había sido su vida. Pero cuanto más trataba de seguir su ejemplo, más la asfixiaban las sombras de sus propios demonios y el mutismo de sus emociones.

Cuando llegó a la casa, Susana, su madre, la esperaba en la frescura del

recibidor, mirándola con preocupación. Susana, al notar la palidez de Anny y el llanto contenido asomándose en sus ojos, entrelazó sus manos con las de su hija.

- Anny, cariño, no estás bien -murmuró, su tono de voz cálido como un abrazo-. Tienes que hablar, tienes que sacar todo eso que guardas dentro de ti. No puedes seguir así, hija.

- No sé cómo... -confesó Anny-. Siento que ya no tengo control sobre mí misma. Es como si hubiesen entrado en mi corazón y lo hubiesen desgarrado hasta dejarlo en mil pedazos que no sé cómo recomponer.

Susana acarició la mejilla de Anny. Sus ojos, antes siempre encendidos por una llama de poderosa determinación y ternura, ahora parecían opacos, su reflejo del alma de una madre herida de muerte.

- Tal vez sea hora de buscar ayuda, tal vez alguien que pueda guiarnos en este duro camino que tenemos que enfrentar. Te gustaría intentarlo? -puso su mano en el hombro de Anny.

Anny dudó un momento antes de asentir, sintiendo como si cada centímetro de su cuerpo estuviera luchando para mantenerse en pie. No sabía si la ayuda que recibiera sería suficiente para alejar a los monstruos que anidaban en su corazón y asfixiaban sus pulmones de cada aliento. Pero, en ese instante de vacilación y redención, deseaba con cada célula de su ser que valiera la pena intentarlo.

Búsqueda de apoyo y comprensión en la madre y la hermana

Aquella tarde, las nubes se arrastraban sobre el cielo en sombría caravana, aprisionando la luz y llenando de sombras la estrecha calle empedrada. A lo lejos, el rumor incesante del mar parecía fundirse con el susurro del viento, como si entonara una canción de otoño melancólico y distante. Un ave, presa del desamparo, voló en círculos sobre la casa situada al final del pasaje como intentando alejarse de una amenaza invisible.

Anny recorría en silencio la serena escena ante sus ojos, mientras en su corazón se gestaba una tormenta de emociones indomables y desordenadas. El pensamiento de su padre y sus acciones la llenaban de ira y de un dolor que le resultaba insoportable. Sin embargo, se sentía paralizada por el miedo al ver la reacción de su madre, cuyos ojos ahora siempre parecían llenos de

profunda tristeza.

”Lo siento, mamá”, murmuró Anny, el remordimiento retorciendo sus palabras hasta convertirlas en un débil susurro.

Sentada en una silla de mimbre en el porche, Susana volvió la mirada hacia su hija y esbozó una sonrisa forzada. Envuelta en un abrigo largo y holgado y una bufanda que apenas conseguía resguardarla del aire helado, su embarazo avanzado se dibujaba en la silueta del atardecer.

”No tienes por qué disculparte, cariño”, respondió Susana, extendiendo su mano hacia Anny. ”No tienes la culpa de las decisiones que tomó tu padre. Pero ahora debemos enfrentar esto juntas como familia”.

Con un nudo en la garganta, Anny apretó la mano de su madre, anhelando sentir el refugio del amor materno que tanto añoraba. Cada vez que veía a Susana intentando recomponer las piezas de su vida, su corazón se abrumaba, deseando poder aliviar su sufrimiento y encontrar alguna manera de curar las heridas que la infidelidad había dejado en su hogar.

Lucía, la hermana menor de Anny, se acercó con paso lento y cauteloso, como si temiera desatar más dolor en la familia si hacía demasiado ruido. Anny tendió su otra mano a Lucía, quien la tomó con firmeza, sus ojos oscuros brillando con determinación y una tristeza impropia de su corta edad.

”Qué vamos a hacer?”, preguntó Lucía con voz temblorosa. ”Papá nos hizo daño, pero yo lo quiero y no quiero que se vaya”.

Susana acarició con dedos temblorosos el cabello de Lucía, mientras Anny sostenía su mirada llena de angustia y comprensión. En ese momento, las tres mujeres se sintieron unidas en un abrazo invisible, sus corazones doloridos latiendo al unísono ante la incertidumbre del camino que les esperaba.

”Nos ayudaremos mutuamente, mi princesa”, respondió Susana, sus palabras teñidas de amor y esperanza. ”No podemos cambiar lo que ha sucedido, pero podemos enfrentar juntas las consecuencias y salir adelante. Lo más importante es que nos tengamos la una a la otra”.

Mientras las nubes continuaban su marcha indiferente por el cielo, Anny comprendió que ahora más que nunca debía apoyarse en el amor de su madre y hermana para superar los desafíos que el futuro les tenía reservados. Aunque las heridas de la traición y el dolor tardarían en cicatrizar, su familia sería su brújula y su refugio en medio de la tormenta. Con renovada

determinación, las tres mujeres se tomaron de la mano, prometiéndose a sí mismas que ni las mentiras ni las sombras conseguían derrotar el amor que las unía.

Consejos de amigos y maestros en la escuela

Anny sostenía la baranda de la escalera en la escuela, tratando de calmar los temblores en sus manos y las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Cada paso hacia el salón de clases parecía más difícil que el anterior, la ansiedad y el temor eran como cadenas que restringían sus movimientos, sus pensamientos y su capacidad de enfrentarse al mundo.

De repente, sintió una cálida mano en su espalda, y cuando levantó la mirada, encontró a su mejor amiga, Sofía, mirándola con preocupación.

- Oye, estás bien? -preguntó Sofía, su voz llena de preocupación.

Anny no pudo más y las lágrimas fluyeron por su cara. Sofía la guió hacia una banca en el patio y se sentaron juntas, en silencio, mientras Anny lloraba y se secaba las lágrimas en la manga de su blusa.

- Me quieres contar qué está pasando? -Sofía susurró, frotando suavemente la espalda de Anny.

Con un suspiro, Anny luchó por formar las palabras en su garganta, pero de alguna manera no podía encontrar la fuerza para articular lo que la estaba atormentando. Sofía simplemente asintió con comprensión y continuó abrazando a su amiga.

Tiempo después, Anny deambulaba por los pasillos buscando refugio en la biblioteca, cuando sintió una suave palmada en el hombro. Carla, su profesora de Matemáticas a quien Anny respetaba mucho, la hizo entrar en un aula vacía. La luz natural que entraba por la ventana bañaba su rostro, que mostraba preocupación y cariño.

- Anny, me he dado cuenta de que algo no anda bien últimamente. Quieres conversar sobre eso? -le preguntó Carla con suavidad mientras se sentaban juntas.

Anny tenía miedo de hablar, miedo de revelar el caos en su vida. Pero algo en la mirada comprensiva y la disposición sincera de ayuda de su maestra la convenció de armarse de valor.

- Mi mi padre es infiel -dijo finalmente, casi en un suspiro, las palabras se evaporaban en el aire, casi como si nunca hubiesen sido pronunciadas.

Carla se tomó un momento para asimilar lo que Anny le había contado, el peso de esa revelación en los frágiles hombros de su joven estudiante, y dijo con ternura:

- Esa es una carga muy pesada, Anny. No tienes que enfrentar esto tú sola. Has pensado en hablar con alguien más? Tal vez un profesional que pueda ayudarte a lidiar con esto.

Anny movió la cabeza en un gesto de negación.

- Mi mamá ya me lo ha sugerido, pero tengo miedo.. No sé... Me da miedo enfrentarlo -admitió, las lágrimas brotaron de sus ojos una vez más.

- Tienes que pensar en ti misma, Anny -aconsejó su profesora, apretándole la mano - . No cargar con todo el peso tú sola. Estos momentos difíciles son cuando más necesitas pedir ayuda y permitir que otros te apoyen. La vida te pondrá muchas pruebas como esta, si te mantienes en silencio y siempre tratas de cargar con todo, eventualmente te consumirá. Pero no estás sola, recuerda que no solo estás tú, tienes a tu amiga Sofía, tienes a tus profesores, tienes a tu familia. Todos queremos ayudarte a superar esto, solo tienes que dejar que lo hagamos.

Las palabras de Carla penetraron en el corazón de Anny como un rayo de sol a través de la tormenta de su dolor. Respiró hondo y asintió, decidida a seguir el consejo de su maestra y buscar ayuda para enfrentar su ansiedad y el peso de la infidelidad de su padre.

Carla la abrazó y la volvió a mirar a los ojos.

- Sé que es difícil, pero tienes que seguir adelante, Anny. Trabajaremos juntos en esto, te aseguro que las cosas mejorarán. No puedes solucionar todos los problemas del mundo, pero tienes el poder para enfrentar tus propios demonios y encontrar tu fuerza interior.

Y, en ese momento, el mundo de Anny dejó de tambalearse tan abruptamente. Aunque el camino seguía siendo nebuloso y lleno de incertidumbre, entendió el valor de contar con el apoyo de su familia, amigos y maestros. Dio el primer paso para afrontar la realidad de su desmoronada existencia, con corazón valiente y la esperanza firme de que pronto la oscuridad se disiparía.

Terapia y consejería para Anny y su familia

El cielo parecía haberse desplomado sobre sus cabezas, transformando la casa en un refugio en ruinas. Las sombras colgaban de las paredes como arañas, escudriñando a través de la débil luz, en busca de nuevos desgarrones en el delicado tejido familiar. El silencio en el aire palpitaba como una criatura herida, ansiosa por escapar de las fauces de la angustia pero incapaz de moverse.

La decisión de buscar terapia familiar había sido dolorosamente lenta, pero los cuatro integrantes de la familia Guzmán se encontraban finalmente en la sala de espera del consultorio, sus manos inquietas y sus rostros estirados por la tensión, descendían casi como un coro a lo largo de sus nervios: Lucía, Susana, Anny y, al final del triste cuarteto, Gabriel, cuyas manos se apretaban entre sí como si con ello pudiera amarrar las piezas rotas de su familia.

La puerta del consultorio se abrió y el terapeuta, un hombre de mediana edad con una sonrisa cálida y ojos serenos, los invitó a pasar. Los Guzmán respiraron hondo y dieron un paso hacia la habitación donde esperaban sanar las heridas causadas por la infidelidad y la traición.

Sentados en un círculo, el terapeuta les pidió a cada uno que compartieran sus sentimientos sobre lo sucedido. Sus palabras daban vueltas en el aire, como golondrinas buscando una salida en el vacío. Lucía, a pesar de su corta edad, susurró con voz temblorosa su miedo y su tristeza, con lágrimas nublando sus grandes ojos castaños.

Gabriel abrió la boca para hablar, pero las palabras no encontraron el camino hacia la superficie. Todo lo que pudo hacer fue emitir un sollozo ahogado, que llevaba consigo la carga de su pecado y el peso de sus errores.

Anny tomó la palabra, mirando primero a Lucía y luego a Susana, quienes la alentaron con sus ojos humedecidos. La joven inhaló profundamente y comenzó a expresar sus temores, su consternación y su desesperación por el daño causado a su familia debido a la infidelidad de su padre.

Susana, acunando al bebé en sus brazos, habló con voz suave y trémula. Su dolor y su amor por sus hijas chocaban en su cuerpo como olas en un naufragio, dejando tras de sí un rastro de fragmentos y espuma. "Nunca pensé que llegaríamos aquí, destruidos, rotos como jarrones en una habitación despojada de toda esperanza", susurró Susana, con las palabras agarrándose

a su garganta, mientras las lágrimas brotaban en sus mejillas y se mezclaban con los ríos de su alma.

El terapeuta se inclinó hacia adelante y posó una mano en la rodilla de Susana. "Nimbus, aunque has pasado por momentos muy difíciles, es importante recordar que la familia es una entidad fuerte y resiliente. Las heridas tardan en curarse, pero ya han comenzado a coser los bordes de la desgarradura, y con el tiempo, la herida sanará y dejará solo una cicatriz", dijo el terapeuta con voz segura pero suave.

Intercambiando miradas llenas de inseguridad, temor e incertidumbre, la familia Guzmán se atrevió a creer en esas palabras, permitiendo que la promesa de cicatrización y crecimiento se abriera paso hacia sus almas, como brazos cálidos extendiéndose en la oscuridad.

Con el tiempo, las conversaciones en las terapias familiares comenzaron a aliviar la carga de la culpa y del resentimiento que pesaba sobre la familia Guzmán. Uno a uno, fueron liberando las emociones paralizantes, y comenzaron a sanar el abismo que los había separado.

Gabriel y Anny comenzaron a buscar el perdón mutuamente. Gabriel pronunció palabras desgarradoras e inmensamente sinceras en una sesión especialmente abrumadora, sus ojos oscuros llenos de lágrimas y un ruego silencioso para que Anny pudiera encontrar el camino del perdón.

Y, de algún modo, Anny lo hizo. Fue lento y confuso, un tira y afloja a través del dolor y la ira, pero el amor que la joven sentía hacia su padre prevaleció. Con cada sesión, las astillas que se habían apoderado de su corazón comenzaron a caer, y su voz se volvió más clara y segura.

La atmósfera en la casa Guzmán cambió poco a poco, y la luz regresó a las esquinas donde antes solo habitaban las sombras. Aunque la traición y el dolor todavía pululaban en el trasfondo, ahora habían sido debilitados por la comunicación y el amor incondicional.

En su enésimo encuentro en la sala de terapia, el terapeuta les sonrió a todos, una sonrisa que encapsulaba tanto gratitud como sabiduría. "Estamos llegando al final de un viaje juntos, pero esto es solo el comienzo en un largo camino hacia un futuro incierto", dijo el terapeuta.

La travesía por el precipicio de dolor y traición había llevado a la familia Guzmán a nuevos senderos, donde la esperanza, el amor y la redención esperaban a aquellos lo suficientemente valientes como para cogerlos y hacerlos suyos. En medio de la incertidumbre y las cicatrices que continuarían

marcando sus almas a medida que caminaban juntos hacia el futuro, la familia Guzmán nunca más sería la misma. Pero eso estaba bien incluso se podría decir que era mejor. Juntos, aprenderían a bailar en la tormenta.

Y así, como el sol se ponía sobre sus hombros cansados, pero decididos, la familia Guzmán se levantó y se enfrentó, unida, a un nuevo amanecer, de pie juntos en medio del huracán que alguna vez había sido sus vidas. Un nuevo futuro, esperando en las alas.

Implementación de estrategias de afrontamiento en la vida diaria

Anny sentía que el mundo se venía abajo cada vez que respiraba. Sus manos estaban heladas y húmedas, dejando una estela de gotas de sudor sobre el escritorio del colegio en cada movimiento incierto. Sus ojos, nublados por las lágrimas, intentaban ahogar los recuerdos que nacían entre las letras del cuaderno, pero cada palabra era un látigo, una astilla de hielo clavada en la carne.

Su madre, Susana, había pasado frente al espejo esa mañana, con un intento de sonrisa pintado en los labios, pero sus ojos decían otra cosa. Había una sombra detrás de sus iris, una oscuridad que no desaparecía por más estrías de rímel que intentaran cubrirla. Anny la había observado con la nariz pegada al vidrio, sus labios temblando mientras luchaba por mantener la compostura. Susana había dejado escapar un sollozo ahogado y Anny había bajado la vista, sabiendo que, incluso si hubiera querido, no habría sido capaz de ofrecer consuelo alguno.

Sin embargo, no podría ignorar el abismo que les separaba: había una bestia escondida entre la familia, dispuesta a devorarlos a todos en cualquier momento y llevárselos por un torrente de lágrimas.

Esa bestia venía a visitarla cada día en la escuela bajo la forma de miedos inesperados: un lápiz que se caía al suelo y parecía ensordecir a los presentes; un libro hundido en la esquina superior izquierda de la mochila, listo para llenar cada página con sollozos.

Mientras luchaba por levantar los ojos del papel y alzarlos hacia la pizarra, Anny tomó una decisión. Aprendería a superar la ansiedad antes de que ésta amenazara con engullirla por completo.

Anny dejó sus temores en silencio ante sus amigos, los cuatro chicos que

tiritaban a su alrededor en el patio del colegio, como esporas llevadas por el viento. Les habló de sus miedos y de cómo le angustiaban hasta dejarla sin aliento. Los chicos la escucharon atentamente y, aunque al principio no supieron cómo reaccionar, al cabo de un rato se sumieron en un silencio comprensivo y solidario.

Uno, con manos temblorosas pero sincero, le comentó: “Anny, tal vez debas tratar la meditación. Mi abuela la practica y dice que es como caminar sobre agua. Ayuda a mantener a los demonios a raya.”

Anny asintió y, con eso, comenzó su camino hacia el dominio de sus demonios interiores, comenzó a meditar.

Y lo hizo. Durante días, se levantó con el sol, se sentó en el balcón con las piernas cruzadas y cerró los ojos, imaginando el mar y las aves que lo cruzaban. Cada mañana, antes de que el mundo despertara y su mundo familiar se rompiera en mil pedazos, encontraba consuelo en ese rincón donde sus temores no la alcanzaban.

También adoptó otras estrategias de afrontamiento: en momentos difíciles, respiraba profundo como si quisiera llenar sus pulmones de todo el aire del mundo, como si pudiese atrapar en ellos la paz que tanto necesitaba. Al querer concentrarse, dibujaba círculos en la palma de su mano y recordaba, siempre recordaba, que su dolor no la definía, que era parte de su vida pero no de su ser esencial.

Sus amigos la acompañaron en ese viaje de transformaciones, haciéndola reír con chascarrillos y pequeños actos de amor desmedido. Transformaron a esa bestia paralizante en una catarata de sol y goce, una fuerza de la naturaleza atada al nervio vagabundo que habría de llevarla lejos.

Y así, poco a poco, la ansiedad fue dejando sus garras fuera de las venas de Anny, perdida en el camino como lodo bajo las suelas de unos zapatos nuevos.

Anny aprendió a escuchar los murmullos de su propia voz, a decodificar con ternura las letras de tinta azul hundidas en el papel, y así tomó cada palabra como un farol en el oscuro camino hacia la esperanza y la reconciliación con la vida, con el pasado y con el futuro.

Y aunque todavía habría días de oscuridad y venas crispadas, esos momentos eran ahora menos frecuentes, y Anny conocía mejor que nadie cómo conquistar a sus bestias y convertirlas en cadenas de oro brillante alrededor de su cuello. Porque, después de todo, la vida seguía, y ella estaba

más fuerte que nunca.

Anny encuentra consuelo en sus actividades favoritas y pasatiempos

No pudo dormir durante la noche y, cuando la claridad del nuevo día hizo su entrada, la idea surgió como una epifanía en medio del agotamiento: en lugar de ceder al velo de sombras que amenazaba con cubrir sus días, tomaría su propia vida en sus manos y encontraría consuelo en las actividades que una vez la habían hecho feliz, aquellas que le permitían olvidar el dolor que su padre había causado.

Fue en la mesa de la cocina donde Anny hizo una lista de ellas, sus dedos apretando fuerte el bolígrafo con una intensidad casi feroz, como si pudiera tallar la alegría que buscaba en las arrugas del papel.

"Pintar" fue lo primero que escribió. Recordó cómo las pinceladas de colores sobre lienzo habían calmado su alma como la cadencia de las olas sobre la arena. Había llegado el momento de abrir el baúl de los recuerdos y sacar del olvido los pinceles y pinturas, de permitirse involucrase nuevamente en la tibia esencia de la creatividad.

La lista creció con la luz de la mañana, palabras cuidadosamente contorneadas adquiriendo fuerza en el papel. "Bailar", "cantar", "montar en bicicleta", "cocinar galletas con mamá"... Cada una representaba un fragmento de sí misma, una parte llena de amor y de inocencia que quería recuperar a toda costa.

Su primera parada fue la tienda de arte, donde gastó la totalidad de su mesada en nuevas pinturas, pinceles y el lienzo perfecto para recrear la ilusión de paz que yacía dormitando en su pecho. Siguió, efímera y etérea como una mariposa revoloteando entre las flores, hacia los brazos abiertos del estudio de danza de la ciudad, donde se inscribió en una nueva clase y se dejó envolver en una espiral de movimientos, sutiles y complicados pero siempre presentes.

Esa misma noche, se puso su tocadiscos en su cuarto y dejó que la voz de Etta James la meciera con ternura mientras pintaba su versión del ocaso más puro: un sol rosado que se hundía en un mar de naranja y violeta, en cielos de raza celeste apenas salpicados de nubes nimias. En su cuadro, todo era eterno; no había traiciones ni decepciones, solo la voluntad incansable

del tiempo de seguir avanzando, dejando tras de sí horizontes corales y cicatrices hechas de brisa.

Al otro lado de su ventana, Lucía, observaba cómo la silueta de su hermana, enmarcada por las formas suaves y volátiles de la rosa que pintaba en las sombras, se inclinaba llenando el lienzo con movimientos armónicos, la misma danza del cosmos. Acercándose a Anny, Lucía le preguntó, acariciando en voz suave su espalda llena de sudor:

”Puedo pintar contigo, Anny?”

Anny levantó la vista, y su corazón se llenó de calidez al ver a su hermana envuelta en la fragilidad de la luz difusa que escapaba de su habitación. Miró a su alrededor, buscando un segundo lienzo y un pincel limpio que le permitiera compartir aquel momento con Lucía.

Juntas, las hermanas pintaron, en silencio acompañado por las notas de jazz, una historia llena de amor hermanable. Pintaron el sol sumergido y un mar eterno de espuma dorada, y fue entonces que Anny pudo enfrentarse nuevamente al mundo con el escudo que el amor de su familia le ofrecía. Esa coraza, con el tiempo, se volvería más grande y fuerte, y se mezclaría con las emociones de sus actividades reinventadas, cada vez más brillante y envolvente, hasta cubrirla por completo y protegerla de sus miedos.

Anny aprendió que, después de la oscuridad, siempre viene una nueva luz, y que incluso las peores tormentas pueden ser vencidas si uno se permite recibir la ayuda de los que se preocupan por uno, si se toma el tiempo de sanar y de llenar las grietas de la vida con colores que anuncien la llegada de un nuevo amanecer.

Y así, Anny se fortaleció en el refugio del arte y la pasión, sus ojos se abrieron al mundo y su corazón dejó de esconderse detrás de las murallas invisibles del pasado. No, la vida ya no era la misma, y quién sabe si alguna vez lo volvería a ser; pero una cosa estaba clara: en cada pincelada, en cada nota de música y en cada susurro de amor, Anny había encontrado el coraje para defender su corazón de la tormenta y seguir adelante, abrazando el futuro que la esperaba con una sonrisa.

Nuevas dinámicas familiares y la importancia de la comunicación

Las semanas transcurrieron como una sucesión de tormentas y calmas chichas, el cielo de la vida de Anny convertido en una paleta de grises donde solo en raras ocasiones aparecía un matiz de azul o la llamarada fugaz de un ocaso. Susana intentaba enlazar los pedazos de la familia dispersos por el áspero trazo de la infidelidad y las recriminaciones y, aunque su voz se quebraba, su ejemplo resultaba en un apoyo invaluable para Anny, un faro rondado por el espumaje blanco de los días solitarios.

La nueva dinámica familiar había comenzado con pequeñas modificaciones tácitas: Gabriel traía flores los viernes y ya no se iba de viaje de negocios sin despedirse. Susana, por su parte, había iniciado algo parecido a un ritual con sus hijas, en el cual se reunían en el pequeño comedor de la casa para tomar té y hablar de sus sentimientos y pensamientos en torno a lo que estaba ocurriendo en sus vidas. Esas conversaciones, sin embargo, parecían carecer de un eje central, de un tema verdaderamente relevante que pudiera liberar a todos ellos de la prisión invisible del silencio, y las palabras se marchitaban antes de caer, vencidas por el peso de la vergüenza, la duda y el arrepentimiento.

Cierto día, Susana propuso formular preguntas anónimas a cada uno de los asistentes en las sesiones de terapia, plasmar en un papel immaculado los temores e incertidumbres que, quizás, podrían atormentar a cada quien y depositarlos en una caja de cartón para que los demás pudieran leerlos en voz alta y tratar de resolverlos como grupo. Fue así como, en ese encuentro de té, galletas y gestos interrogantes, Anny se encontró sosteniendo entre sus dedos un rulo que contenía, en(en)calados en un rebullir de letras negras, sus propias dudas acerca del amor.

Las preguntas de esa tarde de confidencias descoyuntadas abordaron temas que fluctuaban lupus serpenteando por el trazado híbrido de la familia Guzmán desde los tópicos más inocentes -Anny quería saber por qué se había llamado a la perra "Pepita" y cómo se les había ocurrido el nombre de su hermano menor, Jorge, que acababa de nacer en el hospital del pueblo vecino- hasta cuestiones profundas, que zarandeaban con casos pulsos inesperados y feroces la osamenta de sus interlocutores. Tal fue el caso de la incógnita de Susana, que clamaba por entender qué había ocurrido entre Gabriel y

Mariana para que hubieran perdido la perspectiva de su vida en pareja, su esencia de tórtolos longevos.

Gabriel desvió su mirada, y Susana sintió que una parte de su corazón estaba a punto de desgajarse, de ser arrancada por el filo implacable de la intranquilidad y el resentimiento. Sus brazos temblaron y el papel que sostenía fue bajando, poco a poco, hasta reposar sobre el mantel a cuadros, los caracteres negros parpadeando como estrellas en el firmamento de una noche sin nubes.

”Lo siento, Susana”, murmuró Gabriel, su voz desconcertada y vacilante. ”Cometí un error que desearía deshacer, pero no sé qué más puedo hacer. He intentado, de verdad, he intentado averiguar qué nos pasó, pero no puedo encontrar la respuesta. Simplemente estoy arrepentido, también quiero entender.”

Susana asintió, su semblante encogido y herido, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para esbozar lo que sentía en ese momento, ante la mirada suplicante de su esposo. Anny se dio cuenta de la tensión acumulada en la habitación y decidió hablar, dejar que sus propias dudas se mezclaran con las de sus progenitores como bálsamo para la herida infectada de sus ansias.

”Padre”, comenzó decir Anny, mirando a Gabriel de frente, ”después de todo lo que hemos atravesado, cómo pudiste hacerlo? Qué te hizo mirar a otra mujer, buscar compañía y amor en otros brazos? No era suficiente lo que tenías en casa?”

El rostro de Gabriel tomó un tono violáceo, pareciera como si todas las palabras se hubieran quedado atrapadas en el laberinto de sus venas y el pudor se hubiese colgado de sus pómulos como una gárgola suplicant. Respiró profundo, recordando lo que había aprendido en la terapia, y comenzó a desgranar sus sentimientos y pensamientos de la forma más sincera posible.

”Anny, Susi no hay excusa para lo que hice, para lo que me permití cometer en un momento de debilidad. No hay nada que pueda justificar lo mal que los he hecho sentir, lo mucho que hemos sufrido por mis acciones. Pero quiero que sepan que desde el primer instante en que supe lo que había pasado, juro que me arrepentí y que me cuestioné cada paso, cada decisión que nos llevó hasta aquí. Y aunque me está costando mucho, también he aprendido a cómo cuidar de nosotros, cómo protegernos y cómo seguir adelante por el bien de nuestra familia, por el bien de ustedes dos y por

Jorge.”

La respuesta de Gabriel no resolvía todos los dilemas que Anny y Susana enfrentaban, pero fue un rayo de luz a través de la penumbra de incertidumbre que había mantenido sus corazones a raya. A partir de ese día, Anny comenzó a ver en su padre a un ser humano con errores y fallas, alguien que realmente estaba dispuesto a arriesgarlo todo para corregir su rumbo y ser el hombre que su familia necesitaba. Y mientras Susana, junto a sus hijos, aprendía a perdonar y a confiar una vez más en el hombre que había compartido sus días y sus noches, Anny comenzó a darse cuenta de que la comunicación y el amor entre todos ellos sería la única manera de hacer frente a sus miedos y superar el dolor.

Anny aprende a perdonar a su padre y a soltar el pasado

El despertar agri dulce de la mañana se extendió sobre la ciudad costera, sus colores diluidos como pigmentos bañados en la resaca del mar. Sobre el césped verde y húmedo corría Pepita, los huesos de sus patitas estremecidos por la caricia fría de las gotas de rocío. La resaca emocional de las horas previas apenas se dejaba sentir, como un suspiro de la bruma que envolvía la casa de los Guzmán en los rincones y repliegues de sus lágrimas contenidas.

Anny abrió los ojos y sus pestañas se prendieron de la luz del amanecer que colaba por la ventana de su habitación, la marea de sus recuerdos amontonándose hasta que llegaron a la orilla de la conciencia. Trató de zafarse de las sábanas, pero los hilos del tiempo parecían haberse enredado en ellas, su cuerpo atrapado en un bucle de pensamientos y emociones que se sucedían sin orden ni concierto.

Su padre y ella habían caminado ayer por la tarde hasta el parque junto al mar, deteniéndose si anhelar en la terraza donde una vez ella lo esperó, expectante y llena de amor. Sus pasos temblaban al ritmo del chasquido de sus huaraches y las lágrimas bebían la sal del aire marino mientras intentaban encontrar las palabras adecuadas para comunicarse, un puente que les permitiera abrazarse sin rencores ni resentimientos.

”Anny, yo no sé cómo decirte cuánto lamento lo que hice. No hay excusa suficiente para el daño que te causé a ti y a tus mamá alguna vez podrás perdonarme?”, preguntó Gabriel, su voz un susurro temeroso de que el viento arrastrara sus palabras hasta el olvido.

Anny clavó los ojos en el horizonte, el oleaje del océano templado por la fuerza de sus propias penas, y su pecho se hinchó de aire salado y recuerdos marchitos como flores abandonadas en un jardín a oscuras.

”No lo sé, papá Quiero, quiero poder perdonarte porque te amo. Siempre te he amado. Pero es muy difícil Duele mucho recordar todo lo que pasó y cómo cómo lo ocultaste de nosotros. Pero pero lo voy a intentar. Intentaré perdonarte y volver a confiar en ti. Lo juro.”

Las palabras de Anny se convirtieron en corolas de luz que se desprendieron de sus labios, flotando hacia su padre como mariposas nocturnas. Gabriel las atrapó con un asentimiento, un peso inmenso desprendiéndose de sus hombros y desvaneciéndose en la espesura de la tarde que se deshilachaba en sus palmas.

Se abrazaron en silencio, el dilema de la distancia que los separaba resuelto en el encuentro de sus cuerpos, mientras la luz de las estrellas comenzaba a despuntar en el cielo, envolviéndolos en su manto de esperanza y ternura. La lucha que habían librado para llegar hasta ese punto había dejado heridas y cicatrices en sus corazones, pero también les había mostrado cuánto amor y apoyo podían encontrar en sus familiares y amigos, y cómo el valor y la resiliencia podían ayudarles a enfrentar incluso los momentos más oscuros de sus vidas.

Regresaron a casa tomados de la mano, el cansancio emocional pesando en sus pasos y en sus brazos entrelazados. En la puerta, Susana los esperaba con una sonrisa tímida y el semblante de una madre orgullosa, una radiografía del amor incondicional.

Esa noche, Anny se durmió con el consuelo de que el tiempo y el perdón estaban de su lado, listos para borrar las heridas y reconstruir los puentes que se habían dañado en la tempestad de sus corazones. Y aunque la ansiedad y el miedo todavía nublaban ocasionalmente su juicio y sus emociones, estaba decidida a enfrentarlos y a superarlos, a demostrar a sí misma y a su familia que podían emerger de esta difícil situación más fuertes y unidos que nunca.

El sol naciente se despidió de Anny mientras se abrazaba a su almohada, los brazos de Morfeo cediéndola al ocaso de un nuevo día, en un mundo donde el perdón y el amor recobraban su significado y su poder. Era hora de levantarse, de enfrentarse a la vida con valentía, y de soltar el pasado para poder abrazar el presente y el futuro que les aguardaba.

La superación de la ansiedad y el inicio de una nueva etapa en la vida de Anny y su familia

El viento soplaba con fuerza, llevándose consigo los murmullos de la ciudad y abandonándolos más allá de las olas. Anny estaba sentada en un banco del parque, sus ojos fijos en la línea del horizonte donde el cielo se fundía con el océano en un abrazo eterno. Sus pensamientos revoloteaban en su mente como pájaros asustados, incapaces de encontrar el reposo que tanto anhelaban.

Seis meses habían pasado desde que Anny descubrió la infidelidad de su padre, y aquellos meses habían dejado una cicatriz en su corazón que aún se resistía a cerrarse. La ansiedad y el temor habían invadido su vida, sumiéndola en una persecución interminable de preocupaciones, de dudas que la acosaban incluso en sus sueños.

Pero en ese parque junto al mar, Anny encontraba un oasis momentáneo, una pausa en su lucha interminable contra la ansiedad. Aquí, bajo el cielo abiertamente azul, podía respirar profundamente el aire salado y dejar que el viento acariciara sus cabellos y sus miedos, como si con cada golpe de brisa se llevara consigo una gota de la tormenta que arreciaba en su interior.

Fue entonces cuando sintió una mano en su hombro y alzó la vista para encontrarse con los ojos llenos de comprensión de su madre Susana. La mujer se sentó a su lado, en silencio, compartiendo el momento de paz en medio de la lucha que ambas enfrentaban para volver a encajar las piezas de su vida y su familia.

Anny sabía que su madre también lidiaba con sus propios demonios; la traición de Gabriel había dejado una herida profunda en el corazón de Susana, que se esforzaba por reconciliar el amor que todavía sentía por su esposo con el dolor y el resentimiento que brotaban con cada recuerdo de su infidelidad.

Susana tomó la mano de Anny y sus dedos se entrelazaron, compartiendo el calor y la fuerza que se desprendían de aquel gesto simple pero infinitamente poderoso. Anny sintió cómo una parte del peso que llevaba en sus hombros se deslizaba hacia su madre, aligerando su carga.

"Lo superaremos, Anny", dijo Susana en voz baja, pero con una determinación que llenó el corazón de su hija de esperanza. "No te dejaré enfrentar esto sola. Juntas combatiremos la ansiedad, y juntas encontraremos una

manera de volver a confiar y a amar.”

Anny asintió, sintiendo cómo las palabras de su madre se mezclaban con la brisa marina y creaban una melodía que acallaba, si bien momentáneamente, el clamor de sus pensamientos. De alguna manera, sabía que su madre tenía razón; si se apoyaban la una en la otra, podrían superar cualquier obstáculo.

Durante las semanas siguientes, Anny y Susana tomaron medidas para enfrentar y superar la ansiedad que las perseguía. Anny volvió a ver a su terapeuta, quien le brindó orientación y nuevas estrategias para afrontar los momentos de angustia que seguían asaltándola.

También buscaron opciones para fortalecer la conexión entre la madre y la hija; un día Susana llevó a Anny de vuelta al taller de cerámica en el que solían pasar horas moldeando jarrones y platos mientras charlaban. Anny volvió a experimentar la alegría de estar inmersa en un proceso creativo con su madre y, más aún, la sanación del amor que emanaba de cada flor y cada espiral que dibujaba en la arcilla.

Gabriel, por su parte, se había esforzado por reconstruir la vida de su familia sin imponer su presencia, asumiendo responsabilidad por sus acciones y demostrando a Anny, Susana y a su hermana Lucía que estaba decidido a ser el marido y padre que ellas merecían.

En un sábado soleado, Gabriel llevó a Anny a dar un paseo en bicicleta por la playa, como solían hacer en los días previos a la tormenta que había sacudido su relación. Aunque al principio le resultó tormentoso ver las olas golpear la costa y recordar todo lo que había perdido, al final del día, Anny comenzó a sentir que el amor y la confianza podían volver a florecer en el corazón de aquellos que estaban dispuestos a cultivarlos.

Los días se llenaron de pequeñas victorias, momentos en los que la ansiedad cedía el paso a una nueva etapa en la vida de Anny y su familia. Aprendió a reconocer el valor de su madre, quien demostró una fortaleza y una resiliencia que Anny nunca había imaginado.

Y aunque el camino fue tortuoso y el avance lento, Anny comenzó a vislumbrar un futuro en el que el perdón y la reconstrucción eran posibles. Un futuro en el que ella, su madre, su hermana y su arrepentido padre avanzaban juntos por el sendero del amor y la confianza, enfrentando los desafíos y las pérdidas, pero también construyendo nuevos sueños y fortalezas sobre los escombros de lo que alguna vez fue su vida y su familia.

Chapter 14

Restablecimiento del vínculo entre padre y hija.

Las luces de la tarde se habían disuelto como cera caída sobre el vidrio del océano mientras el sol atenuaba su reflejo sobre la semioscuridad. Anny y su padre, Gabriel, estaban sentados en la terraza de su casa, unísonos en sus pensamientos, casi notando el jadeo del viento del océano como líneas de una melancolía que seguían en una partitura invisible.

Hacía unos meses desde el episodio que marcó sus vidas y los últimos días habían estado pinceladas de momentos tensos y silencios incómodos que se construían cual muro entre padre e hija. La corriente de palabras aún era lenta y cautelosa, como si los fragmentos del perdón que habían logrado encontrar temieran ser barridos por una nueva evidencia de traición.

Gabriel observó a Anny, su rostro aún más bello bajo la luz que desaparecía; había sido complicado encontrar ese momento a solas que tanto anhelaba para poder empezar de nuevo aquel acercamiento que ambos necesitaban.

-Anny- comenzó Gabriel, su voz temblando bajo la gravedad de su arrepentimiento -quiero pedirte, otra vez, perdón por lo que te hice... por lo que le hice a nuestra familia... Si pudiera volver atrás en el tiempo, jamás cometería ese error. No solo porque duele sino porque también te lastimó, también duele... te fallé a ti, a tu madre... Y eso es algo que jamás podré perdonarme.

Anny lo observó por un instante y luego volvió sus ojos hacia el horizonte, donde los últimos rayos del sol parecían incrustarse en la oscuridad. Sus

pensamientos hervían en la caldera de su corazón y brotaban como palabras que se morían en su lengua al encontrar la fuerza del perdón, que soplabla sus vientos helados desde el más allá de su memoria dolorida.

Sé que no hay manera de que borres el pasado, papá pero quiero decirte que de alguna forma te he perdonado. Aún no puedo decir que confío en ti como antes, pero ya no siento tanta angustia ni rabia. Sé que cometiste un error, pero también sé que eres humano, y todos cometemos errores.

Gabriel sintió cómo el cristal de sus ojos se empañaba con lágrimas contenidas y se incorporó con cierta dificultad para acercarse y rodear los hombros de Anny con sus brazos. Ella tembló ante el contacto y la piel de gallina elevó titanés en sus brazos mientras luchaba contra la necesidad de cerrar la brecha que había surgido en ese instante entre ellos.

Te amo, Anny, y juro que haré todo lo posible para ganarme otra vez tu confianza y tu amor. Eres mi vida, mi luz y no quiero perderte por causa de mi egoísmo y estupidez- dijo Gabriel, las palabras quebradas por la emoción que le oprimía la garganta.

Anny dejó que las lágrimas comenzaran a correr por sus mejillas mientras se recostaba aliviada contra su padre, la distancia entre sus corazones reduciéndose al mínimo, como el espacio que aún existía entre sus lágrimas.

De repente, un destello deslumbrante iluminó el cielo y un estruendo estrepitoso sacudió el aire, la piel de sus rostros y silenció el murmullo de las olas que golpeaban contra las rocas. La celebración de fuegos artificiales había comenzado en la playa, una explosión de colores y formas que adornaban el oscuro lienzo de los cielos nocturnos.

Padre e hija continuaron abrazados mientras contemplaban el espectáculo que les ofrecía la naturaleza, sus almas enmudeciendo como música que se pierde en la bruma del olvido, pero cada latido del uno hacía eco en el otro, restableciendo poco a poco un vínculo que había sido roto y que ahora comenzaba a renacer en la tibia oscuridad de su perdón.

Anny supo en ese momento, mientras las estrellas fugaces iluminaban el cielo y su corazón se expandía con la fuerza de un millón de soles, que estaba lista para dar un primer paso hacia la renovación de un vínculo que, aunque frágil y tenue, todavía mantenía su amor y su esperanza en una telaraña conectada por hilos de recuerdos y sueños.

Capítulo 13: Restablecimiento del vínculo entre padre e hija

1. Gabriel se disculpa con Anny y le expresa su amor y arrepentimiento.

2. Anny confiesa que ha perdonado a su padre pero aún no confía plenamente en él. 3. Conversaciones y actividades compartidas entre padre e hija para fortalecer el vínculo. 4. Momentos de duda y angustia de parte de Anny. 5. Gabriel demuestra su compromiso para ganarse la confianza de su hija. 6. Eventos que evidencian el apoyo y el amor entre Anny, su madre, Lucía y Gabriel. 7. La celebración de los fuegos artificiales como símbolo de un nuevo comienzo y renovación. 8. La promesa de Gabriel de ser mejor padre y esposo.

Reflexión de Anny sobre la nueva situación familiar

Anny estaba sentada en la terraza de su hogar, sus brazos abrazando sus piernas mientras miraba hacia la distancia, perdida en sus pensamientos. Una brisa marina fresca soplaba a través de su cabello, trayendo consigo los olores del océano y las flores que se mecían suavemente en el jardín de abajo. La luna llena brillaba en lo alto, proyectando una luz plateada sobre el mundo, como si una capa de lentejuelas cubriera el techo del cielo.

Después de varios meses de angustia y conflictos, la vida de Anny había tomado un rumbo inesperado. Su madre había dado a luz a un niño sano, y el nacimiento le había brindado a la familia una nueva oportunidad para reevaluar sus prioridades y hacer las paces con el pasado. Susana había perdonado la infidelidad de Gabriel, aunque con límites y condiciones, y ahora ambos trabajaban juntos para encontrar camino hacia la sanación y una nueva normalidad. Anny sentía que un vacío crecía entre sus padres y ella, pero a través del amor y el apoyo de su madre, había comenzado a explorar la posibilidad de perdonar a su padre.

Ahora, sentada en la terraza en la que había pasado tantas horas esperando a su padre, Anny reflexionaba sobre el vínculo que la unía a él. El dolor y el trauma que había experimentado con su revelación aún la perseguían, manifestándose en la ansiedad que la mantenía despierta por las noches y le robaba las oportunidades de ser feliz. Pero el amor y la dedicación de sus padres para enfrentar los problemas y mantener unida a la familia también le habían enseñado una lección invaluable: que el amor, aunque imperfecto y a menudo frágil, tenía la capacidad de sanar incluso las heridas más profundas.

Unas lágrimas cayeron por las mejillas de Anny mientras se dejaba llevar

por el abrazo del viento, cerrando los párpados un segundo para recordar aquellos indelebles momentos que había vivido junto a Gabriel en aquel mismo lugar. El dolor, lacerante, volvió por un breve instante, embestida leve y quebrada que le dejaba entrever que el rastro de los grandes sueños y las heridas ya era parte de una ventana del pasado cerrada a los vientos encantados de una hora de conciliación y despedida.

La voz de Susana, su madre, la sacó de repente de su ensimismamiento. Anny abrió sus ojos para contemplar el rostro de la mujer que la había llevado en su vientre, la había alentado en cada paso, y que la había apoyado en los momentos más oscuros de la tormenta que había asaltado sus vidas.

- Mi amor -comenzó Susana con una voz cálida-, te veo perdida en tus pensamientos. Sé que has pasado por muchas emociones y pruebas en los últimos meses, y quiero que sepas lo orgullosa que estoy de ti. A pesar de tu dolor y tu ansiedad, has demostrado una increíble fuerza, y he sido testigo de cómo has crecido y aprendido a encontrar la valentía dentro de ti.

Anny juntó sus labios para contener las emociones intensas que amenazaban con abrumarla, las palabras de Susana resonando en cada recoveco de su ser. Sentía el amor de su madre como el refugio que siempre había sido, pero también como el combustible que encendía su determinación de morder el contorno de un nuevo amanecer junto a Gabriel.

- Pero incluso los duros golpes nos enseñan -continuó Susana con determinación en sus ojos-. Sé que perdonar a tu padre no será fácil, pero creo que con el tiempo, nuestro amor mutuo y el perdón nos permitirán acercarnos y seguir adelante. Todos cometemos errores y tú tienes el poder de decidir si esos errores nos definen o nos enseñan a ser mejores.

La melancolía invadió a Anny, pero la dulzura de las palabras de su madre crearon un remanso de paz íntima en la oscuridad de sus preocupaciones. Aquel fuego de amor flotaba en círculos de esperanza por encima de las brasas de un pasado que se deshacía en cenizas de olvido.

A pesar de la incertidumbre y el miedo, Anny tomó la mano de su madre y la sostuvo con fuerza. Aquel simple gesto funcionó como una promesa silenciosa de que enfrentaría el mañana con valentía, buscando el perdón y la sanación en el abrazo infinito del amor de su familia. Y con cada paso en ese viaje de renovación, Anny sentía la seguridad innegable de que el amor sería su guía, llevándola a través de las tormentas y de vuelta a la luz brillante de un nuevo amanecer.

Reconocimiento del impacto de la infidelidad en la relación padre - hija

Habían pasado varias semanas desde aquella desgarradora revelación que dividió el corazón de Anny como si de un navajazo invisible se tratara. Ahora paseaba sola por la playa, intentando encontrar la paz que el rumor de las olas le inspiraba, pero la herida que cargaba en su pecho se negaba a curar, expandiéndose como una telaraña, asfixiando sus pensamientos y sentimientos.

El sol se ocultaba en el horizonte, tiñendo las aguas del océano con tonos rojizos y violetas, dibujando un hermoso paisaje en el que Anny hubiera sabido perderse en tiempos más felices. Pero aquel lienzo de colores ocultaba también oscuras sombras que se levantaban a su paso, recordándole que el padre que ella amaba era también el hombre que había traicionado a su madre, y que esa traición había surcado un abismo infranqueable entre ellos.

Un sollozo se escapó de sus labios mientras las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas, cayendo en la arena y fusionándose con los reflejos rosados del atardecer. Limpió las lágrimas con el dorso de su mano y se dejó caer en la playa, el frío de la arena penetrando hasta sus huesos, trayendo consigo temblores y una sensación de pérdida que le llenaba el alma con una soledad interminable.

Gabriel contemplaba a Anny desde lejos, la angustia carcomiendo su pecho mientras luchaba contra el impulso de acercarse a ella. Sabía que él era la causa de aquel sufrimiento que le quebraba el corazón y, por un momento, se sintió abrumado por el deseo de tener aquella conversación pendiente con su hija, de decirle cuán arrepentido estaba por lo que había hecho y de cómo anhelaba yaciendo con la amante a que la mirada de su hija volviera a cruzarse con la suya.

Pero estaba aterrado de dar el primer paso, temeroso de que el contacto directo pudiera barrer para siempre los restos de la relación que había construido con ella. Una corriente de dolor atravesó sus entrañas, como si alguien lo atenazara desde dentro hasta que se derrumbara bajo el peso de sus propios pecados. No permitió que la imagen de Mariana navegara en sus pensamientos, solo veía el rostro de Anny inundado de lágrimas y el dolor que residía ahora en lugar de la admiración que solía sentir por él.

Se acercó despacio, vacilante, como si caminara hacia un precipicio

invisible, y se detuvo a unos pasos de distancia, manteniendo su respiración contenida mientras recopilaba sus palabras en un torbellino de silencios y ruegos.

Anny lo escuchó acercarse y se incorporó con brusquedad, los ojos todavía vidriosos por las lágrimas y la sorpresa mezclándose con un sentimiento de miedo irracional. Los dos se sostuvieron la mirada por un momento eterno, como si el tiempo se hubiera detenido y en ese abismo de silencio se revelaran las verdades más oscuras de sus corazones.

Gabriel tragó saliva y habló con voz temblorosa, arrancándose las palabras de lo más profundo de su ser:

-Anny tengo que pedirte perdón. No solo por el dolor y la traición que provocaron mis acciones, sino también por haber permitido que la distancia creciera entre nosotros hasta convertirse en este abismo sin fondo. Tú eres lo más importante en mi vida, y nunca nunca quise hacerte daño como lo hice. No tengo palabras suficientes para expresar cuánto me arrepiento, cuánto deseo poder cambiar el pasado y borrar el daño causado.

Dicho esto, las palabras de Gabriel se desvanecieron en un hilo de silencio que pareció resonar con fuerza en el alma de Anny, despertando remolinos de emoción que la devoraban desde adentro. Se puso de pie lentamente, sus ojos buscando consuelo en la figura de su padre, pero hallando solo el recuerdo de la traición que lo oscurecía todo como un eclipse eterno.

-Papá yo no sé si alguna vez podré perdonarte por completo. Me has roto el corazón de una manera que nunca supe que era posible, y el dolor es tan grande que hay días que apenas puedo respirar. Pero quiero intentarlo. Quiero intentar aprender a perdonar y olvidar, no solo por mí y por ti, sino por mamá, por Lucía y por nuestro nuevo hermanito que está por llegar.

Gabriel sintió que se le cerraba la garganta al escuchar las palabras de Anny, y luchó por mantener las lágrimas lejos de su voz mientras respondía:

-Gracias, Anny. No merezco tu perdón ni tu comprensión, pero te prometo que haré todo lo posible por ganarme nuevamente tu confianza. Y, aunque no espero que lo olvides, espero que algún día puedas ver más allá del error que cometí.

Los dos permanecieron en silencio por un momento, al borde del abismo que los separaba, buscando en los ojos del otro alguna señal de un camino hacia la redención. Había una fragilidad en el aire que los rodeaba, como si las palabras y los gestos más pequeños pudieran despedazarse con la misma

facilidad con que un castillo de arena se desmorona bajo el embate de las olas.

Y entonces, en ese momento suspendido en el tiempo, Anny dio un paso adelante, cruzando una distancia infinitesimal pero imponderable, extendiendo su mano para tocar el brazo de su padre. El contacto fue apenas perceptible, un roce leve como el aleteo de una mariposa atrapada en un lirio, pero llevaba consigo una promesa silenciosa, la chispa de esperanza de que un día, juntos, lograran recorrer el camino que les llevara al otro lado del abismo y al abrazo cálido de un amor recuperado.

Primera tentativa de acercamiento entre Anny y su padre

El ocaso crepuscular apagaba al sol sobre las afueras del pueblo, tiñendo las nubes de rosa pálido y opaco, y reflejando sobre el vapor del océano sortilegios místicos y embriagadores. Anny se encontraba, recogida en sí misma, encogida cual crisálida hambrienta de luz, sobre el entarimado polvoriento y descolorido de la terraza, apoyando sus codos sobre las frías baldosas de cerámica y sus mejillas sobre sus manos, mientras perdía la mirada en el destello del astro rey que se bañaba en sus propias lágrimas incandescentes.

Aquel rincón discreto y apacible, la terraza que había sido su atalaya predilecta desde la infancia, era ahora un infierno inhóspito donde los recuerdos se agolpaban a su consciencia como dolorosas estocadas en repetición. Cada baldosa, cada enredadera marchita, cada rincón batido por las sombras, le hablaba de la historia que alguna vez había compartido con el hombre al cual solía llamar padre. Aquellos dulces momentos habían sido reemplazados por el amargo pesar y la desilusión de su estirpe, al descubrir el rostro oculto de la traición.

Gabriel, quien anhelaba un encuentro íntimo y verdadero con su hija, sintió que la oportunidad se presentaba por sí misma, en ese recuadro perfecto del tiempo marcado por los cientos de ocasos compartidos en aquella terraza. Se acercó sigiloso, procurando que sus pasos no delataran su presencia hasta que la cercanía con Anny fuera inminente. Sus palmas sudaban, ya que no sabía qué palabras podrían servir como tregua o puente hacia el corazón herido de su pequeña. Sin embargo, su corazón y su intuición le insistían en que el silencio no podría, por sí solo, llevar sanación.

Al llegar a unos pocos metros de Anny, las baldosas de la terraza dejaron escapar un quejido bajo sus pies, delatando su presencia muy cerca de donde ella estaba. Anny levantó la mirada y se encontró con la sombra de su padre sobre el borde del sol caído, fenómeno trémulo e inseguro que la desconcertó e hizo que se levantara de golpe, como si temiera un ataque inminente.

- Anny, hija, necesito hablar contigo - susurró Gabriel con cierto temblor en la voz, como si pronunciar su nombre fuera una suerte de súplica o una invocación de tiempos mejores.

Anny, incapaz de apartar su mirada de aquel espectro de padre que se aproximaba a paso dubitativo y rápido, sintió cómo el miedo y la ira se fundían con una añoranza desesperada, como si el niño partido al que había socorrido con sus mimos y abrazos requiriera su atención de nuevo. Pero ahora era ella quien debía ser fuerte, debía enfrentar al hombre que la había traicionado y preguntarle por qué.

- Qué quieres, papá? - preguntó Anny con una serenidad fingida, al tiempo que su corazón latía desbocado y las lágrimas amenazaban con asomar en sus ojos.

Gabriel, al oír el tono desgarbado y frío en la voz de Anny, comprendió que no podría evitar las consecuencias de sus actos. Había equivocado los pasos al tratarse por ello, ahora su hija lo miraba con desprecio, con amargura y con temor. Aún así, supo que no podía dejar pasar aquella oportunidad, no podía ignorar aquella ventana de tiempo, y reunió el coraje necesario para pronunciar las palabras que nunca antes había dicho.

- Anny, sé que te he fallado, sé que te he herido como jamás debí hacerlo. . . Me arrepiento cada día de mi vida por haber permitido que la relación con Mariana se convirtiera en algo más que una amistad. Desearía no haber causado este dolor en ti ni en tu madre. . . pero no puedo cambiar lo que ya ha sucedido - su voz se volvió temblorosa, y una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla, reluciendo con la luz tenue del anochecer - pero quiero que sepas, Anny, que te amo, y que daría todo por ver en tus ojos esa chispa de amor que alguna vez ardía por mí.

Las palabras de Gabriel, sinceras y conmovedoras como eran, se estrellaron contra el muro de hielo y resentimiento que Anny había levantado en torno a su corazón. La mezcla de emociones que bullían en su interior se convirtió en una sopa de desesperación, impotencia, y furia contenida que amenazaba con consumirla entera. Pero a pesar de todo ello, algo en el

fondo de su ser se retorció y gemía, suplicando por una oportunidad, una bengala en la espesura de la noche que pudiera guiarla de vuelta hacia el hombre que, a pesar de todo, siempre había sido su padre.

Llenándose de guerra, de desafilado valor y arrojo, Anny miró a los ojos de aquel hombre fragmentado y le dijo:

- No sé si pueda perdonarte papá, pero tal vez algún día pueda entender por qué hiciste lo que hiciste, y tal vez entonces... entonces quizá pueda volver a confiar en ti. Pero por ahora, solo quiero que sepas que aunque siento el dolor más grande que jamás haya experimentado, no dejaré que sea lo único que defina nuestra relación. Será un proceso largo y difícil, pero quizá sobre este abismo roto podamos construir un puente que nos una nuevamente.

Conversación madre e hija sobre cómo abordar la relación con el padre

El viento acariciaba el rostro de Anny y Susana mientras se detenían a caminar sobre el muelle, como en tantas ocasiones lo habían hecho en tiempos más felices. El sol se ocultaba tras las olas del océano y aquel escenario tan familiar servía como un intento desesperado de Anny para mitigar el frío y temeroso silencio entre madre e hija.

Habían pasado un par de semanas desde que Anny había reunido el valor para confesarle a Susana la infidelidad de Gabriel. Ambas mujeres habían sido testigos de la dolorosa transformación en el rostro del hombre al que adoraban: de padre y esposo dedicado a responsable de la traición que cortó de raíz la confianza y unidad en su hogar.

El caminar lento y contemplativo de ambas se detuvo frente al faro, lo único que emitía un débil resquicio de luz sobre la oscuridad que inundaba el abismo interno de la familia Guzmán. Susana, cuya mano descansaba temblorosa en la barandilla de madera, rompió el silencio arrastrando las palabras desde un lugar de pesar y desesperación:

-Anny, necesitamos hablar Sé que has estado luchando con esto, pero no podemos negar la realidad. Hemos estado evitando hablar sobre cómo enfrentar a tu padre desde que todo salió a la luz y temo que el silencio sea lo único que nos queda por comunicar.

Anny, cuyas mejillas estaban húmedas por las lágrimas que llevaba

contenido desde que dejaron la casa, asintió con la cabeza, librando una batalla interna por derrotar al miedo y la amargura, temerosa de las palabras que pudieran romper el tímido equilibrio en el que habitaban.

-Lo sé, mamá -dijo, mientras desplazaba su mirada hacia la barandilla, temiendo ver la desilusión cobijada en los ojos que ahora la observaban con una sospecha incipiente - pero, qué vamos a hacer?, qué vamos a decirle?, cómo puedo actuar como si nunca hubiera sucedido cuando todo en mí sabe que él nos traicionó de la peor forma posible?

Susana alzó la mano de su hija en la suya, instándola a mirar a su madre a los ojos, ojos que ahora brillaban con la solidaridad y la sabiduría que la vida les había conferido como un regalo emponzoñado.

-Hija mía, ningún padre, ni amigo ni amante, jamás hará palidecer el amor que nos tenemos como familia. Tú eres una parte vital de esta unidad, Anny, y aunque tal vez no lo dudes, quiero que sepas que tu voz, tus emociones y tus deseos importan. Nos importan tanto que quiero enfrentar cualquier cosa en este mundo para protegerte y amarte. Estamos en esto juntas, siempre -y en ese momento parecía como si el mundo mismo alzara las olas en un intento por apagar el faro y hacer nacer la noche, pero Susana continuó, su voz luchando por ser más fuerte que el mar - Gabriel no ha sido perfecto, pero aún productor de la tempestad que nos ha sumergido en la oscuridad, quiero encontrar la forma de superar esto como familia, entiendes, hija mía?

El silencio se instaló entre ellas como una fuerza monumental, el peso de las palabras intercambiadas colgaba suspendido en el aire viciado, como si imploraran una tregua o una resolución. Anny asintió nuevamente, sin saber que, en ese instante, dejaba atrás un pedazo de su inocencia, lo único que le quedaba de aquellos días en que su padre la subía a sus hombros y sus risas iluminaban la oscuridad de las noches más solitarias.

Susana apretó suavemente la mano de Anny, una señal de fuerza y amor incondicional que llevaba consigo la promesa de que, sin importar la noche, siempre serían su protectora y compañera en el camino hacia la luz.

-Anny, enfrentaremos a tu padre como las guerreras que somos. Hablaremos con él juntas, expresaremos nuestro dolor, nuestra ira, pero también le recordaremos que, a pesar de todo, somos familia y hay lazos que no podemos permitirnos abandonar así como así. Le haremos saber que estamos aquí para luchar, no para ser víctimas débiles estás conmigo?, harás eso por

ti y por mí?

-Sí, mamá, lo haré, por mi y por ti -respondió Anny, con voz quebrada pero firme, como quien emprende una travesía en las aguas más oscuras, inexpugnable y lleno de temor, pero armado con la certeza de que la luz siempre encuentra la manera de guiar el camino de aquellos que se niegan a dejarse consumir por la tempestad.

Los padres intentan demostrar unidad y fortaleza frente a Anny

El piso de la casa chirriaba cada vez que Gabriel hacía el menor esfuerzo de moverse. Estaba atrapado, en un hoyo invisible, en un campo minado de decepción y culpa. Pese a esto, arriesgó un avance tímido hacia donde su hija y su esposa, con sus frentes unidas por el compartir de la amargura y la vergüenza, se aferraban a unos últimos retazos de intimidad en la terraza.

Febrilmente, intentó ensayar unas palabras antes de llegar hasta donde ellas esperaban, confiando en que serían recibidas con la lección del dolor ya aprendida y superada. Sin embargo, su lengua y su estómago eran uno solo, atados en el nudo de la culpa que lo acechaba a cada momento.

Ningún buen consejo, ninguna elocuencia provista por los años de vida compartida, podría reparar las fracturas que habían surgido en los cimientos de su familia, pensó al doblar la esquina y enfrentarse a las dos mujeres de su vida: su adorada pareja y su primogénita, el fruto de su amor, unida ahora a Susana en la red que él trazó, y a la que no fue invitado.

Susana cerró los ojos, tratando de esconder las lágrimas que amenazaban con derramarse al ver a su esposo caminar hacia ella. Sus sin ganarse, rogó en su mente unos últimos segundos de tregua, unos pocos segundos antes de sentir cómo la traición y la mentira arrasarían con los años de risas y secretos compartidos. Necesitaba ser fuerte, necesitaba evitar que Anny la viera debilitándose.

Anny, por su parte, sintió como si una ola de hielo la recorriese al ver la cara marchita de su padre arrastrarse, como una tortuga digna condenada al fuego de una danza en pleno abismo. Quería gritar, si pensaba más en cómo enfrentar aquella situación, su corazón se reventaría como un globo de aire atravesado por el pinchazo del desencanto. Pero no podía, no podía hacerlo: no solo tenía que ser fuerte por ella misma, sino por Susana y por

el hermanito que, en menos de un mes, abriría sus ojos al mundo.

- Susana, Anny - suspiró el padre, al ver a ambas mujeres volverse a mirarlo, sus rostros reflejando una seriedad forjada con el mayor de los sacrificios - sabemos que es tiempo de tener esta conversación sé que hay muchas interrogantes y preguntas pero es necesario.

- Es necesario, Gabriel? - cuestionó Susana, la ira aflorando como una serpiente abriendo sus escamas para mostrar su vientre, su forma más vulnerable, y atacar - acaso crees que puedes simplemente arreglar esto con palabras, como si fueran un pequeño curfewpuertas velozmente - sino porque consideramos la posibilidad de seguir juntos, de intentar hacer que este hogar que construimos sea nuevamente un refugio y un faro de amor y respeto. No puedo prometer olvidar este dolor, Gabriel, pero sí puedo prometer que haré mi mejor esfuerzo para sanar mis heridas y las de Anny.

Anny, abrumada por el valor y la sinceridad en las palabras de su madre, pensó en una y mil preguntas para hacerle a su padre. No pudo, sin embargo, articular más que una, una pregunta que parecía involucrar, en sí misma, el epílogo de su infancia idílica.

- Por qué, papá, por qué lo hiciste?

A la deriva, como naufragios en un naufragio olvidado por sus propios sueños, los tres se dejaron llevar por el sabor amargo de la traición y la incertidumbre. No podían escapar, pero sabían, en lo profundo de su corazón, que la única forma de navegar juntos hacia una costa más segura y estable, era mantenerse unidos y aprender a perdonar, tal vez no sin olvidar, el dolor que habían causado y sufrido.

- No lo sé, hija mía - murmuró el padre, volviendo a ser, por un instante, el hombre que solían amar - pero estoy aquí, presente en vuestro dolor y en vuestra vida, con el corazón abierto a aceptar cualquier crítica o castigo que merezca, pero anhelante de demostrar que, pese a todo, mi amor por ustedes sigue existiendo y devorando todos los lugares por los que transitamos.

Momentos de resurgimiento de la ansiedad en Anny

Anny estaba en el patio de su escuela cuando la amarillenta y asquerosa mano de la ansiedad la agarró por el cuello y la hizo pivotar hacia el abismo. Estaba intentando comerse una galleta, la había desmenuzado y metido en la boca, pero no lograba tragar. El aire, frío en aquel otoño tardío, le hizo

toser levemente y, en ese momento, se sintió sofocada, constreñida, luchando por respirar.

Lucía la miró con preocupación y le acercó un mate cocido. "Aquí, tómalo, te ayudará a tragar," le sugirió, y la hermana mayor asintió, al borde de las lágrimas, hacía mucho tiempo que no sentía aquel nivel de angustia.

La escuela parecía implosionar en sí misma alrededor de ella. El ruido le martillaba los tímpanos, como si cien pájaros carpinteros martillasen al unísono las columnas de su mente. En su estómago sentía una fuerza omnímoda que tironeaba de sus entrañas y amenazaba con destrozarse las equilibradas curvas de su destino en una espiral de perversidad.

Levantó la vista del mate cocido y observó el marco de los bancos de madera de la punta de la hectárea que componía la enorme cápsula de realidad dentro de la que se llevaba a cabo la árdua convivencia del reino de lo manifestado. Los niños parecían espectros, difuminándose y volviéndose a constituir en menus variantes del horror, una danza macabra llena de sudor, gritos y descontrol.

Su corazón latía frenéticamente en su pecho, el pánico se había apoderado de ella, aunque intentaba controlarlo. No quería gritar, llorar. No quería que los demás supieran el dolor que yacía debajo de su piel. Lucía intentaba confortarla, pero la menor no comprendía cómo abordar la situación.

- Anny, respira! - Susurró Lucía, acercándose al oído de su hermana - Vamos hermanita, no dejes que esto te supere. Mírame, estoy aquí contigo y no vamos a dejar que esto nos derrumbe. No ahora, ni nunca.

La escena se había tornado surrealista, las historias y proezas de sus compañeros de clases ahora parecían altisonancias de una sinfonía de locura que no se atrevía a participar. Era prisionera de su propia mente y necesitaba un respiro del caos que ahogaba su cabeza.

Sin previo aviso, se puso de pie, dejando caer el mate cocido sobre la hierba. Dudaba que alguien la hubiera escuchado en medio del alboroto, pero la reacción de Lucía fue suficiente para poner de manifiesto que algo aterrador había llamado a su puerta. En un huracán de movimientos, se abrió paso a través del desconcierto de risas y juegos, infranqueable en su determinación por escapar del ruido.

Lucía la siguió, acarreado la mochila de su hermana al hombro, las palabras atrayendo la atención de todos a su paso. La consciencia de Anny

de la presencia de los demás alumnos flaqueó, pero no dejó que esto alterara su huida. El eco de las miradas curiosas y burlonas la persiguió en su carrera desesperada por encontrar un momento de solaz y paz.

Se derrumbó en el baño de las niñas, jadeante e incómodo, sus piernas cediendo bajo el castigo arrollador de la angustia. Lucía se dejó caer a su lado, las preguntas lanzadas en un charco de interferencia que no conseguía atravesar. Anny alzó la mano, un gesto suplicante destinado a apaciguar la preocupación y confusión de su hermana.

Respiró hondo, la humedad del suelo del baño empapándose en la tela de sus pantalones, sin absolutamente ningún sentido de lo irónico. Cerró los ojos, sumióse en el silencio en el que esperaba, rogaba, encontrar alivio.

Lucía, al lado de Anny, medio deseando poder hacer algo, lo que fuera, para traer de vuelta la sonrisa de su hermana y poner fin al sufrimiento silencioso de su madre, simplemente la abrazó, sabiendo que, en el abismo infinito de la traición y la angustia familiar, era lo único que podía ofrecerle, lo único que estaba en su poder prometer nunca corrompir ni abandonar.

El padre de Anny se disculpa y expresa deseos de reconstruir la relación

A medida que el espectro del mediodía se cernía sobre el cielo, arrastraba consigo las cortinas de nubarrones que desde la madrugada habían cubierto de tinieblas el paisaje. Las gotas de la tormenta aún pendían de las hojas y de las ramas, y el prado, todavía empapado, se extendía cual manto esmeralda en los brazos de la sierra, al pie del cual estaba el hogar de los Guzmán.

Anny, sintiendo la intromisión de los rayos solares en su regazo, abandonó su apacible solaz en la galería de la casa y entró en la cocina. Desde hacía días percibía en su madre la creciente inquietud que presagiaba la tormenta emocional que no tardaría en venir, una discusión que Anny había estado evitando desde el fatídico descubrimiento de la infidelidad de su padre. Ya no podía seguir huyendo de la realidad, y cuando los barrotes de acero de su alma parecieron aflojarse, se atrevió a dejarse abrazar por Susana en la penumbra de la última habitación.

Los sollozos de su madre resonaban en su pecho y, por primera vez desde la revelación de la traición, Anny pudo sentir de nuevo el odio hacia su

padre. Pero qué derecho tenía ella de albergar tanto rencor?

Capitulación de la familia, y venía dispuesto a elevar la voz y blandir las armas que su cremlingoferrocidad poder? Podía arrojar todos los imprecisos recuerdos y jirones dejados en las ruinas del arrebato de mancillado, esos flotaba crinos e retazos de frases dolorosas lanzadas en el fragor de batallas perdidas y corazones heridos? No, Anny sabía que debía afrontar ahora, en las quietas horas de la resignación, la verdad solitaria más temible: su padre era un hombre fallido, un hombre que, con cada acto más hondo y desprovisto de amor, se hundía en su propia fosa de culpa y culpóricas heridas autoinfligidas.

Sorbió por la nariz el aliento afligido que el farfullar trajo a los confines de sus pulmones y se dispuso a volver con su madre, a ofrecerle el consuelo y apoyo que esperaba haber encontrado en aquella sala oscura y silenciosa. Pero una sombra cruzó su umbral, obstruyendo de golpe sus ambiciones, una sombra que llevaba el inevitable aroma de la vergüenza y la humillación: su padre, Gabriel, lo invistió de derrota y se arrastró ante ellas, hundida la cabeza y las manos abiertas, como un cenobita arrepentido de sus pecados.

En silencio irreprochable, Susana lo estudió durante lo que a Anny le parecieron siglos de pétreo desdén y censura. No eran dos lágrimas las que vertía su madre, sino dos torrentes de dolor que parecían nacer y morir en sus ojos, vehículos de un río de furia y desesperanza. Gabriel, con el corazón en la mano y los nervios al borde de la destrucción, la miró a los ojos. Anny pudo ver que él iba a dar el primer paso hacia la cruzada del perdón y, atónita, se quedó quieta mientras sus oídos palpitaban y sus fosas nasales dilataban, deparados ante el inminente encuentro de las palabras con los corazones.

- Susana Anny - murmuró él, con voz resquebrajada por el peso de la culpa y la terrible gravedad de su traición - no puedo pretender que mis palabras puedan llegar a curar las heridas que he causado, ni borrar el dolor que he infringido en vuestros corazones. Pero quiero ofreceros mi más sincero arrepentimiento y mi deseo de reparar todo lo que he desgarrado en nuestra familia.

Susana agachó la cabeza y, con un susurro apenas audible, dejó escapar una pregunta que Anny sabía llevaba tiempo agazapada, esperando su momento de ser liberada:

- Puedes prometerme, Gabriel, que nunca más volverás a traicionarnos

de esta manera?

Anny, sintiendo cómo la respiración de su madre palpitaba en el aire como un rayo de sol cayendo sobre una trampa, miró al hombre que alguna vez fue sinónimo de amor y protección, y vio en sus ojos la lucha entre la honestidad y el miedo, entre el deseo de redención y el temor a nuevas caídas. Gabriel volvió a hablar, pero esta vez, Anny entendió que sus palabras no estaban dirigidas sólo a Susana, sino también a ella:

- Susana, Anny, no hay promesa que yo pueda hacer ahora que lleve a su término la profunda herida que he causado en nuestra familia. Pero estoy dispuesto, con toda mi alma, a luchar cada día por recuperar vuestra confianza y el amor que tan injustamente he puesto en riesgo.

El silencio de la habitación les abrazó como un océano de recuerdos y sombras, y Anny, en el abismo tempestuoso de sus emociones encontradas, supo que la lucha había comenzado. Una lucha en la que su padre, su heroica figura de niñez, se había desmoronado ante una decisión impulsiva y errónea, pero que, en medio del escombros de sus vidas, seguía clamando a gritos por el perdón y la oportunidad de redimirse.

Creación de nuevas actividades padre e hija para fortalecer el vínculo

A pesar de las noches frías y desoladas, las mañanas se iluminaban con la esperanza de un nuevo amanecer. Anny, habiendo cruzado la tempestad de los sentimientos oscuros y ardientes contenidos en su ser, empezaba a percibir la suave pero constante luz de la comprensión brillar a través de las resquebrajadas cortinas de su alma.

Se había resignado a la idea de que las heridas que le había infligido la traición paterna tal vez nunca sanaran por completo, pero había algo en ella que se aferraba a la esperanza de que la relación, una vez inquebrantable, entre ella y su padre pudiera, al menos, trenzarse de nuevo en algo parecido a una convivencia amorosa.

Esta idea latente, apenas perceptible en lo más hondo de su mente, comenzó a crecer y a tomar forma a medida que una nueva rutina se instalaba en la casa de los Guzmán. La vida no volvía a ser la que era antes, pero los pedazos de las vidas destrozadas empezaban a nacer y a reconstruirse en algo nuevo.

Anny notó que su padre se esforzaba por estar más presente en casa, y empezó a comprender que él también sufría el peso de la culpa y la vergüenza de lo que había hecho. Con el tiempo, se percató de que su padre buscaba su consuelo tanto como ella el de él, y si bien la desconfianza y la rabia estaban aún enraizadas dentro de ella, se sintió algo más amable hacia él.

Fue el momento idóneo cuando Gabriel se acercó a Anny en un rincón tranquilo después de la cena, cuando la casa estaba en silencio y los recuerdos de la época compartida entre ellos brotaban en el aire, como una canción triste y silenciosa.

- Anny - comenzó él, la voz firme pero suave, como si intentara abrazar a su hija a través de sus palabras - sé que ha pasado mucho tiempo y que nuestras vidas han cambiado, pero me gustaría proponerte algo. Me gustaría que tú y yo que compartamos algo juntos, como solíamos hacerlo antes.

Anny lanzó una mirada de sorpresa e incertidumbre a su padre, pero también vio en sus ojos una sinceridad que la conmovió y la hizo dudar de sus muros de indiferencia.

- A qué te refieres? - inquirió con cautela, sintiendo la antigua herida vibrar dentro de su corazón, como si temiera ser abierta de nuevo.

- Me gustaría que juntos encontremos alguna actividad en la que podamos compartir tiempos de calidad, algo que nos ayude a fortalecer nuestra relación y a construir nuevos recuerdos. - Respondió Gabriel, con un tono de voz lleno de esperanza y vulnerabilidad.

Anny se quedó en silencio, masticando las palabras que le había propuesto su padre. Su corazón se sentía a la vez ligero y pesado, y el remolino de emociones desalentador le acosaba hasta el fondo de su ser. Miró a su padre a los ojos, esos ojos que simulaban la honestidad y el amor que alguna vez había abrigado, y sintió cómo se desvanecía el hielo de sus pensamientos.

- De acuerdo - susurró, tragando sus miedos y ansias por el futuro desconocido que se abría ante ellos - pero no será fácil, y tendrás que trabajar mucho para ganarte mi confianza de nuevo.

- Lo sé, y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario - prometió Gabriel, con una determinación que asombró y conmovió a Anny.

Y así comenzó su nueva travesía juntos, padre e hija intentando unir los restos de un pasado roto y construir puentes en su presente compartido. Buscaron una actividad que pudiera acercarlos uno al otro, y encontraron en la escalada una conexión especial. Pasaron las tardes desafiando sus

miedos y límites, enfrentando juntos las alturas y las pendientes que la vida les había puesto por delante.

No fue un proceso fácil. Hubo días en que los recuerdos punzantes y desagradables amenazaron con disolver los lazos recién formados, y días en que la amistad parecía ser una ilusión lejana y distante. Pero en esos momentos de indecisión, cuando sentían que su padre e hija solo se desmoronarían bajo el peso de sus errores y rencores, encontraron consuelo en los brazos de su familia, en el apoyo inquebrantable de Susana y Lucía, y en el sonido de los nuevos latidos de la vida que se movía en el vientre de Susana.

Había una extraña belleza en la transformación de la relación de Anny y su padre, una belleza empapada de lágrimas y sudor, pero que brillaba con una luz que solo podían ver aquellos que habían caminado en las fronteras del amor y la traición. Y a medida que la noche incesante de su pasado iba cediendo paulatinamente al brillo del nuevo amanecer, Anny y Gabriel se dieron cuenta de que juntos habían encontrado algo aún más valioso que el atlas de sus recuerdos destrozados: habían encontrado la manera de sanar y de amar, incluso en medio de la desolación y el olvido.

Acercamiento emocional entre Anny y su padre

La luz moribunda del día se derramaba a través de las ventanas, bañando el cuarto en un resplandor dorado, suavizando las sombras en las esquinas y difuminando los límites entre la realidad y los recuerdos. En este instante suspendido en el tiempo, en este espacio limítrofe entre el devenir y la memoria, Anny sopesaba el temor y la esperanza, reflexionando sobre la oscuridad del pasado y el brillo de un futuro incierto.

En la silenciosa cocina en la que Anny y su madre solían intercambiar risas y confidencias en días más felices, esperaban juntas el regreso del hombre que había causado el dolor y la confusión que ahora les unía. Gabriel, Anny lo sabía, reconocía la magnitud de sus faltas y buscaba desesperadamente resolver el daño que sus actos habían causado a su familia. Pero los abismos del corazón no podían repararse sólo con buenas intenciones, pensaba Anny, y un nudo tenso e indomable se formaba en su garganta.

El peso del silencio en la habitación, interrumpido sólo por los lejanos murmullos de Lucía jugando en el jardín, parecía volverse más denso y opresivo con cada segundo que pasaba. Sintiendo la necesidad de actuar, de

liberar algo del peso que se acumulaba en su pecho, Anny carraspeó y se dirigió a Susana, sus palabras susurrando como el viento en una tarde de verano:

- Mamá, crees que papi va a cambiar realmente? Piensas que merece otra oportunidad?

Susana se quedó pensativa por un momento, y una mezcla de tristeza y determinación cruzó su rostro como un eclipse solar.

- Anny, mi amor, la verdad es que no puedo ver el futuro ni puedo decirte si tu padre va a cambiar - dijo Susana, sus manos entrelazándose como dos bailarinas fatigadas en un abrazo silencioso - Pero puedo decirte que he visto en sus ojos el deseo de enmendar sus errores y reparar nuestro corazón roto.

- Y tú? - preguntó Anny, sintiendo que las palabras apenas lograban escapar de los labios - Puedes perdonarlo? Puedes volver a amarle como antes?

Susana respiró hondo y su voz, ahora firme y clara como el agua de un manantial, respondió sin vacilar:

- Anny, aunque mi corazón ha sido herido de formas que nunca hubiera imaginado, yo aún recuerdo el hombre con el que me casé, el padre que te amo y te cuidó. Puede que no sea fácil, pero estoy dispuesta a intentar reconstruir nuestra vida juntos, porque esa es la elección que hago por nuestro amor, por nuestra familia.

Las palabras de su madre resonaron en la mente de Anny como un eco en una caverna oscura y profunda, rebotando contra las paredes de sus pensamientos y quebrando el hielo que la había rodeado por tanto tiempo. En ese momento, cuando la luz del día pareció crecer más viva y brillante, Anny supo que si su madre podía encontrar la fuerza para perdonar y comenzar de nuevo, ella también podría intentarlo.

Fue entonces cuando la puerta se abrió con un crujido suave y Gabriel entró en la habitación, sus ojos ansiosos y hambrientos buscando y escudriñando el perdón y la compasión en los rostros de su esposa y su hija. Lentamente, con manos temblorosas y un corazón palpitante, se acercó a Anny y se arrodilló ante ella, como un caballero medieval ofreciendo su vida y su lealtad a su reina.

- Anny, mi niña - susurró, y a pesar de la firmeza de su voz, Anny pudo sentir cómo la culpa y la vergüenza se retorcían en sus palabras - sé que no

tengo derecho a pedirte esto, pero te pido, con todo mi corazón, que me des la oportunidad de mostrarte que puedo ser el padre que mereces, que puedo amar y cuidar a nuestra familia como se merece.

Anny, sintiendo cómo el nudo en su garganta se desataba como una maraña de serpientes enojadas, miró a su padre a los ojos y supo, en el fondo de su corazón herido, que ella también tenía la fuerza para perdonar y para intentar reinventar el amor que alguna vez los había unido.

- Padre - dijo, las palabras entrecortadas y atravesadas por las lágrimas saladas y amargas que recorrían sus mejillas - no sé si podré olvidar todo lo que ha pasado, pero estoy dispuesta a intentarlo. Estoy dispuesta a intentar volver a amarte como antes.

Así comenzó un nuevo capítulo en la vida de Anny y su padre, un tiempo de sanación y de nuevos comienzos, un tiempo donde a través de la lucha y el coraje pudieron enfrentar las sombras del pasado y abrazar el dorado resplandor de un futuro incierto y lleno de vida.

El nacimiento del nuevo hermano contribuye al restablecimiento del vínculo familiar

La quietud de aquella última tarde de octubre no parecía presagiar ningún cambio en la vida de Anny. El cielo, de un tono rosado-violáceo, se confundía entre las copas de los árboles que rodeaban la casa y ofrecían un escondite perfecto para sus pensamientos. En la vereda, Lucía y sus amigas jugaban, ignorantes del torbellino de sentimientos que moraba en la mente de su hermana mayor.

No había querido asistir a su práctica de natación y a falta de otra excusa, le dijo a su madre que no se sentía bien. En efecto, no lo estaba, pero no era su cuerpo el que estaba enfermo; era su alma, aquejada por la traición, el resentimiento y un amor que se desmoronaba lentamente en pedazos afilados apenas soportables. La habitación, su refugio, parecía ahora una jaula llena de ecos vacíos de un pasado que ella deseaba tanto olvidar como recuperar.

Se recostó en la cama, aspirando el aroma a flores y tierra húmeda que, a través de las ventanas abiertas, se entremezclaba con el murmullo del viento en los árboles y los gritos lejanos de los niños en la calle. Todavía recordaba los días en que esos sonidos se habían grabado en su corazón con

el simple placer de ser y vivir en la ciudad costera que se había convertido en su hogar; un hogar que ahora parecía un castillo hecho de cristal, hermoso pero frágil, y a punto de desmoronarse bajo los embates de la traición y la intranquilidad que había hecho a Anny alternar en un sube y baja de deseos contrarios de destrucción y de amor.

Apenas unos meses atrás, cuando la brisa traía la promesa de los primeros días frescos, una criatura nueva había venido a unirse a la familia, un hermanito cuya llegada había sacudido los vestigios de la antigua vida familiar y había exigido un cambio en las costumbres, las relaciones y, sobre todo, la manera en que Anny veía a su padre. Con sus pequeños ojos oscuros y su cabello como hilo de oro, el niño parecía encarnar una nueva esperanza, un renacimiento que podía hacer posible que los miembros de la familia se acercaran de nuevo después de haber caminado al borde del abismo.

Era una tarde como esta, cuando Susana había ido a casa de una vecina a buscar ayuda y Gabriel, desconcertado y asustado, había seguido a Anny en su cuarto y, sin decir una palabra, había entregado en sus manos al ser más pequeño y frágil que ella había visto jamás. Sus ojos mantenían un fulgor de imploración y de arrepentimiento, y en ese momento, Anny había sentido cómo la barrera de hielo de su corazón se había resquebrajado en el instante fugaz de reconocer la vulnerabilidad en la mirada de su padre.

Las semanas siguientes, mientras se adaptaban a la nueva vida familiar y al ritmo de noches en vela y días ocupados, entre risas y llantos, Anny empezó a comprender que en aquel ser diminuto se había escrito en colores vivos la esperanza de una nueva relación entre su padre y ella. Ya no podía ignorar el lazo que ahora los unía en algo tan tangible como una carita diminuta y arrugada que llevaba sus rasgos y sus sangres mezcladas, una mezcla de lo sereno y lo intranquilo, lo impetuoso y lo dulce que, en última instancia, representaba todo lo que había sido y lo que podía llegar a ser en ese nuevo capítulo de sus vidas.

Fue durante uno de esos días cuando, sintiéndose más segura y resuelta, Anny se acercó a su padre y le invitó a llevar al niño a dar un paseo por la playa. Aunque no sabía exactamente qué palabras decirle, sentía que, de alguna forma, la cercanía entre ellos podría comenzar a sanar las heridas del pasado. Gabriel, emocionado y sorprendido por la iniciativa de Anny, aceptó la propuesta, y juntos, como tímidos extraños que intentaban descubrir lo que los uniría de nuevo, se adentraron en la tarde, dejando atrás la sombra

de la duda y acercándose a la luz del perdón y el renacimiento.

No sería fácil, no sería rápido, pero en el corazón de Anny vibraba una promesa, una certeza de que en ese recóndito rincón donde moraba el amor por su padre, había renacido también la esperanza, un sol que hendía la oscuridad y les iluminaba el camino hacia un nuevo amanecer. Porque la vida sigue, igual que las olas del mar, trayendo consigo el dolor y también el bálsamo para sanar las heridas del corazón.

Anny logra perdonar a su padre y superar la ansiedad

Sus ojos siguieron la danza de la tenue luz de aquel atardecer donde las gaviotas parecían escribir poemas con sus alas en la arena. Las manos de Anny estaban entrelazadas con las de su padre, un gesto que sólo semanas atrás parecía imposible. Cautelosamente, Anny dejó que su padre atravesara los muros invisibles de su corazón para encontrar un sitio donde morar, un refugio donde el amor podía volver a germinar.

Empezó con un susurro, una pregunta casi inaudible que Anny había dejado escapar un día mientras veían la puesta de sol desde aquella terraza que ya no estaba llena de recuerdos vivos y felices: "Papá, por qué lo hiciste?", la fuerza de las palabras la agredió como pequeños golpes, dejándola temblorosa y vulnerable.

Gabriel, arrancado abruptamente de sus pensamientos, se estremeció ante el peso de la pregunta y un silencio incómodo se instaló entre ellos, como una cortina de niebla que los separaba por un instante. Finalmente, como si estuviese atravesando un abismo sin puente alguno, susurró las palabras que parecían conjurar un ciclón de emociones en su interior: "Anny, no hay excusa que pueda justificar mi traición a ti y a tu madre. Pero si puedo decirte que nunca fue mi intención lastimarte o poner en riesgo nuestra relación".

Los ojos de Anny no se movieron, fijos en el horizonte donde el sol se hundía cada vez más profundo en las olas plomizas. Detrás de su mirada perdida, un torrente de emociones amenazaban con desbordarse hasta llegar a un precipicio. El temor de abrir su corazón, de volver a confiar en un ser a quien había amado y había comenzado a temer lo asediaban, mientras una mezcla de rabia, tristeza e ilusión colisionaban en su alma.

Gabriel, percibiendo la tormenta que se cernía sobre la mente de su

hija, tomó una bocanada de aire y prosiguió: "Cuando conocí a Mariana, estaba en un momento de mi vida en el que me sentía solo y aislado, como si hubiese perdido mi rumbo y mi propósito. Fue en esa oscuridad que cometí el error de creer que podría encontrar consuelo y refugio en alguien que no era tu madre, sin entender que lo que realmente necesitaba era enfrentar mis propios miedos y luchar por nuestra familia". Una lágrima rodó por su mejilla, testimonio del dolor que sus palabras traían consigo.

Las manos de Anny se tensaron alrededor de las de su padre, y en ese instante, como si un relámpago hubiese partido el cielo por la mitad, sintió cómo la electricidad de esa conexión cortocircuitaba todo el odio, el miedo y el resentimiento que se había acumulado en su corazón.

"Papá," dijo Anny, su voz quebrada pero llena de una fuerza que sorprendió incluso a ella misma, "quiero darte otra oportunidad, quiero aprender a confiar en ti nuevamente, pero necesito saber que no volverás a hacer algo así, que estarás aquí, para mí y para nuestra familia".

Gabriel, al borde de las lágrimas y con un nudo en la garganta, buscó los ojos de su hija y en un suspiro cargado de promesas y juramentos, respondió: "Anny, mi vida, te lo juro desde lo más profundo de mi ser, nunca más volveré a lastimarlas. Haré todo lo que esté a mi alcance para ser un mejor padre, esposo y hombre para nuestra familia".

Y así, las palabras, como si fuesen caballitos de mar llevados por la marea, encontraron refugio en el corazón de Anny, donde comenzaron a sanar las heridas del pasado y a traer consigo la esperanza de un futuro más luminoso. Con el tiempo, lentamente pero con determinación, padre e hija reconstruyeron el puente entre sus corazones, atesorando aquellos momentos de honestidad y vulnerabilidad que los habían unido una vez más.

A medida que la ansiedad comenzó a retroceder de las sombras, Anny aprendió a aceptar y lidiar con el legado del pasado, dejando atrás el miedo y encontrando la seguridad en la verdad de su padre y en el amor que había sido restaurado en su familia. Aunque el proceso fue largo y lleno de desafíos en el camino, al final, Anny y su padre superaron sus obstáculos y encontraron un hogar el uno en el otro, un espacio donde el amor prevalecía sobre el dolor y donde el sol bañaba sus almas con rayos de esperanza y perdón.

Vínculo restaurado entre padre e hija y nueva normalidad familiar

El crepúsculo inundaba con su luz dorada la solitaria calle frente al colegio de Anny. Aún saboreando la decepción diaria, parada junto al portón, esperaba a su madre con los brazos cruzados. Con cada coche que pasaba por la calle, el corazón de Anny palpaba con la esperanza de ver la familiar silueta de su padre al volante, tal como solía ser unos meses antes.

Pero una vez más, era Susana quien aparecía en la esquina, apoyándose con dificultad sobre su vieja bicicleta, cumpliendo con la rutina de llevar a casa a sus hijas, preocupada de recibir malas noticias, y tratando de mantener la tensión acumulada a raya para no asustar a Lucía. La niña parecía no haber notado la tristeza en los ojos de su madre, o quizás lo hacía, pero no sabía cómo enfrentarla.

Gabriel ahora solía trabajar hasta tarde, así que no se encontraba con sus hijas a la salida de la escuela. Por un lado, Anny se sentía aliviada de no tener que enfrentarse a él, pero por otro lado, ansiaba volver a los felices días en los que él las sorprendía con unos helados en camino a casa.

Con la voluntad de una madre exhausta pero determinada, Susana pedaleó cada día, llevando a Anny y a Lucía a casa y tratando de mantener su hogar en pie. Entre ellos, lograron establecer una nueva normalidad, pero todos sabían que las viejas heridas seguían haciendo mella en sus almas.

La madre y la hija mayor formaron un equipo formidable para proteger a Lucía del dolor que tanto las había atormentado y para mantener las apariencias de una vida familiar adecuada. Pero un día, durante una de las pocas tardes en las que la madre y las hijas disfrutaban del sol y el viento en la costa, Anny y su padre se encontraron con el abismo que los separaba.

Esa tarde, mientras Susana vigilaba a Lucía cerca de las olas, Anny se sentó consigo misma en la arena, totalmente inmersa en sus pensamientos. De vez en cuando dejaba escapar profundas bocanadas de aire y frotándose las manos en un intento de aplacar la ansiedad que había invadido su vida. Ella no se percató de la presencia de su padre hasta que sintió su sombra cubrir parcialmente el sol.

Gabriel se plantó frente a Anny y le ofreció una mano temblorosa. Cuando ella lo miró a los ojos, notó algo diferente en ellos, algo que no había visto desde hace mucho tiempo, amor y humildad. Un leve cambio,

apenas perceptible, pero suficiente para que Anny pusiera su mano en la de su padre y se dejara levantar.

Mirándose a los ojos, como dos extraños que se encontraban después de mucho tiempo, padre e hija se dieron el primer paso para cruzar el abismo entre ellos. Empezaron a caminar por la playa, dejando atrás la sombra del pasado y acercándose a un espacio seguro donde la confianza y la honestidad podrían germinar de nuevo.

"Anny, quiero pedirte disculpas", dijo Gabriel, sin apartar la vista del horizonte. "No importa cuánto recuerde aquello, no puedo quitar el dolor que causé a ti y a nuestra familia. Pero quiero que sepas que estoy haciendo todo lo posible para enmendar mis errores y ser un mejor hombre."

Anny se detuvo en seco, enterrando los dedos de los pies en la arena fresca. Mientras las palabras de su padre reverberaban en su mente, una mezcla de emoción y coraje comenzó a hincharse en su pecho. "Cómo puedo confiar en ti de nuevo, papá?", preguntó Anny, intentando contener las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos.

"Yo entiendo que las cosas no pueden volver a cómo eran antes", susurró Gabriel, su voz rasposa por la emoción. "Pero quiero que sepas que estoy aquí, para ti y para nuestra familia. No importa cuánto tiempo demoremos, no importa cuántos obstáculos enfrentemos en este camino; siempre estaré aquí, tratando de ganarme tu confianza y tu amor de nuevo."

Frente al incierto futuro que se cernía sobre ellos, padre e hija compartieron una idea en común: la fe en un amor que se había escondido en las sombras por demasiado tiempo. Lentamente, pero con una determinación implacable, se adentraron en la oscuridad juntos, abrazándose y aferrándose a la esperanza de un mejor mañana. A medida que iban reconstruyendo su relación, muchos obstáculos surgieron, pero a cada paso, se volvieron más fuertes, con una nueva normalidad familiar que los unía.

Esta familia, herida pero nunca derrotada, trazó su camino a través de los giros y vueltas de la vida. Los vínculos rotos fueron restaurados, el amor prevaleció, y desde ese oscuro abismo, Anny y su padre emergieron juntos, listos para enfrentar un nuevo horizonte lleno de promesas y oportunidades.